

Heinrich Böll

Opiniones de un payaso



«Soy un payaso y colecciono momentos», con estas palabras se describe a sí mismo Hans Schnier, un artista venido a menos, destruido por la pérdida de un horizonte social y personal que le es tan ajeno como la felicidad que le ha sido vetada. Narrada en primera persona, *Opiniones de un payaso* es la obra con la que Heinrich Böll se situó definitivamente en el centro de la conciencia alemana, no solamente de la literaria sino sobre todo de la moral, política y religiosa. Católico ferviente, Böll se sintió obligado a manifestar su repugnancia ante las formas de adulteración y perversión que ciertos elementos representativos del catolicismo alemán creyeron conveniente adoptar con el fin de defender posiciones del poder político.

Lectulandia

Heinrich Böll

Opiniones de un payaso

ePUB v1.0

vidadoble 20.02.12

más libros en lectulandia.com

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Título original:
Ansichten eines Clowns

Primera edición
en Biblioteca Breve: 1965
Primera edición
en Biblioteca Formentor: enero 2001
Segunda impresión: octubre 2002
Tercera impresión: febrero 2004
Cuarta impresión: septiembre 2004
Quinta impresión: mayo 2006

© Heinrich Böll, 1963
© Kiepenheuer & Witsch, Colònia, 1963

© Editorial Seix Barral, S. A., 1965, 2006
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es

ISBN: 84-322-1954-1
Depósito legal: B. 27.049 - 2006

Para Annemarie

1

Oscurecía ya cuando llegué a Bonn, y meforcé esta vez a no poner en marcha el piloto automático que en cinco años de viajar se ha formado en mi interior: bajar las escaleras del andén, subir las escaleras del andén, dejar maleta, sacar billete del bolsillo del abrigo, recoger maleta, entregar billete, al puesto de periódicos, comprar periódicos de la tarde, salir a la calle, llamar un taxi. Durante cinco años partí yo casi todos los días de algún punto y llegué a cualquier otro punto, por la mañana subía y bajaba las escaleras de la estación, por la tarde bajaba y subía la escaleras de la estación, tomaba taxis, buscaba dinero en el bolsillo de mi chaqueta para pagar al conductor, compré periódicos en el quiosco, y en algún rincón de mi conciencia disfruté la incuria minuciosamente estudiada de este piloto automático. Desde que Marie me ha abandonado para casarse con este católico, Züpner, el funcionamiento se ha hecho todavía más automático, sin perder su incuria. Para el trayecto de la estación al hotel, del hotel a la estación, hay una unidad de medida: el taxímetro. Y así dista dos marcos, tres marcos, cuatro marcos cincuenta de la estación. Desde que Marie se ha ido, he perdido el ritmo alguna que otra vez, he tomado el hotel por estación, nervioso ante la conserjería he buscado mi billete o a la entrada del andén he preguntado al empleado el número de mi habitación, algo, llámesele casualidad, o lo que sea, me hizo recordar mi profesión y mi situación. Soy un payaso, de profesión designada oficialmente como «Cómico», no afiliado a ninguna Iglesia, de veintisiete años de edad, y uno de mis números se titula: la partida y la llegada, una larga (casi demasiado) pantomima, en la cual el espectador acaba confundiendo la llegada con la partida; puesto que frecuentemente vuelvo a ensayar dicho número en el tren (consta de más de seiscientos mutis, cuya coreografía debo naturalmente tener presente), es evidente que de vez en cuando cedo a mi propia fantasía: entro precipitadamente en un hotel, busco con la vista el cuadro de salidas de trenes, lo descubro al fin, subo o bajo corriendo las escaleras, para no perder mi tren, en tanto que no necesito más que subir a mi habitación y ensayar mi número. Afortunadamente me conocen en la mayoría de los hoteles; en el intervalo de cinco años se alcanza un ritmo con escasas posibilidades de variación, que de ordinario se puede tomar por una cierta armonía interior —y que además preocupa a mi representante, quien conoce mi manera de ser. Lo que él llama «la sensibilidad del alma de artista», es enteramente respetado, y tan pronto como entro en mi habitación me envuelve un «hálito de bienestar»: flores en un lindo jarrón, y apenas he tirado el abrigo y dejado caer con estrépito mis zapatos (odio los zapatos) en un rincón, una bonita camarera me trae café y coñac, me prepara el baño, que por adición de ciertos ingredientes de color verde se pone perfumado y tonificante. En la bañera leo periódicos, los frívolos nada más, hasta un total de seis, pero tres como mínimo, y entono a media voz cantos exclusivamente litúrgicos:

corales, himnos, secuencias, que aún recuerdo de la escuela. Mis padres, protestantes acérrimos, siguieron las corrientes de tolerancia religiosa que imperaban en la postguerra y me enviaron a un colegio católico. En lo que a mí respecta, no soy religioso, ni siquiera clerical, y me sirvo de textos y melodías litúrgicos por motivos terapéuticos: me ayudan de modo inmejorable a aliviarme las dos dolencias con que me agobia la Naturaleza: melancolía y jaqueca. Desde que Marie ha desertado con el católico (si bien Marie es ella misma católica, me parece justo llamarle a él así), ambas dolencias se me agudizan, e incluso el *Tantum ergo* o la letanía lauritanica, hasta entonces mis favoritas para atajar el dolor, apenas me sirven ya. Existe un remedio de efectos pasajeros: el alcohol; había una medicina eficaz y duradera: Marie; Marie me ha abandonado. Un payaso que se da a la bebida cae más aprisa todavía de lo que un techador borracho cae.

Cuando estoy borracho, al salir a escena, realizo imprecisamente ejercicios que únicamente justifica la precisión, e incurro en el fallo más grave que puede cometer un payaso: me río de mis ocurrencias. Una terrible humillación. Mientras estoy sobrio, el miedo a salir a escena va en aumento hasta el instante en que piso el escenario (casi siempre tuvieron que empujarme para hacerme salir a escena), y lo que algunos críticos denominaban «ese humorismo reflexivo y crítico, tras el cual se oye latir el corazón», no era más que una desesperada impasibilidad, con la cual yo me convertía en marioneta; mala cosa, por lo demás, si el hilo se rompía y volvía a ser yo mismo. Es probable que se me parezcan ciertos monjes en estado contemplativo; Marie siempre viajó cargada de literatura mística, y recuerdo que allí eran frecuentes las expresiones «vacío» y «nada».

Hacía ya tres semanas que estaba yo casi siempre borracho y con falsa seguridad subía al escenario, y las consecuencias se manifestaron más aprisa que en el caso de un mal estudiante que hasta no haber recibido las notas aún puede hacerse ilusiones; medio año es mucho tiempo para soñar.⁴ Transcurridas tres semanas ya no había flores en mi habitación, a mediados del segundo mes se acabaron las habitaciones con baño, y al comenzar el tercer mes la distancia a la estación costó ya siete marcos, mientras que la paga quedó derretida a un tercio. Ya no más coñac, sino aguardiente de trigo, ya no *music-halls*, sino curiosos públicos que se reunían en oscuras salas, donde yo actuaba en un escenario pobremente iluminado, donde no hacía ya ejercicios imprecisos, sino únicamente parodias, que divertían a empleados jubilados de ferrocarriles, correos, aduanas, a amas de casa católicas o a enfermeras protestantes, mientras que oficiales de la Bundeswehr, grandes bebedores de cerveza, cuyo licenciamiento amenizaba yo, no sabían exactamente si debían reírse o no, cuando yo completaba mi número del «abogado defensor», y ayer, en Bochum, ante unos jóvenes, resbalé a mitad de una imitación de Chaplin y ya no volví a levantarme. No se oyeron ni siquiera silbidos, tan sólo un murmullo compasivo, y cuando por fin

cayó el telón sobre mí, salí aprisa cojeando, recogí precipitadamente todos mis enseres y, sin quitarme el maquillaje, fui en taxi a mi pensión, donde se armó un gran escándalo, al negarse mi patrona a prestarme dinero para pagar el taxi: no pude tranquilizar al irritado taxista hasta que le entregué mi maquinilla eléctrica de afeitar, no en prenda, sino como pago. Fue aún lo bastante amable para darme un paquete de cigarrillos ya comenzado y dos marcos de vuelta. Me tendí vestido en mi cama, aún por hacer, bebime el resto del contenido de mi botella y me sentí, por primera vez desde hacía meses, libre por completo de melancolía y jaquecas. Yacía en cama en un estado en el cual espero alguna vez acabar mis días: borracho y como si estuviera en el arroyo. Hubiese dado mi camisa por un trago de aguardiente, pero los complicados trámites que el trueque hubiese exigido, me hicieron desistir del propósito. Dormí a pierna suelta, como un tronco, y soñé que el pesado telón caía sobre mí como suave y tupida mortaja, causándome un indescriptible alivio y, sin embargo, presentí ya, entre sueños, el terror previo al despertar: el maquillaje aún sobre el rostro, la rodilla derecha hinchada, un mísero desayuno sobre la bandeja de plástico, y junto a la cafetera un telegrama de mi representante: «Coblenza y Maguncia han dicho no. Stop. Por la tarde telefonaré Bonn. Zohnerer». Luego una llamada del empresario, por la cual me enteré de que dirigía la Obra de Ayuda Cristiana. «Aquí Kostert», dijo por teléfono en un tono servil y glacial, «aún nos queda por resolver la cuestión de los honorarios, señor Schnier». «Adelante», dije, «no creo que haya inconveniente.»

«¿De veras?», dijo. Callé, y al seguir él hablando su cortés frialdad se había convertido en simple sadismo. «Hemos fijado en cien marcos los honorarios de un payaso que antes ganaba doscientos», hizo una pausa, tal vez para dar ocasión a que yo me enfadara, pero yo callé y volvió a ser ordinario, como lo era por naturaleza, y dijo: «Hablo en nombre de una asociación filantrópica, y mi conciencia me prohíbe pagar cien marcos a un payaso a quien con veinte marcos se paga con largueza, se podría decir que espléndidamente». No hallé motivo para romper mi silencio. Encendí un cigarrillo, me serví del mísero café, le oí sonarse; dijo: «¿Me oye?» Y yo dije: «Le oigo», y esperé. El silencio es un arma eficaz; en la escuela, cuando tenía que comparecer ante el director o ante los profesores, me obstiné siempre en callar. Dejé que el cristiano señor Kostert siguiese sudando al otro lado de la línea; para sentir compasión por mí era demasiado pobre de espíritu, pero alcanzó hasta la compasión de sí mismo, y finalmente murmuró: «Propóngame usted algo, pues, señor Schnier»

«Escúcheme con atención, señor Kostert», dije, «le propongo lo siguiente: Toma usted un taxi, se dirige a la estación, me saca un billete de primera para Bonn, me compra una botella de aguardiente, viene al hotel, paga mi cuenta, propina incluida, y deja aquí, dentro de un sobre, el dinero que yo necesite para ir en taxi de aquí a la estación; además, impongo a su cristiana conciencia la obligación de expedir mi

equipaje a Bonn, libre de gastos. ¿De acuerdo?»

Hizo sus cálculos, carraspeó y dijo: «Pero yo quería darle a usted cincuenta marcos».

«Bien», dije, «en tal caso vaya en tranvía, y así en total le saldrá a menos de cincuenta marcos. ¿De acuerdo?»

Calculó otra vez y dijo: «¿No podría llevarse el equipaje en el taxi?» «No», dije, «me he lesionado y no puedo ocuparme de ello.» Por lo visto su conciencia cristiana comenzaba a dar señales de vida. «Señor Schnier», dijo suavemente, «siento de veras que yo...» «Ni una palabra más, señor Kostert», dije yo, «créame que me siento feliz de poder ahorrar a la causa cristiana entre cincuenta y cuatro y cincuenta y seis marcos.» Apreté el pulsador y dejé el auricular junto al aparato. Era uno de esos tipos capaces de volver a llamar y darle a uno la lata. Era preferible dejarle que siguiera hurgando a solas en su conciencia. Me sentí indispuerto. Olvidé mencionar que soy sensible no sólo a la melancolía y a la jaqueca, sino que poseo, además, otro don casi místico: puedo percibir olores por teléfono y Kostert despedía un ofensivo hedor a pastillas de esencia de violetas. Tuve que levantarme y limpiarme los dientes. Gargaricé con lo que quedaba del aguardiente, me desmaquillé con esmero, me acosté de nuevo y pensé en Marie, en los cristianos, en los católicos, y reflexioné sobre el futuro que me aguardaba. También pensé en las alcantarillas, en las que tendría que dormir algún día. Para un payaso que se aproxima a los cincuenta existen dos posibilidades nada más: el arroyo o el asilo. No creía en el asilo, y, de todos modos, me faltaban aún más de veintidós años para llegar a los cincuenta. El que Coblenza y Maguncia se hubiesen vuelto atrás era lo que Zohnerer designaría como «Primera señal de alarma», pero a ello se suma otra cualidad adicional que olvidé mencionar: mi indolencia. También Bonn posee alcantarillas, y, ¿quién me ordena a mí aguardar hasta los cincuenta? Pensé en Marie: en su voz y en su pecho, en sus manos y en sus cabellos, en sus movimientos y en todo lo que había mos hecho juntos. Incluso en Züpfner, con quien ella quería casarse. Chiquillos aún, él y yo nos habíamos conocido tanto, que al volvernos a encontrar después, ya adultos, no sabíamos con exactitud si teníamos que hablarnos de *tú* o de *usted*, ambos tratamientos nos desconcertaban, y cada vez que nos veíamos nos encontrábamos en un apuro. No comprendí que Marie se marchase precisamente con él, pero puede que yo nunca haya «comprendido» a Marie.

Me irrité al ser interrumpido en mis cavilaciones precisamente por Kostert. Arañó la puerta como un perro y dijo: «Señor Schnier, debería usted escucharme ¿Necesita un medico?» «Déjeme en paz», grité, «tire el sobre por debajo de la puerta y váyase a casa.»

Deslizó el sobre por debajo de la puerta, me levanté, lo recogí y lo abrí: dentro había un billete de segunda de Bochum a Bonn y el dinero para el taxi estaba contado

exactamente: seis marcos con cincuenta pfennig. Yo había esperado que lo redondearía a diez marcos, y calculado ya para mis adentros cuánto podría sacar si devolviese el billete de primera con descuento, y adquiriese otro de segunda. Hubieran sido unos cinco marcos. «¿Todo en orden?», gritó desde fuera. «Sí», dije, «y ahora márchese en seguida, pajarraco cristiano.» «Pero, permítame usted que...», dijo, yo rugí: «Márchese». Por un momento todo quedó en silencio, después le oí bajar las escaleras. Los hijos de este mundo son no sólo más listos, sino también más humanos y más generosos que los hijos de la luz. Fui en tranvía a la estación, con objeto de ahorrar algún dinero para aguardiente y cigarrillos. Mi patrona me cargó en cuenta el importe del telegrama que por la tarde había mandado yo a Bonn, dirigido a Monika Silvs, el cual Kostert se había negado a pagar. Por lo tanto, mi dinero no me hubiese bastado para ir en taxi hasta la estación; había cursado ya el telegrama cuando recibí la negativa de Coblenza. Se habían anticipado a mi negativa y esto me contrarió un poco. Hubiese sido mejor para mí el haber podido rehusar telegráficamente: «Imposible actuación a causa de grave lesión pierna». Ahora, como mal menor, el telegrama a Monika había sido cursado ya. «Ruego prepare piso para mañana. Cordiales saludos. Hans.»

En Bonn las cosas sucedían siempre de modo muy distinto; allí nunca he salido a escena, allí vivo, y el taxi que tomaba nunca me llevaba a un hotel, sino a mi propio piso. Debí decir: nos llevaba, a Marie y a mi. Ningún conserje en la casa, a quien pudiese yo confundir con un empleado del tren y, sin embargo, este piso, en el cual paso de tres a cuatro semanas cada año, es para mí más extraño que cualquier hotel. Tuve que contenerme para no tomar un taxi en la estación de Bonn: este gesto lo tengo tan bien ensayado que casi me pone en un apuro. Me quedaba un solo marco en el bolsillo. Permanecí en la escalinata y comprobé mis llaves: para la puerta de la casa, para la del piso, para mi escritorio; en el escritorio encontraría las llaves de la bicicleta. Hace tiempo que pienso en una pantomima con llaves: pienso en un manojito de llaves de hielo, que se van derritiendo mientras transcurre el número.

Sin dinero para el taxi, y por primera vez en mi vida necesitaba uno urgentemente: mi rodilla estaba hinchada y a duras penas atravesé cojeando la plaza que hay delante de la estación, en dirección a la Poststrasse; dos minutos tan sólo desde la estación a nuestro piso, que me parecieron interminables. Me apoyé contra un automático de cigarrillos y lancé una mirada a la casa, de la cual mi abuelo me había regalado un piso; elegantes apartamentos imbricados uno en otro, con balcones revestidos de tonos discretos; cinco pisos, cinco tonalidades distintas para los balcones: en el quinto piso, donde los balcones son de color orín, vivo yo.

¿Era un número que yo representaba? Meter la llave en la cerradura de la puerta, sin asombrarme de que no se derrita, abrir la puerta del ascensor, apretar el botón para el quinto: una suave trepidación y me siento transportado hacia arriba; una mirada, a través de la mirilla del ascensor, al respectivo descansillo de la escalera y por la ventana del descansillo: el dorso de un monumento, la plaza, la iglesia, aparecen iluminados; un tramo oscuro, el techo de hormigón y de nuevo, en visión ligeramente descentrada: el dorso, plaza, iglesia, son enfocados: tres veces, la cuarta vez tan sólo plaza e iglesia. Introducir en la cerradura la llave del piso, sin asombrarme de que también esta vez se abra la puerta.

Todo de color de orín en mi piso: puertas, artesonado, los armarios empotrados; una mujer en batín rojo de orín, sobre la cama turca de color negro haría buen juego, sólo que no sufro únicamente de melancolía, jaqueca, indolencia y del don místico de percibir olores por teléfono; mi dolencia más atroz es mi inclinación a la monogamia; sólo hay una mujer con la cual puedo hacer todo lo que los hombres hacen con las mujeres: Marie, y, desde que ella me ha abandonado, vivo como debería vivir un monje, sólo que no soy ningún monje. He pensado si debía tomar el tren e ir a pedir consejo a uno de los sacerdotes de mi antiguo colegio, pero todos esos sujetos tienen al hombre por un ser polígamo (por esto defienden con tanto ardor la monogamia);

debo de parecerles un monstruo, y su consejo no sería más que una velada alusión a esos antros, en los que, como ellos creen, se puede comprar el amor. Los cristianos aún me dejan perplejo alguna que otra vez, como me ocurrió en cierto modo con Kostert, quien realmente consiguió asombrarme, pero de los católicos ya no me asombra nada. Llegué a sentir gran simpatía por el catolicismo, incluso cuando, hace cuatro años, me llevó Marie a ese «círculo de católicos progresistas»; ella tenía interés en presentarme a católicos inteligentes, y, naturalmente, con la segunda intención de que yo algún día podría convertirme (todos los católicos tienen esta segunda intención). Ya los primeros minutos entre ellos fueron espantosos. En aquel tiempo me hallaba yo en una fase difícil de mi formación como payaso, sin cumplir aún los veintidós años, y ensayaba todo el día. Me había alegrado la perspectiva de esta velada, estaba rendido de cansancio y esperaba una tertulia más o menos animada, con buen vino a todo pasto, buena comida, tal vez baile (lo pasábamos mal y no podíamos permitirnos ni vino ni buena comida); en su lugar hubo mal vino, y la cosa fue más o menos según yo me figuro un Seminario de Sociología con un profesor aburrido. No sólo fatigoso, sino penoso, con un grado excesivo de afectación. En primer lugar rezaron en común, y, entretanto, yo no sabía qué hacer con mis manos, ni adonde dirigir la vista; me parece que no hay derecho a colocar en tal situación a un incrédulo. No rezaron sencillamente un padrenuestro o un avemaría (esto hubiera sido ya bastante penoso, pues, educado como protestante, quedé hartado para siempre de cualquier forma de plegaria de salón); no, era uno de esos textos compuestos por Kinkel, muy programático: «y Te rogamos nos capacites para dar todo su valor tanto a lo tradicional como a lo avanzado», y así por el estilo, y sólo después entraron en el «tema de la velada» que trataba de «la pobreza en la sociedad en que vivimos». Fue una de las veladas más penosas de mi vida. No puedo creer que las charlas religiosas deban ser forzosamente tan soporíferas. Ya sé: el creer en esa religión es difícil. Resurrección de la carne y una vida eterna. A menudo me lo leyó Marie en la Biblia. Debe de ser difícil creer en todo esto. Más adelante leí incluso a Kierkegaard (una lectura útil para un payaso en ciernes), lo encontré difícil, pero no penoso. No sé si existen gentes que bordan tapetes copiando un Picasso o Klee. En aquella velada me dio la impresión de que esos católicos progresistas cortaban retales de Tomás de Aquino, Francisco de Asís, Buenaventura y León XIII para coserse unos taparrabos, que naturalmente no cubrían sus desnudeces, pues ninguno de los presentes (excepto yo) ganaba menos de sus buenos mil quinientos marcos al mes. Resultaba tan penoso para ellos mismos, que acabaron poniéndose cínicos y pedantes, excepto Züpfner, a quien toda la comedia incomodaba tanto que me pidió un cigarrillo. Fue el primer cigarrillo de su vida, y lo fumó torpemente, despidiendo grandes bocanadas, y noté que estaba contento de que el humo le ocultara el rostro. Me daba pena por Marie, que se puso pálida y temblorosa cuando Kinkel contó la

anécdota de aquel hombre que ganaba quinientos marcos al mes y se arreglaba bien, que luego ganó mil y notó que le iba peor, que francamente se encontraba en grandes dificultades al ganar dos mil, y que, por último, cuando hubo llegado a los tres mil, notó que volvía a salir a flote, y como moraleja dedujo: «Hasta quinientos al mes las cosas van perfectamente, pero entre quinientos y tres mil todo es miseria.» Kinkel ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía: divagaba, fumando su grueso cigarro, acercándose a la boca el vaso de vino, devorando barritas de queso, con una olímpica serenidad, hasta que el prelado Sommerwild, consejero espiritual del grupo, comenzó a ponerse nervioso, consiguiendo a! fin desviarle hacia otro tema. Creo que pronunció la palabra «reacción», y con ello lanzó el anzuelo a Kinkel. Éste lo mordió en seguida, se enfureció, e interrumpió su exposición de por qué un auto de doce mil marcos sale más barato que otro de cuatro mil quinientos e incluso su esposa, que le contemplaba con penosa confusión, lanzó un suspiro de alivio.

3

Empecé a sentirme bien en el piso; se notaba limpio y acogedor, y, al colgar mi abrigo de la percha y poner mi guitarra en un rincón, reflexioné que tal vez una vivienda es algo más que una ilusión. No soy sedentario, nunca lo seré —y Marie es aún menos sedentaria que yo, y sin embargo parece haberse decidido a serlo definitivamente—. Se ponía nerviosa en cuanto yo tenía que actuar más de una semana seguida en un mismo lugar.

Monika Silvs había sido esta vez tan amable como siempre que le enviábamos un telegrama; se había procurado la llave del administrador, lo había limpiado todo, puesto flores en el cuarto de estar y llenado la nevera con todo lo necesario. Se hallaba café molido sobre la mesa de la cocina, y al lado una botella de coñac. Cigarrillos y una vela encendida junto a las flores en la mesa del salón. Monika sabe ser extraordinariamente afectuosa, hasta la sensiblería, hasta puede llegar a cursi; la vela que me había puesto en la mesa era fea, y con toda seguridad no hubiese aprobado el examen de un «círculo católico de difusión estética», pero lo más probable era que ella, con las prisas, no hubiese encontrado otras velas, o no hubiese tenido dinero para velas más elegantes; y yo presentía que precisamente esta ridícula vela, a causa de mi afecto por Monika Silvs, llegaba cerca del punto donde mi desgraciada propensión a la monogamia me traza límites. Los demás católicos de la agrupación no se arriesgarían nunca a ser sentimentales o cursis, nunca se pondrían en evidencia, y en cualquier caso, antes lo harían en una cuestión de moral que en una cuestión de gusto. Incluso podía yo percibir en el piso el perfume de Monika, que para ella es demasiado seco y de última moda, uno que creo se llama Taiga. Con la vela de Monika encendí un cigarrillo de Monika, fui a la cocina a buscar el coñac, saqué del estante el listín de teléfonos y descolgué el auricular. Tenía línea. Incluso de esto se había preocupado Monika. El claro latir me pareció el de un corazón infinitamente ancho, y en ese momento más gustaba más que el bramido del mar, más que el ulular del huracán y que el rugido del león. En algún lugar de este claro sonido se ocultaban la voz de Marie, la voz de Leo, la voz de Monika. Colgué lentamente el teléfono. Era la única arma que me quedaba y pronto iba a hacer uso de ella. Me levanté la pernera derecha del pantalón y contemplé mi rodilla lesionada; los rasguños eran leves, la hinchazón sin peligro, me serví un buen vaso de coñac, me bebí la mitad y derramé el resto sobre mi rodilla herida, regresé cojeando a la cocina y puse el coñac en la nevera. Hasta entonces no caí en la cuenta de que Kostert no me había traído el aguardiente que me prometió. Seguramente había pensado que, por motivos pedagógicos, sería mejor no traérmelo, y con ello había ahorrado siete marcos cincuenta a la causa cristiana. Me propuse telefonarle, rogándole que me girase la suma. Este pajarraco no debía escapar así con plena impunidad, y además yo

necesitaba el dinero. Durante cinco años había ganado yo mucho más de lo que necesitaba gastar, y sin embargo todo se había ido. Naturalmente que podía seguir actuando en la zona de los treinta a cincuenta marcos, en cuanto mi rodilla hubiese sanado; tanto me daba, el público de esas lúgubres salas es incluso más amable que el de un *music-hall*. Pero de treinta a cincuenta marcos al día son poco, la habitación del hotel demasiado pequeña, se choca con la mesa y los armarios al ensayar, y yo soy de la opinión de que un cuarto de baño no es ningún lujo y el taxi ningún despilfarro cuando se viaja con cinco maletas.

Saqué otra vez el coñac de la nevera y tomé un trago. No soy un borracho. El alcohol me sienta bien desde que Marie se marchó. Tampoco estaba acostumbrado a tener dificultades con el dinero y el hecho de que poseía un marco nada más y ninguna perspectiva inmediata de ganar mucho más, acabó poniéndome nervioso. Lo único que realmente podría vender hubiese sido la bicicleta, pero si me decidía a ir a actuar en cafés cantantes me sería muy útil la bicicleta, me ahorraría taxi y dinero para transportes. A la posesión del piso se unía una condición: no se me permitía venderlo o alquilarlo. Un típico regalo de abuelo. Siempre hay gato encerrado. Decidí no beber más coñac, entré en la sala y consulté el listín de teléfonos.

Nací en Bonn y conozco aquí mucha gente: parientes, conocidos, antiguos condiscípulos. Mis padres viven aquí, y mi hermano Leo, quien, bajo el patrocinio de Züpfner, se ha convertido, estudia aquí Teología católica. A mis padres debería yo verles forzosamente, aunque sólo fuese para arreglar con ellos la cuestión del dinero. Puede que lo ponga en manos de un abogado. Aún no he decidido nada al respecto. Desde la muerte de mi hermana Henriette, mis padres dejaron de existir para mí. Henriette murió hace ya diecisiete años. Tenía dieciséis cuando la guerra terminaba, una hermosa muchacha, rubia, la mejor jugadora de tenis entre Bonn y Remagen. En aquel entonces se estimuló a las muchachas jóvenes a alistarse voluntariamente en la DCA, y Henriette se alistó en febrero de 1945. Fue todo tan rápido y sin dificultades, que no comprendí nada. Venía yo de la escuela, crucé la carretera de Colonia y vi a Henriette sentada en el tranvía, que justamente en aquel momento partía en dirección a Bonn. Me hizo señas y se puso a reír, y yo también reí. Llevaba una pequeña mochila sobre la espalda, un lindo sombrero azul oscuro y el grueso abrigo azul con el cuello de piel. Todavía no la había visto nunca con sombrero, siempre se había negado a ponérselo. El sombrero le daba un aspecto muy diferente. Parecía una señora joven. Pensé que iba de excursión, a pesar de que la ocasión no era la más oportuna para excursiones. Pero de las escuelas era de esperar cualquier cosa en aquel entonces. Incluso intentaron enseñarnos regla de tres en el refugio antiaéreo, aunque ya oíamos resonar los cañones. Nuestro profesor Brühl cantó con nosotros canciones «piadosas y nacionales», como las llamaba él. Por la noche, si durante media hora todo quedaba tranquilo, se oía siempre ruido de pisadas marcando el paso: prisioneros de guerra italianos (se nos explicó en la escuela por qué entonces los italianos ya no eran aliados, sino que trabajaban con nosotros como prisioneros, pero hasta hoy no he comprendido aquel por qué), prisioneros de guerra rusos, mujeres presas, soldados alemanes; pies marcando el paso durante toda la noche. Nadie sabía con exactitud qué sucedía.

Henriette tenía realmente el aspecto de emprender una excursión con la escuela. De ellos se podía temer cualquier cosa. De vez en cuando, cuando estábamos en clase entre dos alarmas, a través de la ventana abierta oíamos auténticos disparos de fusil, y cuando mirábamos asustados hacia la ventana, nos preguntaba el profesor Brühl si sabíamos lo que aquello significaba. Nos enteramos, desde luego: otro desertor era fusilado allá lejos en el bosque. «He aquí lo que les ocurrirá», dijo Brühl, «a todos los que se niegan a defender nuestro santo suelo alemán contra los judíos yanquis.» (Hace poco me encontré con él, ahora es viejo, canoso, profesor en una Escuela Normal, y pasa por un ciudadano de «honroso pasado político», porque nunca fue del partido.)

Volví a hacer señas hacia el tranvía en el que viajaba Henriette, atravesé nuestro parque en dirección a casa, donde mis padres estaban ya a la mesa con Leo. Hubo puré, patatas con salsa como plato principal, y de postre una manzana. Sólo al llegar a los postres pregunté a mi madre adonde había ido Henriette en su excursión. Rió un poco y dijo: «¡Excursión! ¡Qué tontería! Marchó a Bonn para alistarse en la DCA. No mondes la manzana con una piel tan gruesa. Mira, muchacho», cogió la piel de manzana de mi plato, la raspó a fondo y los productos que resultaron de su economía, delgadísimos cortes de manzana, se los puso en la boca. Miré a mi padre. Miraba fijamente a su plato y no dijo nada. También Leo callaba, y al volver a mirar a mi madre, dijo ella con voz suave: «Ya comprenderás que todos deben hacer de su parte todo lo posible para echar a los judíos yanquis de nuestro santo suelo alemán.» Me lanzó una mirada que me llenó de inquietud, después miró a Leo del mismo modo, y me pareció como si estuviera dispuesta a enviarnos a los dos al frente para luchar contra los judíos yanquis. «Nuestro santo suelo alemán», dijo ella, «y pensar que ya han penetrado profundamente en el Eifel.» Me entraron ganas de reír, pero estallé en lágrimas, arrojé mi cuchillo de postre y corrí hacia mi cuarto. Tenía miedo, sabía incluso por qué, pero no sabía expresarlo, y me enfurecí cuando pensé en la maldita piel de manzana. Miré al suelo alemán de nuestro jardín, cubierto con sucia nieve, y después en dirección al Rhin, a la hilera de sauces dirigiéndose hacia la Siebengebirge, y todo aquel decorado me pareció estúpido. Una vez vi a unos cuantos de aquellos «judíos yanquis»: bajaban del Venusberg en camión hacia Bonn para ir a un puesto de control: parecían muertos de frío, y de miedo, y jóvenes; si me figuraba de algún modo a los judíos, era más bien como a los italianos, a quienes vi todavía más muertos de frío que los americanos, y tan cansados que ya ni siquiera tenían miedo. Di un puntapié a la silla delante de mi cama, y como no cayó, le di otro. Cayó por fin con estrépito e hizo añicos la placa de vidrio encima de mi mesita de noche. Henriette con mochila y sombrero azul. No volvió, y no sabemos dónde está enterrada. Alguien que vino a vernos al terminar la guerra nos informó que había «caído cerca de Leverkusen».

Esta inquietud por el santo suelo alemán en cierto modo resulta cómica, cuando pienso que una buena parte de las acciones del lignito se hallan en manos de nuestra familia desde hace dos generaciones. Desde hace setenta años se benefician los Schniers de las torturas que debe sufrir el santo suelo alemán: aldeas, bosques, castillos, caen ante las excavadoras como las murallas de Jericó.

Un par de días después me enteré de quién poseía derechos de autor sobre la frase de los «judíos yanquis»: Herbert Kalick, de catorce años entonces, mi *Jungvolkführer*, a cuya disposición puso mi madre generosamente nuestro parque, donde éramos adiestrados en el manejo de puños antitanques. Mi hermano Leo, de ocho años, participaba también, y yo le veía marchar marcando el paso junto al

campo de tenis con un puño antitanque al hombro, en el rostro una seriedad como sólo se puede ver en los niños. Le detuve y le pregunté: «¿Qué haces aquí?» Y poniendo una mirada tétrica, dijo: «Seré guerrillero; ¿acaso tú no?» «Desde luego», dije, y bordeando el campo de tenis marché con él hacia el puesto de tiro, donde Herbert Kalick contaba la historia de aquel muchacho que, a sus diez años, había sido distinguido ya con la Cruz de Hierro de primera clase, allá en algún lugar de la lejana Silesia, donde había destruido tres carros de combate rusos con un puño antitanque. Al preguntar un muchacho cómo se llamaba aquel héroe, dije yo: «Matarratas.» Herbert Kalick se puso lívido y gritó: «Cochino derrotista.» Me agaché y le arrojé a Herbert un puñado de ceniza en el rostro. Todos cayeron sobre mí, sólo Leo permaneció neutral, lloró, pero no me auxilió, y en mi paroxismo le grité a Herbert en el rostro: «Cerdo nazi.» Yo había leído esta expresión en alguna parte, escrita en la barra de un paso a nivel. No sabía con exactitud lo que significaba, pero tuve la impresión que podía ser aplicable allí. Herbert Kalick detuvo inmediatamente la pelea y entró en funciones: me detuvo, y fui encerrado en el cobertizo del puesto de tiro, entre los blancos y los postes indicadores, hasta que Herbert hubo convocado allí a mis padres, al profesor Brühl y a un miembro del partido. Yo lloraba de rabia, destrocé a patadas los blancos, sin dejar de gritar a los muchachos que desde fuera me vigilaban: «Sois unos cerdos nazis.» Una hora después me llevaron a la sala para interrogarme. El profesor Brühl apenas podía contenerse. Decía sin cesar: «Total exterminio, exterminio total», y aún hoy no sé con exactitud si se refería a lo corporal o, por así decirlo, a lo espiritual. Uno de estos días le escribiré a la Escuela Normal rogándole me lo explique por amor a la verdad histórica. El miembro del partido, el *Ortsgruppenleiter* suplente Lovenich, era muy razonable. Repetía: «Tengan en cuenta que el chico no tiene aún once años», y puesto que casi me tranquilizó, llegué a responder a su pregunta de dónde había aprendido la expresión infamante: «Lo leí en el paso a nivel de la Annabergerstrasse.» «¿Nadie te lo ha dicho a ti?», preguntó, «quiero decir, ¿tú no lo has oído de nadie?» «No», dije yo. «Pero si el chico no sabe lo que se dice», dijo mi padre y puso su mano en mi hombro. Brühl lanzó a mi padre una mirada enojada, mirando luego angustiado a Herbert Kalick. Por lo visto el gesto de papá pasó por un grave signo de complicidad. Mi madre dijo llorando, con su voz suave y estúpida: «No sabe lo que se hace, no lo sabe: si no fuera así, yo debería desentenderme de él.» «Pues desentiéndete», dije yo. Todo esto tuvo lugar en nuestra espaciosa sala, entre los regios muebles de roble barnizados en un tono oscuro, con los trofeos de caza del abuelo en lo alto de las amplias estanterías de roble, grandes jarras y las macizas librerías de vidrio emplomado. Oía el cañoneo allá lejos en el Eifel, escasamente a veinte kilómetros de distancia, e incluso el tableteo de las ametralladoras, alguna que otra vez. Herbert Kalick, pálido, rubio, con su rostro fanático, actuando como una especie de fiscal, no dejaba de golpear con los nudillos

sobre la mesa, reclamando: «Rigor, rigor, inflexible rigor». Fui sentenciado a abrir en el jardín, bajo la vigilancia de Herbert, un foso para tanques, y era aún medianoche que cavaba yo, siguiendo la tradición de los Schnier, el suelo alemán, si bien —lo que contradecía la tradición de los Schnier— con mis propias manos. Cavé la zanja atravesando los rosales favoritos del abuelo, que se hallaban exactamente junto a la copia del Apolo del Belvedere, y me alegraba al pensar en el momento en que la estatua de mármol sucumbiría ante mi celo excavador; pero me alegré demasiado pronto; iba a ser destruida por un chiquillo pecoso que se llamaba Georg. Se hizo volar a sí mismo y al Apolo por los aires con un puño antitanque, el cual le estalló inoportunamente. El comentario de Herbert Kalick a esta desgracia fue lacónico. «Por fortuna Georg era huérfano.»

Busqué en el listín los números de teléfono de todos aquellos con quienes tenía que hablar; a la izquierda escribí los nombres, uno debajo del otro, de las personas a quienes podía yo dar sablazos: Karl Emonds, Heinrich Behlen, ambos compañeros de colegio, ex estudiante de teología el primero, hoy catedrático de Instituto; el otro, capellán; después Bela Brosen, la querida de mi padre. A la derecha, también en columna, aquellos a los que únicamente en caso extremo pediría yo dinero: mis padres, Leo (a quien yo puedo pedir dinero, pero nunca lo tiene, todo lo da), los componentes del «círculo»: Kinkel, Fredebeul, Blothert, Sommerwild. Y entre las dos columnas de nombres, Monika Silvs, alrededor de cuyo nombre tracé un bonito círculo. Tenía que mandar un telegrama a Karl Emonds, rogándole me telefonease. No tiene teléfono. Gustosamente hubiese yo telefonado a Monika en primer lugar, pero debería llamarla al final. Nuestras relaciones se hallan en una fase tal que sería descortés por mi parte, tanto en lo físico como en lo metafísico, desdeñarla. En este punto me encontraba en una inquietante situación: monógamo, seguía viviendo célibe en contra de mi voluntad, pero conforme a mi naturaleza, desde que Marie, por «miedo metafísico», como ella decía, me abandonó. La verdad era que yo había resbalado en Bochum más o menos deliberadamente, me había dejado caer sobre mi rodilla, para así interrumpir mi iniciada jira y poder marcharme a Bonn. Sufro, de un modo difícil de soportar, de lo que en los libros religiosos de Marie es descrito erróneamente como «concupiscencia carnal». Me gusta mucho Monika, lo suficiente para poder satisfacer con ella el deseo de poseer a otra mujer. Si en estos libros religiosos constara «desear a una mujer», sería ya bastante grosero, pero mejor en algunos grados a la expresión «concupiscencia carnal». Yo no conozco nada carnal fuera de las carnicerías, e incluso éstas no son del todo carnales. Al imaginarme yo que Marie hace con Züpfner lo que sólo debía hacer conmigo, mi melancolía crece hasta la desesperación. Titubeé largo tiempo antes de buscar el número de teléfono de Züpfner y escribirlo al pie de la columna de aquéllos a los que había pensado no darles sablazo. Marie me daría dinero, inmediatamente, todo lo que ella poseía, vendría a mí y me asistiría, sobre todo si se enteraba de la serie de percances que me habían acontecido, pero no vendría sin escolta. Seis años son mucho tiempo, y ella no pertenece a la casa de Züpfner, ni a su mesita para el desayuno, ni a su cama. Incluso estaba dispuesto a luchar por ella, si bien la palabra luchar despierta en mí casi únicamente una idea física, y por lo tanto ridícula: una pelea con Züpfner. Marie aún no estaba muerta para mí, así como mi madre es como si hubiese realmente muerto para mí. Yo creo que los vivos están muertos, y los muertos viven, pero no como lo creen los protestantes y los católicos. Para mí un chiquillo, como Georg, que voló por los aires al estallar un puño antitanque, sigue más vivo que mi madre. Veo al chico

pecoso, desmañado, allá en el prado frente al Apolo, oigo gritar a Herbert Kalick: «Así no, así no»; oigo la explosión, un par de gritos, no muchos, y después el comentario de Kalick: «Por fortuna Georg era huérfano», y media hora después, al cenar en aquella mesa donde se me había juzgado, dijo mi madre a Leo: «¡Tú lo harás mejor que este chico estúpido, no es verdad!». Leo asintió, mi padre me lanzó una ojeada, no hallando ningún consuelo en los ojos de su hijo de diez años.

Hace ya algunos años que mi madre es presidenta del comité central de las asociaciones para la conciliación de las diferencias raciales; hace viajes a la Casa de Anne Frank, en ocasiones incluso hacia América, y en clubs femeninos da conferencias sobre el arrepentimiento de la juventud alemana, siempre con su voz suave y serena, con la que es probable que hubiese dicho al despedir a Henriette: «Niña, pórtate bien». Esta voz la podía oír yo al teléfono a cualquier hora, la voz de Henriette nunca más ya. Tenía una voz asombrosamente apagada y una clara risa. Una vez durante una partida de tenis se le cayó la raqueta de la mano, siguió de pie en el mismo sitio y miró distraídamente al cielo; otra vez dejó caer durante una comida la cuchara en la sopa; mi madre lanzó un grito, lamentando las manchas en el vestido y en el mantel; Henriette apenas oyó nada, y cuando volvió en sí, no hizo más que sacar la cuchara del plato de sopa, la limpió con la servilleta y siguió comiendo; cuando por tercera vez, mientras jugábamos a las cartas ante la chimenea, cayó en el mismo estado de ensoñación, mi madre se enojó vivamente. Gritó: «Este maldito soñar despierta», y Henriette la miró y dijo tranquilamente: «Ea, se acabó, no tengo más ganas, eso es todo», y arrojó las cartas que aún tenía en la mano en el fuego de la chimenea. Mi madre fue a salvar las cartas de las llamas, con lo que se chamuscó los dedos, pero consiguió recuperar las cartas, hasta incluso un siete de corazones, que quedó medio quemado, y ya no pudimos jugar más a las cartas sin pensar en Henriette, si bien mi madre intentó seguir jugando «como si no hubiese pasado nada». No es en absoluto mala, sólo estúpida de un modo increíble, y ahorrativa. No permitió que se comprara otra baraja de cartas, y supongo que el siete de corazones chamuscado sigue en activo y que no le recuerda nada a mi madre cuando cae en sus manos al hacer solitarios. Me hubiese gustado telefonarle a Henriette, pero la mediación para esta charla no la han descubierto aún los teólogos. Busqué el número de mis padres, que siempre olvido, en el listín de teléfonos: Schnier Alfons, *Dr. h. c.* Gerente. Lo de *Doctor h. c.* era nuevo para mí. Mientras marcaba el número, volaba hacia casa con el pensamiento, bajaba por la carretera de Coblenza, entraba en la Ebertallee, torcía a la izquierda hacia el Rhin. Una hora escasa a pie. Oí la muchacha: «Aquí la casa del doctor Schnier.» «Quisiera hablar con la señora Schnier», dije yo. «¿Quién está al aparato?»

«Schnier», respondí, «Hans, hijo carnal de la señora a la que antes me referí». Ella tragó saliva, reflexionó un momento y noté, a través de seis kilómetros de línea

telefónica, que titubeaba. Por lo demás, exhalaba simpatía, pero también olía a jabón y un poco a laca para uñas reciente. Por lo visto conocía bien mi existencia, pero no le había sido dada instrucción alguna en lo que a mí respecta. Sólo había oído vagos rumores: un bicho raro, un pájaro de cuenta.

«¿Cómo puedo saber», preguntó finalmente, «que no se trata de una broma?»

«Puede estar tranquila», dije yo, «y si es necesario estoy dispuesto a darle las señas personales de mi madre. Lunar a la izquierda bajo la boca, verruga...»

Se puso a reír y dijo: «Bien», y movió la clavija. Nuestro sistema telefónico es complicado. Mi padre tiene para él solo tres líneas distintas: un aparato rojo para el lignito, uno negro para la bolsa y uno privado de color blanco. Mi madre tiene dos teléfonos nada más: uno negro para el comité central de las agrupaciones para conciliar las diferencias raciales y uno blanco para las conferencias privadas. Si bien la cuenta corriente privada de mi madre arroja un saldo de seis cifras a su favor, carga los gastos telefónicos (y naturalmente los gastos de viaje a Ámsterdam o a cualquier otra parte) en la cuenta del Comité Centra!. La telefonista equivocó la conexión, mi madre habló rutinariamente en su aparato negro: «Comité central de las sociedades para conciliar las diferencias raciales.»

Quedé atónito. Si ella hubiese dicho: «Aquí la señora Schnier», es probable que yo hubiese dicho: «Aquí Hans, ¿cómo estás, mamá?» En lugar de esto dije: «Le habla un delegado del comité central de los judíos yanquis que se encuentra de viaje, póngame con su hija, por favor.» Incluso yo me asusté. Oí cómo mi madre daba un grito, el cual me dio a entender claramente cuan vieja se había vuelto. Dijo: «Nunca podrás olvidarlo, ¿eh?» Yo mismo estaba a punto de llorar y dije en voz baja: «¿Olvidarlo yo, mamá?» Calló, y sólo oí aquel lloriqueo senil que tanto me turbaba. Hacía cinco años que no la había visto, y ahora debería tener más de sesenta. Durante un momento había yo creído realmente que ella iba a cambiar la comunicación y ponerme con Henriette. En todo caso ella siempre habla de que «tal vez tenga incluso un enchufe para el cielo»; ella se lo toma a broma, como todo el mundo habla hoy de sus enchufes: un enchufe para el partido, para la Universidad, para la televisión, para el ministerio del interior.

Me hubiese gustado mucho oír la voz de Henriette, aunque sólo hubiese dicho «nada» o, por mi, «mierda» tan sólo. En su boca no hubiese sonado a vulgar en lo más mínimo. Cuando ella se lo dijo a Schnitzler, al hablar éste de la disposición mística de ella, me había parecido hermoso como si de la nieve hablase ⁴ (Schnitzler era un escritor, uno de los parásitos que durante la guerra vivieron con nosotros, y siempre que Henriette caía en aquel estado de ensoñación hablaba él de su disposición mística, y ella le decía simplemente «mierda» todas las veces que él comenzaba a hablar de ello.) Ella hubiese podido decir también algo diferente: «Hoy le he zumbado otra vez a este necio lechuguino», o algo en francés: «*La condition de*

Monsieur le Comte est parfaite». Me había ayudado a veces en mis deberes escolares y siempre nos hizo gracia que a ella se se dieran bien los deberes de los demás y tan mal los propios.

En lugar de esto, oí tan sólo el lloriqueo senil de mi madre, y pregunté: «¿Cómo está papá?»

«Oh», dijo, «se ha vuelto viejo, viejo y sabio.»

«¿Y Leo?»

«Oh, Le, es aplicado, aplicado», dijo, «se le pronostica un buen futuro como teólogo.»

«Dios mío», dije yo, «precisamente a Leo un futuro como teólogo.»

«Fue bastante cruel para nosotros que él se convirtiera», dijo mi madre, «pero el espíritu sopla donde quiere.»

Había ya recuperado la firmeza en la voz, y por un momento estuve tentado de preguntarle por Schnitzler que sin cesar entraba y salía de nuestra casa. Era un sujeto corpulento, atildado, que a la sazón siempre fantaseaba sobre el noble europeísmo, la dignidad que tenían los germanos. Por curiosidad leí más tarde una de sus novelas, *Amoríos franceses*, más aburrida de lo que el título prometía. Lo más notable de dicha obra era que el héroe, un teniente francés prisionero, era rubio, y la heroína, una muchacha alemana del Mosela, de negros cabellos. Se sobresaltaba cada vez que Henriette —creo que ocurrió dos veces en total— decía «mierda», y afirmaba que una disposición mística podía concordar perfectamente con «el irreprimible afán de fulminar a los demás con palabras feas» (con todo, no había en Henriette nada irreprimible, y ella no soltaba esa palabra para «fulminar» a nadie, sino que lo decía para sí), y aportó como prueba la *Mística Cristiana* en cinco tomos de Gorres. Naturalmente que en su novela todo transcurre de un modo idílico. Allí «resuena como cristal la poesía de los nombres de vinos franceses que hablan de amor para así festejarse mutuamente». La novela termina con una boda secreta; pero todo ello supuso para Schnitzler caer en desgracia para la Sociedad de Autores del Reich, que le impuso la «prohibición de escribir» durante unos diez meses. Los americanos lo acogieron con los brazos abiertos como pionero al servicio de la cultura, y hoy se pasea por Bonn y relata en cualquier oportunidad que los nazis le habían prohibido escribir. Un farsante así ni siquiera necesita mentir para quedar siempre bien. Y con todo, fue él quien convenció a mi madre para que nos alistásemos, yo en la Jungvolk y Henriette en la Sección Femenina. «En esta hora, mi querida señora, a toda costa hemos de mantenernos unidos, hacer causa común, sufrir juntos.» Le veo de pie junto al fuego de la chimenea, con uno de los cigarrillos de papá en la mano. «Ciertas injusticias, de las que he sido víctima, no podrán ofuscar mi inteligencia lúcida e imparcial, y así sé que el Führer —le tembló la voz, no obstante— el Führer tiene la salvación en sus manos.» Lo dijo unos dos días antes que los americanos ocupasen

Bonn.

«¿Qué hace Schnitzler?», pregunté a mi madre. «Le va formidable», dijo ella, «en el Ministerio del Exterior no pueden pasarse sin él.» Naturalmente, ella lo ha olvidado todo, siendo bastante extraño que los judíos yanquis aún despierten recuerdos en ella. Ya no me arrepentía de haber comenzado así mi conversación con ella.

«¿Y qué hace el abuelo?», pregunté.

«Fabuloso», dijo, «indestructible. Pronto va a festejar su nonagésimo aniversario. Es para mí un misterio cómo lo consigue.»

«Esto es muy sencillo», dije, «estos viejos verdes no se dejan turbar ni por la conciencia ni por los recuerdos. ¿Está en casa?»

«No», dijo ella, «marchó a Ischia por seis semanas.»

Callamos los dos, yo seguía sin estar seguro de mi voz, ella volvía a estarlo del todo de la suya cuando me preguntó: «Pero ¿cuál es el verdadero motivo de tu llamada? —por lo que he oído, las cosas vuelven a irte mal Tienes mala suerte profesional— así me lo han contado.»

«¿De veras?», dije, «lo que tú temes es que os pida dinero, pero puedes ahorrarte este temor, mamá. Ya sé que no vais a darme. Recurriré a los tribunales, pues es el caso que necesito dinero, ya que quiero marcharme a América. Alguien me ha ofrecido allí una oportunidad. Un yanqui judío, por más señas, pero yo no toleraré ninguna divergencia racial.» Ella estaba ahora más lejos que nunca del llanto. Antes de colgar oí aún como decía algo referente a principios. Por lo demás, olía ella como siempre había olido: a nada. Uno de sus principios: «Una dama no despide ninguna clase de olor». Probablemente por este motivo tiene mi padre una querida tan linda, que ciertamente no despide olor, pero tiene el aspecto de oler muy bien.

6

Puse bajo mi espalda todos los almohadones a mi alcance, levanté mi pierna herida, me aproximé el teléfono, y reflexioné si iría a la cocina, para abrir la nevera y coger la botella de coñac.

Lo de la «mala suerte profesional» había sonado de un modo asaz sarcástico en boca de mi madre, y no había intentado disimular su triunfo. Probablemente yo era demasiado ingenuo al suponer que aquí en Bonn nadie estaba enterado de mis fracasos. Si mi madre lo sabía, lo sabía papá, luego lo sabría Leo también, a través de Leo Züpfner, todo el grupo, y Marie. Debió afectarle horriblemente, peor que a mí. Si dejo completamente la bebida, en seguida me encontraré de nuevo en un nivel que Zohnerer, mi representante, describe como «situado francamente por encima del término medio», y esto sería suficiente para ir tirando en los veintidós años que me quedan antes de caer al arroyo. Lo que Zohnerer elogia siempre es mi «amplia base técnica»; de arte no entiende nada en absoluto y lo valora, con una ingenuidad que linda en lo genial, simplemente por el éxito. Del oficio entiende algo y sabe bien que yo aún puedo actuar veinte años, más arriba de la raya-de-los-treinta-marcos. Con Marie las cosas ocurren de modo muy distinto. Estará contristada por «el bajo nivel artístico» y por mi miseria, la cual yo no encuentro en modo alguno tan espantosa. Alguien que lo mire desde fuera — todo el mundo es mirado desde fuera por los demás— siente siempre una cosa mejor o peor que aquél que conoce el asunto, trátese de felicidad o de desgracia, penas de amor o «decadencia artística». No me importaría en absoluto actuar en lúgubres salas ante amas de casa católicas o enfermeras evangélicas, realizando buenas bufonadas o tan sólo imitaciones. Lástima que tales agrupaciones confesionales tengan una pobre idea de los honorarios. Es natural que una buena directora de ta! agrupación piense que cincuenta marcos son una buena suma, y que si se cobra veinte veces al mes, tienen que dejar buen margen. Pero si le muestro la cuenta del maquillaje y le explico que para ensayar necesito una habitación en un hotel que sea algo mayor de dos veinte por tres, pensará probablemente que mi querida me resulta tan costosa como la reina de Saba. Pero si le cuento después que vivo casi únicamente de huevos pasados por agua, caldo, albondiguillas y tomates, se santiguará y pensará que voy insuficientemente alimentado si al llegar al mediodía no tomo una «comida fuerte». Si continúo relatándole que mis vicios privados consisten en periódicos vespertinos, cigarrillos y jugar a la oca, me tomará probablemente por un farsante. Hace ya tiempo que desistí de hablar con alguien de dinero o de arte. En el momento en que los dos entramos en discusión, nunca nos ponemos de acuerdo: el arte está invariablemente mal pagado o lo está excesivamente. En un circo ambulante inglés conocí una vez un payaso que en lo profesional valía veinte veces lo que yo y era diez veces más artista que yo, y que

sin embargo no llegaba a ganar diez marcos al día: se llamaba James Ellis, rozaba ya la cincuentena, y cuando le invité a cenar —hubo tortilla con jamón, ensalada y pastel de manzana— la comida le sentó mal: hacía diez años que no comía tanto de una vez. Desde que conocí a James jamás he vuelto a discutir de dinero ni de arte.

Aceptaré las cosas tal y como vengan, y cuento con el arroyo. Marie tiene en la cabeza ideas completamente distintas; hablaba siempre de «vocación», pretendía que todo, incluso lo que yo hago, es vocación; yo soy tan alegre, a mi manera tan piadoso y tan casto, y así sucesivamente. Es horrible lo que les pasa por la cabeza a los católicos. Ni siquiera pueden beber buen vino sin hacerse violencia, cueste lo que cueste han de tener «conciencia» de cuan bueno es el vino, y por qué. En lo referente a la conciencia no les van a la zaga a los marxistas. Marie se sobresaltó cuando hace un par de meses me compré una guitarra y le dije que de noche cantarí a la guitarra canciones compuestas y escritas por mí. Opinó que esto quedaba por debajo de mi «nivel», y yo le dije que por debajo del nivel del arroyo queda aún la alcantarilla, pero ella no comprendió lo que quise decir y odio el dar explicaciones. Se me comprende o no. No soy un exégeta.

Se hubiese podido imaginar que la marioneta que yo soy tuviera los hilos rotos; al contrario: los asía yo con fuerza en la mano y me veía a mí, tendido en Bochum en el escenario de la agrupación, borracho, con la rodilla lesionada, oí en la sala el compasivo rumor y me pareció ofensivo: en modo alguno merecía yo tanta compasión, y hubiese preferido un par de silbidos; ni siquiera la cojera era adecuada a la lesión, aunque yo estaba realmente lesionado. Quería recobrar a Marie y había comenzado a luchar, a mi manera, sólo por mor de aquello que en los libros de ella se designa como «concupiscencia carnal».

Yo tenía veintiún años, ella diecinueve, cuando una noche subí simplemente a su cuarto para hacer con ella lo que un hombre y una mujer hacen juntos. Por la tarde la había visto aún con Züpfner y como salían del centro parroquial cogidos de la mano, sonrientes los dos, sentí una punzada en el corazón. Ella no pertenecía a Züpfner y esta estúpida familiaridad me enojó. A Züpfner le conocían casi todos en la ciudad, sobre todo a causa de su padre, a quien los nazis habían expulsado; había sido catedrático de instituto e inmediatamente después de la guerra se negó a aceptar el cargo de director en el mismo centro. Incluso hubo alguien que le quiso hacer ministro, pero él se enfureció y dijo: «Soy profesor, y me gustaría volver a ser profesor». Era un hombre alto, taciturno, a quien yo encontraba un poco aburrido como profesor. Suplió una vez a nuestro profesor de alemán y nos leyó en voz alta una poesía, aquella de las hadas liliáceas, jóvenes y bellas.

Mi opinión en cuestiones escolares no cuenta para nada. Fue sencillamente una equivocación enviarme a la escuela durante más tiempo que el legalmente prescrito; incluso el período impuesto por la ley era ya excesivo. Nunca he acusado a los profesores a causa del colegio, sino únicamente a mis padres. Esta observación: «pero él tiene que hacer el bachillerato», es en realidad una cuestión de la que debería ocuparse alguna vez el comité central de las asociaciones para conciliar las diferencias raciales. Es realmente una cuestión racial: bachilleres, no bachilleras, profesores, catedráticos de instituto, universitarios, no universitarias —todo razas—. Cuando el padre de Züpfner acabó de leernos la poesía, aguardó un par de minutos y luego preguntó sonriente: «Bien, ¿algún comentario?» y yo me puse de pie inmediatamente y dije: «Encuentro maravillosa esta poesía». Acto seguido estalló la clase entera en risas, no así el padre de Züpfner. Sonrió, pero no con altanería. Lo encontré muy amable, aunque algo seco. No conocía muy bien a su hijo, pero mejor que al padre. Una vez pasé junto al campo de deportes, y él jugaba allí al fútbol con el equipo juvenil, y al aproximarme yo para ver mejor, me gritó.: «¿No quieres jugar con nosotros?» y yo dije en seguida que sí y entré en el equipo como medio izquierda, en el que jugaba contra Züpfner. Después del partido me dijo: «¿Quieres venir con nosotros?» Pregunté: «¿Adonde?» y dijo: «A nuestra reunión en el centro», y al decirle yo: «Pero si yo no soy católico», rió, y con él los demás chicos; Züpfner dijo: «Cantaremos, y a ti te gusta cantar». «Sí», dije, «pero estoy hasta las narices de reuniones, estuve dos años en un internado». Aunque rió, se le notaba enojado. Dijo: «Pero si te gusta, ven otro día a jugar al fútbol». Jugué aún un par de veces con su equipo, fui con ellos a comer helados, y él ya no me invitó más a las reuniones. Supe también que Marie se reunía en el mismo centro con los de su grupo, yo la conocía bien, muy bien, porque muchas veces me reunía yo con su padre, y a veces iba yo por

la tarde al campo de deportes, cuando ella jugaba a balonmano con las chicas de su grupo, y las miraba. Mejor dicho: la miraba, y a veces ella me hacía una seña en pleno juego y me sonreía, y yo le devolvía la seña y sonreía también; nos conocíamos muy bien. A la sazón iba yo muy a menudo a casa de su padre, y a veces venía a sentarse con nosotros, cuando el viejo intentaba explicarme a Hegel y a Marx, pero en casa nunca me sonreía. Cuando aquella tarde la vi salir del centro parroquial con Züpfner, cogidos de la mano, sentí una punzada. Me hallaba en una situación confusa. Había dejado la escuela, acabando el sexto curso con veintiún años. Los sacerdotes habían sido muy amables, hasta me habían dado una reunión de despedida, con cerveza y bocadillos, cigarrillos y, para los no fumadores, chocolate, y yo interpreté para mis condiscípulos toda clase de números: plática católica y plática evangélica, obreros con el sobre conteniendo la paga, y también toda suerte de bufonadas e imitaciones de Charlot. Incluso pronuncié un discurso de despedida: «Sobre el falso supuesto de que el bachillerato es un requisito para la eterna salvación». Fue una emotiva despedida, pero en casa estaban disgustados y con caras largas. Mi madre estuvo sencillamente grosera conmigo. Sugirió a mi padre que me hiciera «bajar a la mina», y mi padre me preguntaba continuamente qué quería ser, y yo dije «payaso». Dijo: «Querrás decir actor —bien— quizás pueda enviarte a una escuela.» «No», dije, «actor, no, he dicho payaso, y las escuelas no me sirven para nada.» «Pero, ¿qué te has creído?», preguntó. «Nada», dije, «nada. Me marcharé de casa.» Fueron dos meses horribles, pues no tuve valor para marcharme realmente de casa, y a cada bocado que comía me miraba mi madre como si yo fuese un delincuente. No obstante, ella ha dado sustento, durante años enteros, a toda clase de parásitos errantes, pero se trataba de «artistas y poetas»; Schnitzler, este mamarracho, y Gruber, quien desde luego no era tan funesto. Era un poeta lírico gordinflón, silencioso y sucio, quien vivió medio año con nosotros y no escribió ni una sola línea. Cuando por la mañana bajaba a desayunar, no dejaba de mirarle mi madre, como si esperara descubrir las huellas de su lucha nocturna con el demonio. Era casi impúdico su modo de mirarle. Desapareció él un día, sin dejar rastro, y nosotros niños quedamos extrañados y asustados, cuando descubrimos en su cuarto un buen montón de novelas policíacas, sobadas de tanto releerlas, y sobre la mesa de su escritorio un par de cuartillas, en las cuales sólo se leía una palabra: «Nada», en una cuartilla figuraba dos veces: «Nada, nada». Para individuos así mi madre llegaba a bajar a la bodega para buscar un trozo extra de jamón. Creo que si yo hubiese comenzado por montar gigantescos caballetes, y pintarrajeado estupideces sobre gigantescos lienzos, ella hubiese estado dispuesta incluso a transigir con mi modo de vivir. Después habría dicho: «Nuestro Hans es un artista, acabará por abrirse camino. Todavía se busca». Pero la realidad era que yo no era más que un alumno de sexto, demasiado viejo, del cual sólo se sabía que podía hacer «perfectamente algunas payasadas». Naturalmente

que me negué a dar «pruebas de mi capacidad» por el escaso pienso que me daban. Así pasaba yo la mitad de la jornada junto al padre de Marie, el viejo Derkum, a quien ayudaba un poco en la tienda y que me regalaba cigarrillos, si bien las cosas no le iban muy bien. Pasé sólo dos meses en casa de este modo, pero me parecieron una eternidad, mucho más largos que la guerra. A Marie la veía raras veces, pues estaba enfrascada en prepararse para el bachillerato y se quedaba a estudiar con sus compañeras de colegio. A veces se daba cuenta el viejo Derkum de que yo no le escuchaba ya, sino que miraba fijamente a la puerta de la cocina, movía la cabeza y decía: «Tardará aún en venir», y yo me ruborizaba. Era viernes y yo sabía que el viejo Derkum siempre iba al cine los viernes por la noche, pero no sabía si Marie estaría en casa o en la de una amiga preparándose para el examen. No pensé en nada y a la vez en casi todo, incluso en si ella estaría «después» aún en condiciones de hacer su examen, y sabía ya lo que después se confirmaría, que no sólo medio Bonn se escandalizaría de la seducción, sino que añadiría: «y tan cerca del examen de final de bachillerato», incluso pensé en las chicas de su grupo, para quienes ello sería una decepción. Sentí un miedo espantoso por lo que un chico en el internado había llamado una vez «los pormenores físicos», y la cuestión de la potencia me inquietaba. Lo sorprendente para mí fue que no experimenté lo más mínimo la «concupiscencia carnal». También pensé que sería indigno de mi parte el servirme de las llaves que el padre de ella me había dado para entrar en la casa y subir al cuarto de Marie, pero no tenía otra opción. La única ventana en el cuarto de Marie daba a la calle, la cual estaba tan concurrida hasta las dos de la madrugada, que yo hubiese terminado en la comisaría de policía, y yo tenía que hacerlo hoy con Marie. Incluso entré en una droguería y me compré, con el dinero que me había prestado mi hermano Leo, no sé qué producto del cual me habían contado en la escuela que aumenta la fuerza viril. Enrojecí hasta la raíz del cabello al entrar en la droguería, por fortuna me sirvió un hombre, pero hablé tan bajo que se impacientó y me pidió que le dijese, «de modo claro y audible», lo que yo quería, y yo cité el nombre del producto, me lo dio y pagué a la esposa del farmacéutico, quien me miró meneando la cabeza. Naturalmente me conocía, y cuando, al día siguiente por la mañana, se enteró de lo que había sucedido, se imaginó tal vez lo que en absoluto respondía a la realidad, pues dos calles más abajo abrí la cajita y dejé rodar las píldoras por el arroyo.

A las siete, cuando los cines habían empezado ya, enfilé la Gudenauggasse, con las llaves en la mano, pero la puerta de la tienda estaba aún abierta, y cuando entré Marie sacó la cabeza por el zaguán y gritó: «¿Quién hay?» «Soy yo», grité; corrí escaleras arriba y ella me miró sorprendida, cuando yo, sin tocarla, la hice retroceder lentamente hacia su cuarto. No habíamos cambiado muchas palabras, siempre nos habíamos mirado nada más y sonreído mutuamente, y no sabía si debía tratarla de tú o de usted. Llevaba el raído albornoz gris que había heredado de su madre, los

oscuros cabellos recogidos hacia atrás con una cinta verde; más tarde, al desatar yo la cinta vi que era un trozo de sedal de su padre. Estaba tan asustada, que no necesité decir nada, y ella sabía bien lo que yo quería. «Vete», dijo, pero lo dijo automáticamente, sabía yo que ella debía decirlo, y sabíamos los dos que si bien fue dicho en serio lo fue de un modo automático, pero al decir ella «vete» y no «váyase», la suerte estaba echada. Contenía tanta ternura la minúscula palabra, que pensé bastaría para llenar una vida, y estuve a punto de llorar; ella lo dijo de un modo que me convenció de que había sabido que yo vendría, o en cualquier caso no estaba enteramente sorprendida. «No, no», dije, «no me voy; ¿adonde podría ir yo?» Ella meneó la cabeza. «¿He de pedir prestados veinte marcos y marcharme a Colonia y casarme más tarde contigo?» «No», dijo, «no marches a Colonia.» La miré y ya casi no tuve miedo. Yo ya no era un niño, y ella era una mujer; miré hacia donde ella cerraba su albornoz, miré hacia la mesa junto a la ventana, y me alegré de que no hubiese cosas de la escuela: sólo cosas de costura y patronés. Bajé corriendo a la tienda, la cerré y puse la llave donde desde hace ya cincuenta años se pone: entre los caramelos de menta y los cuadernos. Cuando volvía subir, la encontré llorando, sentada sobre su cama. Me senté también en su cama, en el otro borde, encendí un cigarrillo, se lo di, y fumó el primer cigarrillo de su vida, haciéndolo torpemente; tuvimos que reírnos, pues ella despedía el humo de un modo tan cómico por su boca contraída, que casi parecía coquetería, y cuando ella lo sacó una vez casualmente por la nariz, reí: tan depravado parecía. Por último comenzamos a hablar, y hablamos mucho. Ella decía que pensaba en las mujeres de Colonia que hacían «esto» por dinero y creían honradamente que ello podría pagarse con dinero; pero esto no se paga con dinero y así todas las esposas, cuyos maridos se van a tales lugares, incurren en pecado, y ella no quería incurrir en el pecado de esas mujeres. También yo hablé mucho y dije que todo lo que había leído acerca del llamado amor físico y de los demás amores, lo consideraba una tontería. Yo no podía separar una cosa de la otra, y ella me preguntó si yo la encontraba bonita y si la quería, y yo dije que ella era la única muchacha con la cual quería yo hacer «esto», y siempre había pensado sólo en ella, al pensar en ello, ya incluso en el internado; siempre en ella nada más. Finalmente Marie se levantó y entro en el cuarto de baño, mientras yo seguía sentado en su cama, continué fumando y pensé en las horribles píldoras que había dejado rodar por el arroyo. De nuevo sentí miedo, fui al cuarto de baño, llamé con los nudillos. Marie titubeó un momento antes de decir sí, luego entré y en cuanto la vi, se me fue otra vez el miedo. Las lágrimas le corrían por el rostro, mientras se friccionaba los cabellos con loción, después se empolvó, y dijo: «Pero, ¿qué haces aquí?», y dijo: «Me pongo bonita». Las lágrimas trazaban surcos en los polvos, de los cuales se había puesto en demasía, y dijo: «¿No querrás ahora marcharte?», y dije «no». Se pasó aún un poco de agua de colonia, mientras yo me senté en el borde de la

bañera y reflexioné sobre si bastarían dos horas; ya habíamos charlado durante más de media hora. En el colegio había especialistas en la cuestión de si es difícil convertir a una doncella en mujer, y yo no podía apartar de mi mente a Gunther, que debió mandar delante a Sigfrido, y pensé en la espantosa matanza de los Nibelungos que por ello fue promovida, y cuando yo en el colegio, al repasar la leyenda de los Nibelungos, me levanté y le dije al padre Wunibald: «En realidad Brunilda era la esposa de Sigfrido», él se sonrió y dijo: «Pero si estaba casado con Crimilda, hijo mío», y yo me enfurecí y afirmé que esto era una interpretación que yo conceptuaba de «clerical». El padre Wunibald se irritó, golpeó el pupitre con los dedos, apeló a su autoridad y dijo que no permitiría «ofensas semejantes». Me levanté y le dije a Marie: «No llores», y cesó de llorar y retocó con la borla de polvos las huellas de las lágrimas en su rostro. Antes de ir otra vez a su cuarto, permanecemos de pie en el vestíbulo y miramos a la calle por la ventana: era enero, las calles estaban mojadas, amarillas las luces sobre el asfalto, verde el rótulo de neón sobre la verdulería: Emil Schmitz. Conocía a Schmitz, pero no sabía que su nombre de pila fuese Emil, y el nombre de Emil me pareció inadecuado para el apellido Schmitz. Antes de entrar en el cuarto de Marie,, entreabrí la puerta y apagué la luz por dentro.

Cuando su padre volvió a casa, no dormíamos aún; casi eran las once, y le oímos entrar en la tienda, para buscar cigarrillos, antes de subir las escaleras. Ambos pensamos que debería notar algo: tan tremendo era lo que había pasado. Pero no notó nada, escuchó en la puerta durante un momento nada más y se fue arriba. Oímos como se quitaba los zapatos, los tiraba al suelo, más tarde le oímos toser dormido. Reflexioné cómo iba él a tomárselo. Ya no era católico, separado de la iglesia desde hace tiempo, y siempre había clamado conmigo contra la «farisaica moral sexual de la sociedad burguesa» y le enfurecía «la estafa que cometen los curas con el matrimonio». Pero yo no estaba seguro de si lo que había hecho con Marie sería aceptado sin protestas. Yo le era muy simpático y él a mí, y estuve tentado de levantarme en plena noche, ir a su cuarto y contárselo todo, pero luego se me ocurrió que yo era bastante adulto, veintiún años, Marie también bastante mayor, diecinueve, y que ciertas formas de sinceridad varonil son más penosas que el silencio, y además pensé: no le importará a él tanto como yo había pensado. Después de todo, yo no podía presentarme a él por la tarde y decirle: «Señor Derkum, esta noche quiero dormir con su hija»; él comprendería lo que había ocurrido.

Un poco más tarde se levantó Marie, me besó en la oscuridad y quitó las sábanas. Estaba totalmente oscuro en el cuarto, no se filtraba nada de luz del exterior, habíamos corrido las gruesas cortinas y yo reflexioné sobre quién le había dicho lo que ahora iba a hacer: quitar las sábanas y abrir la ventana. Me susurró: «voy al cuarto de baño, tú te lavarás aquí», y dándome la mano me sacó de la cama, y

guiándome en la oscuridad me llevó de la mano hacia el rincón donde se hallaba el lavabo, puso mi mano sobre la jarra, la jabonera, la palangana, y salió con las sábanas bajo el brazo. Me lavé, me tendí otra vez en la cama, y me pregunté qué hacía tanto tiempo Marie con las sábanas. Estaba rendido de cansancio, contento de poder pensar, sin sentir miedo, en el maldito Gunther, y después me invadió el miedo, pues podía haber pasado algo a Marie. En el internado se contaban espantosos detalles. No era agradable estar tendido sobre el colchón sin sábanas, pues era viejo y raído, sólo llevaba la camiseta y tiritaba de frío. Pensé otra vez en el padre de Marie. Todos le tenían por comunista, pero cuando después de la guerra pudo ser alcalde, los comunistas cuidaron de que no lo fuese, y siempre que empezaba yo a comparar los nazis con los comunistas, se enfurecía y decía: «Joven, hay diferencia entre caer en una guerra dirigida por una firma de jabones, y morir por una causa en la que se puede creer». Lo que él era realmente, aún hoy no lo sé, y cuando Kinkel le llamó una vez en mi presencia «sectario genial», estuve a punto de escupirle a Kinkel en la cara. El viejo Derkum fue uno de los pocos hombres que siempre me han inspirado respeto. Era flaco y rudo, mucho más joven de lo que aparentaba, y tenía molestias respiratorias de tanto fumar. Le oí toser allá arriba en su dormitorio todo el tiempo que estuve esperando a Marie, me pareció que yo había hecho una bajeza y, sin embargo, sabía que no lo era. Una vez él me dijo: «¿Sabes por qué en las casas señoriales, como la de tus padres, el cuarto de la muchacha de servicio se halla siempre al lado de las habitaciones de los adolescentes? Te lo diré: es una antiquísima especulación sobre la naturaleza y la caridad.» Deseé que bajase y me sorprendiese en la cama de Marie, pero subir yo y, por así decirlo, dar parte, esto no lo quería.

Fuera comenzaba ya a amanecer. Sentía frío y la pobreza del cuarto de Marie me agobiaba. Los Derkum hacía ya tiempo que pasaban por venidos a menos, y la decadencia fue atribuida al «fanatismo político» del padre de Marie. Habían tenido una pequeña imprenta, una pequeña editorial, una librería, pero ahora tenían sólo esta pequeña tienda de artículos de escritorio, en la cual vendían también dulces para colegiales. Mi padre me dijo una vez: «Aquí puedes ver hasta dónde puede arrastrar a un hombre el fanatismo: no obstante, después de la guerra ha tenido Derkum, por ser perseguido político en la época nazi, inmejorables oportunidades para poseer su periódico propio.» Lo curioso es que yo nunca encontré fanático al viejo Derkum, pero quizás mi padre ha confundido el ser fanático con el ser consecuente. El padre de Marie ni siquiera vendía libros de rezos, aunque esto hubiese sido una oportunidad, en especial antes de la semana de Pascua, para ganar un poco de dinero.

Cuando se hizo de día en el cuarto de Marie, vi cuan pobres eran realmente: ella tenía tres vestidos colgados en el armario: el verde oscuro, del cual tenía la impresión de habérselo visto desde hace un siglo, otro amarillento, que estaba casi completamente raído, y el vistoso traje sastre azul oscuro, que siempre llevaba en la

procesión, el viejo abrigo verde botella y sólo tres pares de zapatos. Durante un momento estuve tentado de levantarme, abrir los cajones y mirar su ropa interior, pero renuncié. Creo que ni aunque estuviese yo legalmente casado con una mujer curiosearía en su ropa interior. Su padre hacía tiempo que ya no tosía. Habían dado ya las seis, cuando Marie salió por fin del cuarto de baño. Estaba contento por haber hecho con ella lo que siempre quise hacer con ella, la besé y fui feliz al ver cómo sonreía. Sentí sus manos en mi cuello: estaban heladas, y le pregunté en voz baja: «¿Qué has estado haciendo?» Dijo: «Qué otra cosa podía hacer, he lavado las sábanas. Te hubiese traído otras, pero sólo tenemos cuatro pares, dos siempre en la cama y dos en la colada.» La atraje a mí, la abrigué y puse sus manos heladas en mis sobacos, y Marie dijo que allí se encontraban tan bien, cálidas como pájaros en un nido. «No podía dar las sábanas a la señora Huber», dijo, «que siempre nos lava la ropa, porque toda la ciudad se hubiese enterado de lo que hemos hecho, tampoco quería tirarlas. Por un momento pensé en tirarlas, pero luego me pareció una lástima.» «¿No tenías agua caliente?», pregunté, y ella dijo: «No, el termo está estropeado desde hace tiempo.» Después comenzó a llorar repentinamente, y yo le pregunté por qué lloraba ahora, y ella susurró: «Dios mío, bien sabes tú que soy católica»; y yo dije que cualquier otra muchacha, protestante o infiel, probablemente lloraría también, y hasta sabía por qué; me miró inquisitivamente, y yo dije: «Porque existe realmente una cosa llamada inocencia.» Ella siguió llorando, y yo no pregunté por qué lloraba. Lo sabía: hacía un par de años que estaba en ese grupo de chicas católicas, y siempre había ido a la procesión, con seguridad había hablado continuamente con las muchachas acerca de la Virgen María; y ahora debía considerarse perjura o traidora. Podía imaginarme lo amargo que resultaba para ella. Era realmente amargo, pero yo no había podido esperar más. Dije que hablaría con las chicas, y ella se sobresaltó y dijo: «¿Qué, con quién?» «Con las chicas de tu grupo», dije, «es realmente penoso para ti, y si las cosas se ponen malas, por mí puedes decirles que te he violado.» Ella rió, y dijo: «No, es una tontería. ¿Qué les dirás a las chicas?» Yo dije: «No diré nada, simplemente actuaré ante ellas, interpretaré un par de números y haré imitaciones, y ellas pensarán: Ah, conqué éste es Schnier, que hizo aquello con Marie; así la cosa es completamente distinta a lo que por ahí se rumorea.» Ella reflexionó, volvió a reír y dijo en voz baja: «No eres tonto.» Luego volvió a llorar repentinamente y dijo: «No puedo dejarme ver aquí por más tiempo.» Yo pregunté: «¿Por qué?», pero ella no hizo más que llorar y menear la cabeza.

Sus manos en mis sobacos se ponían calientes, y cuanto más calientes estaban sus manos, tanto más soñoliento estaba yo. Pronto fueron sus manos las que me calentaron a mí, y cuando ella volvió a preguntarme si la quería y la encontraba bonita, dije que era evidente, pero ella dijo que le gustaba oír lo evidente, y yo

murmuré medio dormido, sí, sí, que la encontraba bonita y que la quería.

Me desperté cuando Marie se levantó, se lavó y se vistió. Ella no se avergonzó, y para mí era lo más natural el verla de aquel modo. Vi más claro que nunca cuando pobremente iba vestida. Mientras ella cerraba y abrochaba, pensaba yo en las muchas cosas bonitas que le compraría cuando tuviese dinero. A menudo permanecía de pie ante casas de modas y contemplaba chaquetas y jerseys, zapatos y bolsos, y me imaginaba lo bien que le sentarían a ella, pero su padre tenía una opinión tan rigurosa del dinero, que nunca me había atrevido a regalarle nada. Una vez me había dicho él: «Es cosa horrible la miseria, pero también resulta penoso mal vivir, situación en la que se encuentran la mayoría de los hombres.» «¿Y ser rico?», pregunté, «¿cómo es?» Me ruboricé. Me miró con acritud, se ruborizó también y dijo: «Joven, tú acabarás mal si no dejas de pensar. Si yo tuviese valor y creyese aún que se puede crear algo en este mundo, ¿sabes tú lo que haría yo?» «No», dije. «Fundaría», dijo y volvió a ruborizarse, «una asociación que cuidara de los hijos de la gente rica. Pero los imbéciles no encuentran asociados más que a los pobres.»

Pensé en muchas cosas, mientras veía vestirse a Marie. Me hizo feliz y a la vez desgraciado al ver lo natural que para ella era su cuerpo. Más tarde, cuando íbamos juntos de hotel en hotel, siempre me quedaba en cama por la mañana para poder verla cuando se lavaba y vestía, y si el cuarto de baño se hallaba tan mal situado que yo no podía ver nada desde la cama, me ponía en la bañera. Aquella mañana en su cuarto, lo que más me hubiese gustado era continuar acostado, y deseé que no acabase nunca de vestirse. Se lavó cuidadosamente cuello, brazos y pecho, y se limpió los dientes con ardor. Yo mismo he rehuido siempre en lo posible el lavarme por la mañana, y el limpiarme los dientes aún me horroriza. Prefiero la bañera, pero me gustaba mirar a Marie así ocupada en su higiene, todo en ella era tan limpio y tan natural, incluso el minúsculo gesto con que enroscaba el tapón en el tubo de dentífrico. Pensé también en mi hermano Leo, quien era muy piadoso, meticuloso y exacto, y que siempre recalca que él «creía» en mí. Se hallaba también ante los exámenes para bachiller, y en cierto modo se avergonzaba de haberlo conseguido, a los diecinueve años, con plena normalidad, mientras yo con veintiuno seguía indignándome en clase de sexto con la falsa interpretación de la leyenda de los Nibelungos. Leo conocía también a Marie de alguna agrupación en la que jóvenes católicos y evangélicos discutían sobre democracia y tolerancia religiosa. Nosotros dos, Leo y yo, considerábamos a nuestros padres aún como modelo de matrimonios. Fue un rudo golpe para Leo cuando se enteró de que papá hacía ya casi diez años que tenía una querida. También fue un rudo golpe para mí, pero no moralmente, pues me era fácil imaginar que debía ser penoso estar casado con mi madre, cuya engañadora afabilidad, consistía en abrir poco la boca y hablar por la I y la E. Decía raramente una frase en la que se hallasen la A, la O o la U, y era característico de ella el haber abreviado el nombre de Leo en

Le. Para mí fue más bien un trauma estético el enterarme de que papá tenía una querida: no rezaba con él. No es apasionado ni desborda vitalidad, y de no suponer que la mujer era sólo para él una enfermera o una hermana de la caridad (con lo cual no encajaba el término patético de querida), lo anormal del hecho residía en que no rezaba con mi padre. En realidad ella era una cantante simpática, linda, no excesivamente inteligente, a quien él ni siquiera proporcionó contratos o conciertos adicionales. Para eso era él demasiado correcto. A mí la cosa me dejó perplejo, para Leo fue penoso. Le habían ofendido en sus ideales, y mi madre al ver su estado no supo decir más que «Le vive en crisis», y cuando tuvo malas notas en clase quiso llevarle a un psiquiatra. Conseguí impedirlo, contándole primero todo lo que sabía sobre eso que el hombre y la mujer hacen juntos. y ayudándole a estudiar hasta que volvió a tener buenas notas, con lo cual mi madre ya no consideró necesario al psiquiatra.

Marie se puso el vestido verde oscuro, y aunque vi que tenía dificultades con la cremallera no me levanté para ayudarla: era tan bello contemplar cómo extendía sus manos hacia la espalda, su piel blanca, el cabello oscuro y el vestido verde oscuro; también me alegré al ver que no se ponía nerviosa; al fin vino hacia la cama, me incorporé y cerré la cremallera. Le pregunté por qué se levantaba tan horriblemente temprano, y dijo que su padre lograba sólo conciliar el sueño en la madrugada y que se quedaría en cama hasta las nueve, y ella debía entrar los periódicos en la tienda y abrir, pues a veces venían los colegiales ya antes de la misa a comprar cuadernos, lápices, confites, y, además, dijo ella, «es mejor que te vayas a las siete y media. Voy a hacerte café y pasados cinco minutos bajas a la cocina sin hacer ruido.» Casi me pareció estar casado cuando bajé a la cocina, Marie me sirvió café y me cortó un panecillo. Meneó la cabeza y dijo: «Sin lavar, sin peinar, ¿vienes siempre así a desayunar?» y yo dije que sí, que ni siquiera en el internado consiguieron acostumbrarme al metódico lavado a primeras horas de la mañana.

«¿Pues qué haces?», preguntó, «de algún modo tienes que despejarte, ¿no es así?»

«Me fricciono siempre con agua de colonia», dije.

«Resulta bastante caro», dijo, y se ruborizó inmediatamente.

«Sí», dije, «pero la tengo siempre gratis, un gran frasco, gracias a un tío mío que es representante de una marca.» Perplejo, miré a mi alrededor en la cocina que yo conocía tan bien: era pequeña y oscura, una especie de trastienda nada más; en el rincón, la cocinita en la que Marie había conservado la lumbre del día antes, como hacen todas las amas de casa: por la noche cubre el carbón con periódicos mojados, y por la mañana atiza las brasas y alimenta el fuego con leña y más carbón. Odio este olor a carbonilla que se nota en la calle por la mañana, y que entonces impregnaba esa cocina pequeña y lúgubre. Era tan reducida que cada vez que Marie sacaba la cafetera del fogón, tenía que levantarse y apartar la silla, y es probable que su abuela

y su madre lo hicieron exactamente igual. Aquella mañana me pareció la cocina, que yo conocía tan bien, prosaica por primera vez. Puede que experimentara yo por primera vez lo prosaico, el tener que hacer cosas que no deparan ya ningún placer. Yo no deseaba dejar aquella estrecha casa y asumir quién sabe qué obligaciones; la obligación de responder de lo que había hecho con Marie, ante las chicas, ante Leo, hasta mis padres acabarían por enterarse. Con gusto me hubiese quedado allí y hubiese vendido hasta el fin de mis días confites y cuadernos, acostado por la noche arriba con Marie y dormido junto a ella, dormir lícitamente junto a ella, como en las últimas horas antes de levantarnos, con sus manos en mis sobacos. Encontré impresionante y sublime lo prosaico con cafetera y panecillos y el deformado delantal blanco azulado de Marie sobre su vestido verde, y me pareció que lo prosaico era tan connatural a las mujeres como su cuerpo. Estaba orgulloso de que Marie fuese mi esposa, y sentí no ser todo lo adulto que debería ser en adelante. Me levanté, di la vuelta alrededor de la mesa, tomé a Marie en mis brazos y dije: «¿Te acuerdas de que anoche te levantaste y lavaste las sábanas?» Ella asintió. «Y no olvido que tú me calentaste las manos en tus sobacos; ahora debes irte, son ya las siete y media y van a venir los primeros niños.»

Le ayudé a entrar los paquetes de periódicos y a abrirlos. Más allá llegaba justamente Schmitz del mercado con su camión de verduras y yo salté atrás para que no me viese, pero ya me había visto. Ni el mismo diablo tiene ojos tan penetrantes como los vecinos. Seguí en la tienda y eché una ojeada a los flamantes periódicos de la mañana, por los cuales suspiran la mayoría de los hombres. Los periódicos me interesan sólo al atardecer o en la bañera, y cuando estoy en la bañera los más serios periódicos de la mañana me parecen tan frívolos como los de la tarde. Los titulares de aquella mañana voceaban: «¡Strauss: con todas sus consecuencias!» Quizá sería mejor confiar a un robot cibernético la redacción de un artículo de fondo o de los titulares. Existen límites, más allá de los cuales debería refrenarse la estupidez. Sonó el timbre de la tienda y entró una chiquilla, de ocho o nueve años, de cabellos negros y rojas mejillas, recién lavada, el libro de rezos bajo el brazo. «Caramelos», dijo, «diez pfennig». No sabía yo cuántos caramelos entraban en diez pfennig, abrí la vitrina, conté veinte, los puse en una bolsa, y me avergonzé por primera vez de mis dedos no enteramente limpios, que a través del grueso cristal del tarro de caramelos se veían aumentados. La niña me miró extraña al ver que veinte caramelos caían en la bolsa, pero le dije: «Ya está, vete», y tomé la moneda de diez pfennig del mostrador y la tiré en la caja.

Marie rió al volver cuando le mostré orgulloso la moneda. «Ahora debes irte», dijo.

«¿Y por qué?», pregunté, «¿no puedo esperar a que tu padre baje?»

«Cuando él baje, a las nueve, debes estar aquí de vuelta. Vete», dijo, «debes

decírselo a tu hermano Leo, antes de que se entere por otros.»

«Sí», dije, «tienes razón». «Y tú», me ruboricé de nuevo, «¿no tienes que ir a la escuela?»

«Hoy no voy», dijo, «nunca más iré. Vuelve en seguida.»

Me resultó difícil separarme de ella, me acompañó hasta la puerta de la tienda, y la besé ante la puerta abierta, de suerte que Schmitz y su esposa pudieron verlo desde lejos. Miraban embobados como peces que de repente descubriesen, asombrados, que hacía ya tiempo que habían tragado el anzuelo.

Me marché sin volverme. Sentí frío, me levanté el cuello de la chaqueta, encendí un cigarrillo, di un rodeo por el mercado, bajé por la Franziskanerstrasse y al llegar a la esquina de la Koblenzerstrasse salté al autobús que pasaba por allí, la cobradora me abrió la puerta, me amenazó con el dedo cuando me acerqué a ella para pagarle, y señaló, moviendo la cabeza, a mi cigarrillo. Lo apagué, dejé caer la colilla en el bolsillo de mi chaqueta y fui hacia la parte media del autobús. No me senté, miré hacia la Koblenzerstrasse y pensé en Marie. Algo en mi rostro pareció haber irritado al señor sentado junto a mí. Bajó incluso el periódico, renunció a su «¡Strauss: con todas sus consecuencias!», deslizó sus gafas hasta la punta de la nariz, me miró meneando la cabeza y murmuró: «Increíble.» La mujer sentada detrás de él (por poco no tropecé con un saco lleno de zanahorias que había a su lado) asintió al comentario, agitó también la cabeza y movió silenciosamente los labios.

Excepcionalmente me había peinado yo, ante el espejo de Marie y con su peine, llevaba mi chaqueta gris, limpia, del todo corriente, y mi barba no era tan espesa para que un día sin afeitarme hubiese podido darme un aspecto «increíble». No soy demasiado alto, ni demasiado bajo, y mi nariz no es tan larga como para constar entre las «señas particulares» en mi pasaporte. Allí dice: ninguna. No estaba sucio ni bebido, y no obstante se irritó la mujer del saco de zanahorias más que el hombre de las gafas, quien finalmente, tras un último movimiento de asombro de su cabeza, se caló otra vez las gafas y se ocupó de las consecuencias de Strauss. La mujer soltaba tacos silentes, hacía inquietos movimientos de cabeza, para hacer saber a los demás pasajeros lo que no revelaban sus labios. Aún hoy no sé qué aspecto tienen los judíos, de lo contrario hubiera podido calcular si me tomaba por uno, pero creo más bien que aquello no lo causaba mi aspecto, sino mi mirada, al mirar yo a la calle por la ventanilla del autobús y pensar en Marie. Esa estúpida hostilidad me puso nervioso, me apeé una estación antes y descendí a pie el trozo de la Ebertallee, antes de torcer hacia el Rhin.

Los troncos de las hayas de nuestro parque estaban negros, empapados aún, el campo de tenis recién regado, rojo, desde el Rhin me llegaban las sirenas de los remolcadores, y cuando entré en el vestíbulo oí a Anna en la cocina que en voz baja refunfuñaba para sí. No entendí más que: «... no puede acabar bien, no puede». Por la

abierta puerta de la cocina grité: «No me prepares desayuno, Anna», me alejé rápidamente, y me quedé en el salón. Nunca me habían parecido tan oscuros los paneles de roble y las estanterías de madera con copas y trofeos de caza. Cerca de allí, en el cuarto de música, tocaba Leo una mazurca de Chopin. A la sazón se había propuesto estudiar música, y se levantaba por la mañana a las cinco y media para ejercitarse antes de las clases. Lo que tocaba me transportó a las últimas horas del día, e incluso olvidé que Leo tocaba. Leo y Chopin no se adaptan bien uno al otro, pero tocaba tan bien que me olvidé de ello. De los compositores clásicos son Chopin y Schubert los que más me gustan. Ya sé que nuestro profesor de música tenía razón al calificar a Mozart de celestial, a Beethoven de sublime, a Gluck de único y a Bach de grandioso; lo sé. Bach me hace siempre el efecto de un tratado de teología en treinta tomos, que me deja abrumado. Pero Schubert y Chopin son tan terrenales como pueda serlo yo. Son los que escucho con más placer. En el parque, hacia el Rhin, vi a través de los sauces moverse los blancos del campo de tiro del abuelo. Por lo visto se había encargado a Fuhrmann el engrasarlos. Mi abuelo congrega a veces a unos cuantos «viejos compinches», y entonces se ven quince enormes autos en la pequeña rotonda ante la casa, quince chóferes se quedan tiritando entre las vallas y los árboles, formando grupos, juegan a los naipes sobre los bancos de piedra, y cuando un viejo compinche acierta una serie de doce blancos se oye inmediatamente un tapón de champán. Alguna vez el abuelo llamó y ante los viejos compinches hice un par de payasadas, imité a Adenauer, o a Erhard, lo cual es sencillo hasta la desmoralización, o interpreté pequeños números: el del *maître* en el vagón-restaurante. Y por mal que yo intentase hacerlo, se desternillaban de risa, «disfrutaban en grande» y cuando yo al final hacía una colecta pasando una caja de cartuchos vacía o una bandeja, la mayoría sacrificaban billetes. Con esos cínicos vejestorios me entendía yo perfectamente, con ellos no me iba nada, con mandarines chinos me hubiese entendido igualmente bien. Como comentario a mis actuaciones lanzaron algunos incluso las palabras de «colosal» o «sublime». Algunos hasta llegaron a decir más de una palabra: «El chico lo lleva en la sangre» o «Éste sí que promete.»

Mientras oía tocar a Chopin, pensé por primera vez en buscarme contratos con objeto de ganar algún dinero. Podría rogarle al abuelo que me recomendara para amenizar las asambleas de accionistas, o como diversión después de las sesiones del consejo de administración. Incluso había yo preparado un número llamado «Consejo de Administración».

Cuando Leo entró en el cuarto, se esfumó Chopin en el acto; Leo es muy alto, rubio, con sus gafas sin marco parece un superintendente o un jesuita sueco. La marcada raya de sus pantalones oscuros hizo desaparecer el último rastro de Chopin, el jersey blanco sobre los pantalones de marcada raya hacía una mala impresión, igual que el cuello de la camisa roja, que se veía salir del jersey blanco. Esa

impresión, la de ver que alguien intenta en vano parecer atractivo, me sume siempre en profunda melancolía, como los nombres pretenciosos: Ethelbert, Gerentrud. Vi también una vez más cómo Leo se parece a Henriette, sin ser igual a ella: la nariz respingona, los ojos azules, la raya del pelo; pero no la boca de ella, y todo lo que en Henriette producía una impresión bella y vivaz es en él aparatoso y envarado. No se le notaba que era el mejor gimnasta de la clase; tenía el aspecto de un joven que está dispensado de gimnasia, pero que cuelga en su cuarto media docena de diplomas deportivos.

Se me acercó con prisa, repentinamente se detuvo un par de pasos antes de llegar a mí, sus inquietas manos algo separadas del cuerpo, y dijo: «Hans, ¿qué sucede?» Me miró a los ojos, o mejor debajo de los ojos, como se hace para llamar la atención de otro sobre una mancha, y noté que yo había llorado. Si oigo tocar a Chopin o a Schubert lloro siempre. Enjuagué ambas lágrimas con el índice derecho y dije: «No sabía que supieses tocar tan bien a Chopin. Toca otra vez la mazurca.»

«No puedo», dijo, «debo ir a la escuela, a primera hora van a darnos los temas de alemán para el examen.»

«Te llevaré en el coche de mamá», le dije.

«No me gusta ir en este grotesco coche», dijo «sabes bien que lo odio.» En aquel entonces mamá había adquirido de una amiga un coche de sport «a un precio absurdamente barato», y Leo era muy susceptible si algo en él podía ser interpretado como ostentación. Había sólo una posibilidad de enfurecerle ferozmente: cuando alguien le bromeaba por la riqueza de nuestros padres, se ponía muy colorado y se arrojaba a repartir puñetazos.

«Haz una excepción», dije, «siéntate al piano y toca. ¿No quieres saber dónde estuve?»

Se ruborizó, miró al suelo y dijo: «No, no quiero saberlo.»

«Estuve con una muchacha», dije, «con una mujer: mi mujer.»

«¿Sí?», dijo sin alzar la vista. «¿Cuándo tuvo lugar la boda?» Seguía sin saber qué hacer con sus inquietas manos, quiso de repente pasar ante mí con la cabeza agachada. Le así fuertemente de la manga.

«Es Marie Derkum», dije en voz baja. Se desprendió de mí, dio un paso atrás y dijo: «Dios mío, no.»

Me miró enojado y refunfuñó algo para sí.

«¿Qué?», pregunté, «¿qué has dicho?»

«Que ahora sí que tendré que utilizar el coche. ¿Me llevas?»

Dije que sí, pasé mi brazo por sus hombros y marché a su lado a través del salón. Quería ahorrarle el verme. «Ve a buscar la llave», dije, «a ti te la dará mamá, y no olvides los papeles; y, Leo, necesito dinero. ¿Te queda dinero?»

«En la Caja de Ahorros», dijo, «¿no puedes irlo a sacar tú mismo?»

«No sé», dije, «prefiero me lo envíes.»

«¿Enviártelo?», preguntó. «¿Quieres marcharte?»

«Sí», dije. Asintió y corrió escaleras arriba.

Sólo en el momento en que me lo preguntó supe que quería marcharme. Entré en la cocina, donde Anna me recibió refunfuñando.

«Pensé que no querías desayunar», dijo enfadada.

«Desayunar no», dije, «pero sí tomaré café». Me senté ante la restregada mesa y miré a Anna cómo en el fogón sacaba el filtro de la cafetera y lo colocaba en una taza para que acabase de gotear. Por la mañana desayunábamos siempre con las muchachas de servicio en la cocina, porque nos fastidiaba que nos sirviesen solemnemente en el comedor. A aquella hora sólo estaba Anna en la cocina. Norette, la segunda doncella, estaba con mamá en el dormitorio, le servía el desayuno y charlaba con ella de trapos y cosméticos. Ahora estaría mamá probablemente triturando entre sus espléndidos dientes algún grano de trigo, mientras se ponía en el rostro cualquier crema elaborada a base de placenta, y Norette le leía en voz alta el periódico. Puede también que estuviesen ocupadas en la plegaria matinal, compuesta de Goethe y Lutero. que de ordinario recibe un añadido de rearmamento moral, o Norette leía una selección de los prospectos sobre laxantes que mamá había reunido. Tiene carpetas enteras llenas de prospectos de medicamentos, archivadas por «digestión», «corazón», nervios», y cuando puede conseguirlos de algún médico en cualquier parte, se informa de las «novedades», ahorrándose con ello los honorarios de una consulta. Y si uno de los médicos le envía después muestras gratuitas, la hace feliz.

Veía la espalda de Anna, quien temía el momento en que tendría que volverse, mirarme a la cara y hablar conmigo. Nos teníamos simpatía, si bien ella nunca pudo reprimir una penosa tendencia a educarme. Hacía quince años que estaba con nosotros, mamá la obtuvo por mediación de un primo que era párroco evangélico. Anna procede de Potsdam, y el mero hecho de que nosotros, aunque protestantes, habláramos el dialecto renano, le pareció a ella grotesco, casi monstruoso. Yo creo que un protestante que hablase bávaro le parecería la encarnación del demonio. Ya se había acostumbrado un poco al país renano. Es alta, delgada y orgullosa de saber «moverse como una dama». Su padre fue tesorero en una asociación de la cual sólo sé que se llamaba I.R. 9. Es de todo punto inútil decirle a Anna que nosotros no pertenecemos a esta I.R. 9; en lo que respecta a la educación de los jóvenes no quiere ella apartarse de esta máxima: «Esto no hubiese sido posible en la I.R. 9.» Nunca he llegado a saber qué es la I.R. 9, pero sé que en aquella enigmática institución pedagógica yo no hubiese valido ni para mozo de limpieza de las letrinas. Especialmente mis prácticas higiénicas despertaron siempre en Anna reminiscencias del I.R. 9, y «esa horrible costumbre de quedarse en la cama tanto como sea posible»,

provoca en ella el mismo asco que si yo estuviese atacado de lepra. Cuando por fin se volvió y vino a la mesa con la cafetera, mantenía los ojos bajos como una monja que sirviese a un obispo de dudosa reputación. Lo sentí por ella, así como por las chicas del grupo de Marie. Seguramente había notado Anna, con su instinto de monja, de donde venía yo, mientras que mi madre, aunque yo viviera tres años casado secretamente con una mujer, no notaría nada. Tomé la cafetera de manos de Anna, me serví café, así firmemente la manga de Anna y la obligué a mirarme: lo hizo con sus ojos azules, desvaídos, de inquietos párpados, y vi que realmente lloraba. «Maldita sea, Anna», dije, «mírame. Supongo que en tu I.R. 9 era costumbre mirar valientemente a los ojos.»

«No soy valiente», lloriqueó, y la solté; volvió el rostro hacia el fogón, murmuró algo de pecado e infamia, de Sodoma y Gomorra, y yo dije: «Por Dios, Anna, piensa en lo que verdaderamente hicieron los de Sodoma y Gomorra.» Apartó mis manos de sus hombros, y yo salí de la cocina sin decirle que quería marcharme de casa. Era la única persona con la que hablaba a veces sobre Henriette.

Leo me esperaba ya afuera, ante el garaje, y miraba angustiado a su reloj de pulsera. «¿Ha notado mamá que me marché?», pregunté. Dijo «no», me dio la llave y abrió el portal. Subí al coche de mamá, lo puse en marcha e hice subir a Leo. Se esforzaba por mirar a sus uñas. «Tengo la libreta de ahorros», dijo, «durante el recreo iré a sacar el dinero. ¿Adonde he de mandarlo?» «Mándalo al viejo Derkum», dije. «Por favor», dijo, «acelera, que es tarde.» Pasamos rápidamente por el sendero de nuestro jardín, salimos afuera y tuvimos que esperarnos ante la parada en la que Henriette subió al tranvía para marcharse a la DCA. Subieron al tranvía un par de chicas de la edad de Henriette, riendo como ella había reído, con gorros azules en la cabeza y abrigos con cuello de piel. Si viniese otra guerra, las despedirían sus padres exactamente igual como mis padres despidieron a Henriette, les darían dinero para sus gastos, un par de sándwiches, unas palmaditas en el hombro, y les dirían: «Pórtate bien.» Me hubiese gustado saludar a las chicas, pero desistí. Todo se interpreta mal. Cuando se va en un coche tan disparatado, no se puede ni siquiera saludar a una muchacha. Una vez en el Hofgarten regalé a un chico media pastilla de chocolate y aparté sus rubios cabellos de su sucia frente; estaba llorando y las lágrimas le subían por la frente, y sólo quise consolarle. Hubo un horrible altercado con dos mujeres que poco faltó para que llamasen a la policía, y después de la refriega me sentí como un monstruo, porque una de las mujeres no paraba de decirme: «Sujeto asqueroso, sujeto asqueroso.» Fue abominable, la escena me produjo una sensación de perversidad igual que la que me produce un auténtico monstruo.

Mientras el coche iba por la ruta de Coblenza con gran exceso de velocidad, miré ansiosamente en busca de un coche de ministro al que poder arañar. El coche de mamá tiene los cubos de las ruedas muy salientes y con ellos se puede arañar otro

coche, pero tan temprano no había ministros por la carretera. Pregunté a Leo: «¿Y qué, de veras vas a ser soldado?» Asintió, ruborizado. «En el círculo hemos hablado de eso», dijo, «y hemos llegado a la conclusión de que favorece a la democracia.» «Bien», dije, «anda, alístate en la farsa, yo a veces lamento estar exento del servicio militar.» Leo se volvió a mí en actitud interrogadora, pero volvió la cabeza cuando quise mirarle. «¿Por qué?», preguntó. «Oh», dije, «me gustaría volver a ver al comandante que estuvo alojado en casa y que quería fusilar a la señora Wieneken. Seguro que ahora es coronel o general.» Paré ante el Beethovengymnasium para que Leo pudiese aparecer, pero meneó la cabeza y dijo: «Aparca detrás, a la derecha del Seminario», seguí adelante, paré, di a Leo la mano, pero sonrió preocupado y a su vez me tendió la mano abierta. Yo estaba ya lejos con el pensamiento, no comprendí, y me puso nervioso el ver cómo Leo miraba sin cesar, con inquietud, su reloj de pulsera. Faltaban aún cinco minutos para las ocho, y tenía tiempo sobrado. «No me harás creer que realmente quieres hacerte soldado», dije. «¿Y por qué no?», dijo enfadado, «dame las llaves del coche». Le di las llaves, incliné la cabeza saludándole y me marché. Todo el tiempo estuve pensando en Henriette y juzgué una locura que Leo quisiera hacer el servicio. Atravesé el Hofgarten, dejé atrás la Universidad y me dirigí al Mercado. Sentía frío y quería ir a casa de Marie.

La tienda estaba llena de niños cuando llegué. Los niños tomaban caramelos, lápices, gomas de borrar de las estanterías, y le dejaban al viejo Derkum el dinero sobre el mostrador. Cuando atravesé la tienda para entrar en el cuarto de atrás, él no levantó la mirada. Fui hacia el fogón, calenté mis manos con la cafetera y pensé que Marie llegaría en cualquier momento. No me quedaban cigarrillos, y reflexioné si debía pagarlos o no, si se los pedía a Marie. Me serví café de la cafetera y me di cuenta de que había tres tazas sobre la mesa. Cuando en la tienda se hizo silencio, puse a un lado mi taza. Deseé que Marie estuviese conmigo. Me lavé en la pila, junto al fogón, la cara y las manos, me peiné con el cepillo para las uñas que hallé en la jabonera, me alisé el cuello de la camisa, ajusté la corbata y examiné una vez más mis uñas: estaban limpias. De repente me di cuenta de que tenía que «hacer todo lo que de ordinario no hacía.

Cuando entró su padre acababa yo de sentarme, y me levanté inmediatamente. Él estaba tan perplejo y tan intimidado como yo; no parecía enfadado, sólo muy serio, y cuando alargó la mano hacia la cafetera me sobresalté, no mucho, pero se notó. Meneó la cabeza, se sirvió, me ofreció la cafetera, le di las gracias, siguió aún sin mirarme. La pasada noche, allá arriba en la cama de Marie, cuando pensaba en todo, me había sentido muy seguro. Me hubiese gustado fumar un cigarrillo, pero no me atreví a sacar uno de su paquete que estaba encima de la mesa. En cualquier otra ocasión lo hubiese hecho. Al verle allí de pie, inclinado sobre la mesa, con su gran calva y la corona de cabellos grises y en desorden, me pareció muy viejo. Dije en voz

baja: «Señor Derkum, está usted en su derecho», pero él golpeó la mesa con la mano, me miró por fin por encima de sus gafas, y dijo: «Maldita sea, ¿teníais que hacer eso, y precisamente de este modo, para que se enterara toda la vecindad?» Me alegré de que no estuviese decepcionado y no comenzase a hablar de honor. «Lo peor que podía pasar. Sabes perfectamente los sacrificios que nos cuesta ese condenado examen, y ahora», cerró la mano, la abrió como si soltase a un pájaro, «nada». «¿Dónde está Marie?», pregunté. «Se marchó», dijo, «partió para Colonia.» «¿Dónde está?», grité, «¿dónde?» «Cálmate», dijo, «ya te enterarás. Supongo que ahora querrás ponerte a hablar de amor, de boda y de todo el rollo. Ahórratelo. Puedes marcharte ya. Me gustará ver cómo te las compones. Vete.» Tuve miedo de marcharme. Dije: «¿Y la dirección?» «Aquí está», dijo, y me alargó una cuartilla por encima de la mesa. Me guardé la cuartilla. «¿Y qué más?», gritó, «¿qué más? ¿A qué esperas?» «Necesito dinero», dije, y me alegré de que se echara a reír; fue una extraña risa, cruel y desagradable, que sólo le había oído una vez en que hablábamos de mi padre. «Dinero», dijo, «es un chiste, pero ven», dijo, «ven», y asiéndome de la manga me llevó a la tienda, pasó detrás del mostrador, abrió la caja con estrépito y comenzó a sacar calderilla a manos llenas: moneditas de diez, cinco y un pfennig. Desparramó el dinero sobre los cuadernos y periódicos, titubeé, y luego comencé lentamente a recoger las monedas, estuve tentado de recogerlas todas de una vez en la palma de la mano, pero seguí tomándolas una a una, las conté y me las fui metiendo en el bolsillo marco a marco. Me miró como lo hacía, asintió, sacó su portamonedas y me dio una moneda de cinco marcos. Nos ruborizamos los dos. «Perdóname», dijo en voz baja, «perdóname, por Dios, perdóname.» Pensó que yo estaría ofendido, pero yo le comprendía muy bien. Le dije: «Regáleme un paquete de cigarrillos.» Inmediatamente tomó dos paquetes de la estantería a su espalda y me los dio. Estaba llorando. Me incliné por encima del mostrador y le besé en la mejilla. Es el único hombre a quien he besado.

El pensar que Züpfner podía contemplar a Marie vistiéndose, o que le estaba permitido mirar cómo ella enroscaba el tapón en el tubo de dentífrico me hizo sentirme muy desgraciado. Me dolía la pierna, y me asaltaron dudas de si tendría aún posibilidad de actuar en la línea-de-los-treinta-a-los-cincuenta-marcos. Me atormentaba también el pensamiento de que Züpfner no tuviese el menor interés en contemplar a Marie enroscando el tubo de dentífrico: según mi modesta experiencia, los católicos no tienen el más mínimo sentido de los detalles. Había anotado en mi cuartilla el número de teléfono de Züpfner, pero no estaba aún armado para marcar ese número. Nunca se sabe lo que es capaz de hacer una persona bajo presión ideológica, y quizá se había casado realmente con Züpfner, y el oír la voz de Marie al teléfono, diciendo «aquí Züpfner», eso no lo hubiese soportado yo. Para poder telefonar a Leo, busqué en el listín las «escuelas sacerdotales» y no encontré nada, y sin embargo sabía que había dos de esos engendros: el Leoninum y el Albertinum. Por último encontré fuerzas para descolgar el auricular y marcar el número de Informaciones, hasta pude comunicar, y la muchacha que habló lo hizo incluso con acento renano. A veces siento anhelo por oír hablar renano, hasta tal punto que desde el hotel llamo a una central telefónica de Bonn, para oír este lenguaje enteramente desprovisto de marcialidad, al cual falta la R, el sonido en que se basa la disciplina militar.

Escuché el «espere, por favor» sólo cinco veces, luego contestó una muchacha y yo le pregunté por «esos lugares donde se forman los sacerdotes católicos»; le dije que había buscado por «escuelas sacerdotales» sin encontrar nada, ella rió y dijo que esos «lugares» —pronunció lindamente las comillas— se llaman sencillamente seminarios, y me dio el número de ambos. La voz de la muchacha al teléfono me había serenado un poco. Había sonado natural, ni falsa, ni coqueta, y muy renana. Incluso logré comunicar con telégrafos y cursar el telegrama para Karl Emonds.

Siempre ha sido para mí incomprendible por qué todos los que se tienen por inteligentes se empeñan en mostrar un obligado odio a Bonn. Bonn ha tenido siempre ciertos encantos, encantos soñolientos, como hay mujeres de quienes puedo imaginar que su somnolencia sea atractiva. Naturalmente que Bonn no soporta exageraciones y se ha exagerado esta ciudad. No se puede describir una ciudad que no soporta exageraciones: de todos modos, es una rara cualidad. Cualquier niño sabe también que el clima de Bonn es clima para rentistas, que se dan relaciones entre la presión arterial y la atmosférica. Lo que a Bonn no le sienta bien en absoluto es la irritación defensiva: en casa he tenido abundantes ocasiones de hablar con altos funcionarios, diputados, generales —mi madre es gran organizadora de *parties*—, y todos adoptaban una actitud de irritada, a veces incluso llorosa defensiva. Todos sonrían

con gemebunda ironía cuando se habla de Bonn. No comprendo esta afectación. Si una mujer cuyo atractivo es la somnolencia se pone de repente a bailar un cancán salvaje, sólo cabe suponer que ha sido drogada; pero no es posible drogar a una ciudad entera. Una buena tía anciana puede enseñarle a uno cómo se hace un pullover, cómo se borda un tapete y cómo se sirve el jerez; sin embargo, no esperaría yo de ella una inteligente conferencia de dos horas sobre la homosexualidad, o que hablase repentinamente la jerga de las prostitutas, a las que todos en Bonn echan tanto de menos. Falsa expectación, falso pudor, falsa especulación sobre la perversión. No me sorprendería que hasta los representantes de la Santa Sede comenzasen a quejarse de la escasez de prostitutas. En una de las *parties* en mi casa conocí una vez a un político, miembro de una comisión para la lucha contra la prostitución, que se me quejó en voz baja de la escasez de prostitutas en Bonn. Y antes, Bonn realmente estaba bien, con sus muchas callejuelas, librerías, asociaciones estudiantiles, pequeñas panaderías con una trastienda donde se podía tomar café.

Antes de intentar llamar por teléfono a Leo, cojeé hasta el balcón, para echar una ojeada a mi ciudad natal. La ciudad es realmente bonita: la catedral, los techos del antiguo palacio de los príncipes electores, el monumento a Beethoven, el pequeño mercado y el Hofgarten. El destino de Bonn es que no se crea en su destino. Aspiré a pleno pulmón, desde mi balcón, el aire de Bonn, que me estimuló de un modo sorprendente: como cambio de aires, puede Bonn obrar maravillas durante horas enteras.

Salí del balcón, volví a mi cuarto y marqué, sin titubear, el número de la casa esa donde estudiaba Leo. Me sentía intranquilo. Desde que se convirtió al catolicismo, no he visto a Leo ni una sola vez. Me comunicó la conversión con su estilo. correcto e infantil: «Querido hermano», escribió, «la presente es para comunicarte que tras madura reflexión he llegado a la decisión de ingresar en la Iglesia católica y prepararme para la carrera sacerdotal. Seguramente tendremos pronto ocasión de conversar sobre este decisivo cambio en mi vida. Tu hermano Leo que te quiere.» Ya el modo forzado con que evitaba comenzar la carta en primera persona, lo de «la presente es para comunicarte» en lugar de «te comunico por la presente», era propio de Leo. Nada de la elegancia con que sabe tocar el piano. Este modo de despacharlo todo comercialmente, acrecienta mi melancolía. Si sigue así, se convertirá algún día en un noble prelado de blancos cabellos. En este punto, en el estilo epistolar, son papá y Leo igualmente desesperantes: escriben como si todo tratara de lignito.

Pasó mucho tiempo antes que en el lugar aquel se molestara alguien en acudir al teléfono, y yo comenzaba ya a estigmatizar con duras palabras esa negligencia eclesiástica, conforme a mi estado de ánimo; dije «mierda», cuando alguien descolgó el auricular, y una voz extrañamente ronca dijo: «¿Sí?» Quedé decepcionado. Había contado con una suave voz de monja, con olor a café flojo y a galletas, y en lugar de

esto tenía un hombre que graznaba y olía a tabaco de picadura y a coles, de un modo tan penetrante que me hizo toser.

«Perdón», dije por fin, «¿podría hablar con el estudiante de teología Leo Schnier?» «¿Con quién hablo?»

«Schnier», dije. Por lo visto eso rebasaba sus horizontes. Calló largo tiempo, comencé otra vez a toser, me calmé y dije: «Voy a deletrear: Sara, China, Nora, Ida, Emil, Richard.»

«¿Qué significa esto?», dijo por fin, y creí percibir en su voz tanta perplejidad como sentía yo. Quizá habían puesto al teléfono un viejo y amable profesor, fumador de pipa, y reuní a toda prisa un par de vocablos latinos y dije humildemente: «*Sum frater Leonis.*» Me hice el efecto de que no jugaba limpio, pensé en los muchos que quizá experimentan de vez en cuando el deseo de hablar con alguien de allí, y que nunca han aprendido una palabra latina.

Curiosamente, él soltó una risita y dijo: «*Frater tuus est in refectorio: está comiendo*», dijo algo más alto, «los señores están comiendo, y durante la comida no se les puede molestar.»

«Es muy urgente», dije. «¿Caso de defunción?», preguntó. «No», dije, «pero casi». «¿Grave accidente, por lo tanto?» «No», dije, «un contratiempo interno.» «Ah», dijo y su voz sonó algo más suave, «hemorragia interna.»

«No», dije, «el alma. Asunto puramente del alma.»

Por lo visto era palabra extraña para él, pues calló de un modo glacial.

«Por Dios», dije, «el hombre consta de cuerpo y alma.»

Su gruñido pareció expresar dudas sobre tal afirmación, y, entre dos chupadas a su pipa, murmuró: «San Agustín, San Buenaventura, el Cusano... Sigue usted un camino equivocado.»

«El alma», dije con terquedad. «Por favor, diga al señor Schnier que el alma de su hermano está en peligro y que procure telefonar en cuanto haya terminado de comer.»

«El alma», dijo fríamente, «hermano, peligro.» Hubiese podido decir igualmente: Mentira, montaña, mundo. La cosa me pareció cómica: después de todo los que estudian allí se educan para la futura cura de almas, y él tenía que haber oído alguna vez la palabra alma. «La cosa es muy, muy urgente», dije. «No soy un colegial.»

Hizo solamente «Hum, hum», pues le parecía del todo incomprensible que algo que concernía al alma pudiese ser urgente.

«Se lo diré», dijo, «¿y qué tiene que ver con los colegiales?»

«Nada», dije, «absolutamente nada. Dije sólo que no soy un colegial, que no soy un niño.»

«¿Cree usted que los niños de hoy son verdaderos colegiales? ¿Lo cree en serio?» Se animó tanto, que pude suponer que había llegado a su tema favorito. «Demasiado

suaves los métodos de hoy», gritó, «demasiado suaves.»

«Naturalmente», dije, «deberían darse muchos más azotes en las escuelas.»

«Eso sí que no», gritó con vehemencia.

«Sí», dije, «sobre todo los maestros deberían recibir muchos más azotes. ¿Pensará usted en dar el recado a mi hermano?»

«Ya está anotado», dijo, «urgente asunto del alma. Cuestión escolar. Oiga usted, joven, ¿me permite que, por ser yo indudablemente el de más edad, le dé un consejo amistoso?»

«Oh, se lo ruego», dije.

«Deje de leer a San Agustín: la subjetividad hábilmente formulada hace tiempo que dejó de ser teología, y causa daño en almas jóvenes. No es más que periodismo con un par de elementos dialécticos. ¿No se toma a mal este consejo?»

«No», dije, «ahora mismo iré a buscar el libro de San Agustín y lo arrojaré al fuego.»

«Bien hecho», dijo casi con júbilo, «al fuego con él. Que el Señor le acompañe.» Estuve a punto de decir gracias pero me pareció injustificado, y así colgué simplemente y me sequé el sudor. Soy muy sensible a los olores y el penetrante olor a coles había afectado a mi sistema nervioso vegetativo. Reflexioné otra vez sobre los procedimientos seguidos por las autoridades eclesiásticas: era una delicadeza que diesen a un anciano la impresión de ser todavía útil, pero lo que yo no podía comprender es que confiaran precisamente el teléfono a un viejo duro de oído y tan estrafalario. El olor a coles lo conocía yo bien del internado. Un sacerdote de allí nos explicó una vez que la col actuaba mitigando la sensualidad. El pensar que mi sensualidad, o la de cualquiera, fuese mitigada, me asqueaba. Por lo visto pensaban ellos día y noche en la «concupiscencia carnal», y en alguna parte de la cocina se tiente seguramente una monja que prepara la minuta, luego la discute con el director, y los dos, sentados uno frente al otro, no lo dicen, pero piensan para cada plato: esto rebaja, esto fomenta la sensualidad. A mí me parece tal escena un caso claro de obscenidad, exactamente igual que el maldito jugar al fútbol, durante horas enteras, en el internado; todos sabíamos que era para cansarnos y para que no pensáramos en chicas; el fútbol se me hizo repugnante, y si pienso que mi hermano Leo debe comer coles para mitigar su sensualidad, me entran tentaciones de irme allí y verter ácido muriático por todas las coles juntas. La tarea que les aguarda a esos jóvenes es, aun sin coles, bastante difícil: debe ser horriblemente difícil el predicar todos los días estas cosas incomprensibles; resurrección de la carne y vida eterna. Cultivar la viña del Señor y ver cuan condenadamente pocas cosas visibles brotan allí. Heinrich Behlen, que se portó tan bien con nosotros cuando Marie tuvo el aborto, me lo explicó un día. Se calificaba a sí mismo de «bracero en la viña del Señor, sin participación en los beneficios ni derecho a beber vino.»

Le acompañé a su casa, cuando a las cinco salimos del hospital, a pie, porque no teníamos dinero para el tranvía, y allí, ante su puerta, al sacarse del bolsillo el manojito de llaves, no se distinguía en nada de un obrero que sale del turno de noche, cansado, sin afeitarse, y yo sabía que debía ser horrible para él decir entonces la misa, con todos sus misterios de los cuales Marie me hablaba siempre. Al abrir Heinrich la puerta, su ama de llaves estaba en el vestíbulo, una anciana gruñona, en zapatillas, la piel de sus piernas desnudas muy amarilla, y ni siquiera una monja, ni su madre o hermana; ella le cuchicheó: «¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?» ¡Esa lamentable sordidez de soltería! Que me ahorquen, pero no me extraña que muchos padres católicos tengan miedo de enviar a sus hijas jóvenes al piso de un sacerdote, y menos me extraña que esos desgraciados hagan a veces tonterías.

Estuve a punto de telefonar otra vez al viejo fumador de pipa sordo en el seminario de Leo: me hubiese gustado conversar con él sobre la concupiscencia carnal. Tenía yo miedo de telefonar a uno de los que conocía: ese desconocido probablemente me comprendería mejor. Gustosamente le hubiese preguntado si mi concepto del catolicismo es correcto. Para mí había sólo cuatro católicos en el mundo: el Papa Juan, Alee Guinness, Marie y Gregory, un viejo boxeador negro, al que poco faltó para ser campeón del mundo y que ahora se exhibe tristemente como atleta en los cabarets. Coincidimos alguna que otra vez en nuestras jiras. Era muy piadoso, un verdadero devoto, pertenecía a la Orden Tercera y sobre su enorme pecho de boxeador colgaba siempre un escapulario. Los más le tenían por imbécil porque apenas pronunciaba palabra y apenas comía otra cosa que pan y pepinillos; y, sin embargo, era tan fuerte que podía llevarnos a mí y a Marie en sus manos, como si fuésemos muñecos, a través del cuarto. Había también unos cuantos con un bastante elevado coeficiente de probabilidad de que fueran católicos: Karl Emonds y Heinrich Behlen, también Züpfner. En cuanto a Marie, comienzo ya a dudar: su «terror metafísico» no lo veo claro, y si se marchó con Züpfner y hace con él todo lo que hice yo con ella, comete pecados que en sus libros se designan inequívocamente como adulterio y fornicación. Su terror metafísico se basó única y exclusivamente en mi negativa a casarnos civilmente y a hacer educar a nuestros hijos en la religión católica. Aún no teníamos hijos, pero hablábamos sin cesar sobre ellos, cómo los vestiríamos, cómo les hablaríamos, cómo queríamos educarlos, y estábamos de acuerdo en todos los puntos, hasta que llegamos a lo de su educación católica. Yo estaba de acuerdo en hacerlos bautizar. Marie dijo que debía hacerlo constar por escrito, de lo contrario no nos casarían por la Iglesia. Cuando me conformé con el casamiento por la Iglesia, resultó que debíamos casarnos también civilmente, y allí perdí la paciencia, y dije que bien podíamos esperar, un poco más, después de todo no venía ya de un año, y ella lloró y dijo que yo no me hacía cargo de lo que significaba para ella vivir en aquel estado, y sin posibilidad de que nuestros hijos fuesen

educados cristianamente. Era desesperante descubrir que habíamos pasado cinco años hablando sin entendernos. Realmente, yo no sabía que hay que casarse civilmente antes de casarse por la Iglesia. Claro que hubiese debido saberlo, siendo un ciudadano adulto y responsable, pero el caso es que no lo sabía, como hasta hace poco no supe que el vino blanco se enfría para servirlo y el tinto se calienta. Naturalmente, sabía que existían los Registros Civiles y que allí se efectúan ceremonias nupciales y se dan certificados, pero pensé que era cosa para la gente no religiosa y para los que, por así decirlo, querían dar una pequeña satisfacción al Gobierno. Me irrité de verdad al enterarme de que había que ir allí antes de poder casarse por la Iglesia, y cuando Marie comenzó otra vez a decirme que yo tenía que comprometerme por escrito a educar católicamente a nuestros hijos, tuvimos una escena. Me pareció una coacción, y no me gustó que Marie estuviese enteramente conforme con esa exigencia de un acuerdo por escrito. Podía hacer bautizar a los niños y educarlos del modo que ella creyese conveniente.

Esto se lo tomó ella a mal aquella noche, estaba pálida y agotada, alzaba mucho la voz al hablarme, y cuando dije después que sí, que estaba bien, que lo iba a hacer todo, incluso que firmaría el escrito ese, se enfadó Marie y dijo: «Lo haces ahora por pereza, y no porque estés convencido de la justificación de los principios abstractos de orden», y yo dije que sí, que lo hacía en realidad por pereza y porque me gustaría tenerla junto a mí toda mi vida, y que para retenerla incluso me pasaría con armas y bagajes a la Iglesia católica si fuese necesario. Hasta me puse patético y dije que una expresión como «principios abstractos de orden» me recordaba una cámara de torturas. Ella se tomó como una ofensa el que yo, por retenerla a ella, hasta quisiera hacerme católico. Yo creí lisonjearla, pero fui demasiado lejos. Dijo que ya no se trataba de ella y de mí, sino de los «principios».

Era de noche, en el cuarto de un hotel en Hannover, en uno de esos hoteles caros, donde si se encarga una taza de café dan sólo tres cuartos de una taza de café. El personal de esos hoteles es tan fino que una taza de café llena pasa por ordinario, y los camareros saben mejor lo que es fino, que la gente fina que allí se alberga. En tales hoteles me parece siempre estar en un internado especialmente caro y especialmente aburrido, y aquella noche estaba yo rendido de cansancio: tres actuaciones seguidas. A primera hora de la tarde ante unos accionistas del acero, más tarde ante unos opositores al profesorado y por la noche en un *music-hall*, donde los aplausos fueron tan tenues que oí el sonido de mi decadencia. Cuando en el estúpido hotel encargué que me subieran cerveza a mi cuarto, el camarero dijo por teléfono: «Ciertamente, señor», en un tono tan glacial como si hubiese pedido estiércol, y me trajeron la cerveza en una copa de plata. Estaba cansado, sólo deseaba beber cerveza, ensayar un poco alguno de mis números, tomar un baño, leer los periódicos de la noche y quedar dormido junto a Marie: mi mano derecha encima de su pecho y mi

rostro tan próximo a su cabeza que podía percibir el perfume de sus cabellos, aun en sueños. Tenía todavía en mis oídos los débiles aplausos. Casi hubiese sido más humano que volvieran los pulgares hacia el suelo. Aquel desdén desmayado, indiferente, por mis números resultaba tan insípido como la cerveza en la absurda copa de plata. La verdad era que yo no estaba en condiciones de sostener una disputa ideológica.

«La cosa es...», comenzó ella, sin elevar tanto la voz, pero sin fijarse en que «la cosa» tenía para nosotros un sentido especial: parecía haberlo olvidado. Paseaba al pie de la cama, y al gesticular con el cigarrillo sus movimientos eran tan precisos que las diminutas nubecillas de humo parecían puntos. Había aprendido a fumar, el jersey verde claro la favorecía: la piel blanca, el cabello más oscuro que antes, vi por primera vez la musculatura de su cuello. Le dije: «Sé compasiva, déjame dormir, mañana al desayunar hablaremos otra vez de todo, en particular de la cosa», pero no hizo caso, se volvió, y leí en su boca que para la disputa había un motivo que ella misma no se confesaba. Al tirar ella el cigarrillo vi alrededor de su boca un par de arrugas minúsculas que nunca había visto antes. Me miró meneando la cabeza, suspiró, volvióse otra vez y reemprendió sus idas y venidas.

«No acabo de entenderlo», dije cansado, «primero discutimos por mi firma al pie de este documento coactivo, después por el matrimonio civil, ahora accedo a ambas cosas, y estás aún más enojada que antes.»

«Sí», dijo, «veo aquí demasiada rapidez, y sospecho que rehúyes la discusión. ¿Qué quieres tú en realidad?»

«A ti», dije, y no sé si se le puede decir a una mujer nada más amable que esto.

«Ven», dije, «tiéndete junto a mí y tráete el cenicero, así podremos hablar mucho mejor.» No pude pronunciar más la palabra «cosa» en su presencia. Meneó la cabeza, me puso el cenicero sobre la cama, fue a la ventana y miró afuera. Yo tenía miedo. «Hay algo en esta conversación que no me gusta: no parece cosa tuya.»

«¿De quién, pues?», preguntó en voz baja, y me dejé engañar por aquella voz de nuevo repentinamente suave.

«Me huele a Bonn», dije, «al grupo, a Sommerwild y Züpfner, a todos aquellos.»

«Tal vez», dijo, sin volverse, «tal vez tus oídos imaginan haber oído lo que tus ojos han visto.»

«No te comprendo», dije cansado.

«Ah», dijo, «como si no supieses que aquí se celebra el día de los católicos.»⁴

«He visto los carteles», dije.

«¿Y no te pasó por la cabeza que Heribert y el prelado Sommerwild tienen que estar aquí?»

No sabía que Züpfner se llamaba Heribert. Cuando dijo el nombre, comprendí que sólo a él podía referirse. Pensé otra vez en el momento en que los vi cogidos de la

mano. Me llamó la atención que en Hannover se viesan más sacerdotes y monjas de los que corresponden a la ciudad, pero no pensé que Marie pudiese encontrarse con nadie, ni que tuviera importancia: siempre que tuve unos cuantos días libres partíamos para Bonn, con lo que ella había podido gozar plenamente del «grupo».

«¿Aquí en el Hotel?», pregunté cansado.

«Sí», dijo.

«¿Y por qué no me has reunido con ellos?»

«Apenas estabas aquí», dijo, «toda una semana viajando siempre, Braunschweig, Hildesheim, Celle...»

«Pero ahora tengo tiempo», dije, «llámalos por teléfono, y aún podremos tomar unas copas en el bar.»

«Ya no están», dijo, «marcharon hoy a primera hora de la tarde.»

«Me alegro», dije, «de que hayas podido respirar «aire católico», aunque importado, durante tanto tiempo y a pleno pulmón.» La expresión no era mía, sino suya. Repetidas veces había dicho que debía respirar otra vez aire católico.

«¿Por qué quieres herirme?», dijo; seguía de pie mirando hacia la calle, volvió a fumar, y tampoco esto era corriente en ella: aquel fumar nerviosamente era tan extraño para mí como el tono en que ella me hablaba. En este momento hubiese podido ser una desconocida, una mujer guapa, no muy inteligente, que buscaba un pretexto para marcharse.

«No quiero herirte», dije, «ya lo sabes. Dime que lo sabes.»

No dijo nada, pero asintió con la cabeza, y pude ver que reprimía sus lágrimas. ¿Por qué? Hubiese debido llorar, mucho y con pasión. Entonces me hubiese levantado y la hubiese tomado en mis brazos y besado. No lo hice. No tenía ganas, y no quise hacerlo por rutina o por deber. Seguí tendido. Pensé en Züpfner y en Sommerwild, en que durante tres días había estado conversando con ellos sin decirme nada a mí. Seguramente habrían hablado de mí. Züpfner pertenece a la Liga de seglares católicos. Titubeé demasiado, un minuto, uno y medio o dos, no sé. Cuando luego me levanté y fui hacia ella, meneó la cabeza, apartó mis manos de sus hombros y comenzó otra vez a hablar de su terror metafísico y de principios de orden, y me pareció que hacía ya veinte años que estábamos casados. Su voz tenía un tono doctrinal, y yo estaba demasiado cansado para rebatir sus argumentos que resbalaban sobre sí sin que yo los acusase. La interrumpí y le hable del fracaso que había sufrido en el *music-hall*, el primero desde hacía tres años. Estábamos uno junto a otro ante la ventana, y mirábamos a la calle, donde incesantemente circulaban taxis que llevaban a la estación a los miembros de la delegación católica: sacerdotes, monjas y eficientes seglares. En un grupo reconocí a Schnitzler, que mantenía abierta la portezuela del taxi ante una monja anciana de aspecto muy distinguido. Cuando vivía con nosotros, era protestante. O se había convertido o estaba allí como observador protestante.

Todo se podía esperar de él. Allá abajo se cargaban maletas y se ponían propinas en las manos de los mozos del hotel. En medio de mi fatiga y confusión, todo giraba ante mis ojos: taxis y monjas, luces y maletas, y seguía oyendo aquellos aplausos corteses y crueles. Hacía tiempo que Marie había interrumpido su monólogo sobre los principios de orden, tampoco fumaba ya, y, cuando me aparté de la ventana, se me acercó, me cogió por los hombros y me besó en los ojos. «Eres un cariño», dijo, «un cariño y tan fatigado», pero cuando quise abrazarla, dijo en voz baja: «Por favor, no, te lo ruego», y cometí la equivocación de soltarla. Me arrojé vestido sobre la cama, me dormí en seguida, y cuando me desperté al día siguiente no me sorprendió que Marie se hubiese marchado. Sobre la mesa encontré una nota: «Debo seguir el camino que debo seguir.» Casi tenía veinticinco años, y bien podía ocurrírsele algo mejor. No se lo cargué en cuenta, pero me pareció banal. Me senté inmediatamente y le escribí una larga carta, otra después del desayuno, le escribí todos los días y enviaba las cartas a la dirección de Fredebeul en Bonn, pero nunca recibí respuesta.

También en casa de Fredebeul tardaron mucho en ponerse al aparato; el continuo sonar del teléfono me puso nervioso, me imaginé que la señora Fredebeul dormía, que se despertó al oír el timbre, volvió a dormirse, de nuevo se despertó, y sufrí todos los tormentos de sus oídos turbados por esta llamada. Estuve a punto de renunciar, pero me dije que me hallaba en una situación apurada y dejé que el teléfono siguiese sonando. No hubiese tenido remordimientos por despertar a Fredebeul: ese pájaro no merece un sueño tranquilo; es patológicamente ambicioso, es probable que tenga siempre puesta la mano sobre el teléfono, para llamar o para recibir llamadas de ministerios, periódicos, comisiones, agrupaciones y del partido. Su esposa me es simpática. Era aún estudiante cuando él la introdujo por primera vez en el grupo, y me resultó penoso verla allí entre ellos, siguiendo con sus lindos ojos las aclaraciones teológico-sociológicas. Leí en su rostro que ella hubiese preferido ir a bailar o al cine. Sommerwild, en cuya casa tenía lugar la reunión, me preguntaba sin cesar: «¿Tiene usted calor, Schnier?», y yo decía: «No, Eminencia», si bien el sudor me corría por la frente y las mejillas. Acabé por salir al balcón, porque ya no podía soportar la charla por más tiempo. La muchacha había sido la causante de toda aquella controversia, al decir —por lo demás enteramente fuera del tema del diálogo de aquel día, sobre la magnitud y límites del provincianismo— que encontraba «muy bonito» algo que había leído de Gottfried Benn. A esto Fredebeul, que la había presentado como su prometida, enrojeció hasta la raíz del cabello, y Kinkel le lanzó una de sus famosas miradas expresivas: «¿Cómo, no la has metido todavía en cintura?» Kinkel asumió la tarea, y fue tarea carpinteril: se puso a desbastar a la pobre muchacha, sirviéndose de todo el Occidente como cepillo. Casi nada quedó de la buena muchacha, volaban las virutas, y me indignó aquel cobarde de Fredebeul, que no intervenía porque está «conjurado» con Kinkel en una cierta línea ideológica, no sé ahora si es de derechas o de izquierdas, en todo caso poseen una tendencia, y Kinkel se sintió moralmente obligado a encargarse de meter en cintura a la novia de Fredebeul. Sommerwild tampoco intervino, aunque él seguía la línea opuesta a la de Kinkel y Fredebeul, no sé cuál: si Kinkel y Fredebeul están a la izquierda, Sommerwild está a la derecha, o al revés. También Marie se había puesto un poco pálida, pero a ella la cultura le imponía respeto —nunca pude cambiarla en esto— y la cultura de Kinkel impresionó también a la futura señora Fredebeul: soportó con suspiros casi obscenos la fuerte reprimenda: ésta cayó como una granizada, pasando desde los Padres de la Iglesia hasta Brecht, y cuando, ya reanimado, regresé del balcón, les vi a todos completamente agotados, y bebiendo ponche; y todo únicamente porque la pobre criatura había dicho que encontraba «muy bonito» un escrito de Benn.

Ahora tiene ya dos niños de Fredebeul, apenas ha cumplido veintidós años, y

mientras el teléfono seguía sonando en el piso, me la imaginé manipulando biberones, botes de polvos de talco, pañales y papillas, completamente desesperada y confusa, y pensé en las montañas de ropitas de niño sucias, y en la grasienta vajilla, aún por lavar, en su cocina. Una vez en que la conversación me resultaba penosa, la ayudé a hacer tostadas, a cortar pan para bocadillos y a preparar café, quehaceres de los que puedo decir tan sólo que me resultan menos enojosos que ciertas clases de conversación.

Una voz muy tímida dijo: «¿Sí? Diga, por favor», y de esta voz pude deducir que cocina, cuarto de baño y dormitorio estaban peor que nunca. Apenas noté olor alguno: tan sólo que ella debía de tener un cigarrillo en la mano. «Schnier», dije, y yo esperaba una exclamación de alegría, como hacía siempre que la telefoneaba. «Ah, está usted en Bonn, qué estupendo», o algo por el estilo. Pero calló confusa, luego dijo en voz baja: «Ah, bien.» Yo no sabía qué decir. Antes siempre decía ella: «¿Cuándo vendrá otra vez y nos interpretará algo?» Ni una palabra. Me resultó penoso, no por mi parte, sino por la suya, para mí era sólo deprimente, para ella era desagradable. «Las cartas», dije haciendo un supremo esfuerzo, «¿las cartas que mandé a esa dirección de ustedes?»

«Están aquí», dijo, «fueron devueltas sin abrir.»

«¿A qué dirección las remitieron ustedes?»

«No lo sé», dijo, «se encargó mi marido.»

«Pero en las cartas devueltas debe usted haber leído la dirección.»

«¿Quiere usted interrogarme?»

«Oh, no», dije suavemente, «en absoluto, pensé humildemente que tenía derecho a enterarme de lo sucedido con mis cartas.»

«Las cuales nos mandó usted aquí sin consultarnos.» «Mi querida señora Fredebeul», dije, «por favor, sea usted humana.»

Rió quedamente, pero de modo audible, y no dijo nada.

«Quiero decir que hay un punto en el que las personas, aunque sea por motivos ideológicos, se vuelven humanos.»

«¿Significa esto que hasta ahora me he comportado de un modo inhumano?»

«Sí», dije. Volvió a reír, muy quedamente, pero de un modo siempre audible.

«Este asunto me ha dejado abrumada», dijo por fin, «no le puedo decir más. Usted «nos ha decepcionado a todos.»

«¿Como payaso?»

«También», dijo, «pero no sólo por eso.»

«¿Su marido no está en casa?»

«No», dijo, «tardará un par de días en regresar. Tiene su campaña electoral en el Eifel.»

«¿Cómo?», grité; esto era realmente una novedad, «¿pero no será a favor del

CDU?»

«¿Por qué no?», dijo en un tono que me dio claramente a entender que cortaría gustosa.

«Bien», dije, «tal vez sea demasiado pedir si le ruego que me remita mis cartas.»

«¿Adonde?»

«A Bonn; aquí, a mi dirección de Bonn.»

«¿Está usted en Bonn?», preguntó, y me pareció como si reprimiese un «válgame Dios».

«Hasta la vista», dije, «y gracias por tanta compasión.» Lamenté haber sido descortés con ella, pero ya no podía más. Entré en la cocina, cogí la botella de coñac de la nevera y tomé un largo trago. No me alivió nada, tomé otro, y tampoco me alivió. Nunca hubiese esperado tal acogida de la señora Fredebeul. Contaba con un largo sermón sobre el matrimonio, con reproches sobre mi conducta con Marie; ella podía ser pedante de un modo amable y tenaz, pero casi siempre que estuve en Bonn y le telefoneé me había exigido festivamente que la ayudase una vez más en la cocina y en el cuarto de los niños. Debí de equivocarme al juzgarla, o puede que estuviese otra vez embarazada y de mal humor. No tuve el valor de volver a llamar e indagar qué le ocurría. Había sido siempre muy amable conmigo. No pude explicármelo de otro modo que suponiendo que Fredebeul le había dado «instrucciones precisas». A menudo me ha llamado la atención que las esposas son leales con sus maridos hasta la estupidez. La señora Fredebeul era en realidad demasiado joven para saber cómo me ofendería su fingida frialdad, y no podía esperarse se diera cuenta de que Fredebeul es poco más que un charlatán oportunista, capaz de vender el pellejo de su abuela por hacer carrera. Seguramente dijo: «Hay que tachar a Schnier», y simplemente ella me tachó. Dependía de él, y mientras él se había figurado que yo podría servirle para algo, ella pudo seguir sus impulsos y ser amable conmigo, pero ahora tenía que violentarse y ser dura. Puede también que yo fuese injusto, y que los dos no hiciesen más que seguir los dictados de su conciencia. Si Marie se había casado con Züpfner, era probablemente un pecado ponerme en contacto con ella; que Züpfner fuese «el hombre» de la Liga y pudiese ser útil a Fredebeul no estorbaba a su conciencia. Bien podían hacer lo bueno y decente aunque les fuera provechoso. Con Fredebeul estaba yo menos disgustado que con su esposa. Nunca me hice ilusiones sobre él, y ni siquiera el que colaborara a la campaña del CDU me podía producir estupor.

Coloqué definitivamente en la nevera la botella de coñac.

Lo mejor era seguir llamando a todos, uno tras otro, y acabar de una vez con los católicos. No sé cómo me había despejado, y ya no cojeé al salir de la cocina y entrar en la sala.

En el vestíbulo, hasta el perchero y la puerta del recinto de las escobas eran de

color orín.

No me prometía nada bueno de telefonar a Kinkel, y sin embargo marqué su número. Siempre se había manifestado como un admirador entusiasta de mi arte —y quien conoce nuestra profesión, sabe que aún la más insignificante alabanza de un tramoyista ensancha nuestro pecho hasta estallar—. Tenía deseos de perturbar el cristiano sosiego vespertino de Kinkel, y la segunda intención de que me descubriera el paradero de Marie. Era el jefe del grupo, había estudiado teología, luego a causa de una mujer bonita había interrumpido los estudios, se hizo jurista, tenía siete hijos y pasaba por ser «uno de nuestros más competentes expertos en cuestiones sociales». Puede que fuese cierto, yo no podía opinar. Antes de que yo le conociera. Marie me había dado a leer un folleto suyo, *Caminos hacia un Nuevo Orden*, y tras la lectura de ese escrito, que me gustó, me había yo imaginado un hombre alto, delicado y rubio, y cuando le vi por primera vez me encontré con un individuo grueso y bajo, con abundantes cabellos negros, «rebotante de vitalidad», y no podía creer que fuera él. El que no tuviese el aspecto que yo me había imaginado, tal vez me hizo ser injusto con él. Siempre que Marie comenzaba a hablar con entusiasmo de Kinkel, el viejo Derkum hablaba de los «cocktails Kinkel»: mezclas de los más diversos ingredientes, Marx más Guardini o bien Bloy más Tolstoi.

Cuando fuimos invitados por primera vez a su casa, la cosa empezó mal. Llegamos demasiado temprano, y en las habitaciones traseras discutían acaloradamente los niños de Kinkel, con voces sibilantes que fueron acalladas con silbidos, acerca de quién debía despejar la mesa de la cena. Vino Kinkel, sonriente, masticando aún y dramatizó aparatosamente su enfado por haber llegado nosotros tan temprano. También vino Sommerwild, no masticando, sino sonriendo irónicamente y frotándose las manos. Los niños de Kinkel chillaban de un modo desesperante que contrastaba penosamente con la sonrisa de Kinkel y el gesto sarcástico de Sommerwild, oímos sonar bofetadas, un ruido brutal, y tras las puertas cerradas, lo sabía yo, proseguían los chillidos con más fuerza que antes. Me senté junto a Marie y, desquiciado completamente por el estrépito que venía de las habitaciones de atrás, fumaba nerviosamente un cigarrillo tras otro, mientras Sommerwild charlaba con Marie, siempre con su «sonrisa de perdón y generosidad» en el rostro. Era la primera vez que volvíamos a Bonn después de nuestra huida. Marie estaba pálida de emoción, también influían el respeto y el orgullo, yo la comprendía muy bien. Le importaba «reconciliarse con la Iglesia», y Sommerwild se mostraba amable con ella, y Kinkel y Sommerwild eran gente a la que ella miraba con veneración. Me presentó a Sommerwild, y cuando volvimos a sentarnos, dijo Sommerwild: «¿Está usted emparentado con los Schnier del lignito?» Eso me desagradó. Él sabía perfectamente con quién estaba yo emparentado. Casi cualquier niño en Bonn sabía que Marie Derkum había huido con uno de los Schnier del lignito, «faltando poco para el

examen de bachillerato y con lo religiosa que ella era». Dejé sin contestar Ja pregunta de Sommerwild, quien rió y dijo: «A veces voy de caza con su señor abuelo, y en ocasiones coincidimos con su señor padre en la Herren-Union de Bonn.» También esto me desagradó. No podía ser tan estúpido como para suponer que me impresionaría esa tontería de la caza y de la Herren-Union, y me dio la impresión de que hablaba a tontas y a locas por embarazo. Por fin abrí la boca y dije: «¿De caza? Siempre pensé que a los sacerdotes católicos les estaba prohibido ir de caza.» Se produjo un penoso silencio, Marie se ruborizó, Kinkel corrió irritado por el cuarto y buscó el sacacorchos, su esposa, que acababa de aparecer, puso almendras saladas en una bandeja de cristal en la que ya había aceitunas. Hasta Sommerwild se puso colorado, y no le sentaba nada bien, pues su rostro era ya bastante encarnado. Dijo en voz baja, y un poco ofendido: «Para ser protestante está usted bien informado.» Y yo dije: «No soy protestante, pero me intereso por determinadas cosas, porque Marie se interesa por ellas.» Y mientras Kinkel nos servía vino a todos, dijo Sommerwild: «Existen preceptos, señor Schnier, pero también dispensas. Procedo de una familia en la que el cargo de Jefe Forestal era hereditario.» Si hubiese hablado de la profesión, yo lo hubiese aceptado, pero que hablara de cargos volvió a enojarme, pero no dije nada, sólo puse rostro huraño. Luego se pusieron a hablar con los ojos. La señora Kinkel dijo con los ojos a Sommerwild: déjele usted, es tan estúpidamente joven. Y Sommerwild le dijo a ella, también con los ojos: Sí, joven y bastante grosero, y Kinkel me dijo, al servirme vino en último lugar, con los ojos: Dios mío, qué joven es usted aún. A Marie le dijo en voz alta: «¿Cómo está su padre? ¿Sigue igual?» La pobre Marie estaba tan lívida y demudada que sólo pudo asentir sin decir palabra. Sommerwild dijo: «¿Qué sería de nuestra buena, antigua y piadosa ciudad sin el señor Derkum?» Esto me irritó otra vez, pues el viejo Derkum me había contado que Sommerwild había intentado prevenir contra él a los niños de la escuela católica que le iban a comprar caramelos y lápices. Dije: «Sin el señor Derkum, nuestra buena, antigua y piadosa ciudad sería aún más sucia, por lo menos él no es hipócrita.» Kinkel me lanzó una mirada de asombro, levantó su vaso y dijo: «Gracias, señor Schnier, me da usted ocasión para un buen brindis: bebamos a la salud de Martin Derkum.» Yo dije: «Sí, a su salud, con placer.» Y la señora Kinkel volvió a hablar con los ojos a su marido: No sólo es joven y grosero, es también desvergonzado. Nunca comprendí que Kinkel calificase más tarde esta «primera velada con ustedes» de muy agradable. Poco después llegaron Fredebeul, su novia, Monika Silvs y un tal von Severn, de quien se dijo antes de su llegada que «hacía poco que se había convertido, pero que simpatizaba con los socialistas»: por lo visto se le consideraba la sensación del año. En esta velada vi también por primera vez a Fredebeul, y con él me ocurrió igual que con casi todos: a ellos les fui simpático, a pesar de todo, y ellos me fueron a mí todos antipáticos, también a pesar de todo, excepto la novia de

Fredebeul y Monika Silvs; von Severn no fue para mí ni lo uno, ni lo otro. Era aburrido, y parecía firmemente decidido a vivir definitivamente de las rentas de su sensacional hazaña; haberse convertido y ser socialista; sonreía, estaba risueño, y sus ojos algo prominentes parecían decir constantemente: ¡Miradme, soy yo! No me pareció mala persona. Fredebeul estuvo muy amable conmigo, habló durante casi tres cuartos de hora sobre Beckett y Ionesco, y me di cuenta de que repetía y combinaba cosas leídas; y su rostro fino y atractivo, con su boca sorprendentemente ancha, brilló de satisfacción al confesar yo ingenuamente que había leído a Beckett; todo lo que él dice me da siempre la impresión de cosa que he leído antes de oírsele. Kinkel le miró admirado, y Sommerwild miró a su alrededor, diciendo con los ojos: «¿Qué? Los católicos .no estamos en Babia.» Todo esto antes de rezar. Fue la señora Kinkel la que dijo: «Creo, Odilo, que podríamos rezar la oración. Ya veo que Heribert no va a venir.» Todos miraron a Marie, y después desviaron sus miradas bruscamente, pero no comprendí porqué volvía a producirse aquel silencio tan penoso hasta Hannover, en la habitación del hotel, no supe repentinamente que Heribert era el nombre de pila de Züpfner. Llegó más tarde, después de la oración, cuando ellos se hallaban enfrascados en pleno tema de la velada, y encontré simpático que Marie, tan pronto como él entró, fuese hacia él, le mirase y le hiciese con los hombros un signo suplicante, antes que Züpfner saludase a los presentes y se sentase sonriendo junto a mí. Sommerwild contó luego la historieta del escritor católico que durante mucho tiempo vivió con una mujer divorciada, y cuando al fin se casó con ella, le dijo un eminente prelado: «Pero, mi querido Besewitz, ¿no podía dejarlo en concubinato?» Todos rieron bastante ruidosamente el final del relato, en especial la señora Kinkel de un modo casi obscuro. El único que no reía era Züpfner, y por este motivo me resultó simpático. Marie tampoco rió. Seguramente Sommerwild contó esta historia para demostrarme cuan generosa y acogedora, cuan ingeniosa y pintoresca es la Iglesia católica; que yo también vivía con Marie, por así decir, en concubinato, nadie lo pensó. Les conté la anécdota de aquel obrero que fue vecino nuestro: se llamaba Frehlingen, y vivía también en su casucha con una mujer divorciada, y además mantenía a los tres hijos de ella. Frehlingen recibió un día la visita del párroco, quien con rostro serio y bajo ciertas amenazas le intimó a que «pusiese fin a la relación inmoral», y Frehlingen, que era bastante piadoso, en efecto despidió a aquella linda mujer con sus tres hijos. También conté cómo la mujer hizo después de prostituta para dar de comer a sus niños, y cómo Frehlingen se dio a la bebida, ya que la quería realmente. Otra vez se produjo el penoso silencio, como siempre que yo decía algo, pero Sommerwild rió y dijo: «Pero, señor Schnier, ¿no querrá usted comparar los dos casos?» «¿Y por qué no?», dije. «Lo hará usted, porque no tiene la menor idea de quién es Besewitz», dijo enfadado, «es el autor más agudo entre los que merecen el calificativo de cristiano.» Y yo también me enfadé y dije: «Pues sepa usted que

Frehlingen era muy agudo, y un obrero auténticamente cristiano.» Me miró meneando la cabeza y alzó las manos con desesperación. Sucedió una pausa, en la cual sólo se oía toser a Monika, pero mientras se halle presente Fredebeul ningún anfitrión debe preocuparse si la charla llega a un punto muerto. Rompió el breve silencio, volvió al tema de la velada y habló de la relatividad del concepto de pobreza durante hora y media, hasta que dio a Kinkel la oportunidad de contar la anécdota de aquel hombre que entre los quinientos y tres mil marcos al mes había vivido en plena miseria, y Züpfner me pidió un cigarrillo para disimular su sonrojo con el humo.

Me sentía tan desgraciado como Marie, cuando regresamos a Colonia con el último tren. A duras penas habíamos reunido el dinero para el viaje, ya que Marie tenía gran interés en aceptar la invitación. Nos encontrábamos mal, porque comimos poco y bebimos más de lo que estábamos acostumbrados. El viaje se nos hizo inacabable, y cuando bajamos en Kóln-West tuvimos que ir a casa a pie. No nos quedaba dinero para el tranvía.

En casa de Kinkel se pusieron inmediatamente al teléfono. «Aquí Alfred Kinkel», dijo una arrogante voz joven.

«Aquí Schnier», dije, «¿podría hablar con su padre?»

«¿Schnier el teólogo, o Schnier el payaso?»

«El payaso», dije.

«Ah», dijo, «espero que no se lo habrá tomado muy a pecho.»

«¿A pecho?», dije fatigado, «¿qué puedo tomarme a pecho?»

«¿Cómo?», dijo, «¿no ha leído el periódico?»

«¿Cuál?», dije.

«*La Voz de Bonn*», dijo.

«¿Me dejan de vuelta y media?», pregunté.

«Oh», dijo, «creo que más bien se trata de una esquela mortuoria. ¿Quiere que vaya a buscárselo y se lo lea?»

«No, gracias», dije. El chico tenía en su voz un dejo marcadamente sádico.

«Pues debe leerlo, le será instructivo.»

Dios mío, otro con ambiciones pedagógicas.

«¿Y quién lo ha escrito?», dije yo.

«Un tal Kostert, que dicen que es el corresponsal en la cuenca del Ruhr. Escrito con brillantez, pero bastante maligno.»

«Claro», dije, «también ése es cristiano.»

«¿Y usted no lo es?»

«No», dije, «¿no podría hablar con su padre?»

«No quiere que se le moleste, pero, por ser usted, le molestaré con mucho gusto.»

Era la primera vez que el sadismo me resultaba útil.

«Gracias», dije.

Oí cómo colocaba el auricular sobre la mesa y atravesaba la habitación, y otra vez oí aquellos silbidos malvados en las habitaciones de atrás. Sonaba como si toda una familia de serpientes estuviese riñendo: dos serpientes machos y una hembra. Siempre me es penoso ser testigo ocular o auditivo de sucesos no destinados a mis ojos u oídos, y el don místico de notar olores por teléfono, lejos de ser un placer, se me hace una carga. El piso de los Kinkel olía a caldo de carne, como si hubiesen guisado un buey entero. El siseo en las habitaciones traseras zumbaba de un modo asesino, como si el hijo fuera a matar al padre o la madre al hijo. Pensé en Laoconte, y el hecho de que tales siseos y silbos (hasta pude oír ruido de golpes, gritos de «fuera» y «oh», expresiones como «eres una bestia asquerosa», «cerdo brutal») se profirieran en el piso de alguien que fue calificado de «eminencia gris del catolicismo alemán», no contribuyó a regocijarme. Pensé también en el miserable Kostert, de Bochum, que ayer por la noche estaba pegado al teléfono y dictando su artículo, y hoy por la mañana arañó la puerta de mi habitación como un sumiso mastín y representó el papel de hermano cristiano.

Era evidente que Kinkel se resistía, literalmente con pies y manos, a acudir al teléfono, y que su esposa (yo descifraba gradualmente los ruidos y los movimientos en las habitaciones de atrás), se oponía aún con más ardor, mientras que el hijo se negaba a decirme que se había equivocado, que su padre no estaba en casa. De repente se hizo un silencio absoluto, como cuando alguien se desangra. Eso era: una hemorragia de silencio. Oí ruido de pasos que se arrastraban, oí cómo alguien tomaba el auricular de la mesa y sospeché que colgarían. Sabía exactamente dónde está el teléfono en el piso de Kinkel. Justamente bajo una de las tres madonas barrocas, la que Kinkel siempre describe como la de menor valor. Casi hubiese preferido yo que él colgara. Le compadecí, debía resultarle espantoso hablar ahora conmigo, y para mí mismo yo no esperaba nada de la conversación, ni dinero ni un buen consejo. De ser su voz ahogada, hubiese prevalecido mi compasión, pero la voz era tan sonora y tan vital como siempre. Alguien comparó una vez aquella voz a todo un cuerpo de trompetas.

«Hola, Schnier», tronó, «me place que me telefonee.»

«Hola, doctor», dije, «estoy en un apuro,»

Lo único mal intencionado en mis palabras era lo de doctor, pues su título de doctor es, como el de papá, un flamante *h. c.*

«Schnier», dijo, «¿hasta este punto hemos llegado, que usted crea que debe darme el tratamiento de doctor?»

«No tengo la menor idea de hasta dónde hemos llegado», dije yo.

Riose con estrépito: vital, católico, franco, con «barroca alegría». «Mi simpatía por usted es invariablemente la misma.» Esto me resultaba difícil de creer.

Probablemente para él yo había caído tan bajo, que ya no valía la pena empujarme todavía.

«Atraviesa usted una crisis», dijo, «eso es todo, usted es joven aún, recóbrese y verá cómo todo se arregla.» Lo de recobrarme sonaba al I.R. 9 de Anna.

«¿De qué habla usted?», pregunté con voz suave.

«¿De qué iba a hablar?», dijo, «de su arte, de su carrera.»

«Pero yo no me refería a esto», dije, «como usted sabe, por principio, no hablo de arte, y menos aún de mi carrera. Me refiero —quiero decir— busco a Marie», dije.

Profirió un sonido difícil de clasificar, entre gruñido y eructo. Oí aún, en el fondo de la sala, restos de siseo, oí cómo Kinkel dejaba el auricular sobre la mesa, volvió a cogerlo, su voz era más débil y más opaca, tenía un cigarro encendido en la boca.

«Schnier», dijo, «deje usted que lo pasado, pasado esté. Su presente es el arte.»

«¿Pasado?», pregunté, «trate usted de imaginarse que su esposa se va de repente con otro.»

Calló de un modo que a mí me pareció expresar un: ojalá, y después prosiguió, dando chupadas a su cigarro: «No era su mujer, y no ha tenido con ella siete hijos.»

«¿De veras?», dije, «¿no era mi mujer?»

«Ah», dijo, «ese anarquismo romántico. Sea hombre.»

«Maldita sea», dije, «precisamente porque pertenezco a este sexo me van mal las cosas, y los siete hijos pueden llegar aún. Marie no tiene más que veinticinco años.»

«Por hombre», dijo, «entiendo yo alguien que se resigna.»

«Esto suena muy cristiano», dije.

«Dios mío, sólo me falta que usted me explique lo que es ser cristiano.»

«Sí», dije, «por lo que he entendido, ¿no son los consortes los que se administran mutuamente el sacramento, según la interpretación católica?»

«Naturalmente», dijo.

«En cambio, si están dos o tres veces casados, civilmente y por la Iglesia, y no se administran ellos el sacramento, el matrimonio no existe.»

«Hum», hizo él.

«Óigame, doctor», dije, «¿le importaría quitarse el cigarro de la boca? Parece que estemos hablando de cotizaciones bursátiles. En cualquier caso, sus chupadas al cigarro me ponen nervioso.»

«Bien, oiga usted», dijo, pero se quitó el cigarro de la boca, «y sepa que lo que usted piense sólo a usted le importa. Por lo visto la señorita Derkum piensa de modo distinto sobre el particular y obra según le ordena su conciencia. Y hace muy bien: no puedo decir otra cosa.»

«¿Y por qué ninguno de vosotros, católicos asquerosos, me dice dónde está ella? Vosotros me la escondéis.»

«No sea usted ridículo, Schnier», dijo, «no vivimos ya en la Edad Media.»

«Me gustaría que viviéramos en la Edad Media», dije, «entonces se me permitiría tenerla de concubina y ella no estaría aprisionada sin cesar por las tenazas de la conciencia. Pero volverá.»

«En su lugar no estaría yo tan seguro, Schnier», dijo Kinkel. «Es una lástima que a usted le falte tan evidentemente el órgano para lo metafísico.»

«Con Marie todo iba bien mientras ella se preocupaba por mi alma, pero vosotros le habéis inculcado el preocuparse por su propia alma, y ahora ocurre que yo, a quien falta el órgano para lo metafísico, me preocupo por el alma de Marie. Si se casa con Züpfner, caerá en verdadero pecado. Esto he comprendido de vuestra metafísica: es fornicación y adulterio lo que ella comete, y el prelado Sommerwild es un alcahuete.»

Consiguió reír, si bien no muy fuerte. «Todo esto resulta muy cómico, si se piensa que Heribert es digámoslo así, la eminencia seglar y el prelado Sommerwild, por así decirlo, la eminencia clerical del catolicismo alemán.»

«Y usted es su conciencia», dije con ira. «y sabe perfectamente que yo tengo razón.»

Estuvo jadeando un rato mirando hacia el Venusberg, bajo la menos valiosa de sus tres madonas barrocas. «Usted es joven, conmovedoramente joven, y lo es de modo envidiable.»

«Déjelo, doctor», dije, «no se deje conmover y no me envidie, que si no recupero a Marie mataré a vuestro más interesante prelado. Le mataré», dije, «no tengo nada que perder.»

Calló y puso otra vez su cigarro en la boca.

«Ya sé», dije, «que ahora su conciencia trabaja febrilmente. Si yo matase a Züpfner, le haría a usted un gran favor: él no le soporta a usted y se encuentra mucho más a la derecha, mientras que Sommerwild es para usted buen apoyo en Roma, donde usted tiene mala fama —completamente injusta por lo demás, en mi modesta opinión— como pajarraco de izquierdas.»

«Déjese de tonterías. Schnier. ¿Qué mosca le ha picado?»

«Los católicos me ponen nervioso», dije, «porque juegan sucio.»

«¿Y los protestantes?», preguntó riendo. «Me irritan con su manoseo de las conciencias.» «¿Y los ateos?» Seguía riéndose. «Me aburren porque siempre hablan de Dios.» «¿Y qué es usted, pues?»

«Soy un payaso», dije, «de momento, superior a mi fama. Y hay un ser católico al que necesito con urgencia: Marie y precisamente vosotros me la habéis quitado.»

«¡Qué tontería, Schnier!», dijo, «aparte de su cabeza todas esas teorías de rapto. Vivimos en el siglo veinte.»

«Precisamente», dije, «en el trece sería yo un simpático bufón, y ni siquiera, los cardenales se hubiesen preocupado de si estaba casado o no con ella. Ahora todos los seglares católicos apelan a su pobre conciencia, y la empujan a la fornicación y el

adulterio sólo por un estúpido pedazo de papel. Sus madonas, doctor, en el siglo trece le habrían causado a usted la excomunión y el anatema. Sabe usted perfectamente que se las ha robado a la Iglesia en Baviera y en el Tirol; no necesito decirle que el robo sacrílego pasa, incluso hoy, por delito bastante grave.»

«Oiga usted, Schnier», dijo, «¿se propone personalizar? Me sorprende en usted.»

«Desde hace años se mete usted en mis asuntos más personales, y si yo hago una pequeña observación casual y le enfrento con una verdad que personalmente podría ser desagradable, entonces se me enfurece usted. Si algún día vuelvo a tener dinero, contrataré a un detective privado para que me descubra de dónde proceden sus madonas.»

Dejó de reír, sólo tosió ligeramente, y noté que aún no comprendía que yo hablaba en serio. «Corte, Kinkel», dije, «corte, de lo contrario comenzaré a hablarle de mínimos vitales. Le deseo a usted y a su conciencia unas buenas noches.» Pero él siguió sin comprender, de modo que corté yo el primero.

Me di muy bien cuenta de que Kinkel había sido conmigo excepcionalmente amable. Creo que me hubiese incluso dado dinero, de habérselo pedido. Pero hablar de metafísica con el cigarro en la boca, y su repentino ofenderse cuando comencé a hablar de sus madonas, me asquearon demasiado. No quise saber más de él. Tampoco de la señora Fredebeul. Aparte de esto, al propio Fredebeul ya habría ocasión de abofetearle. Es absurdo luchar contra él con «armas espirituales». A veces lamento que ya no haya duelos. La cuestión entre Züpfner y yo, a causa de Marie, sólo podría resolverse con un duelo. Fue horrible que me la sedujeran con principios de orden, declaraciones escritas y días enteros de conversaciones secretas en un hotel de Hannover. Marie, después del segundo aborto, estaba deprimida, nerviosa, iba sin cesar a la iglesia, y se disgustaba si en mis tardes libres no la llevaba al teatro, al concierto o a una conferencia. Cuando le propuse volver a jugar a la oca conmigo, mientras tomábamos té, tendidos encima de la cama, se enfadó aún más. En rigor comenzó la cosa cuando dejó de divertirme jugar a la oca. Y tampoco le divertían ya las películas que a mí me gustan: las toleradas para niños de seis años.

Yo creo que nadie en el mundo comprende a un payaso, ni siquiera otro payaso, porque siempre entran en juego la envidia o la rivalidad. A Marie le faltó poco para comprenderme, pero nunca me comprendió del todo. Siempre esperaba que yo, «hombre creador», mostrara un «ardiente interés» por absorber tanta cultura como me fuese posible. Era un error. Naturalmente que yo me arrojaré a un taxi, si en una tarde libre me entero de que en alguna parte representan a Beckett, y que de vez en cuando voy al cine, o a decir verdad voy muy a menudo, pero siempre para ver películas toleradas para menores de seis años. Marie nunca pudo comprenderlo: gran parte de su educación católica consistía únicamente en información psicológica y en un racionalismo orillado de misticismo, todo ello al nivel del «que jueguen al fútbol, que así no pensarán en chicas». Pero a mí me gustaba pensar en chicas, y más tarde sólo en Marie. A veces me parecía que yo era un monstruo, pero la verdad es que me gustan esas películas porque en ellas no se encuentra rastro de esa cursilería para adultos a base de adulterio y divorcio. En las películas de divorcio y adulterio juega siempre un gran papel la felicidad de alguien. «Hazme feliz, querido» o «¿Quieres ser un obstáculo a mi felicidad?» Por felicidad, no alcanzo a entender nada que dure más de un segundo, puede que dos o tres como máximo. Me gustan también auténticos films de prostitutas, pero hay pocos. La mayoría son tan sofisticados que no se notan las putas. Existe aún otra categoría de mujeres, ni prostitutas ni esposas: las mujeres compasivas, pero en las películas no se les presta atención. En las películas toleradas para menores de seis años abundan las prostitutas las más de las veces. Nunca he comprendido qué principios siguen las comisiones de censura que califican las

películas, al permitir que los niños vean esas películas. Las mujeres en esos films, o bien son prostitutas por naturaleza o lo son en un sentido social; compasivas casi nunca lo son. Se ven chicas rubias bailando el cancan en uno de esos *saloons* del Far-West, y rudos vaqueros, buscadores de oro o cazadores de pieles, que en las soledades desérticas han pasado dos años oliendo a *skunks*, observan a las bellas y jóvenes rubias bailando el cancan, pero en el momento en que estos vaqueros, buscadores de oro o cazadores de pieles se dirigen hacia las chicas y quieren subir a sus camerinos, las más veces se le cierra la puerta en las narices, o les apalea sin piedad un cerdo hercúleo. Me imagino que con ello quiere simbolizarse algún principio de virtud. Crueldad, cuando la compasión sería lo único humano. No es extraño que luego los desgraciados se dediquen a pegarse puñetazos o tiros: es lo mismo que el fútbol en el internado, sólo que allí se trata de hombres adultos, más feroces. No comprendo la moralidad americana. Pienso que allí quemarían viva por bruja a una mujer compasiva, una mujer que no se acostara por dinero ni por pasión por los hombres, sino sólo por compasión de la naturaleza masculina.

Lo más penoso me parece que son las películas artísticas. Los films artísticos los realizan, las más de las veces, personas que por un cuadro no le hubieran dado a Van Gogh ni siquiera un paquete de tabaco entero, sino medio nada más, y aún después se habrían arrepentido, al darse cuenta de que bastaba el tabaco para una pipa. En las películas artísticas se sitúan siempre en el pasado los sufrimientos del artista, la miseria y la lucha con su demonio. Un artista vivo, que no tiene cigarrillos, que no puede comprar zapatos para su mujer, carece de interés para los productores cinematográficos, porque tres generaciones de charlatanes no les han confirmado aún que es de un genio. Una sola generación de charlatanes no les bastaría. «La búsqueda apasionada del alma del artista.» Incluso Marie creía en eso. Da grima: claro que algo hay pero habría que llamarlo de otro modo. Lo que un payaso necesita es paz, la ilusión de lo que los demás llaman fiesta. Pero los demás no comprenden que para un payaso la ilusión de la fiesta consiste en olvidarse de su trabajo, no lo comprenden porque ellos sólo en su fiesta se acuerdan de lo que llaman arte, lo cual es en ellos muy lógico. Problema aparte lo constituyen los temperamentos artísticos que no piensan más que en el arte, pero no necesitan fiestas porque nunca trabajan. Cuando se empieza a tomar por artistas a los temperamentos artísticos, surgen los más irritantes equívocos. Los temperamentos artísticos también se ponen a darle al arte en el momento en que el artista tiene la ilusión de una fiesta. Destrozan los nervios con asombrosa infalibilidad: en los dos, tres, cinco minutos en que el artista se olvida de su arte, aparece un temperamento artístico y se lanza a hablar de Van Gogh, Kafka, Chaplin o Beckett. En tales momentos estoy expuesto al suicidio: cuando comienzo a pensar sólo en la cosa que hago con Marie, o en la cerveza, en las hojas que caen en otoño, en el juego de la oca o en algo cursi, tal vez sentimental, comienza algún

Fredebeul o Sommerwild a hablar de arte. Precisamente en el instante en que experimento la sensación extraordinariamente estimulante de ser completamente normal, tan bobamente normal como Karl Emonds, se ponen Fredebeul o Sommerwild a darle a Claudel o Ionesco. Algo de eso tiene también Marie, poco al principio, más en los últimos tiempos. Lo noté cuando le anuncié que comenzaría a cantar acompañándome con guitarra. Eso ofendía su instinto estético, según dijo. La fiesta del no artista coincide con el horario de trabajo de un payaso. Todos saben lo que es la fiesta, desde el gerente espléndidamente pagado hasta el más simple obrero, tanto si se emborrachan con cerveza o cazan osos en Alaska, como si coleccionan sellos de correos, cuadros impresionistas o cuadros expresionistas (una cosa es indudable, que un coleccionista de arte no es un artista). Sólo el gesto con que encienden sus cigarrillos de fiesta y la cara que ponen basta para enfurecerme, porque conozco su sensación lo bastante para envidiarles lo que a ellos les dura. Hay momentos de fiesta para un payaso: entonces puede estirar las piernas y durante medio cigarrillo saber lo que es fiesta. Las llamadas vacaciones son espantosas: ¡ellos conocen la fiesta durante tres, cuatro, seis semanas! Marie intentó unas cuantas veces procurármela a mí, y nos fuimos al mar, al llano, a los baños, a ía montaña; a los dos días me puse enfermo, mi piel se cubrió de granos y a mi alma la agitaban pensamientos homicidas. Supongo que enfermaba de envidia. Luego tuvo Marie la ocurrencia atroz de ir conmigo de vacaciones a un lugar al que los artistas van de vacaciones. Naturalmente no eran más que temperamentos artísticos, y ya en la primera noche tuve una disputa con un imbécil, importante en la industria del cine, que me enzarzó en una conversación sobre Grock y Chaplin y los bufones de los dramas de Shakespeare. No sólo quedé hecho cisco (estos temperamentos artísticos que consiguen vivir bien de oficios casi artísticos, no trabajan y rebosan vitalidad), sino que además pesqué una grave ictericia. En cuanto abandonamos aquella funesta madriguera me curé rápidamente.

Lo que a mí me priva de reposo es mi incapacidad de limitarme, o, como diría mi representante Zobnerer, de concentrarme. En mis números hay demasiada mezcla de pantomima, escenografía, chistes: yo sería un buen Pierrot, pero también podría ser un buen clown, y cambio de números demasiado a menudo. Es probable que hubiese podido vivir durante años con mis números de los sermones católico y protestante, de la reunión del consejo de administración, del tráfico urbano y unos pocos más, pero cuando he interpretado diez o veinte veces un mismo número, me resulta tan aburrido, que en plena actuación me entran unas ansias irreprimibles de bostezar, literalmente, y tengo que disciplinar con un supremo esfuerzo los músculos de mi boca. Me aburro de mí mismo. Cuando pienso que hay payasos que durante treinta años interpretan el mismo número, noto un desasosiego en mi corazón, como si me condenaran a tragarme a cucharadas todo un saco de harina. Tiene que divertirme lo

que hago, o me pongo enfermo. De repente se me ocurre que tal vez podría también cantar o hacer malabarismos: y son sólo evasiones para eludir los ensayos diarios. Como mínimo cuatro horas de ensayos, a ser posible seis, y mejor que fueran más. Lo había descuidado en las últimas seis semanas, contentándome cada día con unas volteretas y unas verticales sobre las manos o la cabeza, y con un poco de gimnasia sobre la esterilla de caucho que siempre llevo conmigo a todas partes. Ahora, la rodilla lesionada era una excusa para tenderme en el diván, fumar cigarrillos y acumular compasión de mí mismo. La última pantomima, de un discurso de ministro, se me dio muy bien, pero ya estaba harto de hacer de caricato y no pude ir más allá de un cierto límite. Todas mis tentativas de lirismo fracasaron. Nunca conseguí representar lo humano sin caer en una espantosa ramplonería. Mis números de la pareja de baile, y del camino hacia al escuela y regreso a casa, eran por lo menos pasables artísticamente. Cuando intenté el número de los períodos de la vida de un hombre, caí otra vez en la caricatura. Marie tenía razón al calificar de tentativa de evasión, mis intentos de interpretar canciones a la guitarra. Lo que me salía mejor era la descripción de absurdos cotidianos: observo, sumo las observaciones, las potencio y saco de ellas la raíz, pero con un exponente distinto a aquel con que había yo potenciado. En cualquier gran estación llegan por la mañana miles de personas que trabajan en la ciudad, y parten a millares de la ciudad para ir a trabajar en las afueras. ¿Por qué no intercambian sin más sus lugares de trabajo toda esta gente? O las colas de autos, que en las horas punta se importunan unos a otros para lograr adelantarse. Trueque de viviendas o de lugares de trabajo, y toda la estéril barahúnda, el dramático molineo-con-los-brazos de los policías, se podían evitar: los cruces de las calles se hacían tan quietos que podía yo jugar allí a la oca. De esta observación deduje una pantomima, en la cual yo sólo actuaba con los pies y las manos, impávido el rostro y siempre blanco como la nieve en el centro, y con mis cuatro extremidades conseguí dar la impresión de una enormidad de precipitados movimientos. Mi meta es: pocos accesorios, y, mejor aún, ninguno. Para el número del camino de la escuela y vuelta a casa, no necesitaba ni siquiera cartera de colegial: la mano, de la cual cuelga, es suficiente, en los últimos momentos atravieso corriendo la calle, pasando ante bamboleantes tranvías, salto al autobús, me apeo de él, me distraigo mirando los escaparates, escribo con tiza faltas ortográficas sobre las tapias, me encuentro —llego tarde— ante el maestro regañón, me bajo la cartera de los hombros y me cuelo en el banco. El describir lo poético de la vida infantil me da buen resultado: en la vida de un niño lo banal posee grandeza, se siente extraño, sin orden, siempre trágico. Tampoco un niño tiene nunca fiesta como niño; sólo al aceptarse los «principios de orden» comienza la fiesta. Observo cualquier forma de manifestación de la fiesta con fanático ardor: cómo un obrero guarda en su bolsillo el sobre con la paga y sube a la moto; cómo un agente de bolsa al fin cuelga el auricular del teléfono, pone su

cuaderno de notas en el cajón y lo cierra con llave, o una vendedora de comestibles se quita el delantal, se lava las manos y ante el espejo se retoca el cabello y los labios, toma su bolso y ya está, todo es tan humano que a menudo tengo la impresión de ser yo un monstruo, porque sólo puedo representar la fiesta como número. Hablé con Marie de si un animal podía tener fiesta, una vaca que rumia, un asno que adormilado se apoya sobre la valla. Ella pretendía que sería blasfemia que los animales trabajasen y, por consiguiente, tuviesen fiesta. El sueño es algo así como la fiesta, una sublime afinidad entre el hombre y los animales, pero lo festivo del día de fiesta es el vivirlo conscientemente. Hasta los médicos tienen fiesta, recientemente también los sacerdotes. Esto me disgustó, pues no deberían tenerla, y deberían comprender el caso de los artistas, ellos por lo menos. No necesitan entender nada de arte, nada de vocación y misión creadora y demás zarandajas, pero sí de la naturaleza del artista. Continuamente discutía con Marie si el Dios en el que ella cree tuvo realmente fiesta; ella sostuvo siempre que sí, iba a buscar el Antiguo Testamento y en el Génesis me leía: Y al séptimo día descansó Dios. Yo la contradecía con el Nuevo Testamento, y opinaba que acaso el Dios del Antiguo Testamento tuvo fiesta, pero que un Cristo de fiesta sería para mí inconcebible. Marie se puso lívida al decirle yo esto, y reconoció que la idea de un Cristo con día de fiesta le parecía una blasfemia: había experimentado la fiesta, pero sin día festivo.

Soy capaz de dormir como un animal, la mayoría de las veces sin soñar; a menudo duermo sólo unos minutos, y no obstante tengo la sensación de haber estado ausente por toda una eternidad, como si hubiese pasado la cabeza por una pared, tras la cual se halla el oscuro infinito, el olvido y la eterna festividad, y aquello en lo que pensaba Henriette cuando repentinamente dejó caer la raqueta de tenis al suelo o la cuchara en la sopa, o en un brusco gesto arrojó la baraja al fuego: la nada. Una vez le pregunté en qué pensaba cuando le sobrevenía aquello, y dijo: «¿De verdad que no lo sabes?» «No», dije, y ella dijo en voz baja: «En nada, no pienso en nada.» Yo dije que no se puede pensar en nada, y ella dijo: «Sí se puede, de repente me siento completamente vacía y sin embargo como embriagada, y ardo en deseos de tirar también los zapatos y los vestidos: de quedar sin lastre.» Dijo también que aquello era tan prodigioso que ella lo aguardaba siempre, pero nunca venía cuando lo esperaba, siempre era del todo inesperado y era como una eternidad. Le había ocurrido un par de veces en el colegio, recuerdo la vehemente conversación telefónica de mi madre con la maestra y la expresión: «Sí, sí, histérica, ésta es la palabra: y castíguela con rigor.»

Noto una sensación parecida de sublime vacío, a veces, al jugar a la oca, si el juego dura, tres, cuatro horas; bastan los ruidos, el traqueteo de los dados, el golpear con la ficha que adelanta, el choque de dos fichas. Conseguí que Marie se apasionase por este juego, a pesar de que ella siente más afición por el ajedrez. Era para nosotros

como un narcótico. A veces jugábamos durante cinco, seis horas seguidas, y los camareros y doncellas que nos traían té o café mostraban en su rostro la misma mezcla de miedo y disgusto que mi madre cuando Henriette caía en trance, y a veces decían lo que dijo la gente en el autobús en el que, saliendo de casa de Marie, iba yo a la mía: «Increíble.» Marie ideó un sistema muy complicado de tanteo: según uno era desalojado o desalojaba al otro, obtenía puntos, componiendo una interesante tabla, y le compré un lapicero de cuatro colores para que pudiese marcar mejor los valores pasivos y los valores activos, como los llamaba ella. A veces jugábamos durante largos viajes en tren, para asombro de ¡os viajeros serios, hasta que noté repentinamente que Marie sólo seguía jugando conmigo porque quería contentarme, tranquilizarme, procurar esparcimiento a mi «alma de artista». Ya no participaba en ello, y la cosa comenzó hace un par de meses, al negarme yo a ir a Bonn, aunque tenía cinco días seguidos sin actuar. No quise ir a Bonn. Tenía miedo del grupo, tenía miedo de encontrarme con Leo, pero Marie decía continuamente que ella tenía que respirar una vez más «aire católico». Le recordé cuando, después de la primera reunión con el grupo, regresamos de Bonn a Colonia, cansados, sin un céntimo, abatidos, y cómo ella me decía sin cesar en el tren: «Eres tan bueno, tan bueno», y se había quedado dormida sobre mi hombro, despertándose sólo cada vez que el revisor voceaba los nombres de las estaciones: Sechtem, Walberberg, Brühl, Kalscheuren: se sobresaltaba a cada vez, asustándose mucho, y yo descansaba su cabeza otra vez sobre mi hombro, y al bajar en Koln-West, dijo: «Mejor hubiese sido ir al cine.» Se lo recordé cuando comenzó a hablar del aire católico que debía respirar, y le propuse ir al cine, ir a bailar, jugar a la oca, pero ella meneó la cabeza y se marchó sola a Bonn. No puedo concebir lo que será eso del aire católico. Al fin y al cabo, estábamos en Osnabrück, de modo que el aire no podía ser enteramente acatólico.

Entré en el cuarto de baño, vertí en la bañera parte de las sales de baño que Monika Silvs me había dejado y abrí el grifo del agua caliente. Bañarse es casi tan bueno como dormir, y dormir es casi tan bueno como hacer «la cosa». Marie la llamó así, y pienso en la cosa siempre en sus términos. No podía concebir que ella hiciese «la cosa» con Züpfner, mi fantasía no tiene compartimientos para tales ideas, del mismo modo que nunca estuve seriamente tentado de revolver en la ropa interior de Marie. Sólo llegaba a imaginarme que ella jugaría a la oca con Züpfner, y me enfurecía. Nada de lo que yo había hecho con ella lo podía ella hacer con él sin parecerme traidora o prostituta. Ni siquiera le podía extender mantequilla sobre el pan. Si imagino que ella toma del cenicero el cigarrillo de él y lo termina de fumar, casi me vuelvo loco, y no supone ningún alivio saber que él no fuma y que es probable que juegue al ajedrez. Algo debía ella hacer con él, bailar o jugar a las cartas, él leerle a ella o ella a él, y debía hablarle del tiempo y de dinero. En realidad lo único que ella podía hacer para él sin pensar continuamente en mí era cocinar, pues esto me lo hizo tan raras veces, que no sería necesariamente infidelidad y fornicación. Me hubiese gustado mucho llamar en seguida a Sommerwild, pero aún era demasiado pronto, ya que me había propuesto despertarle de su sueño allá por las dos y media de la madrugada, y conversar con él largo y tendido sobre arte. Las ocho de la noche era una hora demasiado decente para telefonarle y preguntarle cuántos principios de orden le había hecho tragar a Marie, y qué comisión había recibido él de Züpfner: ¿una cruz abacial del siglo trece, o una madona centrorrenana del catorce? También reflexioné cómo le asesinaría. A los» estetas lo mejor es romperles en la cabeza un valioso objeto de arte, con lo cual sufren, aún al morir, por el crimen artístico. Una madona no sería lo bastante valiosa y es demasiado sólida, y moriría con el consuelo de que la madona se había salvado; y una pintura no es lo bastante pesada, si se exceptúa el marco, y le quedaría también el consuelo de que el cuadro se conservaba. Podría yo raspar la pintura de un cuadro valioso y estrangularle o asfixiarle a él con la tela: ningún crimen perfecto, pero un perfecto crimen estético. Tampoco sería fácil enviar al otro mundo a un sujeto tan rebosante de salud: Sommerwild es alto y delgado, de «hermosa planta», de blancos cabellos «bien llevados», alpinista, orgulloso de haber participado en dos guerras mundiales y haber ganado la medalla deportiva. Un adversario duro, bien entrenado. Era indispensable procurarme una obra de arte en metal, de bronce o de oro, puede que de mármol, pero mal podía yo marcharme antes a Roma y robar algo del Museo Vaticano.

Mientras se llenaba la bañera, me acordé de Blothert, un importante miembro del grupo, a quien sólo había visto un par de veces. Era algo así como el «brazo derecho» de Kinkel, político como éste, pero «con otra formación y procedente de otras

esferas»; para él era Züpfner lo que Fredebeul era para Kinkel: una especie de ordenanza, y también «heredero espiritual», pero telefonar a Blothert hubiese sido menos acertado que pedir auxilio a las paredes de mi cuarto. Lo único que en él despertaban signos de vida medianamente reconocibles eran las madonas barrocas de Kinkel. Las comparaba con las suyas, de tal modo que me hizo comprender lo hondamente que se odiaban. Era presidente de no sé qué, y a Kinkel le hubiese gustado serlo, y se tuteaban porque habían ido a un mismo colegio. Las dos veces que vi a Blothert me asusté. Era de estatura mediana, rubio claro, y aparentaba veinticinco años; si alguien le miraba hacía una mueca, al hablar hacía rechinar los dientes durante medio minuto, y de cuatro palabras que decía, dos eran «el canciller» y «los católicos»: y entonces se veía de repente que pasaba de los cincuenta, y mostraba el aspecto de un bachiller envejecido por vicios secretos. Inquietante personaje. A veces se quedaba rígido tras pronunciar dos palabras, comenzaba a tartamudear y decía: «el ca, ca, ca, ca» o los «ca, ca, ca, ca», y sentía yo compasión por él hasta que conseguía expectorar el restante «-nciller» o «-tólicos». Marie me había dicho que verdaderamente era «inteligente de un modo sensacional». Nunca tuve pruebas de tal aserto, sólo en una ocasión le oí hablar más de veinte palabras: cuando en el grupo se habló de la pena de muerte. Él «estaba a favor, sin restricción alguna», y lo que me maravilló en esta declaración fue sólo el hecho que no dijera hipócritamente lo contrario. Hablaba con una expresión de triunfo en el rostro, volvía a atascarse en su ca, ca, y sonaba como si a cada ca decapitase a alguien. Me miró alguna que otra vez, y siempre con asombro, como si reprimiese un «increíble»: los meneos de cabeza no los reprimía. Creo que alguien que no sea católico no existe para él. Siempre pensé que si se implantase la pena de muerte abogaría él por ejecutar a todos los no católicos. Tenía también esposa, niños y teléfono. Pero me sedujo más volver a llamar a mi madre. Me acordé de Blothert al pensar en Marie. Entraría y saldría de casa de ella, pues tenía algo que ver con la Liga, y al imaginarme que formaba parte de sus visitantes habituales, sentí miedo. Ella me enternece, y sus palabras de *girl-scout*: «Debo seguir el camino que debo seguir», tienen quizá que interpretarse como la fórmula de despedida de una cristiana que se deja arrojar a las fieras. También pensé en Monika Silvs, y comprendí que algún día tendría que acogerme a su compasión. Era tan linda y tan buena, y todavía me parecía encajar con el grupo menos que Marie. Tanto si trabajaba en la cocina —también la ayudé una vez a hacer bocadillos— o se sonreía, bailaba o pintaba, resultaba siempre natural, aunque los cuadros que pintaba no me gustaban. Se había dejado sermonear demasiado por Sommerwild sobre «expresiones» y «símbolos», y últimamente casi sólo pintaba madonas. Intentaría disuadirla de eso. No hay modo de que salga bien, por más que uno tenga fe y sepa pintar. Debería confiarse la pintura de madonas a los niños o a piadosos monjes, que no se consideran artistas. Pensé si conseguiría disuadir a

Monika de pintar madonas. No es una aficionada, pero es aún joven, veintidós o veintitrés años, virgen con certeza, y este hecho me inspiraba miedo. Se me ocurrió el pensamiento horrible de que los católicos me han reservado el papel de hacer de Sigfrido para ellos. Acabaría por hacer vida matrimonial conmigo durante un par de años, sería un encanto hasta que comenzasen a actuar los principios de orden, y entonces regresaría a Bonn y se casaría con Von Severn. Me ruboricé y pensé en otra cosa. Monika era muy simpática, y no quise hacerla objeto de malignas reflexiones. Caso de comprometerme con ella, debía ante todo persuadirla de que se apartase de Sommerwild, ese *dandy* de salón, que casi parece mi padre. La única pretensión de mi padre es la de ser un explotador medianamente humano, y realmente la cumple. Con Sommerwild tengo siempre la impresión que podría ser igualmente director de conciertos o de un balneario, agente de relaciones públicas de una fábrica de zapatos, un atildado cantante de moda, quizás también redactor de una revista de modas «inteligentemente» planeada. Todos los sábados por la noche da una plática en St. Korbinian. Marie me llevó allí dos veces. La función es más desagradable de lo que deberían permitir les superiores de Sommerwild. Antes leer a Rilke, a Hofmannsthal y a Newman por separado, que tragarme una especie de hidromiel obtenido mezclándolos. Sudé durante la plática. Mi sistema nervioso vegetativo no soporta ciertas formas de afectación. ¡Que lo existente existe y que lo figurante figura! Siento miedo al oír tales expresiones. Prefiero que un cura de aldea bobo y obeso tartamudee desde el pulpito las incomprensibles verdades de esta religión, y no pretenda hablar «literariamente». Marie se entristecía al ver que no me impresionaban las pláticas de Sommerwild. Lo más irritante era que después de la plática, íbamos a un café cerca de la iglesia de St. Korbinian, y que el café se llenaba de temperamentos artísticos que venían de la plática de Sommerwild. Después llegaba él mismo, se formaba a su alrededor una especie de círculo, y nosotros éramos sorbidos por el círculo, y aquella tira de seda artificial que él dejara caer desde el pulpito era reengullida y rumiada dos, tres, hasta cuatro veces. Una joven actriz escultural, de largos cabellos dorados y rostro de ángel, de quien Marie me susurró que se había convertido ya «en tres cuartas partes», estuvo a punto de besarle los pies a Sommerwild. Creo que él no se lo hubiese impedido.

Cerré el grifo de la bañera, me pasé chaqueta, camisa y camiseta por encima de la cabeza, las arrojé a un rincón y cuando iba a entrar en el baño sonó el teléfono. Sólo conozco a un hombre que haga sonar el teléfono de un modo tan vital y viril: Zohnerer, mi representante. Habla tan cerca del teléfono y con tanta intensidad que siempre temo que su saliva me dé en el rostro. Si quiere mostrarse amable, comienza la charla con: «Ayer estuvo usted formidable»; lo dice por las buenas, sin saber si estuve realmente formidable o no; si quiere ser descortés, comienza con: «Oiga, Schnier, usted no es ningún Chaplin»; con lo cual no insinúa que yo no sea un payaso

tan bueno como Chaplin, sino tan sólo que no soy lo bastante famoso para permitirme algo que disguste a Zohnerer. Hoy ni siquiera sería descortés, tampoco pronosticaría el inminente fin del mundo, como hacía siempre que yo me había negado a representar una función. Ni siquiera me reprocharía ya mi «histeria de renuncia». Probablemente Offenbach, Bamberg y Nüremberg se habían también vuelto atrás, y me enumeraría por teléfono cuántos gastos se iban cargando en mi cuenta. El aparato siguió sonando, fuerte, viril, vital, y estuve a punto de arrojarle un almohadón del sofá, pero me puse el albornoz, entré en la sala y me detuve ante el sonante teléfono. Los representantes poseen nervios fuertes y bienes muebles, y las expresiones como la de «sensibilidad del alma de artista» son para ellos como «Cerveza de Dorfmond, S. A.», y todo intento de hablar con ellos seriamente sobre arte y artistas sería despilfarrar aliento. Saben además perfectamente que hasta un artista sin conciencia tiene mil veces más conciencia que un representante concienzudo, y posee un arma contra la cual nadie puede nada: la fría comprensión de que un artista no puede más que hacer lo que hace: pintar cuadros, ir de ciudad en ciudad como payaso, cantar, o esculpir en mármol o granito «lo imperecedero». Un artista es como una mujer, que no puede hacer más que amar, y que es seducida por el asno viril de turno. Para explotados, dan inmejorables resultados artistas y mujeres, y todo representante lleva dentro de sí entre un uno y un noventa y nueve por ciento de *maquereau*. El sonido del teléfono era puro *maquereau*. Naturalmente, debió enterarse por Rosten de que partí de Bochum, y sabía perfectamente que yo estaba en casa. Me abroché el albornoz y descolgué el auricular. Inmediatamente recibí en el rostro una vaharada de cerveza. «Caramba, Schnier», dijo, «¿qué significa hacerme esperar tanto?»

«Justamente abrigaba el modesto propósito de tomar un baño», dije, «¿o viola eso el contrato?»

«Su humor no es más que humor de ahorcado», dijo.

«¿Dónde está la sogá?», dije, «¿se balancea ya?»

«Dejémonos de simbolismos», dijo, «vamos al grano.»

«No estrené los símbolos», dije.

«No importa quien haya empezado», dijo. «A lo que parece, está usted firmemente decidido a suicidarse artísticamente.»

«Mi querido señor Zohnerer», dije en voz baja, «¿le importaría apartar algo su rostro del auricular? su aliento, que apesta a cerveza, me da directamente en la cara.»

Maldijo para sus adentros en su jerga: «Fantoche, cagón de mierda», después rió: «Su frescura sigue siendo imperturbable. ¿De qué hablábamos?»

«De arte», dije, «pero me permito rogarle que hablemos de negocios.»

«En tal caso, apenas nos queda nada de que hablar», dijo, «óigame, no le dejaré en la estacada. ¿Me comprende?»

Asombrado, no pude responder nada.

«Durante medio año le tendremos retirado de la circulación, y después vamos a reconstruirle. Espero que este baboso de Bochum no le habrá afectado gravemente, ¿verdad?»

«Pues, sí», dije, «me estafó por valor de una botella de aguardiente, además de la diferencia entre un billete de primera para Bonn y uno de segunda.»

«Fue imbécil de su parte dejar que le regateasen a usted sus honorarios. Contrato es contrato y por el accidente se justifica su negativa a actuar.»

«Zohnerer», dije en voz baja, «¿de verdad que es usted tan humano o es que...?»

«Pamplinas», dijo, «me es usted simpático. Si no lo ha notado aún es más tonto de lo que pensé, y además, hay aún en usted algo aprovechable comercialmente. Deje de una vez ese beber como un chiquillo.»

Tenía razón. Era una puerilidad. Dije: «Pero me ha ayudado.»

«¿En qué?», preguntó.

«En el aspecto anímico», dije.

«Tonterías», dijo, «no meta el alma en esto. Naturalmente que podríamos poner pleito a los de Maguncia por rotura de contrato y es probable que ganásemos, pero desisto. Medio año de descanso y le reconstruiré.»

«¿Y de qué voy a vivir?», pregunté.

«Vamos», dijo, «un poco le ayudará su padre.»

«¿Y si no lo hace?»

«Entonces búsquese una amiguita complaciente que le mantenga durante este tiempo.»

«Preferiría irme a actuar en bicicleta por aldeas y villorrios.»

«Se engaña usted», dijo, «aún en aldeas y villorrios leen los periódicos, y de momento no logrará usted ni actuar por veinte marcos en la Federación de jóvenes cristianos.»

«¿Lo ha intentado?», pregunté.

«Sí», dijo, «he estado telefoneando por usted todo el día. No hay nada que hacer. Para el público lo más deprimente es un payaso que inspira lástima. Es como un camarero que viniera en silla de ruedas a servirle a usted cerveza. Usted vive de ilusiones.»

«¿Y usted no?», pregunté. Calló, y dije: «Me refiero a que supone que pasado medio año puedo volver a probar.»

«Tal vez», dijo, «pero es la única posibilidad. Mejor sería esperar un año.»

«Un año», repetí, «¿sabe usted cuánto es un año?» «Trescientos sesenta y cinco días», dijo, y sin miramientos volvió hacia mí su rostro. El hálito de cerveza me mareó.

«¿Y si lo intentase con otro nombre?», pregunté, «con una nariz postiza y otros números. Canciones a la guitarra y un poco de malabarismo.»

«Tonterías», dijo, «su cancionero es para echarse a llorar y sus malabarismos son de aficionado. Pamplinas todo. En usted hay madera para un payaso bastante bueno, e incluso para uno del todo bueno, y no se me vuelva a presentar sin antes haber pasado un trimestre ensayando ocho horas al día. Entonces vendré y veré sus números nuevos o viejos, pero ensaye y deje de emborracharse como un cretino.»

Callé. Le oí jadear, dar una chupada a su cigarrillo. «Búsquese otra vez un alma fiel», dijo, «como esa muchacha que viajaba con usted.»

«Un alma fiel», repetí.

«Sí», dijo, «todo lo demás son tonterías. Y no se imagine que puede arreglárselas sin mí y actuar en míseras asociaciones. Eso va bien unas tres semanas, Schnier, puede hacer el tonto en la fiesta del cuerpo de bomberos y pasar el sombrero. En cuanto me entere yo, le desbarataré los planes.»

«Puerco», dije.

«Sí», dijo, «soy el mejor puerco que usted podía encontrar, y si comienza a actuar por propia iniciativa, al cabo de dos meses, a lo sumo, estará completamente perdido. Conozco el oficio. ¿Me oye?»

Callé. «¿De verdad me oye?», preguntó quedamente.

«Sí», dije.

«Me es usted simpático, Schnier», dijo, «con usted he trabajado a gusto; de lo contrario no sostendría con usted una conferencia tan costosa.»

«Son más de las siete», dije, «y a tarifa reducida la broma le va a costar aproximadamente dos marcos cincuenta.»

«Sí», dijo, «puede que tres marcos, pero de momento ningún representante arriesgaría tanto por usted. Por consiguiente: para dentro de un trimestre y, por lo menos, con seis números irreprochables. Sáquele a su viejo todo lo que pueda. Adiós.»

En efecto cortó. Guardé el auricular en mi mano, escuché la señal de línea, y, tras largo titubeo, colgué. Me había estafado unas cuantas veces, pero nunca me había mentido. En un tiempo en que probablemente me hubiesen dado doscientos cincuenta marcos por actuación, él me procuraba contratos por ciento ochenta marcos y seguro que sacaba su buena tajada. Después de colgar me di cuenta de que era el único con quien me hubiera gustado seguir hablando. Debía haberme dado alguna otra posibilidad, sin tener que esperar medio año. Puede que algún grupo de artistas necesitase a alguien como yo, que no pesaba excesivamente, no sufría vértigos y que, tras algunos ensayos, podía realizar un poco de acrobacia, o preparar algunos sketches en colaboración con otro payaso. Marie siempre me dijo que necesito un «interlocutor», para que los números no se me hagan tan aburridos. Ciertamente, Zohnerer no había pensado en todas las posibilidades. Resolví llamarle más tarde, regresé al cuarto de baño, me quité el albornoz, arrojé las ropas restantes a un rincón

y entré en la bañera. Un baño caliente va casi tan bien como el dormir. Cuando viajábamos, tomé siempre habitaciones con baño, incluso cuando teníamos aún poco dinero. Marie decía siempre que de ese despilfarro tenía la culpa mi educación, pero no es cierto. En casa fueron siempre tan tacaños en lo de bañarse con agua caliente como en todo lo demás. Ducharnos con agua fría lo podíamos hacer a cualquier hora, pero un baño caliente pasaba en mi casa por un despilfarro, y ni siquiera Anna, que en otras cosas hacía la vista gorda, cambió de opinión en este punto. En su I.R. 9, por lo visto, un baño caliente en bañera se hubiese considerado como una especie de pecado mortal.

También en la bañera echaba de menos a Marie. Cuando estaba yo en la bañera, me leía a veces en voz alta desde la cama; una vez, del Antiguo Testamento, la historia de Salomón y la reina de Saba, en otra ocasión, la batalla de los macabeos, y alguna que otra vez trozos de *Look Homeward, Ángel*, de Thomas Wolfe. Rendido de cansancio, yacía yo en esta absurda bañera de color de orín; el cuarto de baño estaba embaldosado en negro, pero la bañera, la jabonera, la manivela de la ducha y la tapadera del retrete eran de color de orín. Echaba de menos la voz de Marie. Bien mirado, ni siquiera podía ella leer la Biblia con Züpfner, sin creerse traidora o prostituta. Tenía que acordarse de aquel hotel de Dusseldorf donde me había leído lo de Salomón y la reina de Saba, hasta que yo, agotado, me quedé dormido en la bañera. Las verdes alfombras en el cuarto del hotel, el pelo oscuro de Marie, su voz, luego me dio un cigarrillo encendido, y la besé.

Tendido en la bañera, cubierto de espuma, pensaba en Marie. Ella no podía hacer nada con él o en su casa, sin pensar en mí. Ni siquiera podía enroscar en su presencia el tapón del tubo de dentífrico. Cuántas veces desayunamos juntos, con pobreza y con opulencia, precipitadamente y sin prisas, muy temprano por la mañana, tarde a mediodía, con mucha mermelada y sin ninguna. Al imaginarme que ella desayunaría con Züpfner todas las mañanas a la misma hora, antes de que él subiese a su coche y marchase a su oficina católica, casi me volvió piadoso. Recé para que nunca sucediese aquello: desayuno con Züpfner. Intenté imaginarme a Züpfner: cabello castaño, piel blanca, recién adulto, una especie de Alcibíades del catolicismo alemán, sólo que no tan frívolo. Según declaración de Kinkel, se hallaba «ciertamente en el centro, pero más a la derecha que a la izquierda». Este estar-a-la-izquierda-y-a-la-derecha era uno de los principales temas de conversación entre ellos. De ser sincero, a mis cuatro católicos tenía yo que agregar a Züpfner: el Papa Juan, Alee Guinness, Marie, Gregory y Züpfner. Seguro que para él, enamoramientos aparte, contaba el rescatar a Marie de una situación pecaminosa y llevarla a otra sin pecado. El ir cogido de la mano con Marie no fue, por lo visto, nada serio. Más tarde hablé de ello con Marie, ella se ruborizó, pero sin tapujos, y me dijo que «les habían unido muchas cosas»: que sus padres habían estado ambos perseguidos por los nazis, el ser

católicos, y «su modo de ser, ¿sabes? Todavía le tengo cariño.» Dejé salir parte del agua de la bañera, pues se había entibiado, abrí el grifo del agua caliente, y vertí algo de jabón líquido en el agua. Pensé en mi padre, que también es accionista de aquella marca de jabón. Si me compro cigarrillos, jabón, papel para escribir, helados o salchichas, mi padre tiene parte en el negocio. Sospecho que incluso tiene parte en los dos centímetros y medio de dentífrico que a veces uso. Pero no nos estaba permitido hablar de dinero en casa. Cuando Anna quería presentarle a mi madre sus cuentas, decía siempre mi madre: «Discutir de dinero. ¡Qué horrible!» Alguna U y alguna O se le escapan, pero las pronuncia como I y E. Nos daban muy poco dinero para nuestros gastos. Por fortuna teníamos una abundante parentela, cuando todos se reunían sumaban de sesenta a ochenta tíos y tías, y algunos eran buenas personas y nos daban dinero a escondidas, ya que la tacañería de mi madre era proverbial. Para colmo, la madre de mi madre fue noble, una Von Hohenbrode, y mi padre pasa aún hoy por un yerno aceptado a regañadientes, aunque su suegro se llamaba Tuhler, y sólo en su suegra estaba lo de Von Hohenbrode. Los alemanes de hoy buscan la nobleza y creen en ella más que los de 1910. Incluso personas tenidas por inteligentes, van a la rebatiña por entrar en relación con los nobles. Debería yo llamar la atención del comité central de mamá sobre este hecho. Es una cuestión racial. Incluso un hombre tan juicioso como mi abuelo no puede olvidar que los Schnier estuvieron a punto de verse elevados a la nobleza en el verano de 1918, puesto que la cosa estaba «por así decirlo» en actas, pero en el momento decisivo huyó el Kaiser sin firmar el decreto. Otros quebraderos de cabeza tenía, suponiendo que algo le quebrara la cabeza. La historia de la «casi-nobleza» de los Schnier se cuenta aún hoy, medio siglo después, en toda ocasión. «Se encontró el decreto en la carpeta de Su Majestad», dice siempre mi padre. Me sorprende que nadie hiciera el viaje a Doorn y se hiciera firmar el decreto. Yo hubiese enviado allí un mensajero a caballo, con lo que la cuestión se hubiera tratado en forma condigna.

Pensé cómo Marie, cuando yo estaba en la bañera, abría las maletas. Cómo, de pie ante el espejo, se quitaba los guantes, se alisaba el cabello; cómo sacaba las perchas del armario, colgaba de ellas los vestidos, y las volvía a poner en el armario; crujían en la varilla de latón. Después los zapatos, el ruido apenas perceptible al dejarlos en el suelo, el roce de las suelas, y cómo iba colocando sobre el cristal de la mesa del tocador sus tubos, frasquitos y tarros; el gran tarro de crema, o el estrecho frasquito de laca para las uñas, la polvera, y el agudo sonido metálico del lápiz de labios colocado verticalmente.

Noté de repente que me había echado a llorar en la bañera, e hice un sorprendente descubrimiento físico: mis lágrimas me parecían frías. Otras veces me parecieron siempre calientes, y en los últimos meses había llorado, alguna que otra vez, lágrimas cálidas, cuando estaba borracho. Me acordé también de Henriette, de mi padre, del

converso Leo, y me extrañó que aún no me hubiese telefoneado.

En Osnabrück me dijo ella por primera vez que tenía miedo de mí, al negarme yo a marchar a Bonn, y que quería ir allí a toda costa, para respirar «aire católico». La expresión no me gustó y dije que bastantes católicos había en Osnabrück, pero me replicó que yo no la comprendía ni quería comprenderla. Hacía dos días que estábamos en Osnabrück, entre dos actuaciones, y nos quedaban aún tres días. Llovía desde las primeras horas de la mañana, en ningún cine proyectaban un film que me interesase, y no me atreví a proponerle que jugáramos a la oca. Cuando lo propuse la víspera, puso una cara como de niñera injustamente esclavizada.

Marie leía tendida en la cama, yo, de pie, fumaba ante la ventana y miraba a la Hamburgerstrasse, a veces a la plaza que hay delante de la estación, de donde la gente salía corriendo, en plena lluvia, hacia los tranvías que aguardaban. Tampoco podíamos hacer «la cosa». Marie estaba enferma. No había tenido propiamente un aborto, pero sí algo por estilo. Yo no lo sabía exactamente, y nadie me lo aclaró. El caso es que ella creyó estar embarazada, pero ahora no lo estaba ya, y por la mañana pasó un par de horas en la clínica. Estaba pálida, cansada e irritada, y le dije que seguramente no sería bueno para ella emprender ahora tan largo viaje. Me hubiese gustado saber más detalles, si sentía dolores, pero no me dijo nada; sólo lloraba de vez en cuando, de un modo irritado, extraño para mí.

Vi al chiquillo venir de la izquierda por la calle, dirigiéndose a la plaza de la estación; estaba empapado y sostenía ante sí su cartera abierta, bajo una lluvia torrencial. Llevaba la tapa de la cartera vuelta atrás, con una expresión en el rostro como sólo vi en cuadros de los Reyes Magos que ofrecen al niño Jesús incienso, oro y mirra. Casi podía distinguir las cubiertas de los libros, mojadas y deshechas. La expresión del rostro de aquel chico me recordó a Henriette. Entregado, perdido y sagrado. Marie me preguntó desde la cama: «¿En qué piensas?» Y yo dije: «En nada.» Vi aún como el chiquillo atravesaba la plaza, lentamente, para desaparecer después en la estación, y tuve miedo por él; por aquel dramático cuarto de hora debería expiar él cinco minutos amargos: una madre quejumbrosa, un padre afligido, y sin dinero en casa para otros libros y cuadernos. «¿En qué piensas?», volvió a preguntarme Marie. Estaba a punto de decirle otra vez «en nada», cuando pensé otra vez en el chico, y le conté lo que pensaba: Cómo el chico llegaba a su casa, en alguna aldea de las cercanías, y cómo era probable que mintiese, porque nadie podría creer lo que había hecho en realidad. Diría que había resbalado, que la cartera le había caído en un charco, o que la dejó abandonada un par de minutos, justamente bajo el desagüe de un canalón, y de repente había caído un chorro de agua dentro de la cartera. Todo eso se lo conté a Marie con voz apagada, monótona, y ella me dijo desde la cama: «»¿Qué es esto? ¿Por qué me cuentas esas tonterías?» «Porque en esto

pensaba cuando me preguntaste.» No creyó aquella historia del chiquillo, y me enfadé. Nunca nos habíamos mentido, ni acusado de ninguna mentira. Me enojé tanto que la obligué a levantarse, a ponerse los zapatos y a bajar conmigo a la estación. Con las prisas me olvidé del paraguas, nos mojamos y no encontramos al chiquillo en la estación. Recorrimos la sala de espera, incluso el puesto de socorro, y por último me informé por los empleados, ante la entrada al andén, de si hacía poco que había partido un tren. Dijeron que sí, hacia Bohmte, hacía dos minutos. Pregunté si había pasado por allí un chico rubio, mojado, de tal aspecto y tal talla, pero el empleado se volvió desconfiado y preguntó: «¿Qué pasa? ¿Le robó algo?» «No», dije, «sólo quiero saber si partió en el tren.» Ambos estábamos empapados, Marie y yo, y nos miró con desconfianza de pies a cabeza. «¿Son ustedes renanos?», preguntó. Parecía me preguntara por mis antecedentes penales. «Sí», dije. «Información de esta clase sólo puedo darla con autorización de mis superiores», dijo. Seguramente tendría malos recuerdos de algún renano, del servicio militar probablemente. Conocí a un tramoyista que una vez había sido engañado por un berlinés compañero de servicio militar, y desde entonces mira a berlineses y berlinesas como enemigos personales. Al salir a escena una artista berlinesa apagó él de repente las luces, y ella tropezó y se rompió una pierna. La cosa nunca fue comprobada, y se habló de «cortocircuito», pero yo estoy seguro que ese tramoyista apagó la luz sólo porque la muchacha era de Berlín y él había sido engañado una vez por un soldado berlinés. El empleado de la estación de Osnabrück me lanzó una mirada que me asustó. «He apostado con la señora», dije, «se trata de una apuesta.» Fue un error decirlo, porque era mentira y todos se dan en seguida cuenta en seguida si miento. «¿Sí, eh?», dijo, «»una apuesta. Si los renanos se ponen a apostar...» No había nada que hacer. Por un momento pensé en tomar un taxi, marchar a Bohmte, esperar allí el tren en la estación y ver si el chico se apeaba. Pero también podía apearse en cualquier aldea antes o después de Bohmte. Estábamos empapados y tiritábamos de frío al regresar al hotel. Hice entrar a Marie en el bar que había en los bajos, me senté ante el mostrador, puse mi brazo alrededor de sus hombros y pedí coñac. El del bar, que era el dueño del hotel, nos miró como si estuviese a punto de llamar a la policía. El día antes habíamos pasado horas y más horas jugando a la oca, nos hicimos subir pan con jamón y té, y por la mañana Marie marchó a la clínica, y regresó muy pálida. Pegó en el mostrador con las copas de coñac de tal manera, que derramó la mitad, y nos miró en actitud de reto. «¿No me crees?», pregunté a Marie, «me refiero al chiquillo.» «Sí», dijo, «te creo.» Lo dijo sólo por compasión, no porque lo creyese de verdad, y me enfadé porque no tuve el valor de pedir explicaciones al posadero por el coñac derramado. Junto a nosotros estaba un sujeto corpulento que bebía cerveza haciendo chasquear la lengua. A cada trago se lamía la espuma de la cerveza sobre sus labios, y me miraba como si quisiese dirigirme la palabra. Siempre temo que borrachos alemanes de cierta edad me hablen,

porque indefectiblemente hablan de la guerra, y encuentran que aquello fue magnífico, y cuando están completamente borrachos resulta que son unos asesinos y quieren «hacer un escarmiento» por cualquier cosa. Marie temblaba de frío, y me miró meneando la cabeza, cuando deslicé los vasos de coñac por el mostrador de zinc, hacia el tabernero. Quedé aliviado cuando nos sirvió con todo cuidado, sin derramar nada. Me libré del peso de sentirme cobarde. El sujeto a nuestro lado tragó una copa de aguardiente y se puso a hablar consigo mismo. «En cuarenta y cuatro», dijo, «bebimos coñac y aguardiente a cubos —en cuarenta y cuatro, a cubos— el resto lo volcamos por la calle y prendimos fuego... ni una gota para los negritos.» Riose. «»Ni una gota.» Cuando otra vez empujé las copas por el mostrador hacia el dueño, éste sólo llenó una y me miró interrogando, y entonces me di cuenta de que Marie se había ido. Asentí con la cabeza, y llenó también la otra copa. Vacié las dos, y aun hoy me siento aliviado al pensar que logré salir por mi propio pie. Arriba, Marie yacía en la cama, llorando, y cuando puse mi mano sobre su frente, la apartó suavemente, sin decir palabra, pero la apartó. Me senté a su lado en la cama, cogí su mano, y ella me la abandonó. Sentí trío. Afuera oscurecía ya, y me quedé sentado junto a ella en la cama durante una hora, con su mano en la mía, antes de empezar a hablar. Hablé bajo, le conté una vez más lo del chico, y ella me apretó la mano, como queriendo decirme: Sí, te creo. Le rogué me explicase exactamente qué habían hecho con ella en la clínica, y me dijo que había sido «cosa de mujeres, nada grave, pero desagradable». La expresión «cosa de mujeres» me da miedo. Suena para mí de modo enojosamente enigmático, porque soy completamente ignorante en tales cosas. Hacía ya tres años que vivía con Marie, cuando supe por primera vez algo de esas «cosas de mujeres». Sabía naturalmente cómo tienen hijos las mujeres, pero de los detalles no sabía nada. Tenía yo veinticuatro años y hacía ya tres que Marie era mi mujer, cuando me enteré por primera vez. Marie rióse al darse cuenta de lo inocente que era yo. Atrajo mi cabeza hacia su pecho y dijo, repetidas veces: «Eres un cariño, un verdadero cariño.» El segundo en explicármelo fue Karl Emonds, mi compañero de colegio, que sin cesar andaba con sus horribles calendarios de fecundidad.

Más tarde fui a la farmacia por Marie, le traje un somnífero y me senté en su cama hasta que se durmió. Aún hoy no sé qué le había ocurrido y qué complicaciones le habían causado las «cosas de mujeres». A la siguiente mañana fui a la Biblioteca Municipal, leí en la enciclopedia todo lo que pude encontrar sobre el asunto, y me tranquilicé. A eso del mediodía marchose Marie, sola, a Bonn, sin más que una bolsa. No habló de que yo pudiese marcharme con ella. Dijo: «Nos encontramos pasado mañana en Frankfurt.»

Por la tarde, cuando vinieron los de la brigada de higiene social, me alegré de que Marie se hubiese marchado, si bien el que se hubiese marchado me dolía mucho. Supongo que el hotelero nos denunció. A Marie, naturalmente, la hacía pasar siempre

por mi esposa, y sólo habíamos tenido dificultades en dos o tres ocasiones. En Osnabrück resultó muy penoso. Vinieron un hombre y una mujer policías, de paisano, muy corteses, con modales tan perfectos que era seguro les adiestraban a «causar buena impresión». Determinadas formas de cortesía policíaca me inquietan mucho. La mujer era linda, correctamente maquillada; no se sentó hasta que se lo pedí, e incluso aceptó un cigarrillo, mientras su colega examinaba «discretamente» la habitación. «¿La señorita Derkum ya no está con usted?» «No», dije, «se marchó, la encontraré en Frankfurt pasado mañana.» «¿Es usted actor?» Dije que sí, aunque no fuese del todo exacto, pero pensé que sería más sencillo decir que sí. «Debe usted comprender», dijo la mujer, «que tenemos que hacer determinadas averiguaciones cuando viajeros de paso sufren —tosió ligeramente— indisposiciones abortivas.» «Lo comprendo perfectamente», dije. En la enciclopedia no salía el término de «abortivo». El policía rehusó sentarse, cortésmente, pero sin dejar de mirar discretamente a su alrededor. «¿La dirección de sus padres?», preguntó la empleada. Le di nuestra dirección de Bonn. Ella se levantó. Su colega lanzó una ojeada al armario abierto. «¿Los vestidos de la señorita Derkum?», preguntó. «Sí», dije. Miró a su colega «expresivamente», ella se encogió de hombros, él también, miró con atención una vez más a la alfombra, se agachó sobre una mancha, y me miró, como si esperara mi confesión del asesinato. Luego se fueron. Hasta el fin de la inspección estuvieron extremadamente corteses. En cuanto se marcharon, hice rápidamente todas las maletas, mandé me subieran la cuenta y llamaran de la estación un mozo de equipajes, y me marché en el primer tren. Pagué al hotelero incluso el día incompleto. Facturé el equipaje hacia Frankfurt y subí al primer tren en dirección sur. Tenía miedo y quería marcharme. Al hacer las maletas vi manchas de sangre en el pañuelo de Marie. Aún en el andén, antes de sentarme en el tren para Frankfurt, tuve miedo de que alguien me pusiese repentinamente una mano sobre el hombro, y me preguntase en voz cortés: «¿Confiesa usted?» Lo hubiese confesado todo. Era ya medianoche cuando el tren atravesó Bonn. No pensé, ni por asomo, en apearme. Seguí hasta Frankfurt, llegué allí a las cuatro de la madrugada, fui a un hotel muy caro y telefoneé a Marie en Bonn. Tenía miedo que ella no estuviese en casa, pero en seguida se puso al aparato y dijo: «Hans, gracias a Dios que me llamas, ¡me he inquietado tanto!» «¿Inquietado?», dije. «Sí», dijo ella, «telefoneé a Osnabrück y me enteré que habías marchado. Voy en seguida a Frankfurt, en seguida.» Tomé un baño, me hice subir el desayuno a mi habitación, me dormí y a eso de las once fui despertado por Marie. Estaba cambiada, muy cariñosa y casi alegre, y cuando le pregunté: «¿Has respirado ya bastante aire católico?», se rió y me besó. No le conté lo de la policía.

Medité si podría por segunda vez añadir agua caliente a la bañera. Pero comprendí que debía salir del baño. Éste no le había sentado bien a mi rodilla: otra vez estaba hinchada, y casi anquilosada. Al salir de la bañera, resbalé y casi me caí sobre las bonitas baldosas. Quería telefonar inmediatamente a Zohnerer y proponerle que me introdujese en un grupo de artistas. Me sequé, encendí un cigarrillo y me miré al espejo: había adelgazado. Al sonar el teléfono esperé por un momento que pudiera ser Marie. Pero no era su llamada. Podía ser Leo. Cojeando por la sala, tomé el auricular y dije: «Dígame.»

«Oh», dijo la voz de Sommerwild, «espero que no le habré interrumpido en un salto mortal.»

«No soy un acróbata», dije colérico, «sino un payaso: hay una diferencia por lo menos tan notable como entre un jesuita y un dominico. Y ya que habla de cosas mortales, podríamos hablar de asesinato.»

Riose. «Schnier, Schnier», dijo, «me inquieto seriamente por usted. ¿Ha venido a Bonn para declararnos una guerra telefónica?»

«¿Le llamé yo a usted», dije, «o usted a mí?»

«Ah», dijo, «¿importa esto?»

Callé. «Sé muy bien», dijo, «que usted no me aprecia, pero asómbrese, yo siento estima por usted, y me concederá el derecho a imponer ciertos órdenes en los que creo y a los que represento.»

«Si es necesario a viva fuerza», dije.

«No», dijo, su voz sonó clara, «no, no a la fuerza, pero sí con firmeza, como debe esperar la persona en cuestión.»

«¿Por qué dice usted persona y no Marie?»

«Porque me interesa conservar en lo posible la objetividad.»

«Aquí está su gran error, prelado», dije, «la cuestión es tan subjetiva como la que más.»

Sentía frío en albornoz, mi cigarrillo estaba mojado y no quemaba bien. «No sólo le mataré a usted, sino a Züpfner también, si Marie no vuelve conmigo.»

«Dios mío», dijo disgustado, «no mezcle a Heribert en este asunto.»

«Me hace usted gracia», dije, «alguien me quita a mi mujer, y precisamente a él le debo dejar al margen.»

«No se trata de alguien: la señorita Derkum no era su esposa, y él no se la ha quitado, sino que ella se marchó.»

«Por su propia voluntad, ¿no es así?»

«Sí», dijo, «enteramente por propia voluntad, si bien es posible que de resultas de un conflicto entre su naturaleza y lo sobrenatural.»

«¡Ah!», dije, «¿dónde está aquí lo sobrenatural?»

«Schnier», dijo irritado, «creo a pesar de todo que usted es un buen payaso, pero de teología no entiende nada.»

«Entiendo lo suficiente para ver que ustedes, los católicos, ante un no creyente como yo son tan inflexibles como los judíos frente a los cristianos, o los cristianos frente a los paganos. No oigo más que hablar de ley y de teología, y lo único que se discute es no sé qué documento que el Estado, el Estado precisamente, se encarga de extender.»

«Usted confunde la ocasión con el motivo», dijo, «le comprendo a usted, Schnier, créame que le comprendo.»

«No comprende nada en absoluto», dije, «y el resultado será un doble adulterio. El que Marie cometerá al casarse con su Heribert, y luego aquél en que incurrirá un día, cuando se separe de él y vuelva a mí. Yo no soy ni agudo, ni artista, y ante todo no soy lo bastante cristiano para que un prelado pueda decirme: Schnier, ¿por qué no lo dejamos en concubinato?»

«Usted desconoce el núcleo teológico de la diferencia entre su caso y aquél sobre el cual discutimos en otra ocasión.»

«¿Qué diferencia?», pregunté. «¿Que Besewitz es más sensible, que para la causa de ustedes es una importante locomotora proselitista?»

«No», y llegó a reírse. «No, la diferencia es de derecho canónico. Besewitz hacía vida matrimonial con una mujer divorciada, con la cual de ningún modo hubiese podido casarse por la Iglesia, mientras que la señorita Derkum no estaba divorciada, y en su caso nada se oponía al matrimonio.»

«Yo estaba dispuesto a firmar», dije, «incluso a convertirme.»

«Desdeñosamente dispuesto, en todo caso.»

«¿Debo fingir sentimientos, una fe que no poseo? Si usted se atiene al derecho y a la ley, cosas puramente formales, ¿por qué me reprocha mi carencia de sentimientos?»

«Yo no le reprocho nada en absoluto.»

Callé. Él tenía razón, y me dolía reconocerlo. Marie me había dejado, y es natural que la acogieran con los brazos abiertos, pero de querer ella quedarse conmigo nadie hubiese podido obligarla a marcharse.

«Oiga, Schnier», dijo Sommerwild, «¿sigue usted ahí?»

«Sí», dije, «aún estoy aquí.» Me había imaginado de otro modo mi conversación telefónica con él. A las tres de la madrugada despertarle de su sueño, injuriarle y amenazarle.

«¿Qué puedo hacer por usted?», preguntó en voz baja.

«Nada», dije, «si usted me dice que esa conferencia secreta en un hotel de Hannover sirvió única y exclusivamente para fortalecer la confianza de Marie en mí,

entonces le creeré a usted.»

«Pero olvida usted, Schnier», dijo, «que la relación de la señorita Derkum con usted atravesaba una crisis.»

«Y precisamente entonces tuvieron que echar su anzuelo», dije yo, «mostrarle una rendija legal y canónica para que se separase de mí. Siempre creí que la Iglesia Católica se oponía al divorcio.»

«¡Dios mío! ¡Otra vez, Schnier!», gritó. «Como sacerdote católico que soy, no puede pedirme que anime a una mujer a persistir en el concubinato.»

«¿Por qué no?», dije. «En cambio la empujó a la fornicación y el adulterio. Justifíqueme esto como sacerdote.»

«Su anticlericalismo me sorprende. Sólo lo había encontrado en católicos.»

«No soy anticlerical, no se haga ilusiones; sólo soy anti-Sommerwild, porque usted no juega limpio y actúa con doblez.»

«Dios mío», dijo, «¿en qué?»

«Según sus sermones, tiene usted un corazón tan grande como una vela de trinquete, pero luego intriga y embauca en los salones de los hoteles. Mientras yo me gano el pan con el sudor de mi frente, intriga usted con mi mujer sin dejarme hablar a mí. Juega sucio y actúa con doblez, pero ¿se podía esperar otra cosa de un esteta?»

«Eso es, insúlteme usted», dijo, «sea injusto conmigo. Créame que le comprendo perfectamente.»

«No comprende nada; usted sirvió a Marie un producto adulterado. Prefiero beber cosas puras: me gusta más el aguardiente de patatas puro, que un coñac falsificado.»

«Siga hablando», dijo él, «siga usted; en el fondo, se apasiona.»

«Me apasiono en el fondo y en la superficie, prelado, porque se trata de Marie.»

«Llegará un día en que usted comprenderá que ha sido injusto conmigo, Schnier. En esto, y en todo lo demás» —su voz adquirió un dejo casi lacrimoso—, «y en cuanto a mi falsificación, quizás olvida usted que muchas personas tienen sed, una gran sed, y que para ellos un licor adulterado podría ser mejor que no tener nada que beber.»

«Pero en sus libros santos se habla del agua pura y clara; ¿por qué no la escancia usted?»

«Quizá», dijo con voz trémula, «porque yo, sigo con su parábola, porque me encuentro al fin de una larga cola de gente que saca agua de la fuente, soy tal vez el centésimo o el milésimo en la cola, y el agua ya no es tan pura. Y otra cosa, Schnier, ¿me oye usted?»

«Le oigo», dije.

«También usted puede amar a una mujer sin vivir con ella.»

«Lo que nos faltaba», dije, «ahora se pondrá a hablarme de la Virgen María.»

«No se burle, Schnier», dijo, «no le sienta bien.»

«No me burlo en absoluto», dije, «soy perfectamente capaz de respetar lo que no comprendo. Sólo considero un funesto error ofrece como modelo la Virgen María a una muchacha que no va a entrar en un convento. Incluso di una vez una conferencia sobre esto.»

«¿Sí?», dijo, «¿y dónde?»

«Aquí en Bonn», dije, «ante muchachas. Eran del grupo de Marie. De vuelta de Colonia, en una velada, hice a las muchachas un par de números y conversé con ellas acerca de la Virgen María. Pregunte a Monika Silvs. Claro que yo no pude hablarles a las muchachas de eso que usted llama concupiscencia carnal. ¿Me oye usted?»

«Le oigo», dijo, «y me sorprende. Habla usted un lenguaje muy plástico, Schnier.»

«Pero, maldita sea, prelado», dije, «el acto de engendrar un niño es una cosa bastante plástica. Si usted lo prefiere, podemos hablar de la cigüeña. Todo lo que se dice, se predica y se enseña sobre este plástico hecho, es hipocresía. En el fondo de sus corazones ustedes lo consideran como una cochinado, y como última trinchera contra la naturaleza, lo legitiman en el matrimonio. O bien se hacen ilusiones y separan lo corporal de todo lo demás, pero lo que complica el asunto es todo lo demás. Ni siquiera la esposa, que tolera a su esposo, es sólo cuerpo; ni siquiera el beodo más asqueroso que va con una prostituta es sólo cuerpo, como tampoco lo es la prostituta. Manejan estas cosas como cohetes de Nochevieja y son dinamita.»

«Schnier», dijo con voz apagada, «me asombra lo mucho que ha reflexionado usted sobre esto.»

«¿Le asombra?», grité. «Debería asombrarse de los perros irresponsables que sólo ven en su mujer una propiedad legítima. Pregunte a Monika Silvs lo que les dije a las muchachas en aquella ocasión. Desde que sé que soy de sexo masculino, casi no he reflexionado sobre otra cosa, ¿y esto le asombra a usted?»

«Pero no tiene usted noción, ni la menor noción, de lo que significan *derecho* y lo que es la *ley*. Esas cosas, por complicadas que puedan ser, requieren una norma.»

«Sí», dije, «algo sé de sus normas. Encajan a la naturaleza por una vía a la que llaman adulterio, y cuando se mete por la vía del matrimonio, ustedes se ponen a sentir miedo. Confesión, absolución, pecado, y así sucesivamente. Ésta es su norma.»

Riose. Una risa llena de bajeza. «Schnier», dijo, «ya veo lo que le pasa a usted. Al parecer, es monógamo como un asno.»

«Ni siquiera sabe usted nada de zoología», dije, «y menos aún del *homo sapiens*. Los asnos no tienen nada de monógamos, aunque su aspecto sea de beatos. Entre los asnos reina la más completa promiscuidad. Son monógamos los cuervos, los gasterósteos, los grajos y, a veces, los rinocerontes.»

«Marie, por lo visto, no lo es», dijo. Debí notar lo que me afectó esa breve frase, pues continuó en voz baja: «Lo siento, Schnier, me hubiese gustado ahorrárselo, ¿me

cree usted?»

Callé. Escupí la colilla encendida sobre la alfombra, y vi cómo la brasa se desparramaba, produciendo pequeños agujeros negros. «Schnier» gritó suplicante, «créame por lo menos que no se lo digo por gusto.»

«¿No le es indiferente», dije, «que le crea o no? Pero, sí, le creo.»

«Usted que habla tanto de la naturaleza», dijo, «tendría que haber obedecido a la suya, siguiendo a Marie y luchando por ella.»

«¿Luchar?», dije, «¿dónde se lee esto en sus malditas leyes matrimoniales?»

«No era un matrimonio lo que usted formó con la señorita Derkum.»

«Admitido», dije, «como usted quiera. No era un matrimonio. Casi todos los días he intentado telefonarla y le he escrito todos los días.»

«Ya sé», dijo, ya sé. Ahora es demasiado tarde.»

«Ahora sólo cabe el franco adulterio», dije.

«Es usted incapaz de ello», dijo, «le conozco mejor de lo que usted cree, puede usted injuriarme y amenazarme tanto como quiera, pero le diré que lo horrible de usted es que es un hombre inocente, casi me atrevería a decir puro. ¿Puedo ayudarle en algo?... Quiero decir...»

Calló. «¿Se refiere usted a dinero?», pregunté.

«También a esto», dijo, «pero yo quería decir profesionalmente.»

«Puede que me sirvan ambas ayudas, la económica y la profesional. ¿Dónde está ella?»

Le oí jadear, y en el silencio oí por primera vez algo: una loción para después del afeitado, un poco de vino tinto, el débil rastro de un cigarro. «Se marcharon a Roma», dijo.

«Luna de miel, ¿no es así?», pregunté sin voz.

«Así se le llama», respondió.

«Con lo que la putería queda completa», dije. Colgué, sin darle las gracias ni decirle adiós. Miré los puntitos negros que el cigarrillo encendido había hecho en la alfombra, pero estaba demasiado cansado para poner el pie encima y acabar de apagarlos. Tenía frío y me dolía la rodilla. Había estado demasiado en la bañera.

Marie no quiso ir conmigo a Roma. Se ruborizó cuando se lo propuse, y dijo: Italia, sí, pero Roma, no, y cuando yo le pregunté por qué, me preguntó a su vez: ¿De verdad no lo sabes? No, dije, y ella calló. Me hubiese gustado ir a Roma con ella, para ver al Papa. Creo que hubiese estado esperando horas enteras en la plaza de San Pedro, aplaudiendo y gritando *Evviva* cuando él apareciera en la ventana. Cuando se lo describí a Marie, casi se enfadó. Dijo que encontraba «en cierto modo perverso» que a un agnóstico como yo le gustase vitorear al Santo Padre. Estaba celosa. A menudo lo he notado en los católicos: custodian sus tesoros —los sacramentos, el Papa— como avaros. Además, son las gentes más presuntuosas que conozco.

Presumen de todo: de lo que es fuerte en su Iglesia, de lo que en ella es débil, y cuando tienen a alguien por medianamente inteligente esperan que se convierta pronto. Quizá Marie no quería ir conmigo a Roma porque allí debería avergonzarse de su vida pecaminosa conmigo. En muchas cosas era ingenua, y no era muy inteligente. Cometía una mala acción, al ir ahora allí con Züpfner. Seguramente solicitaría una audiencia, y el pobre Papa, que le llamaría a ella «hija mía» y a Züpfner «hijo mío», no sospecharía que una pareja fornicadora y adúltera se arrodillaba ante él. Puede que fuese a Roma con Züpfner porque allí nada le recordaba a mí. Estuvimos en Nápoles, Venecia y Florencia, en París y en Londres, y en muchas ciudades alemanas. En Roma estaba protegida contra los recuerdos, y allí no le faltaría «aire católico». Me propuse volver a telefonar a Sommerwild y decirle que encontraba especialmente vulgares sus burlas de mi propensión monógama. Pero casi todos los católicos cultos tienen este rasgo de ordinariez: se refugian tras la muralla de sus dogmas y bombardean el mundo con principios dogmáticos, pero cuando se les confronta seriamente con sus «inquebrantables verdades», se sonríen y apelan a la «naturaleza humana». Si es necesario, la sonrisa se hace sarcástica, como si salieran de visitar al Papa y éste les hubiese entregado un pedazo de su infalibilidad. En todo caso, cuando uno comienza a tomarse completamente en serio sus monstruosas verdades, predicadas a sangre fría, entonces uno es «protestante» o carece de sentido del humor. Si uno habla seriamente con ellos sobre el matrimonio, sacan a su Enrique Octavo, con cuyo cañón disparan desde hace trescientos años, dando a entender cuan inflexible es su Iglesia; pero si quieren manifestar lo comprensiva que es, cuan ancho es su corazón, salen con las anécdotas como la de Besewitz, cuentan chistes de obispos, pero sólo entre «iniciados», categoría en la que incluyen (y tanto da que el católico sea «de derecha» o «de izquierda») sólo a los «cultos e inteligentes». Cuando le pedí a Sommerwild que contase desde el pulpito la historieta del obispo con Besewitz, se enfadó. Cuando se trata del hombre y la mujer, desde el pulpito disparan sólo con su artillería pesada: Enrique Octavo. ¡Un reino por un matrimonio! ¡El derecho! ¡La ley! ¡El dogma!

Me sentí mal, por diversos motivos, físicamente, porque desde aquel mísero desayuno en Bochum no había tomado nada, excepto coñac y cigarrillos, y moralmente, porque me imaginaba a Züpfner en un hotel romano mirando a Marie mientras ésta se vestía. Es probable que él revolviese en su ropa interior. Esos católicos correctamente razonables, inteligentes, justos y cultos necesitan mujeres compasivas. Marie no era la apropiada para Züpfner. Alguien como él, siempre impecablemente vestido, bastante a la moda para no parecer anticuado, y no tan a la moda como para parecer un dandy; que todas las mañanas se lava a fondo con agua fría y se cepilla los dientes con ardor, como si se tratase de batir un récord: para él Marie no es bastante inteligente, y cuida demasiado, ella también, su tocado matinal.

Es la clase de sujeto que, antes de entrar en la sala de audiencias del Papa, se pasa el pañuelo rápidamente por los zapatos. También me daba lástima el Papa, ante quien se arrodillarían ambos. Sonreiría bondadoso y se alegraría de corazón por aquella hermosa, simpática y católica pareja alemana, y se engañaría una vez más. No podía él sospechar que impartía su bendición a dos adúlteros.

Entré en el cuarto de baño, me friccioné, volví a vestirme, fui a la cocina y puse agua a calentar. Monika había pensado en todo. Junto al fogón de gas se encontraban fósforos, había café molido en un bote cerrado herméticamente, papel de filtro al lado, jamón, huevos, conservas de legumbres en la nevera. Hago trabajos culinarios a gusto sólo cuando es la única posibilidad de escapar de ciertas formas de locuacidad de los adultos. Cuando Sommerwild se pone a hablar del «Eros», cuando Blothert expectora su ca-ca-canciller, o cuando Fredebeul sirve frío lo que ha compilado sobre Cocteau, entonces prefiero irme a la cocina, saco mayonesa de tubos, parto aceitunas por la mitad y hago canapés de foie-gras. Cuando estoy solo en la cocina y quiero prepararme algo para mí, me siento perdido. Mis manos se vuelven torpes en la soledad, y la necesidad de abrir una lata o batir huevos en la sartén, me sume en profunda melancolía. Pero no sufro de incapacidad masculina. Cuando Marie estaba enferma o iba a trabajar —en Colonia trabajó algún tiempo en una papelería—, no se me hacía cuesta arriba el trabajar en la cocina, y cuando ella tuvo el primer aborto, lavé incluso las sábanas, antes de que nuestra patrona regresase del cine.

Conseguí abrir una lata de judías blancas sin lastimarme las manos y vertí agua hirviente en el filtro, mientras pensaba en la casa que Ziipfner se había hecho edificar. Estuve allí unos dos años antes.

La vi volver a casa de noche. A la luz de la luna, el bien recortado césped parecía casi azul. Junto al garaje, ramas podadas, amontonadas allí por el jardinero. Entre la retama y las matas rojas de los acerolos, el cubo de la basura, listo para la recogida. Viernes por la noche. Ya sabría ella a qué olería la cocina: a pescado. También sabría las notas que encontraría, una de Züpfner sobre el televisor: «Tuve que irme urgentemente a casa de F. Besos. Heribert», la otra de la criada sobre la nevera: «Estoy en el cine, volveré a las diez. Grete (Luise, Birgit).»

Abrir la puerta del garaje, dar la luz: sobre la blanqueada pared, la sombra de un patinete y de una máquina de coser en desuso. En el rincón de Züpfner, el Mercedes probaba que Züpfner se había ido a pie: «Respirar aire, respirar, un poco de aire, aire.» Barro en neumáticos y guardabarros recordaba viajes por el Eifel, discursos por la tarde ante las juventudes («luchar juntos, resistir juntos, sufrir juntos»).

Una ojeada hacia lo alto: también todo oscuro en el cuarto de los niños. Las casas vecinas con entradas de doble vía y separadas por amplios parterres. El patológico reflejo de los televisores. El padre y marido que vuelve a casa molestará como el regreso del hijo pródigo molestaría: no se degollaría ningún becerro, ni siquiera habría pollos a la parrilla, se señalaría fugazmente un resto de pasta de hígado que quedó en la nevera.

Los sábados por la tarde, reuniones de confraternidad, cuando los volantes de badminton saltaban por encima de la red impulsados por raquetas, cachorros de perro o de gato escapaban corriendo, volantes devueltos por una raqueta, recuperados los gatitos —«oh, qué monada»— o los perritos—«oh, qué monada»— en la puerta del jardín o a través de rendijas en el vallado. Reprimida la irritación en las voces, nunca personal; sólo de vez en cuando se sale de la impecable curva y traza arabescos en el cielo de la vecindad, siempre por motivos fútiles, nunca por los verdaderos: si un platillo se hace añicos con estrépito, un balón que rueda aplasta las flores, manos infantiles arrojan guijarros a la pintura de los coches, lo recién lavado y recién planchado es rociado por las mangueras del jardín, entonces las voces se vuelven estridentes, las voces que no pueden chillar ni por estafas ni adulterios ni abortos. «Hija, tienes los oídos supersensibles, toma una medicina.»

No tomes nada, Marie.

La puerta de la casa se abre: silencioso y confortablemente cálido. La pequeña Mariechen duerme arriba. Así pasa el tiempo: boda en Bonn, luna de miel en Roma, embarazo, parto: rizos castaños sobre néveas almohadas infantiles. ¿Te acuerdas de cuando él nos enseñó la casa y afirmó, lleno de vitalidad: «Aquí hay sitio para doce niños?» Y cómo ahora te examina durante el desayuno, el inexpresado «¿sí?» en sus labios, y cómo gritan los sencillos correigionarios y compañeros de partido, después

del tercer vaso de coñac: «¡De uno a doce, van once, reza la cartilla!»

Se murmurea por la ciudad. Has estado otra vez en el cine, en este atardecer resplandeciente de sol, en el cine. Y otra vez en el cine, y otras veces.

Toda la tarde sola en el grupo, en casa de Blothert en casa, y sólo el ca-ca-ca en los oídos, y esa vez no terminaba en -nciller el final, sino en -tólicos. Como un cuerpo extraño te zumba la palabrita en los oídos. Suena a juego de cricket, suena también un poco a úlcera. Blothert posee el contador Geiger que permite descubrir a los católicos: Éste sí, éste no, éste sí, éste no.» Como si deshojase la margarita: me quiere, no me quiere. Me quiere. Allí se examinan clubs de fútbol y compañeros del partido, gobierno y oposición, con el *test* católico. Igual que un distintivo racial, se busca la piedra de toque y no se la encuentra: nariz nórdica, boca occidental. Alguien la tiene con seguridad, se la ha tragado, la piedra tan codiciada, la buscada con ahínco. Es el propio Blothert, guárdate de sus ojos, Marie. Lujuria senil, ideas de seminarista sobre el sexto mandamiento, y cuando se habla de ciertos pecados, sólo en latín. *In sexto, de sexto*. Naturalmente, suena a sexo. Y los queridos niños. A los mayores; Hubert, dieciocho; Margret, diecisiete, les está permitido quedarse un rato, para que la charla de los adultos les aproveche. Se habla de católicos, estado corporativo y la pena de muerte, que hace surgir una curiosa llamarada en los ojos de la señora Blothert, y su voz se eleva a irritadas alturas, donde el reír y el llorar se juntan sensualmente. Has intentado consolarte con el trasnochado cinismo de izquierdas de Fredebeul: en vano. En vano intentarás irritarte con el trasnochado cinismo de derechas de Blothert. Hay una bonita palabra: nada. No pienses en nada. Ni en el canciller, ni en los católicos, piensa en el payaso que llora en la bañera, que derrama el café en sus zapatillas.

Claro que identifiqué el ruido, pero no supe qué hacer. Lo había oído a menudo, pero nunca tuve que reaccionar. En casa de mis padres reaccionaban las criadas al sonar el timbre de la puerta, en casa de Derkum oí frecuentemente el sonido de la campanilla de la tienda, pero nunca me levanté. En Colonia vivíamos en una pensión, y en un hotel no se oye más timbre que el del teléfono. Oía el timbre, pero no acudía. Me era extraño, pues en este piso sólo lo había oído dos veces, una vez que un chico trajo leche, y cuando Züpfner envió a Marie las rosas de té. Cuando llegaron las rosas, estaba yo en la cama, Marie se acercó y me las mostró, con la cara extasiada dentro del ramo, y se produjo un enojoso equívoco, porque creí que las flores eran para mí. Frecuentemente alguna admiradora me enviaba flores al hotel. Dije a Marie: «Son bonitas estas rosas, quédate con ellas», y ella me miró y dijo: «Pero si son para mí.» Me ruboricé. Me apenó, y caí en la cuenta que nunca había mandado flores a Marie. Naturalmente le llevaba todos los ramos de flores que me entregaban en el escenario, pero nunca le había comprado ninguno, aunque casi siempre tenía que pagar yo las flores que me ofrecían en escena. «¿De quién vienen las flores?», pregunté. «De Züpfner», dijo. «¿Y a santo de qué?», exclamé. Recordé que los había visto cogidos de la mano. Marie se ruborizó y dijo: «¿Por qué no iba a enviarme flores?» «Vuelve del revés la pregunta», dije: «¿Por qué iba a enviarte flores?» «Hace tiempo que somos amigos, y a lo mejor se ha enamorado.»

«Me parece muy bien que se enamore, pero mandar flores tan costosas, es una impertinencia. Lo encuentro de mal gusto.» Se ofendió y salió.

Al llamar el chico de la leche estábamos en la sala, y Marie abrió y le pagó. Sólo una vez tuvimos una visita en nuestro piso: Leo, antes de convertirse, pero llegó con Marie y no tuvo que llamar al timbre.

El timbre sonó de un modo extraño, tímido y obstinado a la vez. Tuve un miedo espantoso de que pudiese ser Monika, quizás enviada por Sommerwild con cualquier pretexto. Otra vez volvía a sentir el complejo de los Nibelungos. Con las zapatillas empapadas corrí hacia el vestíbulo, y no encontré el botón que debía apretar. Mientras lo buscaba recordé que Monika tenía la llave de la casa. Por fin encontré el botón, lo pulsé y oí abajo un ruido como si una abeja zumbase contra el cristal de una ventana. Salí al descansillo de la escalera y me paré junto al ascensor. La señal de ocupado se puso roja, se encendió el uno, el dos; nervioso, miraba yo las cifras, hasta que repentinamente noté que había alguien a mi lado. Asustado, me volví: una linda mujer, rubia, no excesivamente delgada, con muy simpáticos ojos gris-claro. Su sombrero era demasiado rojo para mi gusto. Sonreí, ella sonrió también y dijo: «Seguramente es usted el señor Schnier; mi nombre es Grebsel, soy su vecina. Me alegro de poderle conocer en persona.» «También me alegro yo», dije, «me alegro de

verdad.» A pesar de su sombrero rojo, la señora Grebsel era una delicia para los ojos. Vi que llevaba un periódico bajo el brazo: «La Voz de Bonn»; ella siguió mi mirada, se ruborizó y dijo: «No haga usted caso.» «Abofetearé a ese canalla», dije, «si usted supiese el miserable e hipócrita pajarraco que es, y además me estafó una botella de aguardiente.» Ella rió. «Mi marido y yo nos alegraremos, si alguna vez se hace real nuestra vecindad. ¿Se quedará usted mucho tiempo?» «Sí», dije, «algún día llamaré, si usted me lo permite; ¿en su casa es también todo de color de orín?» «Naturalmente», dijo, «el color de orín es el distintivo del quinto piso.» El ascensor permaneció mucho tiempo en el tercer piso; luego se puso rojo el cuatro, el cinco, abría la puerta y, asombrado, di un paso atrás. Mi padre salió del ascensor, sostuvo la puerta abierta para que entrase la señora Grebsel y volvióse hacia mí. «Dios mío», dije, «padre.» Nunca le había dicho aún padre, siempre le llamé papá. Él dijo «Hans», e hizo un torpe amago de abrazarme. Entré en el piso antes que él, le recogí el sombrero y el abrigo, abrí la puerta de la sala y le señalé el sofá. Se sentó aparatosamente.

Ambos estábamos muy perplejos. Entre padres e hijos la perplejidad parece ser la única posibilidad de comprensión. Tal vez mi saludo de «padre» sonó muy patético y acrecentó la perplejidad, ya de por sí inevitable. Mi padre, en su asiento de color de orín, miró meneando la cabeza a mis zapatillas empapadas, mis calcetines mojados, y el albornoz demasiado largo que para colmo era de un rojo de fuego. Mi padre no es alto, es delicado, y atildado con tan sabio descuido que las gentes de la televisión se lo disputan siempre que se debate alguna cuestión económica. También irradia bondad y buen juicio, y ha llegado a ser más famoso como astro de la televisión que como el Schnier del lignito. Odia cualquier matiz de brutalidad. Al verle, uno esperaría que fumase cigarros, no gruesos, sino delgados y finos, pero que fume cigarrillos da la impresión, en un capitalista de casi setenta años, de gran elegancia e ideas avanzadas. Comprendo que le hagan intervenir en todos los debates en que se trata de dinero. Se nota que no solo irradia bondad, sino que además es bondadoso. Le tendí los cigarrillos, le di fuego, y al inclinarme hacia él, dijo: «No sé gran cosa de payasos, pero sí algo. Que se bañen en café, es nuevo para mí.» Sabe ser jocoso. «No me baño en café, padre», dije, «sólo quería prepararme café, pero lo he echado a perder.» Hubiese debido decir «papá», en esta frase a más tardar, pero ya era demasiado tarde. «¿Te gustaría beber algo?» Sonrió, me miró con desconfianza y preguntó: «¿Qué tienes en casa?» Entré en la cocina: en la nevera estaba el coñac, había también allí un par de botellas de agua mineral, limonada y una botella de vino tinto. Tomé un frasco de cada clase, los llevé a la sala y los alineé sobre la mesa ante mi padre. Se sacó las gafas del bolsillo y observó atentamente las etiquetas. Meneando la cabeza, comenzó por apartar el coñac. Sabía que le gustaba beber coñac y dije ofendido: «Pues parece ser una buena marca.» «La marca es excelente», dijo,

«pero el mejor coñac deja de serlo cuando se sirve helado.»

«Dios mío», dije, «¿no es, pues, correcto guardar el coñac en la nevera?» Me miró por encima de sus gafas, como si acabase de declararme culpable de sodomía. A su modo, es también un esteta, y por las mañanas no queda satisfecho hasta que las tostadas han sido devueltas a la cocina tres y cuatro veces, hasta que Anna consigue el grado exacto de tueste: una lucha sorda, que cada mañana comienza de nuevo, pues Anna considera las tostadas como una «estupidez anglosajona». «¡Coñac en la nevera!», dijo mi padre despectivamente, «¿de verdad no lo sabías, o te haces el tonto? Contigo, uno no sabe nunca a qué atenerse.»

«No lo sabía», dije. Me miró inquisitivamente, sonrió y pareció convencido.

«Y para esto he gastado yo tanto dinero para tu educación», dijo. La frase tenía que salirle irónica, de padre de casi setenta años que habla con su hijo adulto, pero la ironía le falló, se le congeló al llegar a la palabra «dinero». Rehusó también la limonada y el vino tinto, y dijo: «En tales circunstancias, el agua mineral me parece la bebida más segura.» Saqué dos vasos del aparador y abrí una botella de agua mineral. Por lo menos esto debí hacerlo bien. Daba Cabezadas benévolas mirándome.

«¿Te molesta», dije, «que siga en albornoz.»

«Sí», dijo, «me molesta. Vístete correctamente, por favor. Tu facha y tu olor a café dan a esta situación una comicidad que no le corresponde. He de hablar seriamente contigo. Y además — perdona que te hable con tanta franqueza— odio, como bien sabes, cualquier forma de desorden.»

«No es desorden», dije, «es una forma de descanso.»

«No sé», dijo, «cuántas veces me has obedecido de verdad en tu vida, ahora ya no estás obligado a obedecerme. Te ruego que lo hagas como un favor.»

Quedé sorprendido. Mi padre era antes más bien tímido, casi taciturno. En la televisión había aprendido a discutir y a argumentar, con «positivo encanto». Yo estaba demasiado cansado para sustraerme al encanto.

Entré en el cuarto de baño, me quité los calcetines empapados de café, me sequé los pies, me puse la camisa, los pantalones, la chaqueta, con los pies descalzos corrí a la cocina, llené un plato con las judías blancas ya calientes, vacié el huevo pasado por agua sobre las judías, con la cuchara separé de la cáscara el resto del huevo, cogí un trozo de pan y una cuchara, y pasé a la sala. Mi padre miró al plato con una bien lograda mezcla de asco y asombro.

«Perdóname», dije, «desde las nueve de la mañana no he comido nada, y pienso que no te interesa que caiga desmayado a tus pies.» Logré esbozar una sonrisa forzada, movió la cabeza y dijo: «Bien, pero ya sabes que sólo *albuminoides*, no resulta saludable.»

«Después comeré una manzana», dije. Removí las judías con el huevo, di un mordisco al pan y tomé una cucharada de mi papilla, comiendo con apetito.

«Por lo menos deberías agregar una de esas salsas de tomate», dijo.

«En este momento no tengo ninguna en casa», dije.

Comí demasiado aprisa y el inevitable ruido que hacía al comer pareció disgustar a mi padre. Disimuló su asco, pero no de modo convincente, y finalmente me levanté, fui a la cocina, y de pie ante la nevera acabé mi plato; durante la comida me miré en el espejo que cuelga encima de la nevera. En las últimas semanas no había efectuado ni siquiera el más importante ejercicio.: el facial. Un payaso, cuyo principal efecto consiste en su rostro impávido, debe conservar muy movable el rostro. Al principio sacaba la lengua antes de comenzar los ensayos, para encontrarme muy cerca de mí antes de enajenarme. Más adelante cambié, y me miré a la cara sin trucos de ninguna clase, medía hora todos los días, hasta que al fin no me encontraba ya frente a mí mismo; y como no soy propenso al narcisismo, a menudo estuve a punto de volverme loco. Llegué a olvidar realmente que era mi rostro el que veía en el espejo. Volvía el espejo del revés al terminar el ensayo, y cuando más tarde, en el transcurso del día, miraba al pasar frente a un espejo me asustaba: había un sujeto desconocido en mi cuarto de baño, encima del lavabo, un sujeto que yo no sabía si era cómico o serio, un espectro lívido y narigudo, y corría, tan aprisa como podía, en busca de Marie, para verme en su cara. Desde que se marchó, ya no he podido hacer ejercicios faciales: tengo miedo a volverme loco. Siempre que volvía de ensayar me abrazaba a Marie, hasta verme en sus ojos: minúsculo, algo deformado, pero reconocible: era yo y, sin embargo, era también el del espejo, el que me daba miedo. ¿Cómo explicar a Zohnerer, que sin Marie ya no puedo ensayar ante el espejo? Observarme a mí mismo comiendo era sólo triste, no inquietante. Podía asirme a la cuchara, podía reconocer las judías con los restos de yema y clara de huevo, el trozo de pan que iba haciéndose pequeño. El espejo me confirmó algo tan emotivamente real como un plato que se vaciaba, un trozo de pan que se achicaba, una boca ligeramente grasienta que me sequé con la manga de la chaqueta. No ensayaba. Nadie había allí que pudiera sacarme del espejo y devolverme a mí mismo. Lentamente volví a la sala.

«Demasiado aprisa», dijo mi padre, «comes con demasiada precipitación. Siéntate de una vez. ¿No bebes nada?»

«No», dije, «quería hacerme café, pero lo he echado a perder.»

«¿Quieres que te haga yo?», preguntó.

«¿Sabes hacerlo?», pregunté.

«Me aseguran que hago muy buen café», dijo.

«Oh, déjalo», dije, «no tiene importancia, beberé un poco de agua mineral.»

«Pero si no me molesta preparártelo», dijo. . «No», dije, «gracias. La cocina tiene un aspecto horroroso. Un gran charco de café, latas de conserva abiertas, cáscaras de huevo por el suelo.»

«Bien», dijo, «como quieras.» Pareció ofendido de un modo no habitual en él. Me

servió agua mineral, me tendió su estuche de cigarrillos, cogí uno, me dio fuego, y fumamos. Lo sentí. Es probable que con mi plato lleno de judías le hubiese sacado de quicio. Seguramente había contado encontrar en mi casa lo que él imagina que es la bohemia: una mezcla de buen gusto, y toda clase de modernismos en el techo y en las paredes, pero el piso se ha ido decorando de modo fortuito y burgués, y noté que le abrumaba. El aparador lo compramos guiándonos por un catálogo, los cuadros de las paredes no eran más que estampas, sólo dos eran abstractos, y lo único hermoso eran dos acuarelas de Monika Silvs, que colgaban encima de la cómoda: «Paisaje Renano III» y «Paisaje Renano IV», de tono gris oscuro con trazas apenas visibles de blanco. Las cuatro cosas bonitas que teníamos, sillas, un par de jarrones y la mesita para el té, en el rincón, todo lo había comprado Marie. Mi padre es hombre que necesita ambiente, y el ambiente de nuestro piso le ponía nervioso y taciturno. «¿Te ha dicho mi madre que estoy aquí?», pregunté finalmente, cuando encendimos el segundo cigarrillo sin haber dicho una palabra.

«Sí», dijo, «¿por qué no puedes ahorrarle estos disgustos?»

«Si ella no se hubiese puesto al habla con su voz de comité, todo habría sido distinto», dije.

«¿Tienes algo en contra de ese comité?», preguntó tranquilamente.

«No», dije, «está muy bien que se concilien las diferencias raciales, pero yo tengo de la raza otro concepto que el comité. Los negros, por ejemplo, están ahora de moda; yo quería ofrecerle a mamá un negro, conocido mío, como figura de belén. Y si se piensa que hay varios centenares de razas de negros. El comité tiene tela para rato. O gitanos, mamá debería invitarles alguna vez a tomar el té. Directamente de la calle. Lo que es trabajo no falta.»

«No quería hablar de esto contigo», dijo.

Callé. Me miró y dijo en voz baja: «Quisiera hablarte de dinero.» Seguí callado. «Supongo que te encuentras bastante apurado. Di algo.»

«Apurado, bien dicho. Es probable que no pueda actuar en un año. Mira.» Levanté la pernera del pantalón y le mostré mi rodilla hinchada, bajé otra vez el pantalón y con el índice derecho señalé a la izquierda de mi pecho.

«Y aquí», dije.

«Dios mío», dijo, «¿el corazón?»

«Sí», dije, «el corazón.»

«Telefonaré a Drohmert y le rogaré que te visite. Es el mejor cardiólogo que tenemos.»

«Me has entendido mal», dije, «no necesito consultar a Drohmert.»

«Pero tú dijiste: corazón.»

«Quizá debí decir alma, espíritu, sentimientos; me pareció que el corazón servía.»

«Ah, eso», dijo secamente, «esa historia.» Seguramente se lo habría contado

Sommerwild al jugar a los naipes en la Herren-Union entre estofado de liebre, cerveza y un as de corazones.

Se levantó, se puso a pasear de un lado para otro, y luego se quedó de pie tras el sillón, se apoyó en el respaldo y me miró.

«Te parecerá estúpido seguramente», dijo, «si te hablo con solemnidad, pero, ¿sabes qué es lo que te falta? Te falta lo que hace hombre a un hombre: saber resignarse.»

«Esto ya lo oí hoy una vez», dije.

«Pues lo vas a oír por tercera vez: resígnate.»

«Deja eso», dije cansado.

«¿Crees que me sentó bien cuando Leo me dijo que se hacía católico? Fue tan doloroso para mí como la muerte de Henriette; no me habría dolido tanto si me hubiese dicho que se hacía comunista. Eso puedo concebirlo, que un joven albergue un falso sueño de justicia social y todo eso. Pero aquello.» Se asió al respaldo del sillón y meneó con fuerza la cabeza. «Aquello. No. No.» Parecía tomárselo en serio. Se había puesto muy pálido y parecía mucho más viejo de lo que es.

«Siéntate, padre», dije, «toma ahora un coñac.» Se sentó, se inclinó hacia la botella de coñac, fui a buscar un vaso en el aparador, le serví, tomó el coñac y lo bebió, sin darme las gracias ni brindar.

«Seguramente no lo comprendes», dijo. «No», dije. «Me dan miedo todos los jóvenes que creen en aquello», dijo, «y me afectó de un modo horrible, pero también supe resignarme; resignarme. ¿Por qué me miras de este modo?» «Debo pedirte perdón», dije, «cuando te veía por la televisión, pensé que eras un magnífico actor. Incluso un poco payaso.»

Me miró con desconfianza, casi ofendido, y me apresuré a decir: «No, papá, es verdad, magnífico.» Estaba contento de haber podido volver a llamarle papá. «Me encerraron en el papel», dijo. «Te sienta bien», dije, «y lo que interpretas, está bien interpretado.»

«No interpreto», dijo gravemente, «en absoluto, no necesito interpretar.»

«Malo», dije, «para tus enemigos.» «No tengo enemigos», dijo indignado. «Todavía peor para tus enemigos.» Volvió a mirarme con desconfianza, después rió y dijo: «La verdad es que no los tengo por enemigos.»

«Peor que peor», dije. «Esos con quienes debates continuamente de dinero, ¿no comprenden que vosotros siempre calláis lo más importante, u os popéis de acuerdo antes de salir en la pantalla?»

Se sirvió otro coñac, y me miró inquisitivamente: «Quisiera hablarte de tu porvenir.»

«Un momento», dije, «quiero comprender cómo hacéis el truco. Vosotros habláis siempre de porcentajes, diez veinte, cinco, cincuenta por ciento, pero nunca decís de

qué es el tanto por ciento.» Parecía atontado, cuando tomó la copa de coñac, bebió y me miró. «Quiero decir», dije, «que no he aprendido mucho de cálculos, pero sé que el ciento por ciento de medio pfennig es medio pfennig, mientras que el cinco por ciento de mil millones son cincuenta millones... ¿comprendes?»

«Dios mío», dijo, «¿te sobra tanto tiempo para la televisión?»

«Sí», dije, «desde esa historia, como tú la llamas, miro mucho la televisión: me deja hermosamente vacío. Vacío del todo, y cuando uno ve a su padre una vez cada tres años, se alegra al verle en la pantalla del televisor. Donde sea, en un bar, ante una cerveza, medio a oscuras. A veces estoy orgulloso de ti al ver cuan hábilmente evitas que alguien te pregunte sobre el porcentaje.»

«Te equivocas», dijo con indiferencia, «yo no evito nada.»

«¿No te resulta aburrido no tener enemigos?»

Se levantó y me miró enojado. Me levanté también. Ambos nos pusimos detrás de nuestros sillones, con los brazos sobre el respaldo. Reí y dije: «Como payaso, me intereso naturalmente por las formas modernas de la pantomima. Una vez, en la sala interior de un bar, al encontrarme solo, apagué el sonido. Formidable. *L'art pour l'art* adueñándose de la política de salarios, de la economía. Lástima que nunca hayas visto mi número de la sesión del consejo de administración.»

«Te diré una cosa. Hablé de ti con Genneholm. Le rogué que fuera a ver algunas actuaciones tuyas y que me hiciera un... una especie de informe.»

De repente tuve que bostezar. Era descortés, pero inevitable, y me di perfecta cuenta de lo enojoso de la situación. Por la noche había dormido mal y había tenido un mal día. Cuando uno vuelve a ver, por primera vez después de tres años, a su padre, y, en realidad, por primera vez en su vida, habla seriamente con él, desde luego el bostezo es de lo menos oportuno. Estaba yo muy irritado, pero rendido de cansancio, y lamenté que precisamente entonces tuviese que bostezar. El nombre de Genneholm actuó en mí como un somnífero. Hombres como mi padre deben tener siempre lo mejor: el mejor cardiólogo del mundo, Drohmert; el mejor crítico teatral de la República Federal, Genneholm; el mejor sastre, el mejor champán, el mejor hotel, el mejor escritor. Es aburrido. Mi bostezo volvióse casi espasmódico, se me agarrotó la musculatura de la boca. Que Genneholm sea invertido no cambia para nada el que su nombre despierte en mí aburrimiento. Los homosexuales saben ser muy divertidos, pero precisamente a la gente divertida la encuentro yo aburrida, en especial a los excéntricos, y Genneholm era no sólo invertido, sino también excéntrico. Casi siempre iba a las *parties* de mi madre, y se me acercaba tanto que no me quedaba más remedio que oler su aliento y participar de su último ágape. La última vez que me encontré con él, cuatro años atrás, olía a ensalada de patatas, con lo cual su chaleco de un rojo de cardenal y su ambarino bigote a lo Mefistófeles perdían toda extravagancia. Era muy chistoso, todos sabían que era chistoso, y así

tenía que serlo continuamente. Una vida agotadora.

«Discúlpame», dije, cuando pude estar seguro que de momento no tenía que bostezar más. «¿Qué dijo, pues, Genneholm?»

Mi padre se ofendió. Así ocurre siempre cuando uno se abandona a sus impulsos, y mis bostezos no le dolían subjetivamente, sino objetivamente. Meneó la cabeza como ante mi sopa de judías. «Genneholm observa tu carrera con gran interés, está muy bien dispuesto hacia ti.»

«Un invertido nunca pierde las esperanzas», dije, «son seres obstinados.»

«Deja eso», dijo mi padre con» acritud, «puedes estar contento de que un hombre tan influyente y tan competente se interese por ti.»

«Me siento completamente feliz», dije.

«Pero tiene muchas objeciones que hacer a tu trabajo hasta ahora. Cree que deberías evitar todos los toques de Pierrot, que ciertamente tendrías talento para Arlequín, pero sería una lástima, y que es inadmisibles te encierres en el papel de *clown*. Él ve tu porvenir en una decidida orientación hacia la pantomima... ¿me escuchas?» Su voz era cada vez más aguda.

«Por favor», dije, «oigo cada palabra, cada una de esas sensatas y atinadas palabras, no te inquiete el que yo cierre los ojos.» Mientras hablaba de Genneholm cerré los ojos. Me aliviaba, y me libraba de la visión de la cómoda pardo oscura que se hallaba ante la pared de enfrente y detrás de papá. Un mueble horrible que en cierto modo me recordaba el colegio: el tono pardo oscuro, los pomos negros, las molduras amarillas en el canto superior. La cómoda procedía de la casa del padre de Marie.

«Por favor», dije en voz baja, «sigue hablando.» Estaba yo rendido de cansancio, me dolía el estómago, sentía dolor de cabeza, y, después de estar petrificado tanto tiempo detrás del sillón, mi rodilla comenzó a hincharse más. Detrás de mis párpados cerrados veía yo mi rostro, que me devolvía el espejo después de mil horas de ensayar, enteramente impávido, con un maquillaje níveo; ni siquiera las pestañas se movían, ni tampoco las cejas, sólo los ojos que se volvían lentamente de un lado a otro como los de un conejo asustado, hasta producir la impresión que los críticos como Genneholm han llamado «esa sorprendente aptitud para interpretar la melancolía animal». Yo estaba muerto y con mi rostro oculto debajo de mil horas: ninguna posibilidad de salvarme en los ojos de Marie.

«Habla de una vez», dije.

«Me aconsejó que te enviara a uno de los mejores profesores. Por un año, por dos o por medio. Genneholm cree que deberías concentrarte, estudiar, adquirir tanta conciencia que puedas volver a ser ingenuo. Y ensayar, ensayar, ensayar; y. ¿me oyes aún?» Gracias a Dios, su voz sonó más suave.

«Sí», dije.

«Y estoy dispuesto a financiártelo.» Tuve la impresión que mi rodilla estaba tan gruesa y redonda como un gasómetro. Sin abrir los ojos, palpé alrededor del sillón, me senté, y palpando busqué los cigarrillos sobre la mesa, como si fuese ciego. Mi padre lanzó un grito de terror. Sé interpretar tan bien a un ciego que engaño a todo el mundo. A mí mismo me engañé, y pensé que tal vez seguiría ciego. Pero no interpretaba al ciego, sino al cegado momentáneamente, y cuando por fin tuve el cigarrillo en la boca entreví la llama del encendedor de papá, y entreví también que temblaba convulsivamente. «Chico», dijo angustiado, «¿estás enfermo?» «Sí», dije en voz baja, di una chupada al cigarrillo, aspiré con fuerza, «estoy mortalmente enfermo, pero no ciego. Dolor de estómago, jaqueca, dolor en la rodilla, una irreprimible melancolía, pero lo peor, bien lo sé, es que Genneholm tiene razón, aproximadamente en un noventa y cinco por ciento, e incluso sé de lo que siguió hablando. ¿Habló de Kleist?»

«Sí», dijo mi padre.

«¿Dijo que debía primero perder mi alma, vaciarme completamente, y después podría procurarme otra nueva? ¿Lo dijo?»

«Sí», dijo mi padre, «¿cómo lo sabes?»

«Dios mío», dije, «conozco bien sus teorías y sé de dónde las saca. Pero yo no quiero perder mi alma, quiero recobrarla.»

«¿La has perdido?»

«Sí.»

«¿Y dónde está?»

«En Roma», dije; abrí los ojos de golpe y reí. Mi padre se había vuelto completamente pálido de miedo y había envejecido. Su risa sonó aliviada y, no obstante, disgustada. «Granuja», dijo, «¿todo fue fingido?»

«Por desgracia» dije, «no del todo y no muy bien. Genneholm diría: demasiado naturalismo, y tendría razón. Los invertidos tienen casi siempre razón, tienen una fabulosa penetración psicológica, pero nada más. Algo es algo.»

«Granuja», dijo mi padre, «me engañaste.»

«No», dije, «no, no te he engañado más de lo que te engañaría un auténtico ciego. Créeme, no es absolutamente necesario andar a tuestas y buscar apoyo. Más de un ciego interpreta el ciego, aunque es realmente ciego. Ahora podría yo, ante tus ojos, andar cojeando de aquí a la puerta, de tal modo que tú gritarías de dolor y lástima, y telefonarías inmediatamente a un médico, al mejor cirujano del mundo, Fretzer. ¿Lo quieres ver?» Ya estaba yo de pie.

«Por favor, déjalo», dijo intranquilo, y volví a sentarme.

«Por favor, siéntate tú también», dije, «por favor, me pone nervioso verte andar de un lado para otro.»

Se sentó, se sirvió agua mineral y me miró desconcertado. «De ti no hay quien

saque nada en limpio», dijo, «dame una respuesta clara. Te pago los estudios, donde tú quieras, me es igual. Londres, París, Bruselas. Lo mejor.»

«No», dije cansado, «sería una equivocación. No necesito más estudios, solamente trabajar. Estudié desde los trece o catorce años hasta los veintiuno. Sólo que vosotros no lo notasteis. Y si Genneholm dice que todavía me conviene estudiar, es más estúpido de lo que pensé.»

«Es un experto», dijo mi padre, «el mejor que conozco.» «Incluso el mejor del país», dije, «pero es sólo un experto, sabe bastante de teatro, tragedia, *commedia dell'arte*, comedia, pantomima. Pero observa cómo fracasan sus tentativas de ser actor, cuando aparece repentinamente con sus camisas violetas y negros corbatines de seda. Cualquiera aficionado se avergonzaría. Que los críticos critiquen no es lo malo en ellos, sino el que para sí mismos pierdan el sentido crítico y el del humor. Es penoso. Naturalmente que es un experto, pero si pretende que a mí, después de seis años de escenario, me conviene volver a estudiar, es un majadero.»

«¿Así, pues, no necesitas dinero?», preguntó mi padre.

Una pequeña señal de alivio en su voz me inspiró desconfianza. «Sí», dije, «necesito dinero.»

«¿Qué quieres hacer, pues? ¿Seguir actuando en la posición en que te encuentras?»

«¿Qué posición?», pregunté.

«Vamos», dijo desconcertado, «habrás leído las críticas.»

«¿Las críticas?», dije, «pero si hace tres meses que sólo actúo en provincias.»

«Sin embargo he leído las críticas», dijo, «con Genneholm las hemos examinado a fondo.»

«Maldita sea», dije, «¿cuánto le has pagado?»

Se ruborizó. «Deja eso», dijo, «¿qué te propones?»

«Ensayar», dije, «trabajar, medio año o uno entero, aún no lo sé.»

«¿Dónde?»

«Aquí», dije, «¿dónde iba a ser?» Su sobresalto sólo consiguió disimularse a medias.

«No os molestaré y no voy a comprometeros, ni siquiera iré al *jour fixe*», dije. Se ruborizó. Yo había ido un par de veces a su *jour fixe*, como cualquiera, sin acudir a ellos privadamente, por así decirlo. Bebí *cocktails* y comí aceitunas, bebí té y al marcharme me embolsé cigarrillos tan descaradamente que lo vieren los criados y volvieron la cabeza ruborizados.

«Ah», dijo sólo mi padre. Se acurrucó en su sillón. Lo que hubiese preferido sería levantarse y ponerse ante la ventana. Bajó la mirada y dijo: «Más me hubiera gustado que eligieses el camino seguro que sugiere Genneholm. Me cuesta financiar una cosa insegura. ¿No has ahorrado nada? Debiste ganar mucho en estos años.»

«No ahorré ni un pfennig», dije, «poseo un marco, sólo uno.» Saqué el marco del bolsillo y se lo enseñé. Se inclinó hacia la moneda y la miró como a un insecto raro.

«Me cuesta creerte», dijo, «yo no te enseñé a despilfarrar. ¿Cuánto te figuras que deberías tener al mes?»

Mi corazón latió con violencia. Nunca creí que quisiera ayudarme de modo tan directo. Reflexioné. Ni poco, ni demasiado, tenía que pedir lo justo, pero no tenía idea, ni la más remota, de lo que necesitaría. Electricidad, teléfono, y mal que bien debería comer. Sudé de angustia. «Ante todo», dije, «necesito una gruesa esterilla de goma, tan grande como esta habitación, siete por cinco, que podrías procurarme de vuestra fábrica de artículos de goma, a buen precio.»

«Bien», dijo sonriendo, «te la regalaré. Siete por cinco. Pero Genneholm dice que no deberías malgastar tus energías con acrobacias.»

«No lo haré, papá», dije; «además de la esterilla, necesitaría mil marcos al mes.»

«Mil marcos», dijo. Se puso de pie, su susto era sincero, le temblaban los labios.

«Vamos», dije, «¿qué pensaste?» Yo no tenía idea de su fortuna. Pero mil marcos se convertían al año —a esto alcanzaba mi aritmética— en doce mil marcos, y una suma así no podía matarle. En realidad era millonario, esto me lo explicó claramente el padre de Marie, y me lo calculó una vez. No recordaba más detalles. Tenía acciones en todas partes y en todo era «parte interesada». Incluso en aquella fábrica de jabones.

Pasó detrás de su sillón y paseó, calmado, meneando los labios, como si calculase. Puede que lo hiciese realmente, pero duraba ya mucho.

Volví a recordar lo tacaños que habían sido cuando me marché de Bonn con Marie. Mi padre me escribió que, por motivos morales, me negaba todo apoyo, y esperaba que con «el trabajo de mis manos» me sustentase a mí «y a esta desgraciada y honrada muchacha que has seducido». Siempre «tuvo en alta estima» al viejo Derkum, como persona y como adversario, y aquello era un escándalo.

Vivíamos en una pensión en Köln-Ehrenfeld. Los setecientos marcos que la madre de Marie le había dejado al morir se nos acabaron en un mes, y yo tenía la impresión de haber sido muy previsor y ahorrativo con aquella suma.

Vivíamos cerca de la estación de Ehrenfeld, desde la ventana de nuestra habitación se veía el rojo enladrillado del terraplén, trenes cargados de lignito entraban en la ciudad, salían de ella vacíos, una reconfortante visión, un ruido impresionante, siempre tenía que pensar en la saneada situación financiera de mi casa. Desde el cuarto de baño la vista alcanzaba los lavaderos de zinc y las cuerdas para tender ropa, por la noche se oía a veces el ruido de una lata de conservas al caer o de una bolsa llena de basura, que alguien disimuladamente arrojaba al patio desde la ventana. Frecuentemente me ponía en la bañera y entonaba cantos litúrgicos, hasta

que la patrona me prohibió cantarlos. «La gente piensa que tengo oculto a un pastor perjuro», luego me cerró el crédito del baño. Según ella, me bañaba yo con demasiada frecuencia, lo encontró excesivo. A veces hurgaba con el atizador en los paquetes de basura que desde arriba arrojaban al palio, para poder descubrir al infractor por lo que contenía el paquete: pieles de cebolla, posos de café, huesos de chuleta, le daban material para complicadas combinaciones, que ella completaba con informes tomados al azar en carnicerías y verdulerías, nunca con éxito. El desecho nunca permitía deducciones concluyentes sobre la personalidad. Las amenazas que ella profería hacia lo alto del patio de lavaderos, eran formuladas de tal modo que todos se sintiesen aludidos: «A mí nadie me engaña, sé lo que debo hacer.» Por la mañana siempre nos asomábamos a la ventana y acechábamos la llegada del cartero, que a veces nos traía paquetitos de las amigas de Marie, Leo, Anna, en intervalos muy irregulares cheques del abuelo, pero de mis padres sólo exhortaciones de «tomar el destino en mis manos, dominar el infortunio con mis propias fuerzas».

Más adelante, incluso me escribió mi madre que ella me había «repudiado». Sabe ser chabacana hasta la idiotez, pues esta expresión la citaba ella de una novela de Schnitzler que se llama *Dilema del corazón*. En esta novela, una muchacha es «repudiada» por sus padres, porque ella se niega a traer al mundo un hijo que le hizo «un artista noble, pero achacoso», creo que un actor. Mi madre citó literalmente una frase del capítulo ocho de la novela: «Mi conciencia me obliga a repudiarte.» Encontró que era una cita apropiada al caso. En todo caso, ella me repudiaba. Estoy seguro que lo hizo únicamente porque era un medio de ahorrarse conflictos, lo mismo a su conciencia que a su cuenta corriente. En casa esperaban que yo emprendiese una vida heroica: ir a una fábrica o trabajar en una empresa constructora para poder sustentar a mi amada, y todos quedaron decepcionados cuando no lo hice. Incluso Leo y Anna expresaron claramente su decepción. Me veían ya con el paquete de la comida y mi maletín partir al rayar el alba, con la mano enviar un beso hacia la habitación de Marie, me veían por la noche «cansado, pero satisfecho», regresar a casa, y allí leer el periódico y contemplar cómo Marie hacía calceta. Pero yo no hice el menor esfuerzo para hacer de esta imagen un cuadro vivo. Me quedaba con Marie, y Marie prefería mucho más que me quedase con ella. Yo me sentía «artista» (más adelante, más que nunca), y conseguimos ver realizada la idea que desde niños teníamos de la bohemia: botellas de Chianti y arpillera en las paredes, y fundas multicolores. Aún hoy me ruborizo de emoción al pensar en estos años. Cuando Marie iba, al terminar la semana, a ver a nuestra patrona para pedirle una prórroga para el pago del alquiler, la patrona cada vez armaba una bronca y preguntaba por qué yo no iba a trabajar. Y Marie dijo una vez con su maravilloso énfasis: «Mi marido es un artista, sí, un artista.» La oí desde la sucia escalera gritar a la habitación abierta de la patrona: «Sí, un artista», y la patrona le replicó, gritándole

con su ronca voz: «¿Qué dice, un artista? ¿Y es también su marido? El Registro Civil debió alegrarse.» La mayoría de las veces estaba disgustada porque nos quedábamos en cama casi siempre hasta las diez o las once. No tenía suficiente imaginación para calcular que nosotros de esta manera nos ahorrábamos cómodamente una comida y corriente para la estufa, y no sabía que yo casi todos los días, sólo a eso de las doce podía ir a ensayar en las salitas parroquiales, porque allí por la mañana siempre había algo: orientación maternal, clases sobre la comunión, curso de cocina o clases de orientación de una asociación católica de viviendas baratas. Vivíamos cerca de la iglesia de la que era cura Heinrich Behlen, y él me había procurado estas salitas con escenario como posibilidad de ensayar, y también la habitación en la pensión. En aquella ocasión muchos católicos fueron muy amables con nosotros. La señora, que en la Rectoría daba clases de cocina, siempre nos daba de comer lo que sobraba, las más de las veces sólo sopa y pudín, a veces también carne, y cuando Marie la ayudaba para la limpieza le proporcionaba un paquete de mantequilla o una bolsa de azúcar. A veces se quedaba allí cuando yo comenzaba a ensayar, se desternillaba de risa, y por la tarde nos hacía café. Cuando se enteró que no estábamos casados, siguió comportándose amablemente. Tuve la impresión que ella no contaba en absoluto que los artistas «se casasen como es debido». Muchos días que hacía frío íbamos allí temprano. Marie tomaba parte en el curso de cocina, y yo me sentaba en el guardarropa junto a una estufa eléctrica y leía. A través de la delgada pared oía las risas reprimidas, luego serias conferencias sobre calorías, vitaminas, cálculos, pero en conjunto la finalidad de estos cursillos me pareció bien enfocada. Si había orientación maternal, no podíamos entrar hasta que terminaban. La joven doctora que daba las orientaciones era muy correcta, amable, pero con personalidad, y yo tenía un terror pánico al polvo que yo levantaba al dar saltos sobre el escenario. Más adelante afirmé que el polvo seguía en suspensión en el aire durante el día y era una amenaza para los lactantes e impuso la condición que, veinticuatro horas antes de que ella diese la conferencia, no podría yo utilizar el escenario. Heinrich Behlen tuvo incluso una discusión con su párroco, quien no sabía en absoluto que yo ensayase allí todos los días y que pidió a Heinrich «no llevase demasiado lejos su amor al prójimo». A veces iba yo también con Marie a la iglesia. Se estaba caliente allí, siempre me sentaba cerca del tubo de calefacción; también estaba todo silencioso, los ruidos de la calle afuera parecían estar infinitamente lejos, y la iglesia estaba vacía de un modo beneficioso: sólo siete u ocho personas, algunas veces tenía la sensación de pertenecer a esta reunión silenciosa y triste de supervivientes de algo que, en su debilidad, obraba prodigios. Fuera de Marie y yo, nada más que mujeres de edad. Y la naturalidad con que Heinrich Behlen celebraba, rimaba tan bien con la iglesia lúgubre y oscura. Una vez incluso advertí, al final de la misa, cuando su acólito se había ausentado, que el misal tenía que llevarse de la derecha a la izquierda. Noté que

Heinrich se sentía inseguro, que perdía el ritmo, y corrí rápidamente hacia allí, cogí el misal del lado derecho, me arrodillé cuando estuve en el centro del altar, y lo pasé al lado izquierdo. Me hubiese parecido una descortesía, si no hubiese ayudado a Heinrich en su apuro. Marie enrojeció como la grana, Heinrich sonrió. Nos conocíamos desde hacía tiempo, en el internado fue capitán del equipo de fútbol, de más edad que yo. Muchas veces esperábamos a Heinrich después de la misa, afuera ante la sacristía, nos invitaba a desayunar, compraba a crédito en una tienda huevos, jamón, café y cigarrillos, y era feliz como un niño siempre que su ama de llaves estaba enferma.

Pensé en todas las personas que nos habían ayudado, mientras que en casa no vivían más que por sus millones de marras, me habían repudiado y saboreaban sus principios morales.

Mi padre seguía dando vueltas alrededor de su sillón y al calcular movía los labios. Estuve a punto de decirle que renunciaba a su dinero, pero de un modo u otro me pareció que yo tenía derecho a recibir algo de él. y con mi solitario marco en el bolsillo no quería permitirme ningún heroísmo del que más adelante tuviese que arrepentirme. Realmente necesitaba dinero, con urgencia, y él no me había dado ni un solo pfennig desde que me marché de casa. Leo nos dio el dinero que llevaba en el bolsillo, Anna nos envió a veces pan blanco elaborado por ella misma, y más tarde hasta el abuelo nos mandó dinero alguna que otra vez, cheques cruzados por valor de quince, veinte marcos, y una vez, por un motivo que nunca averigüé, un cheque cruzado sobre veintidós marcos. Cada vez teníamos un espantoso drama con estos cheques: nuestra patrona no tenía cuenta corriente en ningún Banco. Heinrich tampoco, tenía tan poca idea como yo de los cheques cruzados. El primer cheque lo ingresó simplemente en la cuenta corriente de Caritas de su párroco, en la Caja de Ahorros se hizo explicar todo lo referente a los cheques cruzados, fue a ver a su párroco y le rogó un cheque franco sobre quince marcos, pero el párroco casi estalló de indignación. Explicó a Heinrich que él no podía dar ningún cheque franco, porque él debía garantizar el destino de aquel dinero, y que la cuenta corriente de Caritas era una cosa muy delicada, que estaba controlada, y si él escribía: «Cheque convencional a favor del capellán Behlen por valor equivalente al cheque cruzado particular» habría un escándalo, pues, después de todo, la Caritas parroquial no era ninguna casa de cambio para cheques cruzados de «dudosa procedencia». Podría declarar el cheque cruzado sólo como donativo para un determinado fin, como una ayuda directa de Schnier para Schnier, y hacerme efectivo el importe como donativo de Caritas. No estaba mal, pero no era del todo correcto. Pasaron en total diez días hasta que tuvimos realmente los quince marcos, pues Heinrich tenía naturalmente que hacer otras mil cosas, no podía dedicarse exclusivamente al cobro de mis cheques cruzados. Después

de esto, cada vez que recibía un cheque cruzado de mi abuelo era infernal, tenía dinero y no lo tenía, y nunca había lo que realmente necesitábamos: dinero en efectivo. Por último Heinrich se las arregló para poder disponer de cuenta corriente en un Banco, para poder darnos cheques francos por cheques cruzados, pero a menudo se marchaba de permiso por tres, cuatro días, una vez incluso por tres semanas, cuando llegó el cheque por veintidós marcos, y decidí acudir a mi único amigo de juventud en Colonia, Edgard Wieneken, que desempeñaba algún cargo dentro del SPD ⁴, creo que Jefe de la Sección Cultural. Encontré su dirección en el listín telefónico, pero no tenía dos monedas de diez pfennigs para poder telefonearle, y fui a pie de Köln-Ehrenfeld a Köln-Kalk, no le encontré, esperé ante la puerta de su casa hasta las once de la noche, porque su patrona se negó a dejarme entrar en su habitación. Vivía cerca de una iglesia muy grande y muy oscura, en la Engelsstrasse (aún hoy no sé si se sintió obligado a vivir en la Engelsstrasse ⁴ por ser del SPD). Estaba completamente agotado, rendido de cansancio, hambriento, ni siquiera tenía un cigarrillo y sabía que Marie se hallaba en casa y estaría inquieta por mí. Y Köln-Kalk, la Engelsstrasse, la fábrica de productos químicos por allí cerca, no es una visión indicada para un melancólico. Por fin entré en una panadería y rogué a la mujer que estaba tras el mostrador que me regalase un panecillo. Era joven, pero parecía indigente. Esperé hasta que la tienda quedó vacía por un momento, entré rápidamente y dije, sin desear los buenos días: «Regáleme un panecillo.» Tuve miedo de que entrase alguien; me miró, su boca menuda y triste se hizo aún más pequeña, luego se redondeó, se cerró, y sin una palabra puso tres panecillos y un bollo en una bolsa y me lo entregó. Creo que ni siquiera di las gracias, al coger la bolsa y marcharme rápidamente. Me senté en el dintel de la casa en que vivía Edgar, comí los panecillos y el bollo, y palpé una y otra vez el cheque cruzado por veintidós marcos que estaba en mi bolsillo. Veintidós era un curioso número, cavilé sobre ello, cómo había sido posible, puede que fuese algún remanente de una cuenta corriente, quizás se trataba de una broma, es probable que fuese casualidad nada más, pero lo curioso era que la cifra 22 constaba allí de palabra como veintidós, y el abuelo debió haber pensado algo al escribirlo. Nunca lo descubrí. Después averigüé que había estado esperando sólo una hora y media a Edgar en la Engelsstrasse de Kalk, me pareció una eternidad llena de tristeza: las oscuras fachadas de las casas, el humo de la fábrica de productos químicos. Edgar se alegró de volver a verme. Resplandecía de gozo, me dio una palmada en los hombros, me hizo subir a su habitación, donde tenía en la pared una gran fotografía de Brecht, debajo una guitarra y muchos libros de bolsillo sobre una carcomida estantería. Le oí increpar afuera a su patrona por no haberme dejado entrar, luego volvió con una botella de aguardiente y, eufórico, me contó que en la Junta de Teatros había ganado una batalla contra «esos perros sarnosos de! CDU» ⁴, y me pidió que le contase todo lo que me había ocurrido desde que nos

vimos por última vez. Cuando chicos, jugamos juntos muchas veces. Su padre era encargado de un puesto de baños, después se encargó de la vigilancia de los terrenos deportivos de las cercanías de nuestra casa. Le rogué me ahorrara a mí el relato, en cuatro palabras le puse al corriente de mi situación y le pedí que me cambiara el cheque por dinero en efectivo. Fui increíblemente amable, lo comprendió todo, me dio en seguida treinta marcos, en absoluto quería aceptar el cheque, pero le supliqué que se quedara con él. Creo que casi lloré al rogarle que aceptara el cheque. Lo cogió, un poco ofendido, le invité a venir a visitarme algún día y a verme en los ensayos. Me acompañó hasta la parada del tranvía junto al buzón de correos de Kalk, pero al ver yo allí un taxi libre, corrí hacia él, subí a él y vi nada más que el rostro amplio, perplejo, dolido y pálido de Edgard. Era la primera vez que tomaba un taxi, y si alguna vez un hombre se ha ganado un taxi, ése fui yo aquella tarde. No hubiese soportado atravesar lentamente Colonia en tranvía y tener que esperar aún una hora para volver a ver a Marie. El taxi costó casi ocho marcos. Di al conductor cincuenta pfennigs de propina y subí corriendo las escaleras de nuestra pensión. Marie se abrazó llorando a mi cuello, y yo lloré también. Los dos habíamos pasado tanto miedo, hacía una eternidad que estábamos separados, estábamos demasiado desconcertados para besarnos, susurrábamos una y otra vez que nunca, nunca, nunca más nos separaríamos, «hasta que la muerte nos separe», susurró Marie. Luego Marie «se arregló», como ella decía, se maquilló, se pintó los labios y fuimos a un merendero en la Venloerstrasse, comimos dos raciones de Goulasch cada uno, compramos una botella de vino tinto y nos fuimos a casa.

Edgard nunca me ha perdonado del todo este viaje en taxi. Después le vimos a menudo, y hasta volvió a socorrernos otra vez con dinero cuando Marie tuvo el aborto. Nunca habló del viaje en taxi, pero aquello le dejó una desconfianza que aún hoy no se ha extinguido.

«Dios mío», dijo mi padre en voz alta y en un nuevo tono de voz que para mí era completamente extraño, «habla en voz alta y clara, y abre los ojos. No me dejaré engañar otra vez por este truco.»

Abrí los ojos y le miré. Estaba enfadado.

«¿Dije yo algo?», pregunté.

«Sí», dijo, «murmurabas para tus adentros, pero lo único que comprendí, una y otra vez, fue *millones de mierda*.»

«Es también lo único que puedes entender y debes entender.»

«Y también he comprendido «cheque cruzado»», dijo.

«Sí, sí», dije, «bueno, siéntate otra vez y dime lo que piensas ofrecermelo como ayuda mensual durante un año.»

Me acerqué a él, le puse suavemente las manos en los hombros y le hice sentar en

su sillón. En seguida volvió a levantarse, y quedamos ambos de pie, casi tocándonos.

«He meditado a fondo la cuestión», dijo en voz baja, «y si no aceptas mi propuesta de prepararte firme y metódicamente, sino que quieres trabajar aquí... deberían bastarte en realidad, vamos, eso pensé, doscientos marcos al mes.» Estoy seguro que había querido decir doscientos cincuenta o trescientos, pero en el último momento había dicho doscientos. Pareció asustarse de la expresión de mi rostro y dijo más aprisa de lo que correspondía a sus exquisitos modales: «Genneholm dijo que el ascetismo es la base de la pantomima.» Yo seguí sin decir nada. Sólo le miré, con «ojos vacíos», como una marioneta de Kleist. Ni siquiera estaba yo enfurecido, sólo asombrado hasta tal punto que lo que había aprendido penosamente, quedar con los ojos vacíos, era mi expresión natural. Se puso nervioso, tenía ligeras trazas de sudor sobre el labio superior. Mi primer arrebató no era de ira o amargura u odio; los ojos vacíos se me llenaron poco a poco de compasión.

«Querido papá», dije en voz baja, «doscientos marcos no son tan poco como parece creer. Es una bonita suma, no voy a discutirte, pero tienes que saber por lo menos que el ascetismo es un placer caro, por lo menos el ascetismo a que se refiere Genneholm; él quiere decir dieta y no ascetismo, mucha carne magra y ensalada. La forma más barata del ascetismo es el hambre, pero un payaso hambriento... Claro que siempre es mejor que uno borracho.» Retrocedí, me resultaba penoso estar tan cerca de él, tanto que podía observar cómo las gotas de sudor de su labio superior se agrandaban.

«Óyeme», dije, «hablemos, como corresponde a caballeros, no de dinero, sino de algo distinto.»

«Pero, en realidad, yo quiero ayudarte», dijo desconcertado, «gustosamente te daré trescientos.»

«Ahora no quiero oír hablar de dinero», dije. «Quisiera tan sólo explicarte lo que fue para mí la más sorprendente experiencia de la niñez.»

«Pues, ¿qué fue?», preguntó, y me miró como si esperase una sentencia de muerte. Pensó que le hablaría de su querida, para la que había edificado una villa en Godesberg.

«No te inquietes», dije, «quedarás asombrado; la más sorprendente experiencia de mi niñez fue el darme cuenta de que en casa nunca pudimos tragar como es debido.»

Se sobresaltó cuando dije «tragar», tragó saliva, rió luego, refunfuñando, y preguntó: «¿Quieres decir que nunca quedasteis hartos?» «Exactamente», dije con calma, «nunca quedamos hartos, en casa por lo menos. Aún hoy no sé si sucedía por tacañería o por principio, me gustaría más saber que era tacañería, pero ¿imaginas lo que siente un niño cuando ha pasado la tarde corriendo en bicicleta, jugando al fútbol, nadando en el Rhin?»

«Supongo que apetito», dijo con indiferencia. «No», dije, «hambre. Maldita sea,

de niños sólo sabíamos que éramos ricos, muy ricos, pero de ese dinero no recibimos nada, ni siquiera comer lo que es debido.»

«¿Os faltó algo alguna vez?»

«Sí», dije, «te lo estoy diciendo: comida, y también dinero de bolsillo. ¿Sabes de qué, cuando niños, andábamos siempre hambrientos?»

«Dios mío», dijo asustado, «¿de qué?» «De patatas», dije. «Pero mamá tenía ya entonces la obsesión de la línea —ya sabes que siempre se adelanta a su época—, y por casa pululaban toda clase de curanderos, cada uno de los cuales tenía una teoría dietética distinta, y desgraciadamente en ninguna de esas teorías jugaban las patatas un papel primordial. Las criadas en la cocina nos hervían algunas a veces, si vosotros no estabais: patatas sin mondar con mantequilla, sal y cebollas, y a veces nos despertaban, y podíamos bajar en pijama y, bajo la promesa de la más absoluta discreción, hartarnos de patatas. Casi todos los viernes íbamos a casa de Wieneken, siempre había allí ensalada de patatas, y la señora Wieneken nos llenaba bien el plato. Y siempre había poco pan en la cesta, una miseria era nuestra cesta del pan, con aquel maldito pan naturista, o con unas pocas rebanadas que, «por motivos de salud», estaban medio secas; si iba a casa de Wieneken y Edgar justamente acababa de llegar con el pan, su madre sostenía con la mano izquierda el pan sobre su pecho y con la derecha iba cortando rebanadas, que nosotros cogíamos al vuelo y sobre las cuales extendíamos compota de manzana.»

Mi padre asintió abatido, le tendí los cigarrillos, cogió uno, le di lumbre. Tuve compasión de él. Tiene que ser desagradable para un padre hablar por primera vez sinceramente con su hijo que casi cuenta veintiocho años. «Y mil cosas más», dije, «por ejemplo, barritas de regaliz, globos. Mamá consideraba los globos un puro despilfarro. Cierto. Son puro despilfarro, pero para mandar al cielo todos vuestros millones de mierda en forma de globos, no hubiese bastado nuestro afán de derroche. Y esos caramelos baratos, sobre los que mamá tenía teorías hábilmente disuasivas que probaban que los caramelos eran veneno, puro veneno. Pero en vez de darnos caramelos mejores, que no fuesen venenosos, no nos daba de ninguna clase. En el internado se extrañaban todos», dije en voz baja, «de que fuese yo el único en no quejarme de la comida, en dejar el plato limpio y encontrar succulenta la comida.»

«¿Ves tú?», dijo abatido, «esto tuvo por lo menos su lado bueno.» No lo dijo en tono muy convincente ni muy contento.

«Oh», dije, «estoy al cabo de la calle sobre el valor educativo teórico de tales métodos, pero allí no había otra cosa que teoría, pedagogía, psicología, química, y un tedio espantoso. En casa de Wieneken supe cuándo había dinero, los viernes, incluso en casa de Schniewind y Hollerath se notaba cuando, a primeros de mes o el día quince, entraba el dinero: había algo extra, para todos una rodaja de salchichón especialmente gruesa, o bollos, y la señora Wieneken iba siempre al peluquero el

viernes por la mañana, porque al atardecer, bueno, como tú dirías, se sacrificaba a Venus.»

«¿Qué?», gritó mi padre, «¿no querrás decir...?» Se ruborizó y me miró meneando la cabeza.

«Sí», dije, «esto quiero decir. Los viernes por la tarde se enviaba a los niños al cine. Antes les estaba permitido comer helados, de suerte que estaban fuera de casa por lo menos tres horas y media, mientras mamá regresaba de la peluquería y llegaba papá con el sobre de la paga. Ya sabes, los pisos de los trabajadores no son muy grandes.» «¿Quieres decir», dijo mi padre, «quieres decir que vosotros sabíais por qué los niños eran enviados al cine?»

«No con exactitud, naturalmente», dije, «y en gran parte lo comprendí más adelante, recordándolo, y hasta mucho más tarde no comprendí por qué la señora Wieneken se ruborizaba de modo tan conmovedor cuando volvíamos del cine y comíamos ensalada de patatas. Luego, cuando el padre de Wieneken se encargó de vigilar el campo de deportes, ya fue otra cosa, estaba más tiempo en casa. De chico noté siempre que, por alguna razón, parecían frustrados, y más tarde comprendí por qué. Pero en un piso que consta de una gran habitación y una cocina, y con tres niños, desde luego la cosa no era cómoda.»

Mi padre estaba tan trastornado que tuve miedo que le pareciera de mal gusto volver a hablar de dinero. Nuestro encuentro era para él trágico, pero, en un plano de noble sufrimiento, empezaba a saborear la tragedia, y se ponía difícil volver a los trescientos marcos al mes que me había ofrecido. Con el dinero ocurre como con la «concupiscencia carnal». Nadie habla o piensa en ello con precisión: o bien, como decía Marie de la concupiscencia carnal de los sacerdotes, se le «sublima», o bien se le reduce a vulgaridad; nunca se encara lo que significa en un momento dado: comer o en un taxi, un paquete de Cigarrillos o una habitación con baño.

Mi padre sufría: era ostensible y conmovedor. Se volvió hacia la ventana, sacó su pañuelo y se secó un par de lágrimas. Esto aún no lo había visto yo: que llorase y que utilizase adecuadamente su pañuelo. Todas las mañanas se le daban dos pañuelos de bolsillo recién planchados y por la tarde los tiraba en el cesto para la ropa de su cuarto de baño, un poco arrugados, pero no marcadamente sucios. Hubo un tiempo en que mi madre por economía, ya que los detergentes eran escasos, tenía largas discusiones con él sobre si podría guardar los pañuelos dos o tres días por lo menos. «No haces más que llevarlos en el bolsillo y en realidad no están nunca sucios, y tenemos deberes con la comunidad.» Con ello aludía al lema de «combatir el desperdicio». Pero papá se mostró enérgico —la única vez que puedo recordarle así— e insistió en que por la mañana se le diesen siempre sus dos pañuelos limpios. Nunca vi en él ni gota ni mota que necesitaran ser limpiada la nariz. Ahora estaba ante la ventana y no sólo se secaba lágrimas, sino que hacía algo tan ordinario como

limpiarse el sudor del labio superior. Salí y fui a la cocina, ya que seguía llorando, e incluso le oí sollozar un poco. Soportamos pocas personas a nuestro lado cuando lloramos, y pensé que su propio hijo, apenas conocido, sería la compañía menos apropiada. Yo no tenía más que una persona en cuya presencia pudiese llorar, Marie. y no sabía si la querida de papá era de aquellas personas en cuya presencia se puede llorar. Sólo la vi una vez. y la encontré simpática y bonita, y estúpida de un modo agradable, pero había oído contar mucho de ella. Los parientes nos la pintaban como codiciosa, pero en nuestra familia pasa por codicioso toda persona bastante desvergonzada para recordar que frecuentemente hay que comer, beber y comprar zapatos. Alguien que incluya entre los artículos de primera necesidad los cigarrillos, los baños calientes, las flores y el aguardiente, tiene todas las posibilidades de pasar a la historia como «loco derrochador». Me imagino que una querida ha de resultar costosa: debe comprarse medias, vestidos, debe pagar el alquiler y estar siempre de buen humor, lo que sólo es posible con «una situación financiera perfectamente saneada», como lo expresaría papá. Cuando él iba a verla después de las tediosas sesiones del consejo de administración, ella tenía que mostrar buen humor, oler bien y haber ido al peluquero. Yo no podía imaginármela codiciosa. Es probable que fuese sólo costosa, y esto en nuestra familia equivalía a codiciosa. Cuando el jardinero Henkels, que a veces ayudaba al viejo Fuhrmann, de repente hizo notar con sorprendente humildad que la tarifa de peón jornalero era, «en realidad desde hace tres años», más alta que el sueldo que le pagábamos, mi madre soltó, con voz chillona, una conferencia de dos horas sobre «la codicia de ciertas personas». Una vez dio a nuestro cartero veinticinco pfennigs como aguinaldo de Año Nuevo, y se indignó cuando a la mañana siguiente encontró en el buzón los veinticinco pfennigs en un sobre, con una tarjeta en la que el cartero escribió: «No tengo la intención de robarle, mi querida señora.» Naturalmente ella conocía un subsecretario del Ministerio de Correos, a quien denunció inmediatamente «aquel ser codicioso y desvergonzado».

Entré en la cocina dando un rodeo a causa del charco de café, pasé por el vestíbulo al cuarto de baño, saqué el tapón de la bañera, y me di cuenta de que había tomado el primer baño desde hacía años sin cantar por lo menos la letanía lauretánica. En voz baja tarareé el *Tantum Ergo*, mientras lavaba con el chorro de la ducha los restos de espuma de las paredes de la bañera que se iba vaciando. Intenté hacer lo mismo con la letanía lauretánica, porque siempre me ha sido simpática Miriam, esa muchacha judía, y a veces casi creí en ella. Pero tampoco la letanía lauretánica alivió nada, era demasiado católica, y me enfurecían el catolicismo y los católicos. Me propuse telefonar a Heinrich Behlen y a Karl Emonds. Desde la riña que tuvimos hace dos años, no he vuelto a hablar con Karl Emonds, y nunca nos hemos escrito. Se

comportó groseramente conmigo por un motivo completamente estúpido: a Gregor, el menor de sus hijos, de un año, le batí un huevo en la leche, cuando debía entretenerle mientras Karl y Sabine estaban en el cine y Marie con el grupo. Sabine me dijo que a las diez calentase la leche y le diese el biberón a Gregor, y como el chico me pareció desmejorado y pálido (ni siquiera lloraba, sino que sollozaba de un modo lastimero), pensé que le sentaría bien un huevo crudo batido en la leche. Mientras la leche se calentaba, lo paseé en mis brazos por la cocina y le hablé: «¿Qué le daremos a nuestro chiquillo, qué vamos a darle? Un huevecito», y cosas así. Rompí el huevo, lo pasé por la batidora y se lo di a Gregor con la leche. Los demás niños de Karl dormían profundamente, estaba yo tranquilamente con Gregor en la cocina, y cuando le di el biberón tuve la impresión de que el huevo en la leche le sentaba muy bien. Se sonrió, durmiéndose inmediatamente después, sin más sollozos. Cuando Karl volvió del cine, vio las cáscaras del huevo en la cocina, entró en la sala donde estaba yo con Sabine y dijo: «Hiciste bien en tomar un huevo.» Dije que no lo había tomado yo sino Gregor, y en seguida estalló una fuerte tormenta, una lluvia de improperios. Sabine se puso histérica y me llamó «asesino», Karl me gritó: «Vagabundo, chulo de putas», y esto me enfureció tanto que le llamé a él «maestrillo cagapoco», tomé mi abrigo y salí corriendo lleno de rabia. Desde el descansillo me gritó aún: «Bribón irresponsable» y yo le grité desde abajo «burgués histérico» y «miserable poltrón». Me gustan realmente los niños, sé perfectamente cómo tratarlos, sobre todo a los lactantes, y no puedo imaginar que un huevo perjudique a un niño de un año, pero que Karl me llamase «chulo de putas» me ofendió más que el «asesino» de Sabine. En definitiva hay que disculpar a una madre irritada, pero Karl sabía muy bien que no soy un chulo. De modo estúpido, nuestras relaciones se habían ido poniendo tensas, porque él encontraba en el fondo de su corazón que mi «vida libre» era «formidable» y a mí me atraía, en el fondo de mi corazón, su vivir burgués. Nunca pude explicarle que mi vida transcurría con una regularidad casi mortal, organizada con pedantería entre viajes en tren, hoteles, actuaciones, jugar a la oca y beber cerveza y cuánto me atraía a mí la vida que él llevaba, precisamente por su aburguesamiento. Y él pensaba naturalmente, como todos, que nosotros no teníamos hijos deliberadamente; los abortos de Marie eran para él «sospechosos», y no sabía cuánto nos hubiese gustado tener hijos. A pesar de todo le telegrafíé rogándole me telefonease, pero no le daría un sablazo. Tenían ya cuatro hijos y no debía sobrarles el dinero.

Regué la bañera una vez más, fui sigilosamente al vestíbulo y miré por la abierta puerta de la sala. Mi padre estaba de nuevo de pie y contemplaba la mesa, y no lloraba ya. Con su nariz roja, sus mejillas arrugadas y húmedas, tenía el aspecto de un anciano cualquiera, temblequeante, extrañamente vacío y casi estúpido. Le serví un poco de coñac, le alargué la copa. La tomó y bebió. Continuó en su rostro la extraña expresión estúpida, y la manera como vació la copa y me la devolvió sin decir

palabra, con una desesperada súplica en los ojos, tenía casi algo cretino, que nunca había yo visto en él. Parecía uno de esos hombres a los que nada interesa, realmente nada, salvo las novelas policíacas, una determinada marca de vino y los chistes estúpidos. El pañuelo arrugado y húmedo estaba encima de la mesa, y ésta, para él, enorme dejadez me pareció un signo de terquedad; como en un niño mal criado a quien se ha dicho mil veces que los pañuelos no se dejan encima de la mesa. Le serví un poco más de coñac, lo bebió e hizo un gesto que sólo podía significar «por favor, ve a buscarme el abrigo». No hice caso. Fuera como fuera, tenía que llevarle otra vez a la cuestión de dinero. No se me ocurrió nada mejor que sacar mi marco del bolsillo y hacer algunos malabarismos con la moneda: la dejé que bajase rodando por mi brazo derecho levantado, y luego la hice recorrer el mismo camino a la inversa. Le divertí, pero pareció no le gustaba divertirse. Arrojé la moneda hasta casi tocar el techo, y la recogí al vuelo, pero él no hizo más que repetir su gesto: «Por favor, mi abrigo.» Lancé otra vez la moneda al aire, la así con el dedo gordo del pie derecho y la levanté casi hasta su nariz, pero no hizo más que un movimiento de irritación y lo concluyó con un gruñón «deja eso». Encogiéndome de hombros pasé al vestíbulo, y tomé su abrigo y su sombrero del guardarropa. Estaba ya junto a mí, le ayudé, le entregué los guantes que habían caído de su sombrero. Otra vez estaba él a punto de llorar; hizo un movimiento algo cómico con la nariz y los labios y me susurró: «¿No puedes decirme algo amable?»

«Sí», dije en voz baja, «tuviste un buen gesto al ponerme la mano en el hombro cuando me juzgaron aquellos idiotas, y fue un gesto todavía mejor salvar la vida a la señora Wieneken, cuando aquel atrasado mental de comandante quería hacerla fusilar.»

«Ah», dijo, «casi lo había ya olvidado.»

«También es buen gesto olvidarlo tú, pero yo no lo he olvidado.»

Me miró y calladamente me suplicó no mencionara a Henriette, y no mencioné a Henriette, a pesar de que me había propuesto preguntarle por qué no tuvo el buen gesto de prohibirle que se alistara en la DCA con sus compañeras de colegio. Asentí y él comprendió: yo no le hablaría de Henriette. Seguramente, durante las sesiones de consejo de administración, hacía garabatos en el papel y veces le salía una H, luego otra, a veces incluso el nombre completo: Henriette. Él no tenía culpa, pero sí esa estupidez que ignora la tragedia, o quizá la provoca. Yo no lo sabía. Era tan fino y delicado y de pelo plateado, parecía tan bondadoso, y ni siquiera me había enviado una limosna cuando yo estaba en Colonia con Marie. ¿Qué había hecho duro y despiadado a este hombre bondadoso, mi padre, por qué hablaba por la televisión de deberes sociales, de lealtad al Estado, de Alemania, incluso de la cristiandad en la que no creía según su propia confesión, y de tal modo que obligaba a los demás a creerle? Podía ser sólo el dinero, no el dinero concreto con que se compra leche y se toma un

taxi, se mantiene una amante o se entra en un cine, sino el dinero abstracto. Yo tenía miedo de él y él lo tenía de mí: ambos sabíamos que ninguno de los dos es realista, y ambos desdeñábamos a los que hablan de *Realpolitik*. Se trataba de algo más algo que aquellos imbéciles nunca comprenderían. En sus ojos lo leí: no podía dar su dinero a un payaso, que con el dinero sólo haría una cosa: gastarlo, precisamente lo contrario de lo que se debe hacer con el dinero. Y yo sabía que aunque él me diese un millón, yo lo gastaría, y que gastar el dinero era para él sinónimo de despilfarrarlo.

Mientras esperaba yo en la cocina y el cuarto de baño para dejarle llorar a solas, esperé se conmovería tanto que me regalaría una gran suma, sin condiciones necias, pero luego leí en sus ojos que no era capaz de hacerlo. Él no era realista, ni yo tampoco, y ambos sabíamos que los demás, con toda su vulgaridad, no eran más que realistas, estúpidos como las marionetas que se agarran por el cuello miles de veces y sin embargo no descubren el hilo que las mueve.

Incliné la cabeza una vez más para tranquilizarle por completo: no le hablaría de dinero ni de Henriette, pero pensé en ella de un modo que me pareció indecente. Me la imaginé cómo sería ahora: de treinta y tres años, probablemente divorciada de un industrial. No podía imaginármela participando en aquella farsa, con coqueteos y *parties* y «defender la cultura cristiana», formar parte de comités y «abrir las puertas a los socialistas, para que no acumulen resentimiento». Sólo podía imaginármela desesperada, y haciendo cosas que los realistas interpretarían como extravagancias de niña mimada, porque a ellos les falta fantasía: verter un *cocktail* por el cuello de uno cualquiera de los innumerables portadores del título de presidente, o arrojarlo con su coche contra el Mercedes de un superfarsante de dentadura afilada. Algo tendría que hacer ella, cuando no pudiese pintar cuadritos o tornejar jarritos de cerámica. No podría dejar de notar como la noto yo, dondequiera se muestra la vida, esa invisible pared, ante la cual el dinero deja de destinarse a gastarlo, donde se vuelve intangible y cifra de Tabernáculo.

Dejé libre el camino a mi padre. De nuevo se puso a sudar y me dio lástima. Regresé rápidamente a la sala, recogí el sucio pañuelo de la mesa y se lo puse en el bolsillo del abrigo. Mi madre es capaz de ponerse muy pesada si falta una pieza en el recuento mensual de la ropa, y acusaría a las muchachas de robo o negligencia.

«¿Quieres que llame a un taxi?», pregunté.

«No», dijo, «caminaré un poco. Fuhrmann me espera cerca de la estación.» Pasó ante mí, abrí la puerta, le acompañé hasta el ascensor y apreté el botón. Saqué una vez más mi marco del bolsillo, lo puse en mi palma izquierda y lo miré. Mi padre apartó la mirada asqueado y meneó la cabeza. Pensé que por lo menos sacaría su cartera y me daría cincuenta o cien marcos, pero el dolor, la nobleza de sentimientos y la conciencia de su trágica situación le habían subido a un plano tal de sublimación que pensar en el dinero le repugnaba, y mis intentos de recordárselo le parecían un

sacrilegio. Le abrí la puerta del ascensor, me abrazó, de repente se puso a husmear, y dijo con una risita: «Realmente hueles a café. Lástima, me hubiese gustado hacerte un buen café, te aseguro que me sale bien.» Se desasíó de mí, entró en el ascensor, y le vi apretar el botón y sonreír astutamente, antes que el ascensor se pusiese en movimiento. Me quedé observando cómo se iluminaban las cifras: cuatro, tres, dos, uno. Luego se apagó la luz roja.

Me sentí fastidiado al volver al piso y cerrar la puerta. Tenía que haber aceptado su ofrecimiento de hacerme café y retenerle un poco más. En el momento decisivo, cuando él sirviese el café y satisfecho de su eficiencia me llenase la taza, entonces hubiese debido decirle: «Venga el dinero» o «Dame el dinero.» En momentos decisivos ocurre siempre lo primitivo, lo bárbaro. Luego se dice: «Vosotros ocupáis la mitad de Polonia, nosotros la mitad de Rumania; y, por favor, ¿preferís dos tercios de Silesia o sólo la mitad? Vosotros tendréis cuatro carteras ministeriales, nosotros dirigiremos el Sindicato de los Descargadores.» Yo había sido un imbécil, al dejarme engañar por mis sentimientos y los suyos, y ni siquiera extender la mano hacia su billetero. Hubiese debido empezar hablando de dinero, y hablar con él acerca de ello, acerca del dinero muerto, abstracto, encadenado, que para muchos hombres significaba la vida o la muerte. «El dinero eterno»; este grito de terror lo lanzaba mi madre en todas las ocasiones, y ya cuando le pedíamos pfennigs para un cuaderno. El dinero eterno. El sempiterno amor.

Entré en la cocina, corté una rebanada de pan, extendí mantequilla encima, fui al cuarto de estar y marqué el número de Bela Brosen. Esperaba que mi padre, en el estado en que se encontraría —temblando de emoción—, no se dirigiría a casa, sino a la de su querida. Parecería que ella iba a meterle en cama, ponerle tina bolsa de agua caliente y darle un vaso de leche caliente con miel. Mamá tenía una funesta táctica que, si alguien se encontraba mal, consistía en hablar de hacer un esfuerzo y de la voluntad, y desde hace algún tiempo tiene al agua fría como «único remedio». «Aquí Brosen», dijo, y me resultó simpático que ella no despidiera ningún olor. Tenía una voz maravillosa de contralto, cálida y agradable.

Yo dije: «Schnier, Hans, ¿me recuerda?» «Le recuerdo», dijo cordialmente «y créame que comparto su pesar.» No supe de qué hablaba, caí en la cuenta sólo cuando ella siguió hablando. «Tenga presente», dijo, «que todos los críticos son estúpidos, vanidosos y egoístas.» Suspiré. «Si pudiese crearlo», dije, «me iría mejor.» «Créalo, de verdad», dijo, «créalo. No puede usted imaginarse lo que ayuda una férrea voluntad en creer algo.» «¿Y si después alguien me alaba, cómo me lo tomo?» «Oh», rióse y al proferir el *oh* hizo una bonita coloratura. «en tal caso crea simplemente que, por casualidad, ha tenido él un arranque de sinceridad y que se ha olvidado de su egoísmo.»

Reí. No sabía si llamarle Bela o señora Brosen. No nos conocíamos en absoluto, y aún no existe un libro en el que se pueda consultar qué tratamiento hay que dar a la querida del padre. Me decidí por «señora Bela», si bien este nombre artístico me pareció bastante estúpido. «Señora Bela» dije, «estoy en un conflicto enojoso. Mi padre estuvo aquí conmigo, hablamos de lo divino y de lo humano, y, bien a mi pesar,

no encontré el momento para hablarle de dinero», tuve la impresión que se ruborizaba, la tenía por muy escrupulosa, creía que su relación con papá iba ligada, con seguridad, al «verdadero amor», y que las «cuestiones de dinero» eran desagradables para ella. «Oiga usted, por favor», dije, «olvídese de todo lo que ahora pasa por su cabeza, no sienta vergüenza, le ruego tan sólo que cuando mi padre hable de mí, quiero decir, que quizás usted podría insinuarle que necesito dinero urgentemente. Dinero en efectivo. Y en seguida, ya que estoy completamente arruinado. ¿Me oye usted?»

«Sí», dijo, tan bajo, que sentí miedo. Después oí que respiraba profundamente.

«Seguramente me toma usted por una mala mujer, Hans», dijo, ahora lloraba sin disimulo, «por un ser que se compra, como tantos hay. Sí, debe usted tomarme por eso. ¡Oh!»

«En absoluto», dije alzando la voz, ' «nunca la tomé a usted por eso, de veras que no.» Tenía miedo que comenzase ella a hablar de su alma y de la de mi padre, pues a juzgar por sus vivos sollozos era bastante sentimental, y no había que descartar el que comenzase a hablar también de Marie. «Realmente», dije, no del todo convencido, pues me pareció sospechoso el que intentase hacer despreciables los seres que se compran, «realmente», dije, «siempre estuve convencido de su honradez y nunca pensé mal de usted.» Esto era verdad. «Y además», con gusto le hubiese llamado Bela, pero ese horrible nombre no llegó a cruzar mis labios, «además casi tengo treinta años. ¿Me oye usted aún?»

«Sí», suspiró y siguió sollozando allá en Godesberg, como si estuviese arrodillada en el confesionario.

«Intente usted darle a entender, nada más, que yo necesito dinero.»

«Creo», dijo con voz fatigada, «que sería una equivocación hablarle de ello directamente. Todo lo que concierne a su familia —usted ya me comprende, es tabú para nosotros—, pero existe otra posibilidad.» Callé. Volvió a atenuar sus sollozos en ligeros suspiros. «Me da él de vez en cuando dinero para colegas necesitados», dijo, «en esto me da él carta blanca por completo, y... ¿y no cree usted que sería indicado si yo sacase partido de esta pequeña suma en favor de usted como colega necesitado por el momento?»

«En realidad soy un colega necesitado, y no por el momento, sino por medio año como mínimo. Pero, por favor, dígame lo que usted entiende por pequeña suma.»

Tosió ligeramente, profirió otro «oh», pero éste descolorido y dijo: «Se trata las más de las veces de ayudas económicas para casos concretos de necesidad, para cuando alguien fallece, enferma, o una mujer tiene un hijo; quiero decir no se trata de ayudas a largo plazo, sino de las así llamadas subvenciones.»

«¿Cuánto?», pregunté. No respondió en seguida y yo intenté imaginármela. La vi, hacía ya cinco años, cuando Marie consiguió llevarme a ver una ópera. La señora

Brosen tenía el papel de una aldeana seducida por un conde y me maravillé del buen gusto de papá. Era una mujer medianamente alta, bastante vigorosa, visiblemente rubia y con el obligado pecho ondulante, que, primero en una choza, después arrimada a un carromato y por último apoyándose en una pala, acertó a traducir, con su poderosa y bella voz, distintos estados pasionales.

«¿Oiga?», grité, «¿oiga?»

«Oh», dijo, y consiguió otra coloratura, aunque floja esta vez. «Su pregunta es tan directa...»

«Se corresponde con mi situación», dije. Sentí miedo. Cuanto más tiempo callase ella, tanto más baja sería la cantidad que citaría.

«Vamos», dijo por fin, «las sumas oscilan entre los diez y los treinta marcos.»

«¿Y si a usted le notifican que un colega se encuentra ahogado, en una situación desusadamente difícil: digamos que ha sufrido un grave accidente y que por algunos meses puede ir tirando con una ayuda de unos cien marcos?»

«Amigo mío», dijo en voz baja, «¿no esperará usted de mí que cometa una estafa?»

«No», dije, «realmente he sufrido un accidente; y, ¿no somos colegas, después de todo? ¿Artistas?»

«Lo intentaré», dijo, «pero no sé si él va a picar.»

«¿Cómo dice?», grité.

«No sé si dará resultado describirle la situación de modo que quede convencido. No tengo mucha fantasía.»

Esto último no necesitaba decirlo, comencé a considerarla como la hembra más estúpida con la que nunca tuve que tratar.

«¿Qué le parece», dije, «si usted intentase buscarme un contrato, en el teatro de aquí; papeles de poca importancia naturalmente, sé hacer bien de partiquino.»

«No, no, mi querido Hans», dijo, «aparte de lo que le he dicho, no veo otra solución a este embrollo.»

«Bueno», dije, «sólo me resta decirle que las pequeñas sumas serán igualmente bien acogidas. Hasta la vista y muchas gracias.» Colgué, antes de que ella hubiese podido decir nada más. Tenía el presentimiento que de esta fuente nunca manaría nada. Ella era demasiado estúpida. El tono con que habló de «picar» me inspiró desconfianza. No era imposible que consiguiese estas «ayudas para colegas necesitados». Lo sentí por mi padre, pues yo había deseado para él una querida bonita e inteligente. Volví a lamentar no haberle dado la oportunidad de hacerme café. Esta estúpida ramera es probable que sonriese, que moviese disimuladamente la cabeza como una maestra que es estorbada, cuando, en su piso, entrase él en la cocina para hacer café, y luego pusiese cara de pascuas, hipócritamente, y alabase el café, como si se tratase de un perro que trae una piedra. Estaba irritado cuando dejé el teléfono y

fui a la ventana, la abrí y miré hacia la calle. Temía que llegaría un día que tendría que aprovechar el ofrecimiento de Sommerwild. De repente saqué mi marco del bolsillo y lo arrojé a la calle, en seguida me arrepentí de haberlo hecho, traté de divisarlo, pero no lo vi, pero creí haber oído el ruido que hizo al caer sobre el techo de un tranvía que pasaba. Cogí el pan con mantequilla de la mesa, lo comí mientras miraba a la calle. Casi eran las ocho, pronto haría dos horas que yo estaba en Bonn, ya había llamado a seis supuestos amigos, hablado con mi madre y con mi padre y no poseía un sólo marco más, sino un marco menos que cuando llegué. Gustosamente hubiese bajado a recoger el marco en la calle, pero pronto serían las ocho y media, y Leo podía telefonar o venir en cualquier momento.

A Marie las cosas le iban bien, estaba ahora en Roma, en el seno de su Iglesia, y reflexionaba sobre lo que iba a ponerse para la audiencia ante el Papa. Züpfner le proporcionaría un retrato de Jacqueline Kennedy, una mantilla española y un velo, pues, bien mirado, Marie era ahora algo así como una “first lady” del catolicismo alemán. Me propuse hacer un viaje a Roma y solicitar también una audiencia del Papa. Él también tiene algo de payaso sabio y viejo, V después de todo la figura de Arlequín nació en Bérgamo; esto me lo haría confirmar por Genneholm, que todo lo sabe. Le explicaría al Papa que, en realidad, mi matrimonio con Marie se había frustrado a causa del casamiento civil, y le rogaría que me considerase una especie de antípoda de Enrique VIII: éste había sido polígamo y creyente, yo era monógamo e infiel. Le contaría cuan engreídos y groseros son los católicos alemanes «descollantes», y que él no debería dejarse engañar. Le interpretaría un par de números, cosas fáciles y bonitas como el camino de la escuela y el regreso, pero no mi número del cardenal; esto le ofendería, porque él mismo había sido cardenal y era el último a quien yo hubiese lastimado.

Otra vez daba rienda suelta a mi fantasía: imaginé con tanta precisión mi audiencia ante el Papa, me veía allí arrodillado y como infiel rogarle su bendición, los guardias suizos en la puerta y un cierto Monsignore deferente, con una sonrisa ligeramente hastiada, que casi creí que estaba ante el Papa. Estaría tentado de contar a Leo que había yo estado con el Papa y había tenido una audiencia con él. En estos minutos yo estaba ante el Papa, veía su sonrisa y oía su bella voz de aldeano, le contaba cómo el bufón local de Bérgamo se había convertido en Arlequín. Leo en estas cuestiones es siempre muy riguroso, y siempre me llama embustero. Leo se enfadaba siempre que me encontraba con el y le preguntaba: «¿Recuerdas cómo entre los dos aserramos aquella estaca?» Él gritaba: «Pero si no la hemos aserrado.» Tenía razón, pero de un modo accidental, estúpido. Leo tenía seis o siete años, yo ocho o nueve, cuando él encontró en las cuadras un trozo de madera, el resto de una estaca, también había encontrado allí una sierra cubierta de herrumbre y me rogó que junto con él aserrásemos aquel trozo de estaca. Le pregunté por qué debíamos aserrar aquel

estúpido trozo de madera; no podía haber motivo alguno, él sólo quería simplemente aserrar; lo encontré completamente disparatado, y Leo estuvo media hora llorando; y mucho más tarde, sólo diez años después, cuando en nuestra clase de alemán con el padre Wunibald hablábamos de Lessing, repentinamente, en medio de la clase y sin ninguna relación, caí en la cuenta de lo que había querido Leo: él quería sencillamente aserrar, en este momento que tenía ganas de hacerlo conmigo. Le comprendí en el acto, después de diez años, y viví su alegría, su excitación, su disgusto, todo lo que a él le había conmovido, con tanta intensidad que en medio de la clase comencé a imitar los movimientos de la sierra. Vi el rostro de chiquillo de Leo, contento y acalorado frente a mí, tiraba hacia mí la herrumbrosa sierra, luego la movía hacia atrás, hasta que el padre Wunibald me cogió por los cabellos y «me hizo recobrar el conocimiento.» Desde entonces he aserrado realmente la estaca con Leo; él no lo puede comprender. Es un realista. No comprende, aún hoy, que algo que aparentemente sea estúpido hay que hacerlo inmediatamente. Hasta mamá tiene a veces deseos repentinos: jugar a las cartas ante el fuego de la chimenea, preparar ella misma en la cocina infusión de té con flores de azahar. Seguramente siente deseos repentinos de sentarse en los sillones de caoba bruñida, jugar a las cartas, de ser una familia feliz. Pero siempre que ella tenía ganas, éramos nosotros los que no teníamos; hubo escenas, aspavientos de madre incomprendida, luego insistió ella sobre nuestro deber de obedecer el cuarto mandamiento, pero luego notó que sería un extraño capricho jugar a las cartas con niños, que sólo participaban por deber de obediencia, y llorando subió a su cuarto. A veces intentó coaccionarnos, ofreciéndonos a cambio darnos de comer o de beber algo «especialmente bueno», y entonces tenía lugar una de esas tardes lacrimosas, de las cuales tantas nos ha deparado mamá. Ella no sabía que si nosotros nos negábamos con tanta obstinación era porque el siete de corazones seguía en la baraja y que a nosotros cada juego de cartas nos recordaba a Henriette, pero nadie se lo dijo, y más adelante, cuando yo pensé en sus infructuosos intentos de interpretar la familia feliz ante el fuego de la chimenea, sólo con el pensamiento jugaba yo a las cartas con ella, si bien los juegos de cartas que tienen lugar entre dos resultan aburridos. Yo jugué *realmente* con ella, el «sesenta y seis» y la «guerra», bebí té con aroma de azahar, e incluso con miel; mamá —amenazándome con el índice graciosamente levantado—, me dio incluso un cigarrillo, y en algún lugar de atrás tocaba Leo sus Estudios, mientras todos nosotros, hasta la criada, sabíamos que papá estaba con «esta hembra». De un modo u otro, debió Marie enterarse de estas «mentiras», pues me miraba con desconfianza si yo le contaba algo, y hasta a ese chico de Osnabrück lo he visto *yo realmente*. A veces me ocurre también al revés: que lo que realmente he vivido parece falso y no real. Como el hecho que, de vuelta de Colonia, fuese a Bonn con el grupo de Marie, y hablase con las muchachas sobre la Virgen María. Lo que los demás llaman no-ficción a mí me parece muy ficticio.

Regresé de la ventana, abandoné toda esperanza de recuperar mi marco, allá abajo entre el barro, entré en la cocina para prepararme más pan con mantequilla. No quedaba aún mucho para comer: otra lata de judías, una lata de melocotones (a mí no me gustan los melocotones, pero esto no lo podía saber Monika), medio pan, media botella de leche, más o menos un cuarto de kilo de café, cinco huevos, tres lonjas de tocino y un tubo de mostaza. En la caja encima de la mesa del cuarto de estar había aún cuatro cigarrillos. Me sentí tan desgraciado que desistí de volver a ensayar algún día. Mi rodilla se había hinchado tanto que el pantalón comenzaba a hacerse estrecho, tan fuerte era el dolor de cabeza que casi era sobrenatural: un dolor incesante e irresistible, en mi alma había más oscuridad que nunca, luego estaba la «concupiscencia carnal», y Marie estaba en Roma. Yo la necesitaba, su piel, sus manos en mi pecho. Tengo, como Sommerwild expresó una vez, «una inclinación aguda y cierta hacia la belleza física», y me gusta ver a mi alrededor mujeres bonitas, como mi vecina, la señora Grebsel, pero no experimentaba ninguna «concupiscencia carnal» por estas mujeres, y a la mayoría de las mujeres esto les ofende, aunque ellas, si yo sintiese deseos e intentase satisfacerlos, seguramente llamarían a la policía. Es una historia complicada y cruel, eso de la concupiscencia de la carne, para los hombres no monógamos es probable que sea una constante tortura, para los monógamos como yo una continua coacción a una latente descortesía, la mayoría de las mujeres en cierto modo se ofenden si no experimentan lo que ellas conocen por Eros. Incluso la señora Blothert, modesta, piadosa, estaba siempre un poco ofendida. A veces llego a comprender a los monstruos, de los que tanto se habla en los periódicos, y cuando pienso que hay algo así como «el deber matrimonial», llego a sentir miedo. En tales matrimonios debe de ser monstruoso el que una mujer sea obligada por el Estado y la Iglesia a acceder a esto. Sí, ya sé, la compasión no se puede exigir. También de esto intentaría hablar con el Papa. Seguro que está mal informado. Volví a prepararme pan con mantequilla, fui al vestíbulo y saqué del bolsillo de mi abrigo el periódico de la tarde que había comprado en Colonia al bajar del tren. El periódico de la tarde a veces alivia; me deja vacío como la televisión. Lo abrí, recorrí los titulares hasta que descubrí una noticia que me hizo reír. La cruz del mérito federal para el doctor Herbert Kalick. Kalick era aquel chico que me acusó de derrotismo, y que durante la vista del juicio insistió en el rigor, rigor implacable. En aquel entonces tuvo la ocurrencia genial de movilizar a todo el orfelinato para la lucha final. Sabía yo que se había vuelto una bestia feroz. En el periódico de la tarde se leía que se le había concedido la cruz del mérito federal por «sus méritos al divulgar ideas democráticas entre la juventud».

Me invitó una vez, hará unos dos años, a reconciliarme con él. ¿Debía yo

perdonarle que Georg, el huérfano, al ejercitarse con un fusil antitanque, sufriese un accidente mortal, o que a mí, un chiquillo de diez años, me acusase de derrotismo y que hubiese insistido en el rigor, rigor inflexible? Marie dijo que no se podía rehusar una invitación a la reconciliación, y compramos flores y marchamos allí. Tenía una bonita torre, casi tocando al Eifel, una bonita mujer y lo que ambos con orgullo llamaban «un niño». Su mujer es bella de tal modo que no se sabe si está viva o se le ha dado cuerda nada más. Todo el tiempo que pasé junto a ella estuve tentado de cogerla por los brazos o por los hombros, o por las piernas para cerciorarme de que no era una muñeca. Todo lo que ella aportó a la conversación consistió en dos expresiones «ah, qué bien» y «ah, qué horrible». Al principio la encontré aburrida, pero después quedé fascinado, y le hablé de todo, cómo se arrojan monedas a un aparato automático, sólo para averiguar cómo reaccionaría ella. Cuando le conté que mi abuela había muerto —lo que no era cierto, pues mi abuela hacía ya doce años que había muerto— dijo: «¡Oh, qué horrible!», y yo encontré que, cuando alguien fallece, se pueden decir muchas estupideces, pero no «oh, qué horrible». Después le conté que un tal Humelch (que no existía, y al que inventé rápidamente, para arrojar al aparato automático algo positivo) había recibido el grado de doctor *honoris causa*, y ella dijo: «Oh, qué bien.» Cuando después le conté que mi hermano Leo se había convertido, dudó un momento, y este titubeo me pareció casi un signo de vida; ella me miró con sus ojos de muñeca, inmensos y vacíos, para averiguar en qué categoría situaba yo este acontecimiento, luego dijo: «Horrible, ¿verdad?»; por lo menos había logrado producir en ella una variación de expresión. Le propuse suprimir simplemente ambos «oh, que» y decir nada más «bien» y «horrible»; reprimió la risa, me sirvió más espárragos y después dijo: «Oh, qué bien.» Por último aprendimos en esta velada lo que es «un niño», un piñuelo de cinco años que, tal como era, podría actuar en la televisión publicitaria como niño. Este énfasis de la pasta para los dientes, buenas noches, papi, buenas noches, mami, un servidor de Marie, uno mío. Me extrañé que la televisión publicitaria aún no le hubiese descubierto. Más tarde, cuando ante la chimenea, tomamos café y coñac, habló Herbert de los grandes tiempos en que vivíamos. Luego fue a buscar champán y se puso patético. Solicitó mi perdón, incluso se arrodilló, para pedirme lo que él llamaba una «absolución secular»; estuve a punto de darle en las posaderas, pero cogí de la mesa un cuchillo para cortar el queso y festivamente le di el espaldarazo de demócrata. Su esposa gritó: «Ah, qué bien» y, cuando Herbert volvió a sentarse conmovido, pronuncié un discurso sobre los yanquis judíos. Dije, que por un tiempo se había creído que el apellido Schnier, mi nombre, provenía de schnorren ⁴, pero se comprobó que derivaba de Schneider. Schnieder, no de schnorren, y que yo no soy ni yanqui ni judío, y no obstante, y entonces abofeteé repentinamente a Herbert, porque recordé que había obligado a nuestro compañero de colegio, Gótz Buchel, a probar su origen

ario, y Gótz encontró dificultades ya que su madre era italiana, de una aldea del sur de Italia, y al indagar allí sobre su madre, lo cual no podía dar más que una prueba aproximada de su origen ario, resultó ser imposible, tanto más que la aldea, en la que había nacido la madre de Gótz, había sido ocupada ya por los yanquis judíos. Fueron unas semanas penosas y peligrosas para la señora Buchel y para Gótz, hasta que al maestre de Gótz se le ocurrió solicitar de un especialista en razas de la Universidad de Bonn un informe pericial. El experto afirmó que Gótz era «occidental, pero racialmente puro», pero entonces Herbert Kalick lanzó la estupidez que todos los italianos eran unos traidores, y Gótz ya no tuvo un momento de tranquilidad hasta que acabó la guerra. Esto lo recordé yo cuando intentaba pronunciar un discurso sobre los yanquis judíos, y propiné a Herbert Kalick una bofetada en el rostro, arrojé mi vaso de champán al fuego de la chimenea, el cuchillo para cortar el queso lo arrojé tras el vaso, y cogiendo a Marie por el brazo la arrastré fuera de allí. Allí arriba no pudimos encontrar ningún taxi y tuvimos que ir a pie durante largo rato hasta alcanzar la estación de autobuses. Marie lloraba y todo el tiempo estuvo diciendo que me había comportado de modo inhumano y anticristiano, pero yo dije que no era cristiano y que mi confesionario aún no estaba abierto. También me preguntó si es que dudaba de la conversión a la democracia de Herbert, y yo dije: «No, no, si no lo dudo — al contrario —, pero simplemente él no me gusta y nunca me gustará.»

Abrí el listín de teléfonos y busqué el número de Kalick. Estaba del humor más adecuado para conversar con él por teléfono. Recordé que más adelante le vi una vez en un *jour fixe* en casa, él me había mirado suplicante y moviendo la cabeza, mientras conversaba con un rabino sobre la «espiritualidad judía». El rabino me dio lástima. Era un hombre muy viejo, de barba blanca, muy bondadoso y de tal manera ingenuo que me inquietó. Naturalmente, a todos los que le eran presentados, contaba Herbert que él había sido nazi y antisemita, pero que la «Historia le había abierto los ojos». No obstante, aún el día antes de que los americanos ocupasen Bonn había ejercitado a los chicos en nuestro parque, diciéndoles: «Al primer cerdo judío que veáis tenéis que llevároslo por delante.» Lo que me irritaba en estos *jours fixes* en casa de mi madre era la candidez de los emigrantes repatriados. Estaban tan conmovidos por todo aquel arrepentimiento y aquella adhesión a bombo y platillo al credo democrático, que continuamente se repartían abrazos y se hablaba de confraternización. No comprendían que el secreto del terror residía en los detalles. Resulta facilísimo arrepentirse de las cosas grandes: errores políticos, adulterio, crimen, antisemitismo, pero ¿quién perdona a quién, quién comprende los detalles? ¡Cómo miraron a mi padre Brühl y Herbert Kalick, cuando él puso su mano sobre mis hombros, y cómo Herbert Kalick, fuera de sí de rabia, golpeó con los nudillos sobre la mesa nuestra, me miró con sus ojos inexpresivos y dijo: «Rigor, inflexible rigor»!, o cómo agarró por el cuello a Gotz Buchel, mostrándole ante la clase, aunque el maestro protestaba

débilmente, y dijo: «¡Miradle, a ver si no es judío!» Tengo yo demasiadas miradas en el pensamiento, demasiados detalles, pequeñeces y los ojos de Herbert no han cambiado. Sentí miedo cuando le vi allí, de pie ante el viejo rabino, algo estúpido, que se mostraba de acuerdo, de un modo tan condescendiente, en que Herbert le ofreciese un combinado y le disertara acerca de espiritualidad judía. Tampoco saben los emigrantes que sólo pocos nazis fueron enviados al frente, que cayeron casi únicamente los demás; Hubert Knieps, que vivía en la casa al lado de la de Wieneken, y Gunther Cremer, el hijo del panadero, que, si bien eran jefes de las Juventudes Hitlerianas, fueron enviados al frente, porque «no colaboraban políticamente», porque no querían participar en todo aquel asqueroso fisgoneo. Kalick no fue enviado al frente porque espiaba, igual como espía hoy. Es el espía nato. La cosa fue completamente distinta de lo que creen los emigrantes. Es natural que sólo piensen en categorías como culpables, no culpables; nazis, no nazis. El Kreisleiter Kierenhahn vino a veces a ver al padre de Marie en la tienda, sacaba simplemente un paquete de cigarrillos del cajón, sin dejar a cambio ningún marco, ni dinero de ninguna clase, encendía un cigarrillo delante del padre de Marie, se sentó sobre el mostrador y dijo: «Vamos, Martin, ¿qué tal te iría si te enviásemos a un campo de concentración pequeño, limpio, no del todo malo?» Entonces dijo el padre de Marie: «El cerdo sigue siendo cerdo, y tú siempre lo has sido.» Los dos se conocían desde que tenían seis años. Kierenhahn se enfureció y dijo: «Martin, no vayas demasiado lejos, no te excedas.» El padre de Marie dijo: «Pues aún iré más lejos: ¡quítate de mi vista!» Kierenhahn dijo: «Ya me ocuparé yo de que te lleven a un campo de concentración malo, en vez de uno bueno». Así sucedió, al padre de Marie lo hubiesen venido a buscar, si el Gauleiter no hubiese extendido sobre él su «mano protectora», por un motivo que nunca descubrimos. Naturalmente que no extendía su mano protectora sobre todos, y así no lo hizo sobre el curtidor Marx ni sobre el comunista Kruppe. Fueron asesinados. Y al Gauleiter le van hoy las cosas estupendamente, tiene hoy una empresa constructora. Cuando Marie le encontró un día, dijo que «no podía quejarse». El padre de Marie siempre decía: «Sólo podrás juzgar lo espantoso que fue el régimen nazi, si te imaginas que debo agradecer mi vida a un cerdo como el Gauleiter, ni más ni menos, y que aún tuve que confirmar por escrito que era a él a quien debía la vida.»

Entretanto, había encontrado ya el número de Kalick pero titubeaba aún en telefonarle. Se me ocurrió que mañana era el *jour fixe* de mamá. Podría ir, por lo menos para llenarme, con el dinero de mis padres, los bolsillos de cigarrillos y almendras saladas, llevarme un saquito de aceitunas, otro de pasteles de queso, luego pasar el sombrero y hacer una colecta para «un miembro necesitado de la familia». Cuando tenía quince años lo había hecho ya «por una causa especial» y recogí casi cien marcos. Ni siquiera me remordió la conciencia, cuando gasté aquel dinero para

mí, y cuando mañana recoja para «un miembro necesitado de la familia», ni siquiera mentiré: yo era un miembro necesitado de la familia y después podría ir a la cocina y llorar sobre el pecho de Anna y ponerme en el bolsillo un par de trozos de salchichón. Todos los ¡diotas reunidos en casa de mi madre se explicarían mi actuación como un buen chiste, mi madre misma, con acida sonrisa, debería admitir que se trataba de un chiste y nadie sabría que era algo muy serio. Esta gente no comprende nada. Ciertamente saben todos que un payaso debe ser melancólico, para ser un buen payaso, pero que para él la melancolía es una cosa muy seria, eso sí que no lo comprenden. En el *jour fixe* les encontraría a todos: Sommervild y Kalick, liberales y social—demócratas, seis clases diferentes de presidentes, incluso miembros anti—atómicos (incluso mi madre fue una vez «anti—atómica» durante tres días, pero fue después que, al explicarle un presidente de algo que una política anti—atómica provocaría un descenso radical en la bolsa, en seguida, literalmente en seguida, corrió al teléfono, telefoneó al comité y se «distanció»). Como final solamente, tras haber pasado el sombrero, abofetearía públicamente a Kalick, injuriaría a Sommerwild como farsante clerical y a los representantes presentes de la Liga Católica laica les acusaría de inducir a la fornicación y al adulterio.

Aparté los dedos del disco y no llamé a Kalick. Sólo hubiese querido preguntarle si entretanto había superado su pasado, o si sus relaciones con el poder estaban en regla o de si podría informarme de la espiritualidad judía. Kalick pronunció una vez una conferencia, con ocasión de una reunión de Juventudes Hitlerianas, con el título de «Maquiavelo o el modo de jerarquizar la relación con el poder». De ello no comprendí mucho, sólo la adhesión de Kalick al poder «franca, y aquí expresada inequívocamente», pero en los rostros de los demás jefes de las Hitlerjugend pude leer, que incluso para ellos este discurso había ido demasiado lejos. Aparte de ello, Kalick apenas habló de Maquiavelo, sólo de Kalick, y los rostros de los demás jefes mostraban que consideraban este discurso como un verdadero descaro. Existen estos pajarracos, de los que tanto hablan los periódicos: los ofensores al pudor. Kalick no era más que un ofensor político al pudor, y donde él actuaba dejaba tras de sí ofensas al pudor.

Me alegré al pensar en el *jour fixe*. Por fin sacaría algo del dinero de mis padres: aceitunas y almendras saladas, cigarrillos; cogería paquetes enteros de cigarrillos y los vendería después. Arrancaría a Kalick la condecoración del pecho y le abofetearía. Comparado con él, mi madre incluso me parecía humana. Cuando le encontré por última vez en casa de mis padres, en el guardarropa, me miró con tristeza y me dijo: «Para cada hombre existe una oportunidad, los cristianos lo llaman gracia.» No le respondí nada. Después de todo yo no soy cristiano. Me acordé de que él, en su conferencia de antaño, habló «de la crueldad de Eros» y del maquiavelismo de lo sexual. Cuando pensé en su maquiavelismo sexual, tuve compasión de las

prostitutas, con las que se iba él, como sentía yo compasión por las mujeres casadas que están obligadas a acceder a los deseos de algún monstruo. Pensé en las incontables muchachas bonitas, cuyo destino era hacerlo, sin tener ganas, o bien por dinero con tipos como Kalick o gratis con su marido.

En lugar del número de Kalick, marqué el de la residencia en que vivía Leo. Ya habrían acabado de comer y deglutido sus ensaladas que atenúan la sensualidad. Estuve contento al oír por teléfono la misma voz que antes. Ahora fumaba un puro y el olor a coles era menos ostensible. «Schnier», dije, «¿se acuerda usted?»

Rióse. «Naturalmente», dijo, «espero que no habrá tomado al pie de la letra lo que le dije y no habrá quemado su libro de San Agustín».

«Sí», dije, «lo he hecho. Lo he desencuadernado y por pliegos lo he ido tirando a la estufa».

Calló un momento. «Bromea usted», dijo con voz ronca.

«No», dije, «en tales cosas suelo ser consecuente».

«Por amor de Dios», dijo, «¿no comprendió usted lo dialéctico de mi expresión?»

«No», dije, «soy justamente de epidermis sincera y sencilla. ¿Qué hay de mi hermano?», dije, «¿cuándo tendrán a bien los señores terminar su comida?»

«Precisamente ahora acaban de traerles el postre», dijo, «ya no pueden tardar mucho».

«¿Y qué hay?»

«¿De postre?»

«Sí.»

«En realidad no me está permitido decírselo, pero se lo voy a decir. Compota de melocotones con nata batida encima. Tiene muy buen aspecto. ¿Le gustan los melocotones?»

«No», dije, «tengo una aversión por los melocotones tan inexplicable como invencible».

«Debería leer el ensayo de Hoberer sobre la idiosincrasia. Todo guarda relación con experiencias muy, muy tempranas, casi siempre antes de nacer. Interesante. Hoberer ha investigado ochocientos casos a fondo. ¿Es usted melancólico?»

«¿Cómo lo sabe usted?»

«Lo oigo en su voz. Debería rezar y tomarse un baño.»

«Ya me he bañado, y no puedo rezar», dije.

«Lo siento», dijo, «le regalaré un nuevo libro de San Agustín. O un Kierkegaard.»

«Lo tengo ya», dije, «dígame, ¿podría encargarle algo más para mi hermano?»

«Con mucho gusto», dijo.

«Dígale que debe traerme dinero. Tanto como pueda él reunir.»

Murmuró algo para sí, después dijo en voz alta: «Lo he anotado. Traer tanto dinero como sea posible. Por lo menos debería usted leer a Buenaventura. Formidable; y no desprecie usted tanto al siglo diecinueve. Su voz suena como si usted menospreciase al siglo diecinueve.»

«Es cierto», dije, «le tengo odio».

«Está en un error», dijo, «bobadas. Ni siquiera la arquitectura fue tan mala como lo es hoy». Rióse. «Espere usted a que acabe el veinte, antes de odiar al siglo diecinueve. ¿Le importaría a usted que entretanto comiese el postre?»

«¿Melocotones?», pregunté.

«No», dijo, rióse con fina risa: «He caído en desgracia y no me dan de la comida de los señores, sólo la de los criados; hoy, como postre, pudin de caramelo. Por lo demás», tenía evidentemente una cucharada de pudin en la boca, t ragó, siguió hablando, conteniendo la risa, «por lo demás, yo me vengo. Durante horas enteras telefono a un antiguo cofrade en Munich, que fue discípulo de Scheler. A veces telefono a Hamburgo, pidiendo me informen de cines, o a Berlín, al servicio meteorológico, por venganza todo. Esto no llama la atención porque es un sistema telefónico automático». Siguió comiendo, reprimió su risa, luego susurró: «Sí, la Iglesia es rica, tan rica que apesta. En realidad apesta a dinero, como el cadáver de un hombre rico. Los cadáveres de los pobres huelen bien, ¿lo sabía usted?»

«No», dije. Noté que mi jaqueca disminuía, y tracé un círculo rojo alrededor del número de teléfono de la residencia.

«Usted no es creyente, ¿verdad? No diga que no: lo oigo en su voz que usted no es creyente. ¿Es cierto?»

«Sí», dije.

«No importa, no importa», dijo, «hay un pasaje en Isaías que incluso cita Pablo en sus epístolas a los romanos. Óigalo usted: Lo verán, aquellos a los que nada fue anunciado, y comprenderán, los que nunca han sabido de él». Rió maliciosamente. «¿Comprendió usted?»

«Sí», dije abatido.

Dijo en voz alta: «Buenas noches, señor director, buenas noches», y colgó. Al fin su voz sonó de un modo maliciosamente sumiso.

Fui hacia la ventana y miré hacia el reloj de la esquina. Casi eran las ocho y media. Encontré que se recreaban al comer. Me hubiese gustado hablar con Leo, pero ahora todo dependería del dinero que me trajese. Paulatinamente fui comprendiendo lo grave de mi situación. A veces no sé si lo que he vivido de un modo ostensiblemente realista es verdadero, o lo es lo que viví realmente. Confundo los hechos. No hubiese podido jurar que había visto a aquel chico de Osnabrück, pero hubiese jurado que había aserrado con Leo aquel trozo de madera. Tampoco hubiese podido jurar si había ido a pie a Kalk, a casa de Edgar Wieneken, para cambiar por dinero en efectivo el cheque del abuelo por veintidós marcos. El que yo recuerde los detalles con exactitud no es ninguna garantía; la blusa verde que llevaba la panadera que me regaló el panecillo o el agujero en los calcetines de un obrero joven que pasó junto a mí cuando yo esperaba a Edgar en el umbral de la puerta de su casa. Estaba

completamente seguro de haber visto las gotas de sudor sobre el labio superior de Leo cuando aserramos la estaca. Recordaba también todos los detalles de la noche en que Marie tuvo su primer aborto en Colonia. Heinrich Behlen me había proporcionado un par de breves actuaciones ante chicos por veinte marcos cada función. Marie casi siempre iba conmigo, pero esa tarde se quedó en casa porque se sentía mal y cuando más tarde volví a casa con los diecinueve marcos de beneficio neto, hallé vacía la habitación, vi en la cama deshecha una sábana ensangrentada y sobre la cómoda encontré la nota: «Estoy en la clínica. Nada malo. Heinrich está enterado.» Corrí en seguida hacia allí, me hice explicar por la gruñona ama de llaves de Heinrich en qué clínica se hallaba Marie, corrí hacia allí, pero no me dejaron entrar, primero tuve que buscar a Heinrich en la clínica llamándole por teléfono, antes de que la monja de la puerta me dejase entrar. Eran casi las once y media de la noche y por fin pude entrar en la habitación de Marie; todo había terminado ya, yacía en la cama, muy pálida, llorando, una monja junto a ella que rezaba el rosario. La monja siguió rezando tranquilamente, mientras tenía la mano de Marie entre las mías y Heinrich en voz baja intentaba explicarle lo que pasaría con el alma de aquel ser que ella no había podido dar a luz. Marie pareció firmemente convencida de ello, de que el niño —así lo llamaba ella— nunca podría entrar en el cielo, porque no estaba bautizado. Siempre dijo que él se quedaría en el limbo y entonces me enteré de qué cosas tan espantosas les enseñan a los católicos en materia de religión. Heinrich estaba completamente desconsolado ante las angustias de Marie, y justamente, mientras él estaba desconsolado, me sentí yo confortado. Hablaba de la caridad de Dios, que «es mayor que el pensamiento más jurístico de los teólogos». Todo el tiempo la monja estuvo rezando el rosario. Marie —sabe ser muy obstinada en cuestiones religiosas— preguntaba continuamente por dónde pasaba la línea divisoria entre la caridad y la ley. Me acordaba yo de la expresión «línea divisoria». Por último salí, me sentía allí como un paria, que estaba allí enteramente de sobra. Me quedé junto a una ventana del descansillo, fumaba, y miré más allá de las paredes del otro lado en un cementerio de automóviles. En las paredes no había más que carteles electorales. Deposita tu confianza en el SPD. Vota por el CDU. Por lo visto les interesaba el que los enfermos, que quizás desde sus habitaciones mirasen hacia las paredes, quedasen deprimidos con sus indescriptibles estupideces. Deposita tu confianza en el SPD, era francamente genial, casi literario, frente a la estupidez del que hizo imprimir sobre un cartel simplemente VOTA POR EL CDU. Casi eran las dos de la madrugada, y más tarde discutí con Marie sobre si lo que yo vi después había pasado realmente o no. De la izquierda vino un perro vagabundo, husmeó en un farol, luego en el cartel del SPD, en el cartel del CDU y se orinó sobre el cartel del CDU, y se marchó, lentamente, calle arriba, que hacia la derecha se volvía del todo oscura. Marie siempre me discutió, cuando más adelante hablamos de esta dramática noche,

la existencia del perro, y si me concedía como «verdadero» el perro, negaba el que se hubiese orinado sobre el cartel del CDU. Dijo que su padre había influido tanto en mí, que yo, sin tener conciencia de una mentira o un error, afirmarí­a que el perro había hecho su «marranada» sobre el cartel del CDU, aun cuando hubiese sido el del SPD. Con todo, su padre siempre había menospreciado más al SPD que al CDU, y lo que yo había visto, visto estaba.

Casi eran las cinco cuando acompañé a Heinrich a casa y él a la mía, mientras atravesábamos Ehrenfeld, siempre murmuraba, refiriéndose a las puertas de las casas: «Todas ovejitas mías, todas ovejitas mías.» Su gruñona ama de llaves, con sus amarillentas piernas, le espetó regañona: «¿Qué es eso?» Fui a casa, y a escondidas lavé la sábana en el cuarto de baño con agua fría.

Ehrenfeld, trenes de lignito, cuerdas para tender la ropa, prohibición de bañarse, un paquete de basuras que pasaba zumbando ante nuestra ventana, como obuses sin estallar que amenazaban explotar al ruido de una palmada, al que se sumaría, como máximo, el de una cascara de huevo al caer rodando.

Heinrich tuvo otra bronca con su párroco por nuestra culpa, porque quería sacar dinero de la caja de Caritas, otra vez acudí a Edgar Wieneken, y Leo nos envió un reloj de bolsillo para que lo empeñásemos, Edgar separó de una caja de beneficencia laboral algo para nosotros, y por lo menos pudimos pagar los medicamentos, el taxi y la mitad de las visitas médicas.

Pensé en Marie, en la monja que rezaba el rosario, en la palabra «línea divisoria», el perro, el cartel electoral, el cementerio de coches —y en mis manos frías, después de haber lavado la sábana— y todo esto no lo hubiese podido jurar. Tampoco hubiese podido jurar que el hombre en el seminario de Leo me contó que telefoneaba él para perjudicar financieramente a la Iglesia, al Servicio Meteorológico de Berlín y, sin embargo, había oído cómo chasqueaba la lengua y tragaba el pudín de caramelo.

Sin pensarlo por más tiempo y sin saber lo que iba a decirle, marqué el número de Monika Silvs. No había acabado aún de sonar por primera vez, que ella descolgó y dijo: «Aló.»

Ya su voz me hizo sentir mejor. Es vivaracha y fuerte. Yo dije: «Aquí Hans, yo quería...» Pero ella me interrumpió y dijo: «Ah, usted...» No sonó ofensivo ni desagradable, pero se notaba claramente que ella esperaba, no mi llamada, sino la de otra persona. Puede que esperara que la telefonease una amiga, su madre y, no obstante, quedé dolido.

«Sólo quería darle las gracias», dije, «fue usted muy amable». Podía oler bien su perfume, Taiga, o como se llame, demasiado áspero para ella.

«Lamento de veras todo lo que le ocurre», dijo, «debe de ser espantoso para usted». No sabía yo a qué se refería: a la crítica de Kostert, que por lo visto todo Bonn había leído ya, o a la boda de Marie, o a ambas.

«¿Puedo hacer algo por usted?», preguntó quedamente.

«Sí», dije, «podría usted venir y apiadarse de mi alma, también de mi rodilla, que está bastante hinchada».

Ella calló. Había esperado que ella diría «sí» inmediatamente, me inquietaba el pensamiento, que ella pudiese venir de verdad. Pero dijo tan sólo: «Hoy no, espero visita.» Hubiese debido añadir a quién esperaba ella, por lo menos podría haber dicho: una amiga o un amigo. La palabra visita me afectó. Dije: «Bien, entonces tal vez mañana, es probable que me quede aquí una semana por lo menos.»

«¿No puedo hacer más por usted, quiero decir algo que se pueda resolver por teléfono?» Esto lo dijo con una voz que me hizo esperar que su visita podía ser una amiga.

«Sí», dije, «podría tocarme la mazurca en si bemol, mayor opus 7 de Chopin».

Rióse y dijo: «Tiene usted cada ocurrencia...» Ante el sonido de su voz vacilé por primera vez en mi monogamia. «Chopin no se me da bien», dijo, «y lo toco muy mal».

«Oh, por Dios», dije, «esto no importa. ¿Tiene ahí las partituras?»

«Deben de estar en algún sitio», dijo. «Un momento, por favor.» Puso el auricular sobre la mesa, y la oí cruzar la habitación. Pasaron algunos minutos hasta que ella volvió y recordé que Marie me contó una vez que incluso muchos santos habían tenido amigas. Naturalmente, espirituales nada más, pero, de todos modos: lo que en ellos había espiritual, sí que se lo dieron estas mujeres. Yo ni siquiera tuve eso.

Monika volvió a coger el auricular. «Sí», dijo suspirando, «aquí están las mazurcas».

«Por favor», dije, «toque, pues, la mazurca en si bemol mayor opus 7 núm. 1».

«Hace años que no interpreto a Chopin, debería hacer un poco de ejercicio sobre el teclado.»

«¿Quizás no le gusta que su visita la oiga cuando toca usted a Chopin?»

«Oh», dijo riendo, «puede oírla tranquilamente».

«¿Sommerwild?», pregunté muy quedamente, oí su grito de sorpresa y proseguí: «Si en realidad es él, déle contra la cabeza con la tapa de su piano.»

«No se lo merece», dijo, «le aprecia mucho a usted».

«Lo sé», dije, «incluso lo creo, pero preferiría yo tener el valor de matarle a él».

«Voy a practicar un poco y le tocaré la mazurca», dijo aprisa. «Le telefonaré.»

«Sí», dije, pero ninguno de los dos colgó. Oía cómo respiraba ella, no sé cuánto tiempo, pero la oí, luego colgó. Mantuve en mi mano largo tiempo el auricular, para oírla respirar. Dios mío, por lo menos el respirar de una mujer.

Aunque las judías que había comido las notaba aún en el estómago y acrecentaron mi melancolía, entré en la cocina, abrí la segunda lata de judías, vertí el contenido en el pote, en el cual había calentado también la primera porción, y encendí el gas. El papel de filtro, con el poso del café, lo arrojé al cubo de la basura, cogí un filtro limpio, puse dentro cuatro cucharadas de café, vertí agua caliente, e intenté poner orden en la cocina. Con la pala recogí los posos del café, las latas vacías y las cascara de huevo y lo arrojé todo al cubo de la basura. Odio las habitaciones desarregladas, pero yo mismo soy incapaz de poner orden. Entré en el cuarto de estar, cogí los vasos sucios, y los puse en el fregadero de la cocina. En el piso no quedaba nada desordenado, y sin embargo no parecía arreglado. Marie tenía un modo hábil y muy rápido de dejar que una habitación pareciese arreglada, si bien ella no utilizaba nada visible, ni controlable. Debía de consistir en sus manos. El pensar en las manos de Marie —sólo el pensar que ella podría poner sus manos sobre los hombros de Züpfner— exasperaba mi melancolía hasta la desesperación. Una mujer puede expresar o fingir tanto con sus manos, que a mí las manos de un hombre me parecen tacos de madera encolados. Las manos de hombre sirven para dar apretones de manos, para castigar, naturalmente para disparar y para firmar. Estrechar las manos, castigar, disparar, firmar cheques cruzados, esto es todo lo que pueden hacer las manos de los hombres y, naturalmente, trabajar. Las manos de las mujeres casi dejan de ser manos: tanto si extienden mantequilla sobre el pan o separan los cabellos de la frente. Ningún teólogo ha tenido nunca la idea de predicar sobre las manos de las mujeres en el Evangelio: Verónica, Magdalena, María y Marta; nada más que manos de mujeres en el Evangelio, que prodigaron caricias a Cristo. En lugar de esto, predicán sobre leyes, normas disciplinarias, arte, estado. Cristo sólo se ha relacionado, por así decirlo, privadamente, casi con mujeres nada más. Naturalmente que necesitaba hombres, porque suponían, como Kalick, una relación con el Poder, sentido por la

organización, y demás zarandajas. Necesitaba hombres, así como en un cambio de domicilio se requieren transportistas de muebles, para los trabajos rudos, y Pedro y Juan fueron tan amables, que casi no fueron hombres, mientras que Pablo fue tan viril como correspondía a un romano. En casa nos acostumbramos a leer en voz alta la Biblia a cualquier oportunidad que se ofreciese, porque toda nuestra familia está llena de pastores, pero ninguno ha hablado hasta ahora sobre las mujeres en el Evangelio o de algo tan sutil como es el inicuo Mammón. Incluso entre los católicos del «grupo» nunca nadie quiso hablar del inicuo Mammón. Kinkel y Sommerwild no hicieron más que sonreír perplejos cuando les hablé de ello, como si ellos hubiesen sorprendido a Cristo en horrible falta, y Fredebeul habló de lo manoseada que había sido esta expresión a través de la Historia. A él le incomodó lo que ello tenía de «irracional», como dijo. Como si el dinero fuese algo racional. En manos de Marie hasta el dinero perdía su problemática, tenía un modo maravilloso de ocuparse de él, distraído y cuidadoso al mismo tiempo. Puesto que yo por principio rechazaba los cheques y demás «Procedimientos de pago», ponía siempre mis honorarios sobre la mesa de mi casa, y así no necesitábamos más que dos, todo lo más tres días para hacer proyectos anticipados. Ella daba casi todo el dinero que se le pedía, a veces incluso el que no se le había pedido, sino que en el curso de la conversación dedujo ella que lo necesitaban. A un camarero de Gottingen le pagó ella una vez un abrigo de invierno para su chico que se hallaba en edad escolar y continuamente pagaba, por desesperadas abuelas que en el tren se habían extraviado en departamentos de primera clase, y que iban a un entierro, pagaba, digo, suplementos y transbordos. Hay incontables abuelas que viajan en tren para asistir al entierro de sus hijos, nietos, yernos y nueras, y que —a veces coqueteando naturalmente con una cierta indolencia de abuela— se dejan caer aparatosamente en departamentos de primera clase con pesados baúles y paquetes llenos de salchichón ahumado, tocino y bollos. Marie me obligó después a bajar los pesados maletines y paquetes que estaban en la red de equipajes, si bien en el departamento todos sabían que la abuela sólo tenía en su bolsillo un billete de segunda. Después salía al pasillo y «arreglaba» la cuestión con el revisor, antes de que la abuela se diese cuenta de su equivocación. Marie preguntaba siempre antes hasta dónde viajaba, y quién se le había muerto, con objeto de poder aliviarla correctamente de aquel rudo golpe. Los comentarios de las abuelas consistían casi siempre en las amables palabras: «La juventud no es tan mala como uno se imagina que es hoy», los honorarios en colosales bocadillos de jamón. Especialmente entre Dortmund y Hannover —así me lo pareció siempre— cada día se ponen en camino muchas abuelas para asistir a entierros. Marie se avergonzaba siempre de que nosotros viajásemos en primera y para ella habría sido insoportable que alguien fuese expulsado de nuestro departamento, sólo porque había sacado billete de segunda. Tenía una paciencia inagotable para escuchar descripciones muy

aparatosas de lazos familiares y para mirar fotos de seres completamente desconocidos. A veces se sentaba a nuestro lado, durante dos horas, una anciana labradora de Bückeberg, que tenía veintitrés nietos y que llevaba consigo una foto de cada uno, y nosotros oímos veintitrés historiales, miramos veintitrés fotos de hombres y mujeres jóvenes, que todos habían logrado hacer carrera: inspector municipal en Münster, o casada con un asistente de ferrocarril, director de una aserrería, y otro estaba «en la delegación central de ese partido por el cual siempre votamos, usted ya sabe» y de uno más que estaba en la Bundeswehr, afirmó que «siempre había ido sobre seguro». Marie mostraba gran interés por todas estas historias, las encontraba extraordinariamente emotivas y que hablaban de la «verdadera vida», a mí me fatigaba esta forma de desiderátum de la repetición. ¡Había tantas abuelas entre Dortmund y Hannover, cuyos nietos eran asistentes del ferrocarril, y cuyos yernos fallecieron en temprana edad, porque «las mujeres de hoy día no traen ya todos sus hijos al mundo, esto es». Marie sabía ser muy amable y cariñosa con personas viejas y necesitadas; también les ayudaba telefoneándoles en cualquier oportunidad. Una vez le dije que en realidad debería haber ido con la Misión de Socorro de Trenes, y dijo algo ofendida: «¿Por qué no?» No se lo dije con malicia, ni en tono de censura. Creo que ella estaba ahora en una especie de misión ferroviaria, ya que Züpfner se ha casado con ella para «salvarla», y ella con él para «salvarle», y no estaba yo seguro de si él le permitiría ahora que pagase con su dinero de él transbordos y suplementos de primera a las abuelas. Ciertamente no era tacaño, pero, al igual que Leo, era frugal hasta la extenuación. No era tan frugal como Francisco de Asís, quien podía imaginar las necesidades de los demás hombres, aunque él mismo también era frugal. La idea de que Marie llevase ahora en su bolso dinero de Züpfner me era tan insoportable como la expresión «luna de miel» y la idea de que podía luchar por Marie. La lucha sólo podía entenderse en un sentido físico. Incluso un payaso mal entrenado como yo hubiese vencido tanto a Züpfner como a Sommerwild. Antes de que tuviesen tiempo de ponerse en guardia, habría yo pegado tres volteretas, y aproximado a ellos por atrás, puesto a ambos en cruz y les colocaría en la estufa de vapor. O quizás pensarían en un combate en toda regla. Era de esperar de ellos tales perversas variantes de la leyenda de los Nibelungos. ¿O se referían ellos a lo espiritual? No me infundían miedo en absoluto, ¿y por qué Marie no había podido responder a mis cartas, que predicaban una especie de lucha espiritual? Tenían en la boca expresiones como «viaje de bodas» y «luna de miel», y querían llamarme obsceno, estos farsantes. Ni siquiera debieron oír lo que contaban los camareros y sirvientas de la luna de miel y de los que iban en viaje de bodas. «Luna de miel», susurraban tras de sí estos miserables pajarracos dondequiera que se hallasen, en el tren, en el hotel, y hasta los niños saben que continuamente hacen «la cosa». ¿Quién quita ahora las sábanas de la cama y las lava? Si ella le pone a Züpfner las manos sobre sus hombros, ella tiene

que recordar cómo yo le calenté sus manos heladas bajo mis sobacos.

Sus manos, con las que abre ella la puerta de la casa, incorpora sobre la colcha a la pequeña Marie, enchufa el tostador en la cocina, pone agua a hervir, saca un cigarrillo del paquete. La nota de la muchacha no la encuentra esta vez sobre la mesa de la cocina, sobre la nevera. «Fui al cine. Estaré de vuelta a las diez.» En el cuarto de estar, sobre el televisor, la nota de Züpfner: «Tuve que ir urgentemente a casa de F. Besos, Heribert.» Nevera en lugar de mesa de cocina, besos en lugar de beso. En la cocina, mientras tú extiendes gruesa capa de mantequilla sobre las tostadas, gruesa capa de pasta de hígado, pones tres cucharadas de chocolate en polvo, en lugar de dos, en la taza, los sientes tú por vez primera: los inconvenientes de los remedios contra la obesidad, ¿te acuerdas de la afirmación chillona de la señora Blothert, cuando tú cogías el segundo bollo: «Pero si en total son más de mil quinientas calorías, ¿puede usted permitírselo?» El carnicero mira a la cintura, mirada que encierra la inexpresada aclaración: «No, usted no puede permitírselo.» ¡Oh, sacrosanto ca, ca, ca, tú «-nciller» y «-tólicos»! «Sí, sí, tú comienzas a echar carnes.» Se rumorea en la ciudad, en la ciudad de los rumores. ¿Por qué esa intranquilidad, ese deseo de estar sola en la oscuridad, en cines y en iglesias, ahora en habitaciones oscuras con chocolate y tostadas? ¿Qué le respondiste al joven Bengel que te espetó esta pregunta en aquel baile de sociedad?: «Dígame en seguida, señora mía, qué es lo que más quiere, aprisa.» Tú le habrás dicho la verdad: «Niños, confesionarios, cines, coros gregorianos y payasos.» «¿Y los hombres no, señora?» «Sí, uno», le dirás tú. «No el hombre como tal, son demasiado estúpidos.» «¿Me permite publicarlo?» «No, no, ¡por el amor de Dios, no!» Ella ha dicho «uno», pero, ¿por qué no ha dicho «el mío»? Cuando se ama a un hombre, con la palabra «uno» sólo se quiere significar «el suyo», el cónyuge. Oh, sutilezas gramaticales del lenguaje, cómo se olvidan y se atragantan.

La criada llega a casa. Llave en la cerradura, puerta abierta, puerta cerrada, llave en la cerradura. Luz que se enciende en el vestíbulo, puerta de la nevera que se abre, se cierra, luz que se apaga en la cocina. En el vestíbulo, llaman suavemente a la puerta. «Buenas noches, señora del director.» «Buenas noches, ¿se portó bien, Marie?» «Sí, mucho.» Luz que se apaga en el vestíbulo, pasos que suben las escaleras. («He aquí que estaba ella completamente sola en la oscura habitación y oía música de iglesia.»)

Todo lo tocas tú con esas manos, que han lavado las sábanas, y que yo he calentado bajo mis sobacos: tocadiscos, bandejas, mandos, botones, tazas, pan, cabello de la niña, manta de la niña, raqueta de tenis. «¿Por qué no vas ya a jugar al tenis?» Encogimiento de hombros. No hay ganas, simplemente no hay ganas. Es tan bueno el tenis para las esposas de los políticos y de los católicos descollantes. No, no, no son completamente idénticos los conceptos. Mantiene delgada, elástica y atractiva.

«Y a F. le gusta tanto jugar al tenis conmigo. ¿A ti no te gusta?» Sí, sí. Tiene algo que inspira afecto. Sí, sí, se dice que ha llegado a ministro «con el pico y con los codos». Pasa por canalla, intrigante y, sin embargo, es sincera su simpatía por Heribert: a los corrompidos y de baja ralea gustan a veces de los escrupulosos e incorruptibles. Y de qué modo tan encantadoramente correcto transcurre la edificación de la casa de Heribert: ningún crédito especial, ninguna «ayuda», de correligionarios ni de los amigos del partido que trabajan en el ramo de la construcción. Sólo que, puesto que quiso edificar sobre una «pendiente», tuvo que pagar sobreprecio, lo cual tiene él «en sí» por corrompido. Pero es justamente la pendiente lo que ahora resulta fastidioso.

Quien edifica sobre una pendiente puede elegir entre jardines ascendentes o descendentes. Heribert ha elegido los descendentes, y esto resulta una desventaja, porque la pequeña Marie comenzará a jugar a la pelota, y siempre ruedan las pelotas hacia el seto de al lado, y a veces de éste al jardín japonés, y aplasta allí ramas, flores, arrolla musgo delicado y caro y hacen necesarias aparatosas escenas de disculpa. «¿Cómo puede ser mala una tan encantadora muchachita?» No se puede hacer. La negligencia es disimulada por argentinas voces, por bocas convulsionadas por las curas de adelgazamiento, por estirados cuellos satisfechos de sí mismos, donde lo único indicado sería una fuerte reprimenda con intercambio de ásperas palabras. Todo se tolera, encubierto por la falsa alegría de los vecinos, hasta que en un momento dado de un tranquilo atardecer de verano, detrás de cerradas puertas y bajadas persianas, todo ello se arroja con noble instrumental hacia espectros embrionarios. «Yo quería tenerlo; tú, eras tú quien no quería.» El noble instrumental no suena a noble, cuando es arrojado hacia la pared de la cocina. Las sirenas de las ambulancias ululan al subir la pendiente. Azafranes aplastados, musgo herido, manos de niños hacen rodar pelotas en jardines japoneses, ululantes sirenas anuncian la no declarada guerra. ¡Oh, si hubiésemos elegido jardines ascendentes!

El sonido del teléfono me sobresaltó. Descolgué el auricular, me ruboricé, me había olvidado de Monika Silvs. Dijo: «Aló, Hans.» Yo dije: «Sí», aún no sabía el motivo de su llamada. Sólo cuando dijo: «Quedaré decepcionado», volví a acordarme de la mazurca. Ahora ya no podía volverme atrás, no podía decir «desisto», teníamos que soportar esa condenada mazurca. Aún oí cómo Monika ponía el auricular sobre la tapa del piano, comenzó a tocar, tocaba excelente, el sonido era excepcional, pero mientras tocaba comencé a llorar de pena. No hubiese debido intentar repetir este momento: cuando volvía de casa de Marie a la mía y Leo tocaba la mazurca en el salón de música. Los momentos no se pueden repetir, ni comunicar. Aquella tarde de otoño en nuestro parque, cuando Edgar Wieneken corrió los 100 metros en diez segundos y una décima. Lo detuve, con mi propia mano medí la distancia, y esta tarde la corrió en 10,1 segundos. Estaba en plenitud de forma y de condiciones, pero naturalmente nadie nos creyó. Esto fue nuestro fallo, que comenzamos por hablar de

ello y después quisimos prorrogar aquel momento. Hubiéramos debido saber ser felices, ya que se corrió realmente en 10,1. Después corrió naturalment su 10,9 y 11,0, y entonces ya nadie nos creyó, se nos reían de nosotros. Es un error hablar de tales momentos, querer repetirlos es un suicidio. Fue una especie de suicidio el que yo cometí, al oír ahora a Monika por teléfono cómo tocaba la mazurca. Hay momentos rituales que llevan en sí la repetición: el modo en que la señora Wieneken cortaba el pan, pero yo quise también repetir este momento con Marie, por lo que le rogué que cortase el pan como lo hacía la señora Wieneken. La cocina de un piso de un obrero no es ninguna habitación de hotel, Marie no era la señora Wieneken; se le escapó el cuchillo, se cortó en el brazo izquierdo, y este resultado nos tuvo tres semanas disgustados. Así de satánico puede resultar el sentimentalismo. Los momentos hay que dejarlos pasar, nunca repetirlos.

De pena, ni siquiera podía yo llorar más en el momento en que terminó la mazurca de Chopin. Debió haberlo notado. Al ponerse al teléfono, dijo sólo en voz baja: «Bueno, vea usted...» Yo dije: «La culpa fue mía, no de usted. Perdóneme usted.»

Me sentía como si estuviese tendido en el arroyo y apestase, cubierto de comida vomitada, la boca llena de horribles maldiciones, y hubiese encargado a alguien que me fotografiase y enviado la foto a Monika: «¿Podré volver a llamarla?», pregunté en voz baja. «Puede que después de algunos días. Mi atrocidad sólo tiene una explicación, para mí es tan mortificante que no sabría describirla.» No oí nada, sólo su respiración, durante un par de minutos, luego dijo: «Me marcho por quince días.»

«¿Adonde?», pregunté.

«A hacer ejercicios», dijo, «y a pintar un poco».

«¿A ver cuándo vuelve usted», pregunté, «y me hace una tortilla con setas y una de sus magníficas ensaladas?»

«No puedo ir», dijo, «ahora no».

«¿Más adelante?», pregunté.

«Iré», dijo; sólo oí que lloraba, después colgó.

Pensé que debería tomar un baño, tan sucio me sentía yo, y pensé que debía apestar como había apeestado Lázaro, pero yo estaba completamente limpio y no olía a nada. Me arrastré hasta la cocina, encendí el gas debajo de las judías, debajo del agua, fui otra vez al cuarto de estar, me llevé la botella de coñac a la boca: no me alivió nada. Ni siquiera el timbre del teléfono me despertó de mi letargo. Descolgué, dije: «¿Sí?» y Sabina Edmonds dijo: «Hans, ¿qué es lo que te ocurre?» Yo callé, y ella dijo: «Me mandaste un telegrama. Suena muy dramático. ¿De verdad que es tan horrible?»

«Bastante horrible», dije abatido.

«Me había ido a pasear con los niños», dijo, «y Karl estará fuera por una semana, con su clase en un albergue escolar campestre, y primero tuve que buscar a alguien que cuidase de los niños antes de que pudiese llamarte.» Su voz sonaba excitada, también un poco irritada, como suena siempre. No tenía la intención de pedirle dinero. Desde que está casado, Karl cuenta con su sueldo mínimo; tenía tres niños cuando reñí con él, entonces el cuarto estaba en camino y no tuve el valor de preguntarle a Sabina, cómo había ocurrido esto entretanto. En su piso siempre priva la ya no disimulada irritación, por todas partes se ven sus condenados cuadernos de notas, en los que hace él sus cálculos acerca de cómo se las arreglará con su sueldo, y cuando estaba a solas conmigo se mostraba ofensivamente «franco» y comenzaba su charla-entre-hombres; siempre comenzaba por recriminar a la Iglesia Católica (¡y precisamente conmigo!) y venía siempre un momento en que me parecía un perro aullador, y casi siempre entraba Sabina en aquel momento, le miraba amargamente, porque otra vez volvía a estar embarazada. Para mí apenas hay nada más desagradable que cuando una mujer mira a su marido con amargura, porque es señal de que está embarazada. Acababan sentándose allí los dos, y lloraban, porque en realidad se querían mutuamente. El ruido de los niños venía de las habitaciones de atrás, vasos de noche eran volcados con alboroto, estropajos mojados eran arrojados contra flamantes papeles pintados, mientras Karl siempre habla de «disciplina, disciplina» y de «obediencia absoluta, ciega», y sólo me resta hacer irme al cuarto de los niños e interpretar ante ellos un par de números para tranquilizarles, pero esto no los tranquilizaba nunca, chillaban de contento, querían imitar todo lo que hacía, y al final nos sentábamos allí, cada uno de nosotros con un niño sobre las rodillas, los niños podían sorber de nuestros vasos de vino. Karl y Sabina comenzaban a hablar de libros y calendarios, por los que se puede saber cuándo una mujer no puede tener ningún niño. Y luego venían sin cesar los niños, y no caían en la cuenta que a Marie y a mí estos relatos debían de resultarnos especialmente penosos, porque no teníamos hijos. Cuando Karl se achispaba comenzaba a lanzar improperios contra Roma, a

colmar de agravios el colegio cardenalicio y los sentimientos del Papa, y lo grotesco de ello era que yo empezaba a defender al Papa. Marie estaba mejor enterada y explicó a Karl y Sabina que en Roma nada pueden variar en esta cuestión. Por último se volvían suspicaces y nos miraban como queriendo decirnos: Ah, vosotros... vosotros sí que debéis arregláros las con finura, ya que no tenéis niños, y casi siempre acababa con que el más cansado de los niños nos hacía caer el vaso de la mano, a Marie, o a mí, o a Karl o a Sabina, y el vino se derramaba sobre los cuadernos con los trabajos escolares, que siempre Karl dejaba apilados sobre su escritorio. Esto naturalmente era mortificante para Karl, que sin cesar predicaba a sus alumnos sobre disciplina y orden, devolverles sus cuadernos con manchas de vino. Hubo azotaina, lloros, y mientras Sabina nos arrojaba una mirada de Oh-vosotros-los-hombres, fue con Marie a la cocina, y seguramente sostendrían allí charlas-entre-mujeres, algo que para Marie resultaba tan penoso como para mí. Cuando estuve a solas con Karl empezó a hablar de dinero, en tono de reproche, como si quisiera decir: De esto hablo yo contigo porque eres un chico simpático, pero de ello no *entiendes* nada.

Suspiré y dije: «Estoy por completo arruinado, profesionalmente, espiritualmente, físicamente, financieramente... estoy...»

«Si es que tienes hambre», dijo, «espero que sabrás que encima del fogón tienes siempre un pote de sopa para ti.» Callé, estaba conmovido, sonaba ello tan sincero y seco. «¿Me oyes?», dijo ella.

«Te oigo», dije, «vendré a más tardar mañana al mediodía y me tomaré mi pote de sopa. Y si os hace falta alguien que cuide los niños, yo..., yo», me quedé atascado. Mal podía yo ofrecer por dinero lo que siempre hice gratis por ellos, y esta estúpida historia del huevo que yo le había dado a Gregor, me vino a las mientes. Sabina rió y dijo: «Vamos, dilo de una vez.» Dije: «Quiero decir, que si me pudieseis recomendar a conocidos, recordarles que tengo teléfono, y lo hago tan barato como el que más.»

Calló ella, y yo pude notar que estaba conmovida. «Oye», dijo, «no dispongo de mucho tiempo para hablar, pero dime, ¿qué ha pasado?» Por lo visto era la única en Bonn que no había leído la crítica de Kostert, y comprendí que no podía saber nada de lo que nos había ocurrido a Marie y a mí. En realidad, no conocía a nadie del grupo. «Sabina», dije, «Marie me ha dejado... y se ha casado con un tal Züpfner.»

«Dios mío», gritó, «no será verdad...»

«Es verdad», dije.

Calló y oí cómo daban golpes a la pared de la cabina telefónica. Seguramente algún idiota que a su compañero de juego quería comunicarle que había sacado el as de corazones.

«Debiste de haberte casado con ella», dijo Sabina en voz baja, «me refiero..., oh, tú sabes a qué me refiero.»

«Lo sé», dije, «quise hacerlo, pero luego resultó que había que tener ese maldito documento del Registro Civil, y que yo tenía que firmar, ¿comprendes?, firmar mi consentimiento a dejar educar a los niños en la religión católica.»

«Pero, ¿no se frustraría por esto nada más?», preguntó. Los golpes en la puerta de la cabina telefónica se hicieron más fuertes.

«No sé», dije, «ése fue el motivo, pero hay algo más que yo no comprendo. Cuelga ahora, Sabinita, de lo contrario ese irritado ciudadano alemán derribará la puerta. Este país está lleno de monstruos.» «Tienes que prometerme que vendrás», dijo, «y piensa en ello: tu sopita estará al fuego todo el día.» Oí como bajaba la voz, susurró aún: «¡Qué grosero, qué grosero!», pero en su confusión no había puesto el auricular sobre la horquilla, sólo sobre la mesita en la que está el listín. Oí decir al individuo: «Vaya, por fin», pero Sabina parecía haberse marchado. Grité al teléfono: «Socorro, socorro», con voz fuerte y chillona, el individuo cayó en la trampa, cogió el auricular y dijo: «¿Puedo hacer algo por usted?» Su voz sonaba grave, serena, muy viril y pude oler que había comido algo ácido, arenques en escabeche o algo por el estilo. «Oiga, oiga», dijo, y yo dije: «¿Es usted alemán? Por principio, sólo hablo con alemanes.»

«Éste es un buen principio», dijo, «¿qué es lo que le preocupa a usted?»

«Me preocupa el CDU», dije, «¿votará usted por el CDU?»

«Por supuesto que sí», dijo ofendido, y yo dije: «En tal caso, quedo tranquilo», y colgué.

La realidad era que yo había ofendido a aquel individuo; debí preguntarle si había gozado ya de su propia mujer, si había ganado jugando a las cartas y si en la oficina había soltado ya la obligatoria parrafada de dos horas sobre la guerra. Tenía la voz de un auténtico marido y alemán de pies a cabeza, y su «vaya, por fin» había sonado como «apunten armas». La voz de Sabina Emonds me había consolado un poco, sonó un poco irritada, excitada también, pero sabía que desaprobaba el modo de obrar de Marie y que el pote de sopa en su casa me aguardaría siempre sobre el fogón. Era muy buena cocinera, y si no estaba embarazada y arrojaba sin cesar en derredor suyo miradas de Ah-vosotros-los-hombres, era muy desenvuelta y católica, de un modo mucho más simpático que Karl, que había conservado sobre el «sexto» sus extraños prejuicios de seminarista. Las miradas de Sabina, llenas de reproches, representaban en realidad a todo su sexo, sólo cuando miraba a Karl, el causante de su estado, adquirían entonces una tonalidad oscura especial, casi tormentosa. Casi siempre intentaba yo distraer a Sabina representando alguno de mis números, entonces tenía que reírse, mucho y con toda su alma, hasta que se le soltaban las lágrimas, y entonces casi siempre le dominaban las lágrimas, y ya se acabaron las risas... Y Marie tenía que acompañarla hasta la puerta y consolarla, mientras Karl, con expresión hosca y culpable, se sentaba junto a mí y, desesperado, comenzaba por fin a corregir cuadernos. A veces le ayudaba yo en ello, tachando las faltas con tinta roja, pero no confiaba él en mí, volvía a repasarlo todo y se enfurecía cada vez, porque yo no pasaba por alto nada y las faltas las había corregido correctamente. No podía concebir el que yo realizase tal trabajo evidentemente en regla y como es debido. El problema de Karl es sólo un problema de dinero. Si Karl dispusiera de un piso de siete habitaciones, dejarían de ser inevitables la precipitación y la irritación. Una vez discutí con Kinkel sobre el concepto que él tenía del «sueldo mínimo». Kinkel pasaba por ser uno de los más geniales especialistas en tales temas, y creo que se habló del sueldo mínimo para una persona que vive sola en una capital, no contando el alquiler, fijándolo en un principio en ochenta y cuatro marcos, y más tarde en ochenta y seis. No quise, en modo alguno, oponerle la objeción de que él mismo, a juzgar por aquella irritante anécdota que él nos contó, sostuvo por sueldo mínimo *suyo*, uno treinta y cinco veces superior a aquél. Tales objeciones pasan por demasiado personales y de mal gusto, pero el mal gusto consiste en calcular así el sueldo mínimo de los demás. En la suma de ochenta y seis marcos había incluso un apartado para gastos culturales: es probable que fuese el cine, o periódicos, y cuando le pregunté a Kinkel si esperaban ellos que el destinatario de esta suma puede ver una buena película, es decir, una de valor educativo para el pueblo, se enfureció, y cuando le pregunté cómo había que entender el apartado «reposición de la ropa blanca», si

habría que contratar extraoficialmente un anciano bien dispuesto que corriese a través de Bonn y desgastase sus calzoncillos y que el Ministerio informase sobre cuánto tiempo se necesita hasta que los calzoncillos queden inservibles; aquí terció su esposa, diciendo que yo soy peligrosamente subjetivo, y yo le dije que todo aquello me recordaba cuando los comunistas comenzaron a hacer planes acerca de comidas-tipo, tiempo de duración de los pañuelos de bolsillo y demás lindezas, al fin y al cabo los comunistas no tenían la hipócrita coartada de lo sobrenatural, pero que cristianos como su marido se hiciesen cómplices de tamaña monstruosidad, me parecía increíble; aquí replicó ella que yo era un solemne materialista y no era capaz de comprender lo que eran el sacrificio, la desgracia, el destino, grandeza de la pobreza. En casa de Karl Emonds nunca tuve la sensación de sacrificio, desgracia, destino, grandeza de la pobreza. Se gana bien la vida, y todo lo que mostraba referente a destino y grandeza era una continua irritación, porque pudo calcular que nunca podría pagar un piso adecuado para él. Cuando comprendí que Karl Emonds era precisamente el único a quien podía yo pedir dinero, me di perfecta cuenta de mi situación. Yo no poseía ni un pfennig más.

Sabía también que no iba a hacerlo todo: emprender un viaje a Roma y hablar con el Papa o soplar cigarrillos y puros, meterme cacahuets en el bolsillo, pasado mañana, en el *jour fixe* de mamá. Ya no tenía la fuerza de voluntad para creer en ello, como creía que aserré con Leo aquel trozo de madera. Todo intento de volver a anudar los hilos de las marionetas y tirar de ellos, fracasaría. Llegaría un día en que tendría que dar el sablazo a Kinkel, también a Sommerwild y hasta a este sádico de Fredebeul, quien probablemente lanzaría al aire ante mis narices una moneda de cinco marcos y me obligaría a dar un salto para cazarla. Estaría contento si Monika Silvs me invitase a tomar café, no porque se tratase de Monika Silvs, sino por el café gratis. Volvería a telefonar a la estúpida Bela Brosen para congraciarme con ella y decirle que nunca le preguntaría por el importe de la suma, que cualquier suma, cualquiera que fuese, sería siempre bienvenida para mí; después, un día, iría a casa de Sommerwild, para tratar de «convencerle» de que me había arrepentido, y que reconocía estar en buena disposición de ánimo para convertirme, y luego vendría lo más horroroso: una reconciliación, escenificada por Sommerwild, con Marie y Züpfner, pero si yo me convertía es probable que mi padre no moviese ni un dedo por mí. Por lo visto, para él esto era lo más horroroso. Tenía que reflexionar sobre ello: mi elección no estaba entre el *rojo* y el *negro*, sino entre el pardo oscuro y el negro: el lignito o la iglesia. Llegaría a ser lo que todos ellos esperaron tanto tiempo de mí: un hombre, hecho y derecho, ya no subjetivo, sino objetivo, y dispuesto a entablar en la Herren-Union una disputada partida de naipes. Me quedaban aún unas cuantas posibilidades: Leo, Heinrich Behlen, mi abuelo, Zohnerer, quien tal vez hiciese de mí un guitarrista enfadoso, y yo cantarí: «Cuando vea que el viento juguetea con tus cabellos, sé que serás mía.» Se lo había cantado ya a Marie, y ella se cerró los oídos, diciéndome que la encontraba horrible. Por último, haría lo último que me quedaba por hacer: irme con los comunistas y presentarles todos los números que ellos calificasen tan bonitos como anticapitalistas.

En realidad, ya fui una vez a su encuentro y me entrevisté con unos representantes culturales en Erfurt. Me recibieron con bastante pompa en la estación, con gigantescos ramos de flores y en el hotel hubo acto seguido trucha, caviar, granizado y, además, champán a todo pasto. Luego nos preguntaron qué nos gustaría ver de Erfurt. Dije que me gustaría ver el lugar donde Lutero sostuvo su disputa doctoral, y Marie dijo haber oído que en Erfurt existía una Facultad de Teología Católica y que le interesaba lo referente a la vida religiosa. Pusieron rostro huraño, pero no pudieron complacernos, y todo se volvió desagradable: para los representantes culturales, para los teólogos y para nosotros. Los teólogos debieron imaginar que en cierto modo simpatizábamos con estos idiotas, y ninguno habló a Marie con franqueza, incluso

cuando conversó con un profesor sobre cuestiones de fe. Éste debió notar que Marie y yo no estábamos casados. Le preguntó a ella, en presencia de los funcionarios: «¿En realidad usted no será católica?», y ella se ruborizó y dijo: «Sí, aun cuando viva en pecado, sigo siendo católica.» Fue horrible cuando notamos que a los funcionarios tampoco les gustaba que no estuviésemos casados, y cuando regresamos al hotel a tomar café, comenzó uno de los funcionarios a hablar de ello, diciendo que había determinadas formas de anarquía burguesa que él no aprobaba en absoluto. Luego me preguntaron qué quería yo interpretar en Leipzig, en Rostock, si no podía representar al «Cardenal», «Llegada a Bonn» y «Sesiones del consejo de administración» (nunca averiguamos cómo supieron lo del cardenal, pues este número lo había preparado para mí sólo, sólo lo representé ante Marie, y ella me había rogado que no lo pusiese en escena, pues los cardenales sólo alcanzaron una vez la palma del martirio). Y yo dije que no, que primero debía estudiar aquí un poco las condiciones de vida, pues el sentido de lo cómico consiste en representar al hombre en situaciones de tipo abstracto, de las que se deduzca su propia verdad, no una verdad ajena a él, y en este país no había un Bonn, ni consejos de administración, ni cardenales. Se disgustaron, incluso uno palideció y dijo que ellos lo habían imaginado muy distinto, y dije entonces que yo también. Fue horrible. Dije, que podría estudiar un poco y preparar números como «Sesión del Comité» o «El Consejo Cultural se reúne» o «el Congreso del Partido elige su Presidencia» o «Erfurt, la ciudad de las flores»; después de todo, los alrededores de la estación de Erfurt no presentaban un aspecto florido, pero aquí intervino el jefe de la comisión diciendo que no podía impedir ninguna propaganda en contra de la clase obrera. Ya no estaba pálido, sino macilento; otros dos tuvieron el valor suficiente para sonreír con ironía. Le repliqué que yo no veía en ello ninguna clase de propaganda contra la clase obrera, si yo representaba un número, fácil de preparar, como «El Congreso del Partido elige su Presidencia», se me trabó la lengua y dije «perdido» en lugar de «partido», lo que hizo enfurecer al lívido fanático, que dio un golpe sobre la mesa, con tanta fuerza, que la nata sobre los bollos saltó del plato, y dijo: «Nos equivocamos con ustedes, nos equivocamos», y yo le dije que lo mejor sería que nos marchásemos, y el dijo: «Sí, pueden hacerlo, por favor, en el siguiente tren.» Dije aún que al número sobre el Consejo de Administración podría llamarle «Sesiones del Comité», pues allí sólo se decidía aquello que ya había sido decidido con anterioridad. Perdieron toda su cortesía, abandonaron la salita, y ni siquiera nos pagaron el café. Marie lloraba, yo estuve a punto de abofetear a alguien, y cuando alcanzamos la estación, para regresar con el siguiente tren, no se encontró ni un mozo de equipajes, ni un botones, y tuvimos que llevarnos nuestras maletas en propia mano, una cosa que odio. Por fortuna encontramos delante de la estación a uno de los jóvenes teólogos, con los que habló Marie por la mañana. Se ruborizó cuando nos vio, pero quitó de las manos de la llorosa Marie aquella pesada maleta, y Marie

no dejó de susurrar sobre él, no fuese que después tuviese él dificultades a causa de nosotros.

Fue horrible. En total no estuvimos en Erfurt más que seis o siete horas, pero ya nos enemistamos con todos: con los teólogos y con los funcionarios.

Nos apeamos en Bebra y fuimos a un hotel, Marie lloró toda la noche, por la mañana escribió al teólogo una larga carta, pero nunca supimos si en realidad llegó a sus manos.

Había creído que reconciliarme con Marie y Züpfner sería lo último que haría, pero tener tratos con aquel pálido fanático y representar ante ellos al cardenal, sería lo último de lo último. Seguía teniendo a Leo, Heinrich Behlen, Monika Silvs, Zohnerer, el abuelo y el pote de sopa en casa de Sabina Emonds, y hasta podía ganar un poco de dinero, mientras entretenía a los niños. Me comprometería por escrito a no dar a los niños ningún huevo. Por lo visto esto era insoportable para una madre alemana. Lo que los demás llaman la importancia objetiva del arte, me importa un bledo, pero hacer mofa de los consejos de administración donde no los hay, me parecería cosa ruin.

Una vez preparé un número bastante largo «El General», lo ensayé mucho tiempo, y cuando lo representé obtuvo lo que en nuestro mundo se llama un éxito: es decir, una parte del público rióse, otra parte se enfadó. Cuando después de la función, con el pecho hinchado de orgullo, entré en el guardarropa, me esperaba una anciana, muy pequeña. Después de cada actuación estoy siempre irritado, sólo puedo soportar a Marie a mi alrededor, pero Marie había dejado entrar a la anciana en mi guardarropa. Comenzó a hablar antes de que yo cerrase la puerta y me explicó que también su marido había sido general, que había caído en el frente y que con anterioridad le había escrito a ella una carta rogándole que no aceptase ninguna pensión. «Aún es usted muy joven», dijo, «pero es» lo suficientemente adulto para comprenderlo», y después salió. Desde aquel momento ya no pude volver a representar el número del general. La llamada prensa de izquierdas escribió de ello que yo me había dejado intimidar por los reaccionarios, la Prensa de derechas escribió que yo había comprendido al fin que hacía el juego al Este, y la Prensa independiente escribió que era evidente que yo había renegado de todo extremismo y de todo compromiso. Todo pamplinas. No pude representar más aquel número porque ya siempre tendría que pensar en aquella anciana pequeñita, que es probable que viviese miserablemente, entre la burla y la mofa de todos. Cuando no encuentro gusto en una cosa, dejo de hacerla, lo cual, para ser explicado a un periodista, es probable que sea muy complicado. Ellos deben siempre «presentir» algo, «darles en la nariz», y existe el tipo muy frecuente de periodista malicioso que nunca se da cuenta que él mismo no es ningún artista y ni siquiera tiene madera para ser un buen mecenas. Aquí

falló naturalmente el olfato, y se dicen disparates, casi siempre en presencia de muchachas bonitas que aún son lo bastante ingenuas para contemplar con admiración a aquel chapucero, sólo porque él, en su periódico, tiene su «camarilla» y su «influencia». Existen formas de prostitución curiosamente desconocidas, comparadas con las cuales la auténtica prostitución es una profesión honrada: aquí por lo menos se ofrece algo por el dinero.

Hasta este camino, el de buscar consuelo en el amor mercenario, me estaba vedado: no tenía dinero. Entretanto, Marie se probaría en su hotel romano su mantilla española, para presentarse decorosamente como *first lady* del catolicismo alemán. De vuelta a Bonn, tomaría el té en cualquier ocasión que se presentase, sonreiría, se afiliaría a comités, inauguraría exposiciones de «arte religioso» y buscaría para sí «la modista apropiada a su posición». Todas las señoras que civilmente se casan en Bonn «se buscan modistas apropiadas a su posición».

Marie como *first lady* del catolicismo alemán, con la taza de té o la copa de combinado en la mano: «¿Ha visto usted al pequeño y encantador cardenal que mañana bendecirá la columnata mariana proyectada por Krogert? Ah, en Italia por lo visto hasta los cardenales son «de buena familia». Sencillamente encantador.

Yo no podía ni cojear siquiera, en realidad sólo arrastrándome pude llegar al balcón para respirar un poco de aire patrio: tampoco me aliviaba. Hacía ya rato que estaba yo en Bonn, acaso dos horas, y pasado este plazo el aire de Bonn ya no resulta beneficioso como cambio de aire.

Me di cuenta que en realidad era a mí a quien Marie tenía que agradecer el seguir siendo católica. Tenía crisis religiosas espantosas, por decepciones sobre Kinkel, también a causa de Sommerwild, y un sujeto como Blothert es probable que hubiese vuelto ateo al mismísimo San Francisco. Durante un tiempo dejó de ir a la iglesia, dejó de pensar en casarse conmigo por la iglesia, cayó en una especie de terquedad y sólo tres años después de marcharnos nosotros de Bonn volvió a entrar en el grupo, a pesar de que la invitaban continuamente. Entonces yo le dije que la decepción no era un motivo. Si ella tenía algo por verdadero, mil Fredebeuls no deberían convencerla de lo contrario, y al fin y al cabo —así le hablé— estaba Züpfner, a quien yo encontraba un poco envarado, no era santo de mi devoción, pero sincero como católico. Desde luego que había muchos católicos sinceros, yo le enumeré a curas cuyos sermones yo había escuchado, le recordé el Papa, Gary Cooper, Alee Guinness; y el Papa Juan y Züpfner fueron otra vez sus mediadores. Me pareció extraño que por este tiempo no le atrayese ya Heinrich Behlen, por el contrario, decía ella que le encontraba antipático, quedaba siempre perpleja cuando comenzaba yo a hablarle de él por lo que sospeché que tal vez la habría «abordado». Nunca se lo pregunté a ella, pero mis sospechas eran grandes, y si yo pienso en el ama de llaves de Heinrich, comprendo que «abordase» a las muchachas. El pensamiento me era repugnante, pero

yo lo podía comprender, como comprendí muchas cosas desagradables que pasaban en el internado.

Me acordé que había sido yo quien le había ofrecido a ella el Papa Juan y Züpfner como consuelo para sus dudas religiosas. Me comporté noblemente con el catolicismo, esto no era del todo cierto, pero Marie era para mí tan naturalmente católica, que decidí conservar en ella este instinto natural. La despertaba cada vez que se dormía, con lo cual llegaba puntualmente a la iglesia. A menudo no le escatimé un taxi para que llegase puntual, cuando estábamos en comarcas protestantes, telefoneé para buscarle dónde se celebraba la Santa Misa, y ella siempre dijo que me encontraba especialmente «simpático», pero tenía que firmar este maldito papel, expresar *por escrito* mi conformidad en que los niños fuesen educados en la religión católica. A menudo hablábamos de nuestros niños. Me alegré mucho ante la perspectiva de tener niños, de conversar con ellos, los hubiese llevado en brazos, batido un huevo entero en la leche, a mí me intranquilizaba el hecho de que viviríamos en hoteles, y en los hoteles casi siempre sólo son bien tratados los hijos de los millonarios o de los reyes. Los hijos de los no millonarios o de los que no son reyes, sobre todo si son chicos, se comienza por increparles: «Aquí no estás tú en casa», una afirmación triplemente gratuita, porque se parte del supuesto de que uno se comporta en casa igual que un cerdo, que uno sólo se encuentra a gusto cuando se comporta como un cerdo y que uno, por ser niño, no debe estar a sus anchas a ningún precio. Las chicas tienen siempre la posibilidad de que se les considere «encantadoras» y de que se las trate bien, pero a los chicos se comienza por dejarles de vuelta y media si los padres no están presentes.

Para los alemanes cada chico es un niño mal criado, el calificativo nunca expresado de «mal criado» se confunde sin más con el sustantivo. Si alguien tiene la idea de examinar el vocabulario que utilizan la mayoría de los padres al charlar con sus hijos, comprobará que el vocabulario del «Bild-Zeitung» ⁴ comparado con aquél casi sería el diccionario de los hermanos Grimm. No pasará mucho tiempo y los padres alemanes hablarán con sus hijos en el lenguaje de Kalick: «Oh, qué bien» y «Oh, qué horrible»; sólo de vez en cuando se decidirán por expresiones bien diferenciadas como «No repliques» o «De esto tú no entiendes nada.» Incluso hablé una vez con Marie sobre la manera como vestiríamos a nuestros niños, ella era partidaria de «los chubasqueros holgados y de tonos claros», yo me decidía por los anoraks, porque pensaba que un niño en un chubasquero holgado, de tonos claros, no podría jugar en un charco, mientras que un anorak era apropiado para jugar en los charcos; ella —siempre pensé ante todo en una chica— iría caliente y, no obstante, tendría libres las piernas, y si arrojaba piedras al charco, las salpicaduras no llegarían a manchar el abrigo, todo lo más sólo le daría en las piernas, y si ella quería sacar agua del charco con una lata, y puede que el agua sucia se derramase al ladear la lata,

no caería sobre el abrigo, en todo casi habría la posibilidad de que se ensuciase algo las piernas. Marie era de la opinión de que ella, vestida con chubasquero claro, pondría más atención en lo que haría, y en cuanto a la cuestión de si a nuestros hijos les permitiríamos jugar en los charcos, nunca quedó del todo aclarada. Marie sonreía nada más, rehuía la discusión y decía: «Ya veremos.»

Si es que ella tiene niños de Züpfner no podría ella vestirles ni con anoraks, ni con chubasqueros holgados, de tonos claros, debía dejar correr a sus niños sin abrigo, pues hablamos largo y tendido de toda clase de abrigos. También hablamos de pantalones largos y cortos, camisetas, calcetines, zapatos; ella debería dejar correr a sus niños desnudos por Bonn, si es que no quería sentirse prostituta o infiel. Tampoco sabía yo lo que les daría de comer a sus niños: hablamos de todas clase de comidas y regímenes alimenticios,' y nos pusimos de acuerdo en que no tendríamos niños empachados, niños a los que a todas horas se les atiborra o se le rellena con leche y con papillas. Yo no quería que a mis hijos se les forzara a comer, sentí náuseas al ver cómo cebaba Sabina Edmonds a sus dos primeros niños, sobre todo al mayor, a quien Karl llamó raramente Edeltrud. Sobre la enojosa cuestión de los huevos hasta llegué a reñir con Marie, ella estaba en contra de los huevos, y cuando reñimos dijo que eran un lujo de gente rica, después se ruborizó, y tuve que consolarla. Ya estoy acostumbrado a ser considerado y tratado por los demás de un modo raro, sólo porque soy descendiente de los Schnier del lignito, y a Marie le pasó por dos veces el decirme alguna estupidez sobre ello: el primer día, cuando en su casa bajé a la cocina, y cuando hablamos de los huevos. Es enojoso el tener padres ricos, y más enojoso aún si uno no ha sacado nada de la riqueza. En casa nos dieron huevos muy raras veces, mi madre tenía los huevos por «decididamente nocivos». En casa de Edgar Wieneken la cosa era también desagradable, si bien en sentido inverso, pues era presentado e introducido en todas partes como hijo de obrero; hasta hubo sacerdotes que al presentarle decían: «Un típico hijo de obrero», esto sonaba como si le hubiesen dicho: Miradlo, no tiene cuernos y parece del todo inteligente. Es una cuestión racial de la que debería ocuparse el Comité Central de mamá. Los únicos hombres que en este punto fueron imparciales conmigo fueron el padre de Wieneken y el de Marie. No me guardaban rencor porque yo proviniese de los Schnier del lignito, y tampoco me trenzaron corona de laurel ninguna.

Me di cuenta de que seguía en el balcón mirando a Bonn. Me agarraba al pasamanos, la rodilla me dolía mucho, pero el marco tirado me ponía intranquilo. Me hubiese gustado recuperarlo, pero no podía bajar a la calle. Leo debía llegar de un momento a otro. Alguna vez acabarían con sus melocotones, su nata batida y sus oraciones en la mesa. No pude distinguir el marco allá abajo: era bastante oscuro, y sólo en los cuentos brillan las monedas para que uno las encuentre. Era la primera vez que me dolía el dinero. Ese marco tirado: doce cigarrillos, dos billetes de tranvía, pan con una salchicha. Sin arrepentirme, pero con cierta tristeza, pensé en los muchos suplementos de expresos y cambios a primera que habíamos pagado a viejas desconocidas. Una tristeza, como al pensar en los besos dados a muchachas que se han casado con otros. No había que poner muchas esperanzas en Leo, tenía curiosas ideas sobre el dinero, como una monja sobre el «amor conyugal».

Nada brillaba allá abajo en la calle; todo estaba iluminado, pero no relumbraba ningún astro acuñado: sólo autos, tranvías, autobuses y ciudadanos de Bonn. Pensé que el marco habría caído en el techo de un tranvía y que alguien lo encontraría allí.

Naturalmente, podía acogerme al seno de la Iglesia protestante. Sólo que al pensar en tal seno me estremezco de frío. Al pecho de Lutero sí me hubiese acogido, pero al de la iglesia protestante no. Puesto a hacer el hipócrita, lo haré con éxito y con el máximo de diversión. Me divertiría fingirme católico. Me «retiraría» del todo por medio año, luego comenzaría a volver a los sermones de Sommerwild, hasta que mis unidades de catolicismo pulularan como los bacilos en una herida purulenta. Pero con ello perdía una última oportunidad de lograr el favor de papá y de firmar cheques cruzados en una oficina de la compañía del lignito. Puede que mi madre me colocase en su comité central y me diese ocasión de defender allí mis teorías raciales. Me marcharía a América, y en clubs femeninos, como ejemplo vivo del arrepentimiento de la juventud alemana, daría conferencias. Sólo que no tengo nada de qué arrepentirme, absolutamente nada, y por lo tanto tendría que fingir arrepentimiento. Podría contarles cómo arrojé ceniza del campo de tenis al rostro de Herbert Kalick, cómo fui encerrado en el cobertizo del campo de tiro, y más tarde comparecí ante el tribunal: ante Kalick, Brühl, Lóvenich. Pero si lo contara ya estaría fingiendo. No eran cosas que pudiera repetir y colgármelas del cuello como una condecoración. Todos ostentan las condecoraciones de sus momentos heroicos en cuello y pecho. Asirse al pasado es hipocresía, porque nadie distingue los momentos: como Henriette con su sombrero azul se sentó en el tranvía, y marchó a defender en Leverkusen el santo suelo alemán contra los judíos yanquis.

No, la ficción más segura y que me divertiría más sería «apostar a la carta católica». Allí todos los números ganan.

Por encima de los tejados de la Universidad, arrojé una última mirada a los árboles del Hofgarten: detrás, entre Bonn y Godesberg, sobre la pendiente, viviría Marie. Bien. Era mejor estar cerca. Sería demasiado cómodo para ella pensar que yo siempre estaba viajando. Siempre debería contar con la posibilidad de encontrarme, y ruborizarse cada vez, al darse cuenta de cuan licenciosa y adúltera era su vida, y si yo la encontraba con sus niños, y éstos llevaban impermeables, anoraks o abrigos de loden, de repente le parecerían desnudos.

Se rumorea por la ciudad, señora mía, que usted deja que sus niños anden desnudos. Es demasiado. Y una vez, al hablar, se descubrió usted con imprudencia: dijo que quería a «un hombre», en vez de decir a «mi marido». Se rumorea también que usted se sonríe ante el resentimiento sordo que aquí alimentan iodos contra ese viejo carcamal político que nunca acaba de marcharse. A usted le parece que todos son como él, con menos descaro. Todos se creen imprescindibles. Todos leen novelas policíacas. Y claro que es una pena que las tapas de las novelas policíacas no encajen en los pisos decorados con tanto gusto. Los daneses han olvidado extender su estilo a las tapas de las novelas policíacas. Los finlandeses serán más listos, y ofrecerán sobrecubiertas por el estilo de sillas, sillones, copas y ollas. Hasta en casa de Blothert se encuentran novelas policíacas; no estaban bastante escondidas aquella noche en que registraron la casa.

Siempre a oscuras, señora mía, en el cine y en la iglesia, a oscuras en la sala oyendo música sacra, siempre huyendo de la claridad de las pistas de tenis. Muchos susurros. Las confesiones de treinta y cuarenta minutos en la catedral. Indignación apenas disimulada en los rostros de los que aguardan. Dios mío, ¿qué pecados tendrá que confesar?; tiene el más encantador, guapo y honrado marido. Bonísima persona. Una hijita encantadora, dos coches.

Irritada impaciencia detrás de la reja, el inacabable susurro que va y viene sobre el amor, el matrimonio, el deber, el amor, y por último la pregunta: «Pero si ni siquiera se entibia su fe, ¿por qué sufre usted, hija mía?»

Tú no puedes expresar, ni siquiera pensar, lo que yo sé. Sufres por un payaso, de profesión designada oficialmente como «cómico», no afiliado a ninguna iglesia.

Desde el balcón fui cojeando al cuarto de baño para maquillarme. Fue un error encararme con papá sin maquillaje, pero su visita era la que menos esperaba. Leo estaba siempre tan ávido por saber mi verdadera opinión, por ver mi verdadero rostro, mi verdadero yo. Esta vez lo vería. Él siempre tuvo miedo de mi «máscara», de mi frivolidad, de lo que él llamaba «no serio», cuando yo no llevaba maquillaje. Mi maletín estaba aún en Lamino entre Bochum y Bonn. En el cuarto de baño abrí el armario blanco de la pared. Demasiado tarde ya, una vez abierto. Debí pensar antes en el mortífero sentimentalismo que late en los objetos. Los tubos y los tarros, los

frasquitos y los lápices de Marie: *nada* había ya en el armario, y el que tan marcadamente no hubiese nada de ella dolía tanto como encontrar un tubo o un tarro suyo. No quedaba nada. Puede que Monika Silvs, compasiva, lo empaquetara todo y se lo llevara. Me miré en el espejo: mis ojos estaban completamente vacíos, por primera vez no tuve necesidad de vaciármelos antes de pasar media hora mirándome al espejo y haciendo gimnasia facial. Era el rostro de un suicida, y cuando comencé a maquillarme mi rostro era el de un muerto. Me extendí vaselina por toda la cara y desgarré un tubo de maquillaje blanco que estaba medio seco, extraje lo que pude y me teñí del todo blanco: ningún trazo negro, ni un punto rojo, todo blanco, incluso las cejas. Encima, el pelo parecía una peluca; la boca no maquillada era oscura, casi azul: los ojos, azul claro como un cielo de verano, vacíos como los de un cardenal que se niega a reconocer que hace tiempo que ha perdido la fe. Ni siquiera tenía yo miedo de mí. Con aquel rostro podría yo hacer carrera, podría incluso fingir hipócritamente aquello que con toda su bobada, con toda su estupidez, me era relativamente simpático: aquello en lo que creía Edgar Wieneken. Eso por lo menos era insípido, y con su insipidez era lo más honrado dentro de lo indigno, el más pequeño de los males menores. Además de lo negro, lo pardo oscuro y lo azul, quedaba otra opción, y llamarla roja sería demasiado eufemista y demasiado optimista, pero era de un gris levemente teñido de aurora. Un triste color para una cosa triste, en la cual quizá había lugar para un payaso que se había hecho culpable del peor de los pecados en un payaso: despertar compasión. Lo malo era que yo no podía engañar a Edgar, con él no podía fingir. Yo era el único testigo de que él había verdaderamente corrido los cien metros en 10,1 segundos, y él era de los pocos que siempre me aceptaron tal como soy, a quienes me mostraba tal como soy. Él no depositaba su fe más que en determinadas personas; los demás creían en algo más que en las personas: en Dios, en el dinero abstracto, en el Estado y en Alemania. Edgar no. Bastante le dolió aquella vez que tomé el taxi. Ahora lo lamento, hubiese debido explicárselo, es el único a quien debo tales explicaciones. Me aparté del espejo; me gustó lo que vi allí, ni por un momento pensé que me veía a mí mismo. No era un payaso, era un muerto que hacía de muerto.

Fui cojeando hasta nuestro dormitorio, en el cual no había entrado aún, por miedo a los vestidos de Marie. La mayoría de los vestidos se los había comprado yo mismo e incluso sugerí alteraciones a las modistas. Le sentaban casi todos los colores excepto el rojo y el negro, incluso puede ir de gris sin que parezca apagado y el rosa le sienta muy bien, y el verde. Es probable que yo pudiese ganar dinero en el ramo de modas femeninas, pero para alguien monógamo y no invertido, sería una tortura espantosa. La mayoría de los hombres dan a sus esposas un cheque y les recomiendan seguir la moda. Si el violeta está de moda, lo llevarán todas las mujeres cebadas con cheques, y si todas las mujeres «elegantes» van de violeta a una party, parecerá una

asamblea general de obispos femeninos difícilmente resucitados. A pocas mujeres les sienta el violeta. Marie podía llevarlo bien. Cuando yo todavía vivía con mis padres, llegó de repente la moda del «saco», y todas las pobres gallinitas a quienes sus maridos ordenan vestirse «representativamente» vinieron a nuestro jour fixe envueltas en sus sacos. Algunas mujeres me dieron tanta lástima —en especial las altas y corpulentas esposas de los incontables presidentes—, que me entraron deseos de ir hacia ellas, y ponerles encima cualquier cosa —un tapete o una cortina— como manto de caridad. El marido, el perro estúpido, no notaba nada, no veía nada, no oía nada, igual mandaría a su esposa a la compra en camisón de dormir de color rosa, si cualquier invertido lo implantara como moda. Al día siguiente, ante ciento cincuenta pastores protestantes, pronunciaría el marido una conferencia sobre la «realidad» del matrimonio. Y ni siquiera había descubierto la realidad de que su esposa tiene las rodillas demasiado angulosas para llevar faldas cortas.

Para sustraerme al espejo, abrí de golpe la puerta del armario ropero: nada de Marie en el armario, nada, ni siquiera una horma para zapatos o un cinturón, como a menudo olvidan las mujeres. Ni siquiera un hálito de su perfume. Mejor que se hubiese llevado también mis vestidos, para regalarlos o quemarlos, pero mis cosas estaban allí: unos pantalones caqui, que nunca me había puesto, una chaqueta de tweed negra, unas cuantas corbatas, y tres pares de zapatos en el estante; en los cajones lo encontraría todo: gemelos para los puños y varillas blancas para el cuello, calcetines y pañuelos de bolsillo. En lo que respecta a derechos de propiedad, los cristianos son de una rigidez despiadada: debí pensarlo. No necesitaba abrir los cajones: lo que era mío, estaría todo; de lo de ella, no quedaba nada. ¡Cuan caritativo hubiera sido llevarse también lo mío! Pero con nuestro armario ropero se había procedido con plena legalidad, de un modo mortalmente correcto. Seguramente Marie había sentido compasión al llevarse todo lo que pudiera recordármela, y seguramente había llorado, aquellas lágrimas que lloran las mujeres en las películas de divorcios, cuando dicen: «Nunca olvidaré el tiempo que pasé contigo.»

El armario ordenado y limpio (alguien incluso había pasado la gamuza) era lo peor que podía dejarme al marcharse: orden, clasificación, sus cosas distintas de las mías. El interior del armario parecía haber sufrido una feliz intervención quirúrgica. Nada de ella, ni siquiera un botón de blusa. Dejé la puerta abierta para no mirar al espejo, volví cojeando a la cocina, me metí la botella de coñac en el bolsillo de la chaqueta, entré en la sala, me senté en el sofá y me subí la pernera del pantalón. La rodilla estaba fuertemente hinchada, pero el dolor desaparecía al sentarme. En el paquete había aún cuatro cigarrillos, y encendí uno.

Reflexioné si hubiera sido peor encontrar las ropas de Marie, o aquello: todo vacío y limpio, y ni siquiera una nota: «Nunca olvidaré el tiempo que pasé contigo.» Puede que fuera así mejor, pero podía por lo menos dejar algún botón caído o un

cinturón olvidado, o podía llevarse el armario y quemarlo.

La noticia de la muerte de Henriette nos llegó cuando nos sentábamos a la mesa. La servilleta de Henriette, que a Anna no le parecía todavía bastante sucia para la colada, seguía en su aro amarillo en el aparador. Todos miramos a la servilleta, que tenía mermelada pegada, y una parda mancha de sopa o de salsa. Por primera vez me di cuenta del horror de los objetos que una persona deja al marcharse o morir. Mi madre fue capaz de empezar a comer, lo cual sin duda quería significar que «la vida sigue» o alguna moraleja por el estilo, pero yo sabía muy bien que lo que seguía no era la vida sino la muerte. De un golpe le arranqué de la mano la cuchara de sopa, y corrí al jardín y luego otra vez adentro: chillidos y gritos estaban en su apogeo. La sopa caliente le había quemado a mi madre la cara. Subí corriendo al cuarto de Henriette, abrí de par en par la ventana y tiré al jardín todo lo que me vino a las manos: cajitas y vestidos, muñecas, sombreros, zapatos, gorros, y tiré del cajón y vi su ropa interior, y entre la ropa curiosas cositas por las que debió de sentir cariño: espigas secas, piedrecitas, flores, recortes de papel, fajos de cartas atados con cintas de color de rosa. Los zapatos de tenis, las raquetas, las copas de campeonato, todo lo tiré al jardín. Leo me dijo luego que le parecí «loco», y todo ocurrió tan rápidamente, con rapidez de locura, que nadie pudo intervenir. Tiré cajones llenos por la ventana, y corrí al garaje y saqué al jardín el pesado bidón con la reserva de gasolina, lo derramé por el montón y le prendí fuego. A puntapiés arrojé a las llamas todo lo que había desparramado alrededor, busqué todos los andrajos y pedazos, todas las flores y espigas y los fajos de cartas, y los tiré al fuego. Corrí al comedor, me apoderé de la servilleta con su aro, y al fuego. Leo me dijo que en cinco minutos lo hice todo, que cuando se dieron cuenta ya las llamas se elevaban muy altas y todo ardía. Acudió un oficial americano pensando que yo quemaba documentos secretos, el diario íntimo de la Bestia Nazi, pero cuando llegó ya ardía todo, negro y asqueroso y maloliente, y cuando quiso apoderarse de un fajo de cartas le golpeé la mano y vertí en el montón el resto de bencina del bidón. Luego acudieron incluso los bomberos con sus mangas grotescamente enormes, y una voz grotescamente vociferante dio la más grotesca orden que he oído en mi vida: «¡Agua, ar!» Y no se avergonzaron de inundar con sus mangas aquel mísero montón de cenizas, y como una llamita había prendido en el marco de una ventana, allí apuntaron las mangas, e inundaron el cuarto y echaron a perder el entarimado, con lo cual mi madre aulló copiosamente y telefoneó a todas las compañías de seguros discutiendo si era un caso de incendio o de inundación y si quedaba cubierto por sus pólizas.

Bebí un sorbo de la botella, me la guardé otra vez en el bolsillo de la chaqueta y me palpé la rodilla. Echado en el sofá, me dolía menos. Si me sosegaba y me concentraba, hinchazón y dolor acabarían desapareciendo. Me procuraría una caja de

manzanas vacía, me sentaría en la escalera de la estación, y cantarí la letanía con acompañamiento de guitarra. Como quien no quiere la cosa, dejaría en el peldaño, a mi lado, el sombrero o la gorra, y si alguien arrojaba una primera moneda otros seguirían el ejemplo. Necesitaba dinero, sobre todo porque se me terminaban los cigarrillos. Lo mejor sería poner yo mismo unas cuantas perras en el sombrero, como cebo. Cabía esperar que Leo me diera algún dinero. Ya me vi sentado en la escalera: la cara blanca ante la estación negra, un jersey azul, la chaqueta negra de *tweed* y el pantalón caqui, y mi voz luchando con el estrépito callejero. *Rosa mystica, ora pro nobis. Turris Davidica, ora pro nobis. Virgo fidelis, ora pro nobis.* Allí estaría yo sentado a la llegada de los expresos de Roma, a la llegada de mi *coniux infidelis* con su católico de marido. La ceremonia matrimonial debió provocar penosas reflexiones: Marie no era viuda, no estaba divorciada, y, como yo sabía con toda precisión, no era virgen. Sommerwild debió de pasar por trasudores de angustia: un casamiento sin velo blanco chocaba con todas sus nociones estéticas. ¿O dispondrían acaso de prescripciones litúrgicas especiales para muchachas caídas y ex-concubinas de payasos? ¿Qué pensó el obispo que les casó? Pero no debieron atreverse a echar mano de un obispo. Marie me llevó una vez a ver una boda con obispo y me impresionó mucho todo aquel ir y venir, ponerse y quitarse la mitra, ceñir la faja blanca, desceñir la faja blanca, báculo adelante, báculo atrás, ceñir faja roja, desceñir la blanca. Mi sensible naturaleza artística posee un órgano para la estética de la repetición.

Pensé en mi pantomima de las llaves. Podía procurarme pasta para modelar, tomar la impronta de unas llaves, y en el molde así producido verter agua; poniéndolo un rato en la nevera se formarían llaves de hielo; seguramente iba a ser posible encontrar un pequeño frigorífico transportable, en el que cada noche podría conservar congeladas las llaves, y se irían fundiendo durante mi número. Puede que de la idea resultase algo, pero la deseché de momento, era demasiado complicado, dependía de demasiados requisitos y detalles técnicos, y si algún tramoyista fue engañado una vez durante la guerra por un renano, abriría el frigorífico y me estropearía el número. Lo otro era mejor: con mi cara natural, sólo maquillada de blanco, sentarme en las escaleras de la estación de Bonn, cantar la letanía lauretánica y pulsar unos acordes en la guitarra. Junto a mí el sombrero que en mis primeros tiempos me sirvió para mis imitaciones de Chaplin. Sólo me faltaban las monedas de reclamo: una de diez pfennigs ya bastaría, y además con otra de cinco, mejor; pero lo estupendo serían tres monedas: una de diez, una de cinco y otra de dos pfennigs. La gente debería ver que yo no era un fanático religioso que despreciaba una humilde limosna, y deberían ver que cualquier óbolo, por pequeño que fuera, sería bienvenido. Más tarde añadiría yo una moneda de plata, para dejar bien sentado que las grandes limosnas, no sólo no son rechazadas, sino que también se dan. Hasta pondría en el sombrero un cigarrillo,

pues a la mayoría les es seguramente más fácil llevar la mano al paquete de cigarrillos que al portamonedas. Era de prever que se presentaría alguien a invocar los principios de orden y pedirme la licencia de cantar callejero, o que la Liga contra la Blasfemia encontraría censurable lo religioso de mi número. Como documentación me armaría con un pedazo de carbón. El *slogan* de «caliéntese con Schnier» lo conocen todos los niños. Con tinta roja subrayaría yo bien el negro «Schnier», y hasta puede que delante pintase una H. Sería una tarjeta de visita poco práctica, pero inconfundible: Permítame, Schnier. Y mi padre podría ayudarme por una vez sin que le costase nada. También él podría procurarme una licencia de cantor callejero. No necesitaba más que llamar por teléfono al alcalde, o hablarle cuando en la Herren-Union jugase a las cartas con él. Esto sí tenía que hacerlo por mí. Entonces podría yo sentarme en las escaleras de la estación y esperar la llegada del tren de Roma. Si Marie lograba pasar de largo ante mí, sin abrazarme, quedaba aún el suicidio. Más tarde. Titubeaba al pensar en el suicidio, por un motivo que parecía orgulloso: quería conservarme para Marie. Podía ella volver a separarse de Züpfner, y entonces estaríamos en la ideal situación de Besewitz. Ella podría quedarse conmigo como concubina, ya que la iglesia nunca más la separaría de Züpfner. Entonces yo no tendría más que hacerme descubrir por la televisión y adquirir nueva fama, y la Iglesia cerraría los ojos. Después ya nadie me exigiría que me casara por la Iglesia con Marie, y ni siquiera dispararían contra mí sus anticuados cañones de Enrique VIII.

Me sentí mejor. La rodilla se deshinchó, el dolor cedió, quedaban la jaqueca y la melancolía, pero me son tan familiares como el pensamiento de la muerte. Un artista tiene siempre la muerte a mano, como un buen cura su breviario. Incluso sé con exactitud, lo que ocurrirá después de mi muerte: el panteón familiar de los Schnier no me será ahorrado. Mi madre llorará y afirmará haber sido la única en comprenderme. Después de mi muerte les contará a todos, «cómo era en realidad nuestro Hans». Hasta el día de hoy, y probablemente por toda la eternidad, está ella firmemente convencida de que soy «sensual» y «codicioso». Dirá: «Sí, nuestro Hans tenía talento. Qué pena que fuera tan sensual y codicioso, por desgracia del todo indisciplinado: pero muy bien dotado, bien dotado.» Sommerwild dirá: «Nuestro buen Schnier, excelente, excelente; pero por desgracia tenía resentimientos anticlericales inextirpables, y ningún sentido de la metafísica.» Blothert lamentará no haber logrado implantar su pena de muerte a tiempo para hacerme ejecutar públicamente. Para Fredebeul seré yo «un tipo único», pero «sin significación sociológica». Kinkel llorará con lágrimas sinceras y cálidas, estará totalmente conmovido, pero demasiado tarde. Monika Silvs sollozará como si fuese mi viuda, y lamentará no haber venido inmediatamente a mi casa a hacerme la tortilla. Marie no logrará creer que he muerto:

abandonará a Züpfner e irá de hotel en hotel, preguntando en vano por mí.

Mi padre saboreará la tragedia, muy arrepentido por no haberme dejado algo al irse. Karl y Sabine llorarán incontinentemente, de un modo que a todos los asistentes al entierro les parecerá antiestético. Sabine buscará disimuladamente en los bolsillos del abrigo de Karl, porque una vez más habrá olvidado su pañuelo. Edgar se sentirá obligado a reprimir las lágrimas, y quizás después de la inhumación correrá otra vez por nuestro parque los cien metros, y volverá sólo al cementerio y ante la lápida que recuerda a Henriette depositará un gran ramo de rosas. Excepto yo, nadie sabe que estuvo enamorado de ella, nadie sabe que las cartas encintadas que quemé llevaban todas las mismas iniciales de remitente: E. W. Y me llevaré otro secreto a la tumba: que una vez observé cómo mamá, en el sótano, iba secretamente a la despensa, se cortaba una gruesa lonja de jamón y se la comía allí mismo, de pie, con los dedos, precipitadamente; no me pareció desagradable, sólo sorprendente, y me sentí más conmovido que asqueado. Yo había entrado en la bodega para buscar viejas pelotas de tenis, cosa prohibida, y cuando oí sus pasos apagué la luz, y vi cómo tomaba de la estantería un tarro de compota de manzana, cómo volvía a dejarlo, luego sólo vi los movimientos de sus codos al cortar el jamón, y luego se metió en la boca la lonja arrollada. No lo he contado nunca y nunca lo contaré. Mi secreto descansará bajo una losa de mármol en el panteón de los Schnier. Es curioso que yo odie tan poco a mis semejantes, a las personas.

Me pongo triste cuando muere alguien de mi especie. Hasta en la tumba de mi madre lloraría yo. Ante la del viejo Derkum me descompose: arrojé tierra y más tierra sobre la desnuda madera del ataúd, y oí susurrar a alguien detrás de mí que aquello era indecente, pero seguí amontonando tierra, hasta que Marie me arrebató la pala de las manos. No quise volver a ver la tienda ni la casa, ni guardar ningún recuerdo de él. Nada. Marie estaba sosegada, y vendió la tienda y guardó el dinero «para nuestros niños».

Pude ya ir al vestíbulo sin cojear, en busca de la guitarra. Retiré la funda, en la sala coloqué dos sillones uno enfrente del otro junto al teléfono, me tendí otra vez y pulsé la guitarra. Las notas apagadas hicieron que me sintiese mejor.. Cuando empecé a cantar ya casi me sentí bien del todo: *mater amabilis* —*mater admirabilis* — los *ora pro nobis* los confiaba sólo a la guitarra. La cosa me gustó. Con la guitarra en la mano, el sombrero a mi lado, con mi verdadero rostro, esperaría yo que llegase el tren de Roma. *Mater boni consilii*. Cuando llegué con el dinero de Edgar Wieneken, me dijo Marie que nunca, nunca más nos separaríamos: «Hasta que la muerte nos separe.» Yo aún no había muerto. La señora Wieneken decía siempre: «Quien canta, sigue viviendo», y: «El que come bien, no está aún perdido.» Yo cantaba y tenía hambre. Me costaba mucho imaginarme a Marie sedentaria: juntos íbamos de ciudad en ciudad, de un hotel a otro, y cuando en algún sitio nos

quedábamos algunos días, decía siempre: «Las maletas abiertas me miran como fauces que quieren ser saciadas», y saciábamos las fauces de las maletas, y si en el mismo sitio tenía que quedarme un par de semanas, ella recorría las ciudades como si fueran ciudades desenterradas. Cines, iglesias, periódicos frívolos, juego de la oca. ¿Quería ella realmente asistir al gran oficio solemne, cuando Züpfner fuera nombrado Caballero de la Orden de Malta, entre cancilleres y presidentes, y de vuelta a casa quitar con la plancha, con sus propias manos, las manchas de cera del uniforme de la orden? Es cuestión de gustos, Marie, pero no es ése tu gusto. Mejor confiar en un payaso ateo, que te despierta temprano para que llegues puntualmente a misa, y que, cuando es necesario, nunca te escatima un taxi para ir a la iglesia. Mi jersey azul no tienes que lavarlo.

Cuando sonó el teléfono, quedé desconcertado por algunos instantes. Me había concentrado en atender al timbre del piso y abrir la puerta a Leo. Aparté la guitarra, miré al aparato que sonaba, tomé el auricular y dije: «Dígame.» «¿Hans?», dijo Leo.

«Sí», dije, «me alegro de que vengas.» Calló y carraspeó: había hablado con voz alterada. Dijo: «Tengo el dinero para ti.» El dinero sonaba raro. Leo tiene nociones curiosas sobre el dinero. Puede decirse que no tiene gastos, no fuma, no bebe, no lee los periódicos de la tarde y sólo va al cine cuando por lo menos cinco personas en quienes confía plenamente, le han recomendado el film: ocurre cada dos o tres años. Prefiere ir a pie a viajar en tranvía. Cuando dijo el dinero, volvieron a decaer mis ánimos en seguida. Si él hubiese dicho un poco de dinero, yo habría contado con dos o tres marcos. Tragué saliva de miedo y pregunté con voz ronca: «¿Cuánto?» «Oh», dijo, «seis marcos con setenta.» Para él era una enormidad, y creo que para lo que llaman necesidades personales, le hubiera durado dos años: de vez en cuando un billete de andén, un cartucho de pipermint, diez pfennigs para un pobre; ni siquiera usa fósforos, y si de vez en cuando se compra una caja es para dar lumbre a sus «superiores», y tiene bastante para un año, y aunque lleve la caja un año parece nueva. Naturalmente, tiene que ir de vez en cuando al peluquero, pero seguramente lo saca de la «cuenta para estudios» que su padre le abrió. Antes gastaba a veces dinero para entradas a conciertos, pero casi siempre recibe entradas gratis de mamá. A los ricos les regalan más cosas que a los pobres, y lo que tienen que comprar casi siempre lo obtienen más barato: mamá tiene todo un catálogo de mayoristas, y la creo capaz de conseguir incluso los sellos de correo con rebaja. Seis marcos con setenta era para Leo una respetable suma. Para mí también lo era, de momento. Pero probablemente no sabía él aún que yo, como decían en casa, «de momento estaba sin ingresos». Dije: «Bien, Leo, muchas gracias; cómprame un paquete de cigarrillos cuando vengas.» Le oí carraspear, no dijo nada, y pregunté: «¿Me oyes, verdad?» Puede que se hubiese ofendido al pedirle que me comprase cigarrillos con su dinero. «Sí, sí», dijo, «sólo que...», se atascó, tartamudeó: «Siento mucho decírtelo, pero no podré venir.» «¿Cómo?», grité, «¿que no podrás venir?» «Son ya las nueve menos cuarto», dijo, «y debo estar a las nueve en el seminario.»

«Y si llegas tarde», dije, «¿te excomulgan?»

«No bromees», dijo ofendido.

«¿No podrías pedir permiso?»

«A esta hora, no», dijo, «debía pedirlo a mediodía.»

«Y si llegas tarde, ¿qué ocurre?»

«Entonces me expongo a una severa *adhortatio*», dijo en voz baja.

«Cosa de jardines», dije, «por lo que puedo recordar de mi latín.»

Rióse un poco. «Más bien a podaderas de jardín: es bastante desagradable.»

«Bien», dije, «no quiero obligarte a soportar este desagradable proceso, Leo, pero la presencia de una persona me haría mucho bien.»

«La cosa es complicada», dijo, «debes comprenderme. Una *adhortatio* no me importaría en sí, pero si esta semana incurro en otra *adhortatio*, figura en el expediente y debo rendir cuentas en el *scrutinium*.»

«¿Dónde?», dije, «por favor, dilo más despacio.» Suspiró, gruñó un poco y dijo muy lentamente: *Scrutinium*.»

«Maldita sea, Leo», dije, «suena como una disección de insectos. Y el expediente recuerda el I.R.9 de Anna. Todo lo apuntaban en una especie de antecedentes penales.»

«Dios mío, Hans», dijo, «en los pocos minutos que nos quedan, no vamos a discutir nuestro sistema educativo.»

«Si te resulta tan penoso, dejémoslo. Pero seguro que hay caminos, quiero decir rodeos, trepar por las paredes o algo por el estilo, como en el I.R.9. Quiero decir que en sistemas tan severos hay siempre lagunas.»

«Sí», dijo, «las hay, como en el servicio militar, pero no quiero usarlos. Quiero seguir el camino recto.»

«¿No podrás vencer por mí tu aversión y trepar una vez por la pared?»

Suspiró, y me figuré cómo meneaba la cabeza. «¿No puedes esperar a mañana? Quiero decir que puedo faltar a clase y estar contigo a eso de las nueve. ¿Es tan urgente? ¿O vuelves a partir en seguida?» «No», dije, «me quedará algún tiempo en Bonn. Dame por lo menos la dirección de Heinrich Behlen, le llamaré y tal vez acudirá de Colonia o de donde se encuentre. Estoy con una herida en la rodilla, sin dinero, sin contratos, y sin Marie. De todos modos mañana seguiré con la rodilla herida, sin dinero, sin contrato y sin Marie; por lo tanto, no es tan urgente. Pero puede que Heinrich sea ya párroco y que tenga una vespa. ¿Me oyes?»

«Sí», dijo abatido.

«Por favor, dame su dirección, su número de teléfono.»

Calló. Suspiró, y lo hizo ya como si hubiera pasado cien años en un confesionario, suspirando por los pecados y locuras de la humanidad. Por fin, dijo con audible esfuerzo: «¿No lo sabes, pues?»

«¿Qué tengo que saber?», grité, «Dios mío, Leo, habla claro.»

«Heinrich ya no es sacerdote», dijo en voz baja.

«Yo tenía entendido que nunca se deja de serlo.»

«Naturalmente», dijo, «quiero decir que ya no está en activo. Se marchó, desde hace meses, sin dejar rastro.» Todo esto le salió dificultosamente. «Vamos», dije, «yo aparecerá»; luego se me ocurrió una idea y pregunté: «¿Está solo?»

«No», dijo Leo, con severidad, «se marchó con una muchacha.» Sonó como si

dijera: «Tiene la peste.»

Lo sentí por la muchacha. Seguramente era católica, y debía ser penoso para ella esconderse en una casucha, con un antiguo sacerdote y soportar los detalles de la «concupiscencia carnal»: sábanas, calzoncillos, tirantes, platillos con colillas, entradas de cine rotas, incipiente escasez de dinero, y si la muchacha bajaba a buscar pan, cigarrillos o una botella de vino, una patrona hostil abría la puerta, y ella ni siquiera podía proclamar: «Mi marido es un artista, sí, un artista.» Ambos me dieron lástima, pero la muchacha más que Heinrich. Las autoridades eclesiásticas se mostraban seguramente muy severas en tales casos, en que se trataba de un cura no sólo insignificante, sino antipático. Con un Sommerwild debían cerrar con pertinacia los ojos. Ciertamente no tenía un ama de llaves que anduviera con muletas, sino una criatura linda y exuberante que él llamaba Maddalena, excelente cocinera, siempre atildada y contenta.

«O sea», dije, «que de momento no podré contar con él.»

«Dios mío», dijo Leo. «tienes una cínica manera de tomarte las cosas.»

«Ni soy el obispo de Heinrich ni me concierne el caso», dije, «sólo los detalles me duelen. ¿Tienes por lo menos la dirección de Edgar o su número de teléfono?»

«¿Te refieres a Wieneken?»

«Sí», dije, «¿no te acuerdas de Edgar? En Colonia os habéis encontrado con nosotros, y en casa jugábamos siempre con los Wieneken y comíamos su ensalada de patatas.»

«Sí, naturalmente», dijo, «naturalmente que me acuerdo, pero Wieneken no está en el país, por lo que me han dicho. Me han contado que está en viaje de estudios con no sé qué comisión en la India o Tailandia, no lo sé exactamente.»

«¿Estás seguro?», pregunté.

«Me parece», dijo, «¡ah, sí!, ahora me acuerdo bien, me lo dijo Heribert.»

«¿Quién?», grité, «¿quién dices que te lo contó?»

Calló y ya no le oí suspirar, y comprendí por qué no quería venir a mi casa.

«¿Quién?», grité una vez más, pero no hubo respuesta.

También se había acostumbrado a esa tosecilla de confesionario que a veces oí cuando esperaba a Marie en la iglesia. «Será mejor», dije en voz baja, «que no vengas mañana por la mañana. Sería una lástima que faltases a clase. Dime tan sólo que también has visto a Marie.»

Por lo visto no había aprendido más que a suspirar y a toser. Ahora volvió a suspirar largo y profundo, con inquietud. «No necesitas responderme», dije, «saluda de mi parte al individuo amable con quien hablé hoy dos veces por teléfono.»

«¿Struder?», preguntó quedamente.

«No sé cómo se llama, pero al teléfono me resultó amable.»

«Pero si nadie se lo toma en serio», dijo, «está acogido, por así decirlo, por

caridad.» Leo consiguió emitir una especie de risa. «A veces por teléfono dice disparates.»

Me levanté y a través de una rendija en las cortinas miré al reloj de la plaza. Eran las nueve menos tres minutos.

«Ahora tienes que irte», dije, «o te lo ponen en el expediente. Y no pierdas la clase de mañana.»

«Pero comprendeme, hombre», suplicó.

«Maldita sea», dije, «te comprendo. Sólo que demasiado bien.»

«Pero, ¿qué clase de persona eres tú?», preguntó. «Soy un payaso», dije, «y colecciono momentos. Adiós.» Y colgué.

Olvidé preguntarle por sus experiencias de servicio militar, pero quizá más adelante se me presentaría una ocasión. Seguro que él alabaría «las condiciones materiales» (en casa nunca había comido tan bien), estimaría que la instrucción es «de alto valor educativo», y el contacto con el hombre del pueblo «muy aleccionador». Podía ahorrarme el preguntárselo. Aquella noche no iba a pegar un ojo, dando vueltas y más vueltas a su conciencia, sobre si había obrado bien al no ir a mi casa. Tantas cosas me hubiera gustado decirle: que sería mejor para él estudiar teología en cualquier otro lugar del mundo, en Sudamérica o en Moscú, pero no aquí en Bonn. Debía comprender que no hay lugar para lo que él llama su fe entre Sommerwild y Blothert, que en Bonn un Schnier convertido, e incluso futuro sacerdote, era un medio para consolidar la bolsa. Tenía que hablarle alguna vez de todo aquello, y mejor sería hacerlo en casa, en un *jour fixe*. Los dos hijos pródigos nos sentaríamos con Anna en la cocina, beberíamos café, y evocaríamos viejos tiempos, los tiempos gloriosos en que nos ejercitábamos en nuestro parque con puños antitanques y los autos de la Wehrmacht aparcaban en el jardín y alojábamos militares. Un comandante o algo por el estilo, con su séquito de sargentos y soldados, un auto con estandarte, y todos ellos pensando exclusivamente en huevos al plato, coñac, cigarrillos y juegos de manos con las criadas en la cocina. A veces les sobrecogía el espíritu militar, o sea la fanfarronada: entonces se pavoneaban ante la casa, el comandante abombaba el pecho e incluso metía la mano entre los botones de la guerrera, como un comiquillo de mala muerte que representa un coronal de lansquenetes, y pegaba voces de «victoria final». Penoso, ridículo, estúpido. Cuando se descubrió que la señora Wieneken, de noche, había atravesado secretamente el bosque con un grupo de mujeres, por entre las líneas americanas y alemanas, para ir a buscar pan a casa de su hermano, que tenía una panadería, la fanfarronada se volvió peligrosa. El comandante quiso hacer fusilar a la señora Wieneken y a otras dos mujeres por espionaje y sabotaje (la señora Wieneken confesó en el interrogatorio haber hablado con un soldado americano). Pero entonces mi padre se puso enérgico (por segunda vez en su vida, según alcanzo a recordar), sacó a las mujeres de su improvisada prisión, nuestro cuarto de planchar, y las escondió en el cobertizo para los botes, junto al río. Estuvo realmente intrépido, e increpó al oficial, que le increpó a él. Lo más ridículo en el oficial eran sus condecoraciones, que al gesticular le bailaban en el pecho, mientras mi madre con su voz apagada decía: «Señores míos, señores míos, todo tiene su límite.» Lo penoso para ella era que dos «señores» arremetieran a gritos. Mi padre dijo: «Antes que a estas mujeres les ocurra una desgracia, tendrá que fusilarme a mí: aquí me tiene», y se desabrochó la chaqueta y presentó el pecho al comandante, pero los militares se retiraron porque los

americanos habían llegado ya a las lomas del Rhin, y las mujeres pudieron volver. a salir del cobertizo. Decididamente, lo lamentable de aquel comandante, o lo que fuese, eran sus medallas. Sin ellas, hubiese tenido aún la posibilidad de mantener una cierta dignidad. Cuando veo a esos mansitos burgueses andar de un lado para otro, en los *jour fixe* de mamá, con sus condecoraciones, pienso siempre en aquel militar, y hasta la condecoración de Sommerwild me parece menos grotesca: *Pro Ecclesia* o algo así. Por lo menos, Sommerwild hace algo duradero por su iglesia: tiene a sus «artistas» bien sujetos, y le queda aún suficiente buen gusto para considerar que la condecoración, «en sí», es ridícula. La lleva sólo en las procesiones y oficios solemnes, y en los debates por televisión. La televisión le hace perder el último resto de vergüenza que debo reconocer guarda. Si nuestra edad merece un nombre, se le llamará la edad de la prostitución. Las gentes se van acostumbrando al lenguaje de las prostitutas. Una vez me encontré con Sommerwild después de un debate de éstos («¿Puede darse un arte sacro moderno?») y me preguntó: «¿Estuve bien? ¿Le gusté?»: exactamente, literalmente, lo que preguntan las prostitutas a sus clientes. Sólo faltaba que me dijera: «Recomiéndeme a sus amigos.» Le dije: «Usted no me gusta, de modo que no pudo gustarme ayer.» Quedó completamente desinflado, y, sin embargo, expresé muy moderadamente la impresión que me causó. Había estado repugnante: con unos cuantos truquillos pedantes había «degollado» o «aplastado» a .su contrincante en el debate, un socialista algo despistado. Astutamente insinuó: «¿Encuentra abstractos a los primeros Picassos, no es así?», y puso fuera de combate al viejo de cabellos grises, que murmuraba no sé qué de *engagement*, cuando ante diez millones de espectadores le espetó: «Ah, usted habla de arte socialista; ¿p tal vez de realismo socialista?»

Cuando le encontré al día siguiente por la calle y le dije que no me había gustado, quedó anonadado. No gustar a *uno* de los diez millones de espectadores hería su vanidad gravemente, pero luego fue ampliamente desagraviado por una «verdadera ola de alabanzas» en todos los periódicos católicos. Escribieron que había logrado una victoria para la «buena causa».

Encendí el antepenúltimo cigarrillo, volví a tomar la guitarra y ensayé unos rasgueos. Pensé en lo que quería contar a Leo y en lo que quería preguntarle. Siempre que yo necesitaba hablarle en serio, o preparaba un examen o le asustaba un *scrutinium*. También pensé si era buena idea la de cantar la letanía, y decidí que no. Podía ocurrírsele a alguien tomarme por católico, por «uno de los nuestros», y utilizarme como propaganda. Todo lo «utilizan», y cualquiera les da a entender que no soy católico, y que simplemente me gusta la letanía y me es simpática la muchacha judía a quien está dedicada. Encontrarían un instrumento registrador que señalaría en mí dos millones de unidades de catolicismo, me arrastrarían ante la televisión, y subirían los índices de los cursos bursátiles. Tenía que buscar otro texto,

lástima, qué hermosa es la letanía, pero en la estación de Bonn induce a confusiones. Lástima. Con lo bien que la había ensayado, y el *Ora pro nobis* se presta tanto al acompañamiento de guitarra.

Me puse en pie, para preparar mi aparición. Seguro que también el representante, Zohnerer, me «daría por perdido» si salía a cantar y tocar la guitarra por la calle. Tal vez con lo de cantar la letanía y el *Tantum ergo* y todo eso que hace tantos años que ensayo en el baño todavía pudiera «embarcarle»: una especialidad rara pero admisible, como pintar madonas. Incluso creo que Zohnerer me tiene cariño (los hijos de este mundo tienen más corazón que los hijos de la luz), pero «profesionalmente» yo quedaba para él liquidado en cuanto me pusiera a cantar en las escaleras de la estación de Bonn.

Logré ya andar sin que se notara mi cojera. Sobraba, pues, la caja de naranjas, y me bastaba un almohadón del sofá bajo el brazo izquierdo, la guitarra en la mano derecha, y a trabajar. Me quedaban dos cigarrillos. Fumaría uno, y el otro, puesto en el sombrero negro, serviría de cebo; también, por lo menos, una moneda sería útil. Hurgué en los bolsillos del pantalón, los volví del revés: unas cuantas entradas de cine, una ficha del juego de la oca, un sucio pañuelo de papel, pero ningún dinero. Abrí el cajón del armario ropero: un cepillo para la ropa, un recibo de suscripción a la *Gaceta Eclesiástica* de Bonn, un vale por una botella de cerveza, ningún dinero. Revolví todos los cajones de la cocina, corrí al dormitorio, busqué entre cuellos, varillas, gemelos, entre calcetines y pañuelos, en los bolsillos de los pantalones caqui: nada. Me quité el pantalón oscuro, lo dejé caer al suelo como el pellejo de una muda, arrojé al lado la camisa blanca, y pasé la cabeza por el jersey azul claro. De caqui y azul, me miré al espejo. Estupendo, nunca había estado tan elegante. Me había puesto demasiada crema de maquillaje. La grasa se había secado con los años que había pasado guardada, y vi que la gruesa capa se saltaba ya y mostraba hendiduras, como un rostro de una tumba excavada. Encima mi pelo oscuro, como una peluca. Tararéé una letra que acababa de ocurrírseme:

*Dice el Papa Juan: «No votes
por la democristiandad.
Mira que la caridad
consiste en no hacer más pobres.»*

Servía para un comienzo, y el Comité contra la Blasfemia no podía objetar nada. Añadiría muchas estrofas, y lo cantaría con ritmo de balada. Me sentí a punto de echar a llorar, pero el maquillaje me lo impedía. Estaba tan logrado, con sus descascarillados y sus grietas, y las lágrimas lo hubieran echado a perder. Ya lloraría luego, un día de fiesta, si estaba de humor. La costumbre profesional es la mejor

protección: sólo para aficionados y para santos hay cuestiones de vida o muerte. Retrocedí ante el espejo, hundiéndome en mí mismo y huyendo de mí mismo. Si Marie me viera de aquel modo, y si después de verme fuera todavía capaz de limpiar las manchas de cera del uniforme de Caballero de Malta, entonces sí: estaba muerta, por fin divorciados. Yo podría cantar lamentos ante su tumba. Y confiar en que todos los que acudieran llevaran dinero en los bolsillos. Leo, un poco más de una perra. Edgar Wieneken, si volvía de Tailandia, tal vez una vieja moneda de oro, y si el abuelo acudía de Ischia no podía ahorrarse firmar un cheque. Una ocasión muy rentable. Mi madre estimaría probablemente que de dos a cinco pfennigs era la suma adecuada. Monika Silvs se inclinaría tal vez y me daría un beso, en tanto que Sommerwild y Kinkel y Freudebeul, indignados ante mi falta de delicadeza, no arrojarían ni siquiera un pitillo en mi sombrero. Y en los períodos muertos, en las horas en que no llegaban expresos del sur, iría en bicicleta a casa de Sabine Emonds y comería mi sopita. Tal vez Sommerwild llamaría a Züpfner, a Roma, y le aconsejaría bajar del tren en Godesberg. Pero yo montaría en mi bicicleta, me instalaría en la pendiente, ante la villa con sus terrazas de jardines, y cantaría mi cancioncilla hasta que ella saliera, me viera, y mostrara estar muerta o estar viva. El único que me daba pena era mi padre. Tuvo un buen gesto cuando salvó a las mujeres del fusilamiento, tuvo un buen gesto cuando me puso la mano en el hombro, y además, mirándome en el espejo con aquel maquillaje vi que no sólo me parecía a él, sino que éramos iguales, y comprendí su abominación al convertirse Leo. Leo no me daba ninguna pena: ése ya tiene su fe.

No eran todavía las nueve y media cuando bajé en el ascensor. Me acordé del cristiano señor Kostert que todavía me debía la botella de aguardiente y la diferencia entre un billete de primera y uno de segunda. Le mandaría una postal sin franqueo, atizándole la conciencia. Además, tenía que mandarme el resguardo del equipaje. Suerte que no me crucé con mi hermosa vecina, la señora Grebsel. Hubiera tenido que darle explicaciones. Si me veía en la escalera de la estación, ya no hacía falta explicar nada.

Hacía frío fuera, un anochecer de marzo. Me subí el cuello de la chaqueta, me puse el sombrero, palpé en el bolsillo mi último cigarrillo. Me acordé de la botella de coñac, hubiera sido decorativa, pero un antídoto para la generosidad: era una marca cara y el corcho era característico. Con el almohadón bajo el brazo izquierdo y la guitarra bajo el derecho, me encaminé una vez más a la estación. Noté los primeros indicios de que estábamos en el momento del año que aquí llaman «de los locos». Un joven borracho y disfrazado de Fidel Castro quiso empujarme, pero le esquivé. En la escalera de la estación aguardaba un grupo de toreros y de mujeres con mantilla. Había olvidado que estábamos en carnaval. Tanto mejor. Un profesional pasa

inadvertido entre aficionados. Puse el almohadón en el tercer peldaño, me senté, me quité el sombrero y coloqué dentro el pitillo, no del todo en el centro ni tampoco a un lado, como si lo hubieran dejado caer desde arriba, y me puse a cantar *Dice el papa Juan*. Nadie se fijó en mí, ni tampoco me convenía: al cabo de dos, tres horas empezarían a fijarse. Me interrumpí al oír dentro los altavoces. Anunciaban la llegada de un tren de Hamburgo, y seguí cantando. Me sobresalté cuando cayó la primera moneda en el sombrero: era de diez pfennigs, y dio en el pitillo y lo desvió demasiado a un lado. Volví a ponerlo en su sitio y seguí cantando.

Notas

medio año es mucho tiempo para soñar: El curso universitario consta en Alemania de dos semestres. (N. del T.) [↵](#)

me había parecido hermoso como si de la nieve hablase: Juego de palabras basado en la semejanza fonética entre Scheisse (mierda) y Schnee (nieve). (N. del T.) [↵](#)

«*como si no supieses que aquí se celebra el día de los católicos.*»: El llamado Katholikentag, festividad de los seglares católicos que, por regla general, se celebra, cada dos años, en una ciudad alemana diferente. En 1962 tuvo lugar en Hannover, donde sitúa el autor la acción en este capítulo de su novela. (N. del T.) [↵](#)

SPD: Partido social-demócrata alemán (Sozialdemokratische Partei Deutschlands). (N. del T.) [↵](#)

Engelsstrasse: Recuérdese que Engels, en colaboración con Marx, fundó el socialismo. (N. del T.) [↵](#)

CDU: Unión Cristiano-Demócrata. (N. del T.) [↵](#)

Schnorren: Verbo alemán que significa "vivir a costa ajena". (N. del T.) [↵](#)

Bild-Zeitung: Diario de bajísimo nivel intelectual. (N. del T.) [↵](#)